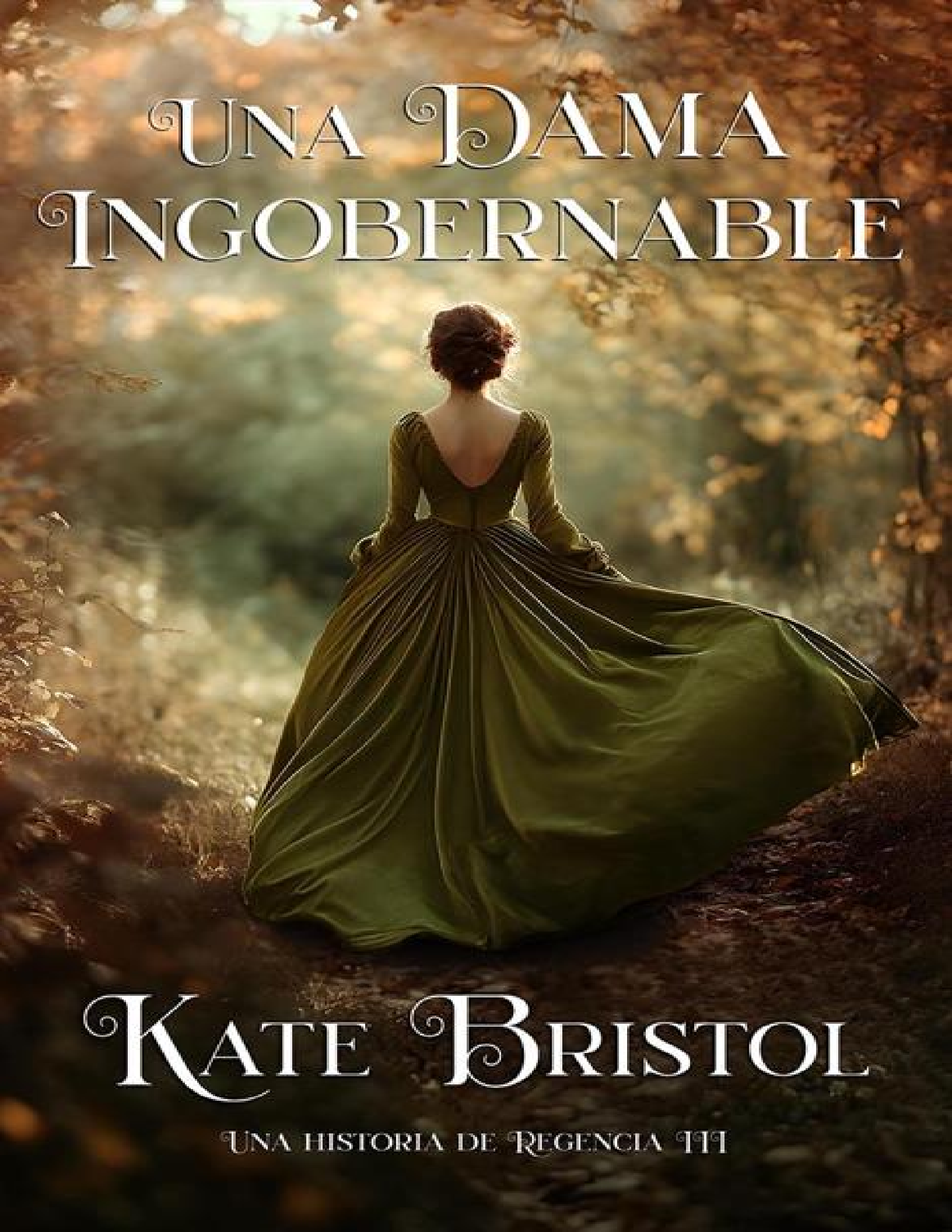
Una Dama Ingobernable



Kate Bristol

Una historia de Regencia III

Una Dama Ingobernable

Kate Bristol

Una historia de Regencia III

Primera edición en formato digital: Abril, 2025
Título Original: Una dama ingobernable
© **Kate Bristol**, 2025

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo
NOTA DE LA AUTORA
Recomendaciones

Prólogo

El joven teniente Anthony Hilton estaba orgulloso de su rango, y de ser quien era. Un militar que se había labrado una reputación entre los miembros de su regimiento. Cierto que era amigo de las bromas y también de jugar alguna que otra partida de naipes o dados, sobre todo si ganaba. Pero un hombre de su templanza sabía controlarse. Nunca bebía en exceso y desde luego, no tenía deudas.

El teniente Hilton se preguntaba en más de una ocasión si su familia estaría orgullosa de él. No había modo de saberlo pues, como les había pasado a muchos, sus padres fallecieron cuando él apenas empezaba a ser un hombre. Pero le quedaba su hermano.

Roger había sido un niño enfermizo y por eso siempre procuró que estudiara en casa. Se lo podían permitir, siendo su padre un lord del reino. No les había faltado el dinero, y ya a muy temprana edad, Roger había demostrado tener aptitudes para el estudio. No

obstante, el pequeño de los Hilton soñaba con imitar a su hermano mayor y dedicarse a la vida militar.

—Dentro de un par de años, me alistaré en el ejercito como tú, y juntos nos iremos de aventuras.

Para cuando Roger dijo eso, era el año del Señor 1798, Anthony apenas había empezado a dar sus pasos en el ejército bajo el ala de su tío. Tenía dieciséis años, y Roger solo once.

En aquel momento Anthony había asentido, pensando que su bondadoso hermano solo lo decía movido por el cariño que le tenía, deseando siempre que él regresara a casa y no se volviera a marchar. Pero la vida le demostró la tenacidad de un niño que crece con un firme objetivo. Cuando Roger terminó los estudios, buscó a su tío y en cierta medida le obligó a darle paso al mismo camino que abrió para Anthony. Le consiguió un puesto para que empezara a escalar como oficial. Al principio a espaldas de Anthony, pues con dieciséis años, Roger ya sabía que su hermano mayor tenía otros planes para él, lejos de la sangre y las batallas.

No le hizo ninguna gracia a Anthony enterarse de que su hermano y su tío, a quien quería como a un padre, le habían mentido.

—¿Cómo has podido engañarme así? —le gritó Anthony irrumpiendo en la caserna donde se encontraba Roger.

Jamás había visto tal decepción en los ojos de Anthony, pero nada podía hacer por él.

—Lo siento hermano.

—¿Lo sientes? —no daba crédito.

—Tú has elegido este camino, ¿por qué yo no puedo?

—¡Porque no hay necesidad! —le gritó—. Tenemos fortuna, y tú —lo agarró por la cabeza con ambas manos para que lo mirara a los ojos—. Tú, tienes una mente privilegiada, ¿por qué arriesgarte a que te maten?

—¿Por qué te arriesgas tú?

Anthony lo soltó, malhumorado, y le dio la espalda unos momentos.

—Porque… soy un idiota —se llevó la mano a la cabeza y se apartó el cabello oscuro de la frente; un gesto que tenía la intención de calmarse a sí mismo—. Pero tú… Se volvió para encararlo de nuevo—, estabas destinado a algo mejor.

—¿Mejor que luchar por mi país, junto a mi hermano?

—Nunca lucharemos juntos —sentenció, entrecerrando los párpados.

Porque Anthony pensaba mover cielo y tierra para mantenerlo a salvo y lejos del campo de batalla.

Y la voluntad de hierro del teniente Hilton, le había hecho ganarse grandes admiradores. Napoleón había invadido península ibérica, con la excusa de llevar tropas a la frontera de Portugal y repartirse el botín con España. Godoy, el primer ministro español, era más idiota de lo que alguien hubiera creído posible. Las tropas de Napoleón se quedaron y pensaban añadir otro país bajo el poder del imperio francés. No obstante, la armada británica tenía otros planes. Iba a intervenir y frenar el avance de Napoleón a como diera lugar.

Para ese entonces, en 1810, Roger había cumplido dieciocho años y como su hermano, escalaba en su carrera militar. A Anthony le decepcionó que hubieran hecho oídos sordos a sus recomendaciones para mantener a Roger lejos del conflicto. Por eso hizo una sentida petición de que lo mantuvieran en Londres. Por eso, cuando el coronel Brand llamó a Anthony a su despacho creyó que era para responder a su petición.

No podía estar más equivocado.

—Necesitamos hombres como usted —le dijo el coronel Brand —. Hombres con carisma, capaces de salir de cualquier embrollo, y

con valor para meterse en cualquier otro.

Anthony se mantuvo firmes frente a ese hombre de nariz aguileña y pelo cano.

—No le entiendo, señor.

El hombre lo miró hinchando el pecho.

—Necesitamos su carisma para defender al país y al rey. —Anthony seguía sin entender, cuando el coronel continuó hablando—. Necesitamos espías que se infiltren entre nuestros enemigos. Recabar información.

—¿Espía?

—Espía.

El coronel se acercó a las botellas de licor y sirvió dos copas.

—Siéntese, hijo —le invitó, tendiéndole un vaso.

Fue una invitación, pero Anthony lo tomó como una orden. Porque, al fin y al cabo, quien negaba nada a un superior.

—Señor, yo… deseo partir con mis amigos a España. Con el sitio de Cádiz…

—Aún no es seguro que vaya a partir.

—Pero debemos detener a Napoleón.

—Hay otras maneras de detenerlo.

Anthony frunció el ceño, intentando averiguar cómo sería su trabajo de espía si aceptaba. No concebía abandonar a sus amigos, Lyonel y Robert.

—Yo…

El coronel se sentó tras su escritorio y puso ambas manos sobre este. Parecía que iba a decir algo solemne, y Anthony escuchó con muchísima atención.

—Ha llegado a nuestros oídos —y con nuestros, dedujo que se refería a la cúpula militar—, que hay espías franceses entre nosotros.

Anthony parpadeó como si eso le pareciera lo más ridículo del mundo.

—¿Aquí, en Inglaterra? Destacarían demasiado como para no darnos cuenta.

—Los espías no son franceses, sino británicos.

Hubo un silencio entre ambos y finalmente el coronel continuó, mientras el teniente Hilton intentaba procesar la información.

—¿Es un número significativo? —Para Anthony, que se había pasado toda la vida defendiendo a su país, y la otra media soñando

con hacerlo, le costaba entender como alguien podría traicionar a Inglaterra vendiéndose al enemigo.

—El número es lo de menos, lo importante es el poder.

—Eso significa que los traidores están bien posicionados.

El coronel asintió.

—Lo están —dijo, reclinándose en el asiento y tomando una postura más cómoda, pensativa—. Hay indicios de que uno de nuestros suministradores de armas, tiene muy buenos contactos en Francia. Posee información de nuestro número de tropas, movimientos, posición sobre el terreno… La información que posee ese hombre es importante para que nos haga llegar los suministros regulares de armas y… otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Personas —dijo el coronel—. Se encarga de llevar a ciertas personas sanas y salvas de un lugar a otro. Principalmente nuestros hombres que no llevan uniforme.

—Espías.

El coronel asintió.

—Así es.

—¿Quiere decir que un traidor está a cargo de la seguridad de sus hombres y del suministro de armas?

—Supuestamente.

—¿Y por qué no lo neutralizan? —Una bonita forma de decir que ese hombre estaría mucho mejor flotando en el Támesis.

—Porque es amigo del príncipe, y tiene demasiados contactos y poder como para que podamos liquidarlo sin hacer ruido.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

El coronel se inclinó hacia delante, miró fijamente a Anthony y esperó a tener toda su atención.

—Hemos pensado que usted reúne todas las características para una misión muy importante. Tiene el carisma para hacerse amigo de cualquiera, y aún le sobraría para hacerse amigo de su mujer. Si alguien sabe algo, ¿Quién más podría ser que la persona que duerme a su lado? —Anthony parpadeó, incrédulo.

—¿Quiere que me haga el amante de su esposa?

El coronel se encogió de hombros.

—Es sabida su reputación. No sea modesto. Se metería en la cama de una mujer hermosa, pero esta vez sería por la patria.

Anthony abrió la boca, pero no salió sonido alguno de ella.

Por primera vez en su vida, se había quedado sin palabras.

—¿Le hará ese favor a la corona? Será recompensado con el título de capitán y cuando todo esto termine, podría volver sobre el

terreno, a ensuciarse las botas y reptar por el fango. Con la diferencia de que será mucho más rico. El rey recompensa bien a sus hombres.

—¿No hay nadie que pueda…?

—No hay otro.

En eso el coronel fue tajante, y Anthony se arrepintió de haberse ganado una fama de mujeriego y buen jugador. Eso le había hecho muy popular, e incluso le había dado una fama de tonto con suerte que le favorecía. Nadie desconfía de un tonto y mucho menos si cae bien a todo el mundo.

—Dígame, ¿acepta?

Anthony parpadeó lentamente.

—¿Qué tendría que hacer exactamente?

La sonrisa del coronel fue radiante.

—Solo hacerse amigo de Lord Farrell, y amante de su bella esposa. Maranta.

***

1810, Londres.

Hacerse amigo de lord Farrell fue mucho más sencillo de lo que había previsto.

Era un hombre de estatura media y complexión delgada. Cualquiera que lo viera, no pensaría que pudiera ser una amenaza. No obstante, había un brillo en su mirada que le decía que no era un hombre de fiar.

No hacía falta que el coronel le dijera todo lo que sospechaban había hecho y dejado de hacer. Sintió una repulsión casi visceral cuando una noche de finales de verano se lo presentaron en una de las selectas fiestas privadas de Londres.

Por supuesto, la fama de Anthony jugó a su favor. Jamás perdía a las cartas y se encargó de que se lo dijeran al señor Farrell que ya llevaba ganándole tres manos. Patrick Farrell se sintió orgulloso de conseguir el título del hombre que desplumó al teniente Hilton. Por supuesto que el buen perder de Anthony hizo su magia.

—Te invito a un par de tragos —le había dicho Patrick, tan feliz como no había visto a un hombre en mucho tiempo.

Durante las siguientes horas bebieron, fumaron, y gozaron de buena compañía. Anthony se preguntó si a lord Farrell le gustaban

tanto las mujeres porque la que tenía en casa no conseguía saciar sus apetitos. No podía ser que fuera una belleza, tal y como le había dicho el coronel, o de lo contrario ese hombre no estaría tan predispuesto a cambiarla por esas dos mujeres que tenía sobre sus muslos.

No obstante, hermosa o fea, Anthony cumpliría con lo pactado. No solo conseguiría el honor de ser capitán, sino que tendría suficiente influencia como para alejar a su hermano de la guerra.

Sería el amante de Maranta Farrell y conseguiría toda la información que ella tuviera. Se introduciría en sus círculos y descubriría absolutamente todo lo que le habían ordenado descubrir.

Por el momento, Anthony decidió sentirse predispuesto a hacer lo posible para recuperar el dinero que se había dejado arrebatar por Farrell.

—Quizás pueda darme la oportunidad de recuperar mi dinero —comentó Anthony.

—Quizás. —La sonrisa de Farrell estaba cargada de complacencia—. La semana que viene hay una fiesta en casa del capitán Lowell. En esos meses, después de que las damas duerman, corren grandes cantidades de dinero.

El joven teniente alzó una ceja con interés.

—¿De veras?

—Quizás pueda decirle a mi amigo que le envíe una invitación.

Anthony sonrió, complacido.

—Ya he recibido esa invitación, se olvida que también estoy muy bien considerado entre los oficiales.

Farrell lo miró con aprobación.

—Entonces…

—Allí nos veremos.

Por lo que Anthony podía ver, entrar en el círculo de Patrik Farrell había sido mucho más fácil de lo que había creído en un principio. Sobraba decir que el general estaba muy orgulloso de sus avances.

Faltaba otra pieza clave en ese plan, y esa era Maranta Farrell, la esposa de Patrik. Anthony sabía poco de ella, solo que era joven, muy bonita y que no parecía tonta, pero sí apagada. No le sorprendió, puesto que estar casada con Farrell podría quitarle las ganas de reír a muchas.

La finca de Lowell, donde se celebraría la timba, con la excusa de una reunión en el campo con gente selecta, era de considerable tamaño. El grupo sería reducido, unas veinte personas, y como uno de los pocos solteros, había sido alojado en una habitación individual. Las actividades que Lowell y su joven esposa habían preparado eran las típicas que cualquier noble decente prepararía, pero Anthony no se dejaba engañar, los Lowell eran un matrimonio bien avenido, de apetitos excesivos. Le quedó claro cuando Josephine Lowell lo acorraló en el pasillo e intentó meterle la mano dentro de los pantalones.

Era hermosa, en otras circunstancias hubiera aceptado su proposición de visitar su cama, mientras su marido jugaba a las cartas con sus amigos. Lamentablemente, estar en esa partida y codearse con esa gente, era lo que le había traído hasta ahí. Si se hubiera tratado de la señora Maranta Farrell, quizás sí hubiera podido disculparse e intimar. Puesto que se suponía que Maranta poseía la información que él estaba buscando por orden de su superior.

Si había pensado que podría conocer a Maranta durante la cena, se desilusionó.

Al parecer, había llegado con su marido esa misma tarde, pero con una jaqueca terrible que la obligó a guardar cama, mientras su esposo degustaba la cena de doce platos que los sirvientes habían dispuesto. Después, pasada la medianoche, las mujeres decidieron que ya habían abusado demasiado de la compañía de sus esposos. Por fin pudieron zambullirse en una larga partida que los mantuvo en vela hasta bien entrada la madrugada.

Tal y como había predicho, Anthony recuperó la fortuna perdida en el club, dejando a Farrell sin blanca.

Su mal humor empeoró mucho más de lo que pudo imaginar. Tenía un mal perder, y la mirada de desprecio que le lanzó a Anthony, le dijo que rápidamente tendría que cambiar de estrategia si quería recuperar su amistad.

—Farrell —dijo el anfitrión en tono jocoso—, deberías saber perder. Después de todo, lo haces a menudo.

Anthony lo miró y le dedicó una sonrisa amigable.

—Le daré la oportunidad de recuperarlo —improvisó—, quizás mañana quiera desplumarme y su suerte cambie.

Farrell seguía de malhumor, a pesar de que la mano que le tendía Anthony era de lo más apetecible.

—Mañana será otro día —dijo Patrick antes de abandonar la sala.

Anthony lo vio subir las escaleras con un humor digno del mismísimo demonio, y todavía, mientras los hombres terminaban sus copas y empezaban a levantarse para irse a la cama, se escuchó el estruendo de muebles al romperse.

—Ahí está otra vez —suspiró uno de los afortunados de la timba que no había perdido hasta la camisa.

—No parece que sepa aceptar una derrota —dijo Anthony desconcertado, mirando el techo.

—Se le pasará dentro de un par de minutos.

Algunos de la media docenas de jugadores que estaban ahí, lanzaron una sonrisa siniestra. Una sonrisa que significaba algo, pero que Anthony no supo el que.

—Su mujer lo calmará.

Anthony tomó sus ganancias y se despidió de los demás.

No fue hasta subir las escaleras que los gritos desesperados de una mujer lo alertaron.

Miró hacia donde provenía aquella voz pidiendo piedad.

Corrió, subiendo los peldaños de la escalera principal de dos en dos, hasta que logró averiguar detrás de que puerta se escondía

la mujer.

Estaba cerrada con llave, y al empujarla con el hombro no cedió.

A Anthony no le importó partirla en dos. Tomó impulso y de una patada hizo saltar la cerradura.

No estaba preparado para lo que vio.

Maranta Farell yacía a sus pies, desnuda y con la espalda en carne viva.

Su esposo, Patrik, estaba de pie sobre ella, con el camisón que ella debía haber llevado en una mano y la fusta ensangrentada en la otra.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? —le gritó Farrell al ser interrumpido.

Anthony no recordaría demasiado de aquel momento, pero sí la ira que lo cegó y lo hizo reaccionar.

No recordaría como, pero Patrick Farrell terminó en el suelo, a sus pies. No pasó mucho tiempo hasta que la alfombra se encharcó de sangre.

Con los intensos lloros de la mujer de Farrell como acompañamiento, Anthony contempló su obra. Un rostro completamente desfigurado.

Solo cuando el monstruo apenas pudo respirar, Anthony se permitió mirar a Maranta.

Y ojalá no lo hubiera hecho.

Capítulo 1

Julio de 1816, Londres.

Maranta se despertó sobresaltada.

De nuevo la recurrente pesadilla.

De nuevo la sensación de sentirse pequeña, atrapada, indefensa.

Había soñado otra vez con los ojos azules del capitán Hilton. Nunca había olvidado la forma en que la miró la primera noche que se conocieron. Con lástima, viéndola tan expuesta, pequeña, destrozada… Sí, las circunstancias fueron abominables. Pero sin saber por qué, a veces pensaba que le dolía más la lástima que viera en sus ojos, que los golpes que recibió de su esposo.

Era consciente de su estado cuando la miró por primera vez, con el pelo enmarañado, la espalda en carne viva, y los hematomas de diferentes colores que adornaban su cara y pecho. Esa noche en casa de los Lowell, Maranta ni siquiera había podido aparecer en

público. Había llegado cubierta con un velo, ¿quién quiere ver marcas de puños en una mujer?

Nadie.

Todos siempre habían mirado hacia otro lado.

¿Todos?

Anthony Hilton… él no lo hizo.

Él, por poco mata a su esposo.

Maranta pateó las sábanas de la cama y se pasó las manos por la frente perlada. Se levantó todavía temblando, como si no hubiera dejado atrás la pesadilla, o más bien los recuerdos de aquel primer encuentro.

No le gustaba recordar su pasado.

Hacía tiempo que se había desecho del yugo de ese hombre que yacía dos metros bajo tierra. Ahora era otra, muy diferente. Había recibido formación suficiente como para que ningún hombre volviera a violentarla jamás.

¡Jamás!

Se echó agua fresca en la cara y se miró en el espejo. No era tan joven, quizás tenía alguna que otra arruga nueva, pero no cambiaría lo que sabía de la vida, por un poco más de juventud. Había comprendido que lo importante era la información y el poder

que esta daba. Una no sería jamás vulnerable con los conocimientos adecuados. Había estudiado de todo. Desde matemáticas y filosofía, hasta como desangrar a un hombre con la punta de un cuchillo.

Sí, la joven Maranta, inocente y frágil, había muerto y en su lugar se alzaba aquella Maranta, más segura, más letal… un poco menos rota, pero no del todo feliz.

Sonrió a su pesar.

No podía quejarse.

Quién era ella para hacerlo si se había librado del yugo del demonio y tenía amigas como Rose, Amanda o su maravillosa Livia con quien compartir risas y una buena taza de té. Sí, la vida no la había tratado tan mal, después de todo.

Solo sentía que se ahogaba al recordar… al ver en los ojos de Anthony Hilton, lo que solo él sabía y que no había de contar a nadie.

Peinó su abundante cabellera oscura mientras se miraba en el espejo.

Seguía siendo joven, una viuda quizás demasiado joven para no haberse planteado un nuevo matrimonio, y desde luego, lo suficientemente hermosa como para haber renunciado a los placeres de la carne.

¿Quién se lo hubiera echado en cara?

Nadie, siempre que no saliera a la luz.

Oh, la hipócrita sociedad. No sería la primera, ni la última viuda, que se buscaba amantes para divertirse en las largas noches de invierno. Pensó en su hermana Claudia y se limitó a poner los ojos en blanco.

No, no quería ser como ella. Pero tampoco juzgarla. En lo que a ella misma se refería, prefería vivir su soledad en plenitud que arriesgarse a estar atada a otro monstruo con piel de cordero.

Tenía contactos, dinero y posición. No necesitaba un hombre, y jamás volvería a casarse.

Jamás.

Desayunó algo frugal y suspiró al releer la escueta nota que había recibido el día anterior. Tenía una cita, una cita con alguien muy importante e influyente.

No era tonta, sabía lo que había estado pasando a su alrededor. Alguien la estaba castigando con indiferencia. No porque hubiera hecho algo mal, sino para obligarla a hacer algo. Y eso le dejaba un gusto amargo y desagradable en la boca.

Se juró que nunca haría nada que no quisiera hacer. Pero… la vida es demasiado larga para sostener algunas promesas, y más si

estas se han hecho a una misma, a una versión más joven e ingenua.

Se marchó a su cita.

En el mercado había bullicio, pero lo pasó por alto hasta llegar a la hermosa galería de arte. Le gustó que se hubieran citado allí. Un lugar bonito para hablar de asuntos feos.

Su doncella Alice, la seguía a buen ritmo.

Bendita la hora que la había conocido a Alice en casa de Amanda, en uno de sus interesantes y clandestinos clubs de lectura.

Era una muchacha despierta que sabía cuándo hablar y cuando callar. Inteligente y decidida a valerse por sí misma. Había estudiado enfermería en Clevedon, pero se había trasladado a Londres para tomar sus exámenes. Maranta no podía hacer otra cosa más que admirarla.

Cuando le dijo que se mantuviera a cierta distancia, lo hizo sin preguntas.

Al pararse a los pies de la gran escalera, Maranta escuchó sus propios resuellos que le decían que quizás tuvieran demasiada prisa por llegar.

Pero así era.

Maranta quería terminar con ese asunto de una vez por todas.

No le gustó para nada recibir la misiva de ese hombre. De un tiempo a esta parte, la sociedad le había dado la espalda y todo por su culpa. En un primer momento pensó que la falta de invitaciones se debía a algún escándalo de su hermana Claudia, pero no fue así.

Él tenía la culpa de todo.

El hombre más importante de Inglaterra, después del rey y el príncipe regente, estaba en su contra. Y no se trataba de un amante despechado que hubiera mancillado su nombre, sino del mayor estratega del mundo conocido.

Cuando entró en la galería, por órdenes suyas Alice se quedó en un rincón, mientras ella paseó pausadamente frente a los grandes lienzos. Esperando.

El ambiente de la galería era sin duda acogedor, damas y caballeros se habían reunido para la singular exposición. No pudo decir que no disfrutara de ella, pero su mente estaba muy despierta, esperando el asalto del hombre que la había citado en aquel concurrido lugar.

—Señora Farrell.

Giró la cabeza, casi con aburrimiento, apartando la mirada de la hermosa escultura de mármol mellada por el paso del tiempo.

Respiró hondo al encontrarse con la mirada del duque de Wellington.

El gran estratega había acudido a su encuentro, con los brazos descansando tras la espalda, las manos unidas y el paso firme pero relajado.

Maldito fuera.

—Duque —dijo ella forzando la sonrisa—, ¿qué le trae por aquí?

—He venido por el arte, mi querida señora.

Maranta lo miró de reojo mientras ambos se posicionaban para admirar una gran pieza de la exposición, un cuadro de grandes dimensiones. Un atardecer en algún lugar de Inglaterra, una escena campestre que había conmovido a más de uno. No a Wellington, que difícilmente se conmovía por nada.

—¿Irá a la cena de lady Dowsend?

Maranta apretó los dientes, pero bien se guardó de que nadie notara su falsa expresión de serenidad, pues estaba muy lejos de sentirla.

—Sabe que no he sido invitada.

La sonrisa del duque no fue forzada en absoluto. Es más, estaba muy orgulloso de ser él mismo, el causante de que a Maranta Farrell se le hubieran cerrado más de una puerta de los opulentos salones londinenses. Quizás estaba disfrutando demasiado de todo aquello.

—Una lástima —le susurró—. Me pregunto si su falta de patriotismo habrá sido la causante del extravío de esa invitación.

—Yo sé quién ha sido el causante, excelencia —dijo sin apartar la mirada del cuadro.

Por supuesto que había sido el propio Wellington, alertado por el mayor Foster de que Maranta había rechazado de plano, la velada insinuación de que podría colaborar estrechamente con el capitán Hilton, por el bien del reino.

No quería tener nada que ver con el capitán Hilton. Ese rechazo no importaba a nadie, pero poner por encima de la patria sus rencillas personales, eso ya era harina de otro costal, y Wellington no parecía dispuesto a permitirlo.

—Sí insinúa que he sido yo, está en lo cierto.

Maranta se quedó rígida, pero en silencio.

No se lo temía, estaba segura de ello.

El ataque a Frederick Knigth y al joven David Chambers, había sido del todo premeditado. Al parecer los enemigos de la patria tenían largos tentáculos en el reino. Los fieles a Napoleón seguían conspirando en la sombra, aunque este ya podía darse por muerto si esperaba salir de nuevo de la isla donde había sido confinado.

No obstante, que Maranta se negara a llevar a cabo una investigación sobre lo sucedido a Knigth, en colaboración con Anthony Hilton, no había sido tolerado. Y no es que no deseara que los atacantes pagaran, pero se sentía incapaz de acercarse al capitán Hilton, fuera por trabajo o no.

—Hay que acabar con aquellas pequeñas cabezas que aún asomen.

—Bonita manera de decir que quiere que matemos a…

—¿Nuestros enemigos? —terminó por decir el duque—. Quizás no se acuerde de que tan cerca estuvimos de perder la guerra.

Maranta permaneció en silencio y siguió escuchando las palabras que sin lugar a dudas iban dirigidas a que cambiara de opinión.

—Acepte la misión.

Habría más palabras después de aquellas, quizás una amenaza clara, se dijo Maranta. Por eso le sorprendió que lo que vino detrás fuera:

—Acéptela, y una vez finalizada me aseguraré de que la dejen en paz.

Esta vez sí se volvió hacia él y parpadeó incrédula.

—¿Cómo dice?

—Podrá retirarse donde quiera y jamás volveremos a requerir de sus servicios.

El pecho de Maranta subió y bajó a gran velocidad, solo tres inspiraciones, pero su rostro permaneció imperturbable.

—¿Me dejarán realmente en paz?

Wellington asintió.

—Del todo.

—¿Y van a restaurar mi reputación?

—Su reputación está intacta.

Ella rio con amargura.

—¿Eso cree? —resopló sin poder evitarlo—. Las damas se preguntan el por qué sus maridos tachan mi nombre de cenas y fiestas, cuando son la misma gente que antes se moría por mi presencia.

—Algo se nos ocurrirá, pero le aseguro que, si acepta, mañana mismo su bandeja estará tan llena de invitaciones que no sabrá a cuál acudir.

Ella lo miró largamente, mientras la mirada de Wellington seguía posada en el cuadro.

—La temporada ha llegado a su fin.

—Recibirá invitaciones de las fiestas que nos interese organizar para que pueda…

—¿Sacar y transmitir información? —El duque erraba si creía que no había disfrutado prestando sus servicios después de la muerte de su marido. Ser espía hasta había sido gratificante, pero trabajar con Anthony Hilton, es más de lo que su estómago podía soportar.

A lo largo de esos años había desarrollado un rechazo visceral hacia él, y no quería recordarse a sí misma de donde nacía esa animadversión.

Maranta suspiró.

—Usted me dirá dónde ir, y que decir ¿verdad?

—No seré yo, el mayor Foster se encargará de ello, y también… —Hasta allí quería llevar esa conversación.

—¿Quién más me dará órdenes?

—El capitán Hamilton.

—¡Jamás! —el pequeño estallido de rabia hizo que algunas cabezas se volvieran hacia ella.

—Oh, lady Farrell, pobre pintor, ¿no cree que está siendo muy dura con el artista? —dijo Wellington en voz suficientemente alta como para que todos a su alrededor lo escucharan y hasta rieran de su broma—. No está tan mal. Eso de que jamás compraría un cuadro semejante. No veo el por qué.

Acompañó aquellas palabras con una risa ronca, y los soldados, damas y caballeros que pasaban por su lado se compadecieron del pobre artista mientras saludaban a Wellington y a su acompañante con leves inclinaciones de cabeza.

Poco a poco los asistentes dejaron de prestarles atención, al menos no más de lo habitual tratándose del duque.

—No está en posición de negociar —dijo él en un susurro, consciente de que aún eran el blanco de algunas miradas—. Es una de nuestras mejores espías. Tiene experiencia suficiente como para acabar con los renegados que intentan atentar en nuestra patria. —Espero que ella lo mirara de nuevo para añadir—. Lime asperezas con Anthony Hilton. Lo que pasara… a nadie le importa.

—A mí sí —dijo entre dientes.

Había motivos para detestar al capitán, siempre había detestado a los mujeriegos, pero ese en concreto había seducido a su hermana cuando todavía era una mujer casada. Pero, sobre todo, lo odiaba por…

—¿No puede perdonar? —le preguntó el duque.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No.

—No veo el por qué. A mi entender le hizo un favor.

Maranta se tragó un improperio. La tensión de todo su cuerpo evidenciaba que no estaba a gusto con esa conversación.

—Seguro que no.

—Pero eso tampoco me importa —aseguró Wellington— ¿Sabe lo que me importa a mí y al rey? —preguntó Wellington con indignación.

Ella dejó pasar la pregunta.

—No es un caballero —dijo entre dientes refiriéndose a Anthony Hilton.

—Muy pocos de nuestros hombres lo son. Algunos de nuestros activos más importantes han salido del lodo y no les importa arrastrarse por él para salvar al rey. Y yo valoro mucho eso, señora Farrell.

—Jamás me he sentido tan humillada… ¿Cree que podremos trabajar juntos sin poner en peligro la misión?

—Por su bien, espero que así sea.

Miraron el cuadro con detenimiento, cada uno sumido en sus pensamientos.

—¿Qué decide?

—No tengo alternativa —dijo Maranta—, porque supongo que, si me niego, las especulaciones sobre por qué no soy invitada a los ilustres salones londinenses, continuarán.

La mirada de Wellington le dio a entender que así era.

—Está bien.

—Entonces hay un acuerdo.

—Hay un acuerdo.

La sonrisa del duque fue triunfal.

—Recibirá instrucciones concretas, pero de momento seguro que querrá regresar cuanto antes a Somerset, su amiga Rose va a celebrar pronto una fiesta para sus amigos que regresan a casa después del final de la temporada, y no querrá perdérsela, ¿verdad?

Maranta apretó los labios.

Sobraba decir que, en esa pequeña presentación en sociedad, asistiría su enlace, el capitán Hilton.

—Como guste —carraspeó.

—Entonces hay trato —Wellington se despidió con una inclinación de cabeza—. El mayor Foster y el capitán Hilton se pondrán en contacto con usted.

La sangre de Maranta hervía, no se atrevió a decir nada. Sus piernas le temblaban tanto que se quedó mucho tiempo después, aun frente la pintura, pensando en qué acabaría convirtiéndose su vida.

Así pensó en el futuro, y también en el pasado, en como Anthony había irrumpido en su vida y en como nunca había podido expulsarlo de ella.

Capítulo 2

Lyonel meneó la cabeza en señal de negación.

—No podemos invitar a Maranta y a Anthony —dijo agrandando los ojos mofándose de la idea de Rose—. Al menos no a los dos a la vez.

Rose chasqueó la lengua.

Por supuesto que los invitarían, como habían hecho siempre. Pero, aunque Lyonel se tomara la animadversión entre sus amigos, a broma, lo cierto es que alguna que otra situación se había vuelto incómoda.

—Es una de las primeras fiestas de nuestro hijo Roger Phillip. ¿De verdad vas a elegir entre uno y otro? —dijo Rose, fingiéndose molesta—. ¡No! Deberán comportarse como adultos.

Rose se acercó a su marido quien la abrazó por la cintura.

—Será como desees —Lyonel la besó en la frente.

—Además, si Amanda y Edward pueden asistir juntos después del escándalo que protagonizaron en casa de los Belford, creo que

podemos invitar a quien queramos.

—No creo que Wellington y Napoleón pudieran llevarse peor que esas dos parejas —dijo Lyonel refiriéndose a sus amigos.

Amanda y Edward habían dejado claro que difícilmente se podían comportar con indiferencia cuando estaban en el mismo salón. Que la señorita Amanda Belford decidiera que Edward Chambers era el culpable de que su hermano David se comprometiera con otra que no era ella, ponía las cosas muy difíciles para que se llevaran bien.

Por otra parte, estaban Maranta Farrell y el capitán Anthony Hilton. Desconocían el motivo de su animadversión, pero fue patente desde el principio. Jamás se hablaba de ello, pero era un secreto a voces.

Rose suspiró.

—Se comportarán —fue más un deseo que una certeza.

—¿Tú crees que lo consigan?

—Sabemos que en el fondo son buenas personas.

Lyonel soltó una carcajada que hizo que su hijo Roger Phillip, que estaba en su cuna, riera también. Captando la atención de sus padres, Lyonel se apresuró a tomarlo en brazos.

—¿Ves? Hasta a nuestro hijo le parece absurdo.

Rose suspiró, dándose por vencida.

—Se odian. Pero hay que tender un puente.

—¿Hablas de Amanda y Edward, o de Maranta y Anthony?

—De las cuatro. Por más que lo pienso no sabría decirte cual de ellos podría ser el promotor del próximo escándalo.

—Quizás podamos invitar a lo amigos de Frederick y a los oficiales —Rose pensó en su cuñado—. Puede que a Frederick le vaya bien ver a sus amigos.

—¿Más espectadores para la guerra?

—Se distraerán. Anthony estará ocupado contando sus historias y… —Rose se interrumpió al ver que su marido alzaba una ceja—, ¿qué?

—Pensé que te caía bien.

Ella se rio.

—Y me cae bien, pero no negarás que habla mucho de cualquier tema que la gente quiera escuchar. Quizás por eso Maranta tenga suficiente de él a los cinco minutos.

El coronel Knigth parpadeó pensativo.

—Sí, supongo que le gusta agradar.

—Y agrada a todo el mundo. Anthony es el alma de cualquier fiesta. Podría convencer a un cura manco que se aliste en el ejército.

—¿Un cura manco? —Se echaron a reír los tres. Philip estiró las manitas hacia su padre y pasó de unos brazos a otros—. Si, a Frederick le irá bien distraerse —su semblante se volvió algo más serio—. Estar rodeado de sus amigos, ayudará.

—Incluso si viene David Chambers y Amanda está aquí.

Rose volvió a suspirar.

—David según Frederick, se irá a Londres en breve. Creo que su futuro suegro quiere prepararlo para un ascenso.

—Es un chico competente, creo que gracias a él Frederick no sufrió más daño en esa emboscada.

Rose se preocupó de nuevo por el hermano de Lyonel.

—A Frederick le duele mucho la pierna. No sé si pedir una segunda opinión.

—Su pierna está sanando bien. Solo necesita tiempo.

Rose no era de la misma opinión.

—Yo sé que le duele, aunque intenta ocultarlo.

Sí, Lyonel también lo sabía. Conocía muy bien a su hermano, y por eso sabía que su orgullo le impedía venirse abajo.

—Todo irá bien —asintió el coronel, porque así debía ser—. Manda las invitaciones y pasemos unos agradables días de campo.

—Y recemos para que nuestros invitados no se maten entre ellos.

—Edward Chambers es un hombre de honor, no haría daño a una mosca y mucho menos a Amanda. Vigilemos a los demás.

—Especialmente a Amanda quien puede lanzarle cualquier cosa con la justa provocación.

—Y Maranta y Anthony… bueno, hasta ahora no han llegado a las manos.

—Pero si las miradas matasen… —se burló Rose, inclinándose hacia su retoño y besando su cabecita—. Entonces está decidido. Unos días con nuestros amigos más cercanos y después una cena a los que se añadirán los oficiales…

—¿Has escuchado a mamá? —Lyonel balanceó al pequeño con cariño—. Los tíos tendrán público para sus riñas y desplantes.

—¡Lyonel! —Pero hasta Rose tuvo que llevarse una mano a la boca para no reírse de aquella ocurrencia—. Eres malvado.

—Con público la sangre no llegará al río.

—O llegará al río y se teñirá de rojo —dijo mirándolo con fijeza, pero sin dejar de sonreír.

—No deseo que eso pase, pero asumamos que es una posibilidad.

—Asumamos muchas cosas para nuestra primera fiesta oficial de Phillip.

***

Días después, era bien entrada la mañana cuando en la residencia de los Chambers el mal humor reinaba por doquier. Edward no había perdonado a su hermano haber anunciado su compromiso con la señorita Georgina Swanson, sin antes haber hablado con Amanda.

Amanda Belford, la hermana pequeña de su mejor amigo, Robert Belford, conde de Shepton, llevaba toda la vida enamorada de su compañero de juegos, David Chambers, el hermano menor de Edward.

Sí, David había esperado una regañina, pero eso pasaba de castaño a oscuro.

Su tía Regina había ido de visita unas semanas y también se había puesto de parte de Edward, por lo que ahora, estaban los tres

en el saloncito debatiendo sobre si las acciones del David habían desencadenado el escándalo en casa de los Belford.

—Todavía no comprendo porque la señorita Amanda Belford te golpeó, Edward.

—Pensó que mi hermano era el culpable de que no me casara con ella —dijo David.

—Algo que podrías haber evitado si hubieras hablado con ella antes de anunciar tu compromiso.

David hizo una mueca y guardó silencio. No sabía porque había tenido que volver a salir el tema de Amanda y la bofetada pública que le pegó a su hermano.

La tía Regina meneó la cabeza pensativa mientras se paseaba frente a la ventana.

—Pobre muchacha. ¿Y tú sabías que estaba enamorada de David? —preguntó al volverse de nuevo hacia su sobrino Edward.

—No intentes echarme la culpa a mí de la cobardía de David, tía Regina —le apuntó con la pluma con la que respondía el correo.

—No lo hago, solo quiero saber. —La mirada reprobatoria de Regina cayó sobre David.

El recién prometido tuvo el buen tino de mantener la boca cerrada mientras permanecía sentando en el sofá.

Siempre le había puesto nervioso la tía Regina, tenía apenas cincuenta años, pero se mantenía hermosa y joven, siempre vestía a la última moda, pero desde luego ninguno de los Chambers había conocido a una mujer menos superficial. Se preocupaba por los temas sociales y por la pequeña propiedad en el norte de Inglaterra, que ella sola administraba desde que enviudó.

—Le advertí que hablara con ella —dijo Edward a su tía—. Pero como siempre su hedonismo lo lleva a no hacerme ningún tipo de caso.

—¿Hedonismo? —resopló David—. Me juego la vida por mi país, hago lo que se me pide, y el coronel Swanson ha preferido que adelantemos la boda con mi amada Georgina, para que podamos partir juntos hacia Italia. El capitán Hilton me ha recomendado para una misión diplomática y…

—Y todo eso te impidió decirle a la pobre Amanda que era hora de madurar.

—¡Eso ya lo haces tú por los dos! —Acusó David a su hermano.

—No hago…

—Siempre que viene aquí te las apañas para darle una lección sobre la vida —Edward, gustoso, le hubiera puesto las manos

alrededor del cuello cuando lo vio poner los ojos en blanco e impostar aquella voz destinado a ridiculizarlo—. Que las señoritas no hacen eso, que David tiene pensado dedicarse por siempre a la vida militar, que deberías madurar, no entres por la ventana, no trepes a los árboles…

—¡Cállate de una vez!

La tía Regina los miraba a los dos sin creerse que fueran hombres y no niños peleándose por un juguete.

Suspiró y miró a su sobrino Edward.

—¿Hacías todo eso?

El vizconde soltó la pluma y resopló. Se planteó mentir, pero para qué negarlo.

—¿Cómo no hacerlo? —dijo abatido—. Una vez entró por la ventana de la biblioteca.

—¿Eso hizo? —preguntó algo extrañada—. ¿Está bien de la cabeza?

—Lo está, lo está —le dijo haciéndole un gesto con la mano quitándole importancia. No quería que se llevara una impresión equivocada de Amanda—. Es solo que sigue siendo una niña de doce años, cuando en realidad tiene dieciséis.

—Diecisiete —le corrigió David—. Y cumplirá dieciocho en breve.

—Lo que sea. —Edward hizo un aspaviento con la mano, después volvió a centrarse en su tía—. Siempre ha querido a David, pensó que lo de ser soldado era una etapa.

—No lo es.

—¡Ya lo sé!

—¡Edward! —Regina miró al vizconde con los ojos como platos—. Tú nunca pierdes los estribos.

—Con Amanda sí —dijo David soltando una risita mientras jugaba con un cojín del sofá, lanzándolo al aire, despreocupadamente.

—Como sea —le gruñó a su hermano—. Fuiste un cobarde…

—¡Dejad de llamarme así! —se quejó David—. Le he escrito un millar de cartas estas dos semanas. No me ha contestado ni una. Y cuando fui a verla para pedirle disculpas, su cuñada me miró como si fuera escoria en el talón de su bota.

Bien por Livia, pensó Edward. Siempre le había caído bien esa mujer. Su amigo Robert no podría haber encontrado una esposa más idónea para él.

—¿No te dejó pasar? —preguntó Regina con curiosidad.

—Sí, me ofreció algo de beber, pero reusé. No me querían allí, y me dejó claro que Amanda no iba a bajar. Y Robert no estaba.

—Tuviste suerte —dijo Edward—. Anunciaste tu compromiso en su salón, sin apenas darle tiempo a reaccionar.

Sí, haber anunciado sus planes de boda frente a todo el mundo en la gran fiesta de los Belford había sido un poco desconsiderado, teniendo en cuenta que era la casa de Amanda y que no había solicitado permiso a su anfitrión, el hermano de esta, para anunciar el enlace con Georgina. David lo admitiría.

—Bueno, estuvo mal, pero tampoco fue para tanto.

—Deberías disculparte también con él.

—¡Habla tú con él! —Exclamó David a quien se le estaban acabando las ideas para solucionar el asunto—. Eres su amigo.

—Gracias a ti, tengo que ir casi a diario y pasearme con él por Wells. La gente habla después del comportamiento de Amanda en ese baile.

—Menuda bofetada te pegó —con el cojín se tapó la cara un instante para no soltar una carcajada.

—Eres… —David lo señaló con el dedo y su tía Regina se puso en medio.

—¿Robert Belford te ha negado su amistad?

—No, pero… es raro. Es como si estuviéramos forzados a fingir que nos llevamos bien, cuando en realidad… ¡Nos llevamos bien! —Suspiró el vizconde, frustrado—. Tengo que dejar claro que no existe ningún problema entre el conde y yo, cuando nunca nos ha importado lo que piense la gente.

—Bueno, que os vean juntos y en actitud amigable, ha sido una buena estrategia.

—Cortesía de Livia, la cuñada de Amanda.

—Si las dos familias se distanciaran, quizás la gente buscaría la razón de esa bofetada —dijo Regina—. ¿Qué excusa pusisteis?

Edward gruñó y Regina enarcó una ceja intrigada por su respuesta.

—No es relevante. Pero tendremos que volver a vernos pronto.

—¿Sí?

—Sí —respondió a su tía—. Nos han invitado a la fiesta del pequeño Roger Phillip, el hijo del coronel Knigth.

—No tendré que ir, ¿verdad?

—Ni en broma —lo fulminó Edward con la mirada—. Solo me faltaba otro escándalo. Aunque es dentro de dos semanas y tú ya estarás rumbo a Londres.

—Fue a ti a quien golpeó. —Ante las miradas fulminantes que le dedicaron sus parientes, David optó por retirarse—. Celebro no tener que asistir, pero hoy iré a ver a Frederick, está muy aburrido desde que el médico le prohibió montar a caballo.

—Pobre, si apenas puede andar, como va a montar a caballo —se preguntó Regina.

—Como sea, me retiro ya. Dejo a mi hermano, el vizconde, para arreglar el honor de la familia.

Edward lo siguió con la mirada y resopló al quedarse a solas con su tía.

—Por favor, dime que vas a quedarte y ayudarme con esto.

—Por supuesto —le sonrió con afecto.

Se acercó a su sobrino favorito y le palmeó el hombro con afecto. Su vestido azul parecía resplandecer con los rayos de sol que entraban por la ventana. Su cabellera rubia estaba sujeta en un moño alto y aunque algunas canas salpicaban sus sienes, no podía decirse que fuera una mujer vieja, al contrario, irradiaba juventud y vitalidad.

—Me quedaré el tiempo que necesites. Una no tiene muchas ocasiones para ayudar a la familia.

—Vives demasiado lejos —suspiró Edward, consciente de que había abandonado su finca en el norte de Inglaterra, cerca de Nottingham para ir a visitarlos, y que al marcharse tardaría mucho tiempo en volver a verla.

—Oh, pero eso no va a cambiar —le encantaba Nottingham y ahí pensaba quedarse hasta el fin de sus días—. No obstante, he decidido que voy a quedarme una larga temporada. Para ayudarte con que las aguas vuelvas a su cauce y para…

La pausa hizo que Edward alzara la cabeza.

—¿Para?

—Para buscarte esposa.

—Oh, no.

—Oh, sí —se rio Regina.

Capítulo 3

Después de su conversación con el duque de Wellington, Maranta no dejó de estar inquieta. Solo pensar que tendría que compartir tiempo y espacio con ese hombre…

Alzó la cabeza del delicioso desayuno que su cocinera le había preparado y miró por la ventana. Alice Anderson debería estar a punto de llegar.

Una leve sonrisa estiró la comisura de sus labios hacia arriba. Tenía sentimientos encontrados por su joven dama de compañía.

Maranta había conocido a la señorita Anderson en una de las aburridas veladas de Somerset, donde Amanda y ella intentaban encontrar un rincón donde esconderse y desaparecer. Pero ese rincón resultó estar ocupado por Alice. Esta era una muchacha inteligente y sobria, cuyo padre, el almirante Anderson, había recibido el título de caballero.

Los Anderson tenían una bonita casita en Clevedon, con vistas al mar para que no volviera a añorar su profesión y no dejara sola a

su esposa y a sus cinco hijas. El hijo mayor, John, no vivía con ellos, pues hacía años se había enrolado en la marina.

Cuando Maranta entabló una conversación con Alice, se dio cuenta de que se trataba de una mujer extraordinaria, con grandes planes en su cabeza y metas a las que quería llegar. No se encontraban mujeres así que pensaran que el matrimonio era más bien un obstáculo y no un fin en sí mismo.

En verdad, Alice tenía otras metas.

Quería ser enfermera.

Sobra decir que Maranta pensó que se convertiría en una extraordinaria. Era una muchacha de ojos muy despiertos. Parecía saber juzgar bien a las personas y para sorpresa de sus nuevas amigas, estaba decidida a abandonar su cómoda vida como hija del bien posicionado almirante Anderson y ayudar en el hospital militar de Clevedon en todo lo posible, con conocimientos sólidos sobre el tema. No había titulación posible para las cuidadoras de pacientes, no obstante, el doctor George la había animado a acudir unos meses a Londres para aprender bajo las órdenes de su amigo, el doctor Ferguson, quien se había especializado en paliar el dolor de los pacientes con amputaciones y dolor crónico en las articulaciones, sin el uso del opio.

Maranta sentía admiración por Alice. Nadie le dejaría ser cirujana, pero cuando le ofreció su ayuda para convertirse en médica, ella le sonrió con amabilidad, exponiendo con claridad que se había equivocado al juzgarla.

—Son muchos los que creen que la tarea de una enfermera es ridícula comparada a la de un médico. Yo digo que no hay nada ridículo en cuidar de un paciente que sufre y hacerle más agradable su recuperación, o darle consuelo en sus últimos momentos. Nosotras curamos y cuidamos. Puede que no sepamos como curar sus heridas más profundas, pero ¿acaso las heridas del corazón o de la mente no son igual de importantes? Yo aspiro a eso —le había dicho Alice una tarde, mientras paseaban por la finca de los Belford, donde había sido invitada a pasar unos días con Amanda.

—Y me parece loable —le había dicho Maranta.

—Estoy ayudando en el hospital de Clevedon —le había informado con un tono más sombrío—. Hay soldados de la armada que no han podido recuperarse de sus heridas, y siguen luchando por hacerlo. Pero hay otros… otros están curados, al menos sus heridas físicas no son de gravedad, pero… ningún médico parece darles importancia a las heridas de su mente o corazón —le sonrió con nerviosismo— ¿La aburro?

—No, por favor —Y Maranta sintió que la señorita Alice era la persona menos aburrida que alguien podía conocer—. Continue.

—Verá, hubo un caso de un joven soldado, Phineas Hasper. Estuvo en España. Las heridas de sus piernas eran terribles y su rostro quedó parcialmente desfigurado, consecuencia de una última batalla. Se recuperó de las heridas, pero nunca pudo recuperarse de haber visto morir a su hermano en combate, ni tampoco se reconocía al mirarse en un espejo. Abandonó a su prometida y se convenció de que no merecía la pena vivir. Creo que con el tiempo podría haberle hecho ver que valía la pena seguir adelante.

—Habla de él como sí…

—Murió. O para ser fiel a la verdad, se quitó la vida. —Alice la había mirado con unos ojos almendrados, grandes y profundos—. Decidí que dedicar mi vida a ayudar a los soldados sería mi profesión. Y espero ir pronto a Londres para poder aprender todo lo posible.

—Vaya.

Maranta se quedó impresionada por la determinación de esa joven, y aunque intuía la respuesta, no pudo más que preguntar.

—¿Y qué dice su familia?

Entonces, la expresión de la joven cambió y su sonrisa se volvió radiante hasta convertirla en una risa fresca.

—Entiendo que me haga esa pregunta. No creo que unos padres quieran que su hija, en edad casadera, cambie el matrimonio por una vida de sacrificio y trabajo duro. Pero claro, usted no conoce a mi familia.

No, no la conocía, pero pronto se dio cuenta que los Anderson eran peculiares.

—Entonces, ¿sus padres están de acuerdo?

—Mi madre… ella puso cara de fastidio, porque sabe que cuando se me mete algo en la cabeza, no doy mi brazo a torcer. Mamá, no estaba muy convencida de que ese fuera el camino más directo a mi felicidad. Pero en el fondo, tanto ella como mi padre, siempre nos han inculcado la idea de que podemos ser lo que queramos y tener una vida plena, aunque la sociedad no lo vea del todo con buenos ojos.

—Entiendo —y en verdad entendía, pero le fascinaba que alguien tan joven tuviera las cosas tan claras.

—Yo quiero ser enfermera y lo decidí a los diez años, solo estaba esperando mi momento para poder ayudar en el hospital.

—Vaya, sus padres deben de quererlas mucho —Se sorprendió Maranta al ver que no podrían objeción a su vocación.

—Muchísimo, sí. Pero creo que lo que quiere decir es que parecen muy permisivos —la manera de hablar y sobre todo su claridad de mente, hacían que Maranta quisiera seguir escuchándola.

—Debe reconocer que es inusual.

—Muy inusual, pero ya le digo, los Anderson… somos inusuales.

Maranta comprobó con el tiempo, que así era.

—Mi madre ha convencido a una tía lejana para que me acoja en su casa. Sé que lo hace a regañadientes —se encogió de hombros—. Mi madre no guarda muy buenas relaciones con su familia. ¡Oh, no debería haber dicho eso!

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo. A veces sucede —la aminó Maranta—. Al fin y al cabo, la familia no se elige.

—Bueno, pues si todo va bien, a principios de verano iré unos meses con el doctor Ferguson a Londres, luego volveré con el doctor George Kent. Unos meses en Londres no me matarán, o eso espero.

Maranta se había quedado admirada por la determinación de esa muchacha. Ojalá ella a su edad hubiera podido elegir a qué

consagrar su vida. Desde luego, no la habría consagrado al matrimonio.

Sintió curiosidad por las Anderson y sobre todo quiso ayudar a Alice a terminar sus estudios.

—No sé si sería mucho atrevimiento de mi parte ofrecerle un sitio en mi casa.

—¿Cómo dice? —Alice había dejado de andar y en medio de aquel camino, cerca de la casa de los Belford, sus ojos se agrandaron para mirar a Maranta con detenimiento— ¿Su casa?

—Verá, he pensado que debo volver a Londres unos meses para terminar la temporada. Como necesito una dama de compañía, ahora que Mary se ha marchado para casarse, podría usted ayudarme hasta que encuentre alguien para su remplazo.

Vio como los ojos de Alice se agrandaban ante la expectativa, no de profundizar en su amistad, más bien, Maranta sospechaba que cualquier alternativa sería bienvenida a la de quedarse con su tía.

—Yo…

—Por supuesto, le pagaría —se apresuró a decir—. Tendría un techo y comida. Comida, la que, por supuesto deberá compartir en mi mesa. No me gusta comer sola. Y por lo del tiempo para estudiar, no habría problema. Tengo otras doncellas que se encargan de mi

ropa y accesorios, en realidad, solo necesito compañía para poder ir de visita y que…

—¿No le miren mal? —preguntó Alice, sin dejar de sonreír.

—Veo que me entiende.

—Sí, supongo que en Clevedon la sociedad es mucho más relajada que en Londres, y a veces me parece vivir en un mundo completamente distinto. En mi casa las normas sociales… son bastante laxas.

Alguien que conociera a los Anderson sabría exactamente a lo que se refería Alice.

Ahora, semanas después de aquel último encuentro en Somerset, sentada a la mesa del desayuno, Maranta no pudo evitar sonreír ante el espectáculo que le parecieron los Anderson.

Era como vivir en una opereta. Mujeres peculiares, tan distintas unas de otras, y tan… endemoniadamente inteligentes y cabezotas. ¿Y el almirante? ¡Oh Señor! Era un hombre de mirada tan despierta, una lengua afilada y un porte regio. Tan apuesto que podría haber hecho sonrojar a cualquier mujer.

Desde luego, Alice tenía razón. Sus padres las habían dejado elegir su camino. Si Alice quería ser enfermera, su otra hermana juraba que se le daría muy bien ser institutriz y una tercera…

marino. Esta última lo tendría más difícil, pero al almirante Anderson no parecía ofenderle las aspiraciones de la pequeña Georgina.

Los Anderson eran fascinantes, ruidosos y amigables. Siempre reían y había alguna que otra persecución entre las hermanas para quitarse no cintas del pelo, sino libros.

¡Las Anderson leían!

Leían a Wollstonecraft, novelas góticas y de piratas.

A su padre, el almirante, le encantaban las novelas de piratas y se reía en voz alta guiñándole un ojo a su mujer quien disfrutaba tanto como él. Maranta supuso que, al ser almirante de la marina británica, se habría encontrado con algún que otro corsario.

Ahora, un par de meses más tarde de que Alice se fuera a vivir con ella, se preguntaba como habría pasado toda su vida sin su compañía.

Sin duda la señorita Anderson, que ese mismo día estaba superando el particular examen del doctor Ferguson, era una de las personas más importantes para ella, y a la que le costaría muchísimo renunciar.

Se levantó al ver pasar una sombra corriendo frente a la ventana.

Miró hacia fuera, solo para ver un borrón entrar en su casa por la puerta de servicio. Afuera llovía y sin duda, Alice no querría ensuciarle la alfombra a la señora Howard. No obstante, se podían escuchar los gritos de su dama de compañía desde la cocina.

Maranta no tardó en sujetarse las faldas y empezar a correr hacia el lugar donde provenían los gritos.

No hizo falta llegar más lejos, Alice corría sobre la alfombra del pasillo y se arrojó a sus brazos.

—¡Ya está! ¡He terminado! —gritó eufórica, con lágrimas en los ojos.

El servicio casi al completo salió al pasillo y la aplaudieron.

—Enhorabuena, Alice.

Maranta le devolvió el abrazo con mucho afecto y no pudo evitar emocionarse por ella.

—Oh, Maranta, soy tan feliz.

—¿Entonces te ha ido bien?

Alice la tomó por los hombros sin dejar de sonreír.

—El cascarrabias del doctor Ferguson me lo ha puesto muy difícil, pero me ha dicho que no puede enseñarme nada más. Que soy una alumna excelente y que cualquier paciente debería dar gracias de acabar en mis manos.

Maranta la abrazó de nuevo, alegrándose de que alguien tan exigente como el doctor Ferguson hubiera visto la valía de su amiga.

Se escuchó el profundo suspiro de Maranta.

—Entonces, eso significa que podemos irnos.

Alice la miró con lágrimas de felicidad en los ojos.

—Así es.

Entonces estaba decidido, había terminado la temporada y no había excusa para quedarse en Londres.

Capítulo 4

Unos días después, durante el desayuno, Maranta recibió su primera orden. Por supuesto era una escueta nota de Anthony Hilton. La apretó entre sus manos con deseos de romperla, pero no podía hacer eso. Le había dejado claro a Wellington que ese hombre no sería su superior, pero sin duda debían trabajar juntos, ambos recibían órdenes e información que debían compartir.

—Maranta —dijo Alice al verla de pie junto a la ventana del salón.

—¿Sí?

No era frecuente que la empleada de una dama le dispensara un trato tan familiar, pero Maranta no le había dado más opción cuando la amenazó con despedirla si la trataba con tanta formalidad.

—¿Todo bien? —preguntó Alice que untaba uno de los deliciosos bollos con mermelada.

—Sí, es solo la nota de un amigo.

Alice alzó una ceja.

—Por la cara que has puesto, es de todo menos un amigo.

Maranta chasqueó la lengua.

—Es que, no me cae bien.

La risita de Alice, hizo que ella también sonriera.

Con el tiempo que llevaban viviendo juntas, Alice conocía a todos los amigos de Maranta, igual que sabía muy bien que era una mujer decente y cumplidora con las normas sociales. Si le escribía un hombre, era porque debía ser un pariente y no ningún pretendiente que ella conociera.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada importante, un primo lejano que se interesa por mi salud.

Alice asintió.

Habían sido días tranquilos para Maranta, aunque sabía que estos no iban a durar. Wellington había sido claro, y la misiva de Anthony la alertaba de que se pusiera en marcha.

Querida, señora Farrell.

Seremos invitados al aniversario de nuestro amado Roger Phillip Knigth. Espero que no falte a la cita. Hay temas que debo

tratar con usted.

Su amigo, Anthony.

Amigo. Casi escupe la palabra.

Y como si el diablo siempre tuviera razón, sobre la misma bandeja de plata, donde el lacayo había depositado el correo, Maranta pudo ver una carta con la pulcra letra de su querida Rose.

—Rose Knigth —susurró con una sonrisa.

—¡Oh! ¿Qué cuenta del pequeño Roger Phillip? —Por supuesto, siendo amiga de Amanda, Alice conocía a Rose y sabía que el pequeño heredero crecía sano y fuerte.

—Al parecer quieren organizarle una pequeña fiesta, aprovechando que muchos de sus amigos ya están en sus respectivas casas de campo. —Maranta levantó la cabeza y miró a Alice—. Creo que es una excusa para que sus amigos vayamos a su casa, en vez de desplazarse ellos a Londres.

—No les gusta mucho la ciudad, ¿verdad?

—¿Y a ti te gusta? —se sorprendió preguntando Maranta.

—Por supuesto, hay tanto que hacer, cosas que ver, parques que visitar. —Luego la miró perspicaz—, pero no me agrada tanto como Clevedon.

Maranta agachó los hombros.

—Ya veo.

Alice le sonrió con afecto y alargó la mano sobre la mesa, hasta tomar la suya.

—Deseo regresar cuanto antes, y creo que podría acompañarte hasta la casa de los Knigth. Clevedon no está tan lejos e iríamos juntas la mayor parte del camino. Además, así podría visitar a Amanda. Dios sabe que seguro necesita una amiga.

—O dos —le apretó la mano—. No lo está pasando bien. La última carta de Livia me dejó muy intranquila.

Alice asintió.

—¿Entonces, cuando es la fiesta?

—En tres semanas. Tiempo de sobra para llegar.

Si era sincera consigo misma, ya debería haber partido hacia allí, y la nota de Anthony solo era un recordatorio de que no podía demorarlo más.

Estaba convencida de que, en esa pequeña fiesta, la cúpula de oficiales había alargado sus tentáculos y tendrían un objetivo a

quien sacar información.

Suspiró, sin saber muy bien que esperar.

—Piensas en lo mucho que tardaremos en llegar.

—Al menos no iremos solas, y seguro será un viaje donde podremos pararnos a visitar algunas cosas interesantes.

Alice asintió, muy contenta por las palabras de Maranta. No había tenido nunca muchas ocasiones para viajar, a no ser que lo hiciera para ver a su tía abuela que vivía en Nottingham. Normalmente era su hermana Alana quien visitaba a su tía, quizás porque por su buen carácter, era la única capaz de soportar a la regañona mujer.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó Maranta—. Se termina nuestro tiempo juntas.

Alice intentó que no se le notara la emoción en sus ojos.

—Sí, eso me temo.

—¿Has pensado qué harás después? —Maranta parpadeó, como si acabara de darse cuenta de algo—. No tienes por qué abandonarme. Si es practicar lo que necesitas, estoy convencida de que encontrarás a muchos pacientes dispuestos a contratarte.

Alice se limitó a sonreír y Maranta resopló.

—Conozco esa mirada, Alice. Y no me gusta nada.

—Debo regresar con mi familia.

—¿Por qué? —dijo sin poder impedir que se le notara lo mucho que significaba su amiga para ella—. ¿No te gusta vivir conmigo?

—Oh, me encanta —Alice acercó un poco más la silla hacia Maranta y esta se cruzó de brazos, sabiendo de antemano que la conversación se tornaría seria—. No podría disfrutar más de nuestras charlas. Creo que eres la única persona a la que le interesan mis peroratas sobre anatomía. Pero echo de menos a mis hermanas, el bullicio de nuestra casa.

—Sí, no es que yo sea unas castañuelas, lo entiendo.

Alice se rio al tiempo que se ponía en pie y la abrazaba por los hombros, apoyando la cabeza en la de su amiga.

—Nunca llegarías al nivel de mis escandalosas hermanas.

—Con lo serias que parecéis en los bailes y meriendas con caballeros.

—Pura fachada —se burló Alice.

—Si no os hubiera visto correr descalzas por la casa y bañándoos en el mar…

—Sssh… —le chistó Alice—. No exponga nuestros secretos.

Maranta puso los ojos en blanco, haciendo reír a su amiga.

—Sois una familia muy peculiar.

—Familia a la que quiero volver a ver. Necesito regresar a casa. Quiero estar ahí por Navidad. —le sonrió con ternura—. Además, sabes que allí está el hospital militar por el cual quise hacerme enfermera. Mi deseo siempre ha sido volver y ayudar en lo que pueda.

—Oh, eres demasiado noble.

Alice soltó una risa agradable, como era toda ella, con su rostro ovalado, sus ojos almendrados de un marrón profundo y ese pelo negro azabache heredado de su madre.

—¿Me acompañarás a casa de los Knigth? Será tu último trabajo de dama de compañía, te lo prometo.

Alice se ahorró el decirle que nunca la había necesitado para ir a ninguna parte, pero, de todas formas, estaba tan agradecida con Maranta que asintió de buena gana.

—Está bien.

—Y como has dicho, Amanda necesita amigas —le dijo Maranta.

—Sobre todo ahora que Edith está en América. Debemos animar a Amanda antes de que tome como hábito abofetear a más gente en los bailes.

Maranta hizo una mueca.

—Lo cierto es que fue un buen espectáculo —lo sentía mucho por su joven amiga.

—Uno que me hubiera dado mucha pena ver —dijo sincera—. ¿Crees que la relación con los Chambers ha vuelto a su cauce?

—Lo dudo. Es probable que en su mente, Amanda esté imaginando mil maneras de torturar a David, y otras tantas de aniquilar a Edward. —Suspiró como si no viera solución alguna en un futuro próximo.

—David debió decirle lo de su compromiso, era su mejor amigo, después de todo —dijo Alice que como amiga de Amanda, había seguido durante muchos años aquella relación.

Maranta asintió, pero era muy consciente que por muy sólida que fuera una amistad, había secretos que una no podía revelar ni a su mejor amiga.

—No puedo creer que este sea nuestro viaje de despedida.

—No hay despedidas entre amigos, Maranta. Nos escribiremos y siempre nos tendremos presentes. Además, no es inusual que los Belford me inviten a pasar unas semanas con ellos, coincidiremos algunas veces allí.

—Una vez al año será insuficiente.

—Siempre puedes venir a Clevedon, las Anderson te haremos sitio —se rio animada al pensar en sus hermanas.

Maranta tragó saliva, pero el nudo en el cuello no se deshizo.

Si lo pensaba bien, era mejor que Alice saliera de su vida.

Se adentraría en aguas peligrosas con las misiones que iba a tener que realizar y una dama de compañía siempre pendiente de ella en reuniones sociales, era lo que menos necesitaba.

La partida de Alice, era la excusa perfecta para acudir a reuniones sola.

Después de terminar el desayuno, Maranta tiró la pequeña misiva del capitán Hilton y escribió a Rose anunciando su llegada.

Cuando antes partiera hacia Somerset, antes empezaría su misión y antes podría dejar atrás todo aquel episodio tan desagradable.

El episodio de tener que compartir tiempo y espacio con el capitán Anthony Hilton.

Capítulo 5

Era primeros de agosto y hacía mucho calor. Anthony se pasó el dedo entre el cuello y la corbata de nudo exageradamente complicado y miró por la ventana entreabierta.

—Me alegro de que hayas venido, capitán.

Anthony miró muy serio a Frederick. Estaban en su habitación y si prefería ver el paisaje desde el dormitorio de Frederick, era porque la alternativa era estar pendiente de su amigo.

Apretó los puños a su espalda y los dientes.

Verlo así le desgarraba el alma.

Se estaba consumiendo.

Se encontraba recostado en la cama, en la habitación que ocupaba en casa de su hermano, el coronel Knigth. Hacía semanas que Frederick estaba enfermo. La herida de su pierna hizo que pensaran que no iba a volver a caminar, y mucho menos cuando el médico habló de amputación. Por suerte Frederick se negó en rotundo y Rose convenció a Lyonel, para que no diera su

consentimiento de hacer la intervención en contra de los deseos de su hermano.

Así Frederick había agonizado por la fiebre y se habían vivido momentos verdaderamente tristes. Pero superada la infección, se fue recuperando. Al menos quedó fuera de peligro, porque Anthony sabía que el dolor persistía.

Lo veía, no en su expresión que no era de sufrimiento, pues como espía era innegable sus dotes de actuación, sino que lo sabía por la tensión de su cuerpo, sobre todo de su mandíbula y hombros.

Frederick sufría y él solo quería descuartizar a los miserables que le habían hecho eso.

—No le veo contento, capitán —intentó burlarse Frederick, siempre demostrando estar predispuesto al buen humor.

—Y tú me hablas de estar contento —se tragó una maldición, pues sabía que era el ánimo de Frederick quien lo tenía postrado en cama más que la herida en la pierna.

El pequeño de los Knigth respiró hondo y su expresión se volvió algo más severa.

—Ya que estás aquí —le dijo Frederick—, ¿qué se sabe acerca de nuestros asaltantes?

—Franceses —se animó a decir Anthony, acercándose a los pies de la cama.

Después desvió la mirada hacia la ventana, incapaz de seguir viendo al que había sido un hombre fuerte y sano.

—Ya veo.

—Dos de ellos —le informó más concretamente—, el tercero era inglés.

Frederick cerró los ojos.

—No me digas que debemos luchar contra nuestros propios compatriotas.

—Traidores —escupió Anthony—. Al parecer las ideas de Napoleón han calado en ciertas personas.

Frederick y Anthony se miraron por un instante, sin querer reconocer que algunas de esas ideas no les parecían tan descabelladas e injustas. Pero lo que pasa es que el poder corrompe y una buena idea, sobre todo si sale de la mente de un tirano, no tarda mucho en arrastrarse entre la podredumbre.

—Esos… traidores son, ¿personas influyentes? —quiso saber.

—Eso tendremos que averiguarlo —Anthony le sonrió mientras daba un par de pasos para situarse a su lado y apoyar la mano en el hombro—. Tengo una misión.

Frederick, que ahora tenía su mismo rango lo miró sabiendo que no había nadie mejor que él para atrapar a los que le hicieron esto.

—Estaba muy cerca, estoy seguro de ello, por eso nos emboscaron.

Anthony asintió.

—El mayor Foster, o más concretamente Willington, quiere que Napoleón se quede en Santa Elena y no salga nunca jamás de allí.

—¿No lo queremos todos?

—No todos, por eso hay que estar atentos.

Frederick sabía que Anthony ocultaba algo con aquellas palabras, y después de casi perder la vida a manos de esos mismos hombres que él iba a perseguir, pensaba merecerse una explicación.

—Los vas a atrapar, ¿verdad?

—Es mi intención. —Se pensó unos instantes si contar a Frederick sus avances, pero finalmente se decidió—. Hay movimientos de armas, no sabemos si están planeando formar un pequeño ejército de simpatizantes para ir a buscar al mismísimo Napoleón. Otra posibilidad es que se preparen para tomar el poder en Francia en su nombre. Lo que sí sabemos es que hay hombres en

este país que aportan dinero y sus influencias para conseguir armas para ese fin.

Frederick se estiró en la cama y su mano instintivamente voló hacia su rodilla. No hacía falta verle la mueca de dolor para saber que sufría.

—No te preocupes, Frederick. Pagarán por lo que han hecho, y no pienso consentir que nadie más salga herido. Acabaremos con estos intentos de revuelta antes incluso de que puedan salir a la luz.

Su amigo asintió.

—Confío en usted, capitán. —Uso el tono formal que usaría cualquier soldado con su superior, aunque después de su misión en Elba, Frederick había recibido el rango de capitán.

La sonrisa débil de Frederick le dejó claro que tenía que dejarle descansar. Pero, por otra parte, Rose había insistido que pasara tiempo con él. Que no era tanto su malestar físico, como el anímico lo que la tenía preocupada.

Sin intención de abandonar el dormitorio, Anthony se apartó, sentándose junto a la ventana y ojeando la pila de cuatro libros que seguramente Rose había dejado ahí. No pudo echarles un vistazo antes de que el sonido de los cascos llamara su atención.

Mientras Frederick dormitaba, él se puso de nuevo en pie y miró hacia fuera.

Frente a la entrada de la casa, un carruaje con el escudo de alguien, a quien conocía muy bien, se paró.

No pudo evitar sonreír.

—Ahí estás —las palabras sonaron más bien en su mente que en la habitación.

Su compañera en ese viaje acababa de descender del carruaje, y tras ella, otra dama menuda, tan bella como ella.

—¿Quiénes son? —preguntó Frederick con somnolencia.

—La señora Farrell y la que parece su nueva dama de compañía.

Frederick sonrió.

—Bien… bien… Me cae bien esa mujer —dijo, refiriéndose a Maranta.

—A mí…

Las palabras de Anthony murieron en sus labios antes de saber qué estaba diciendo. Miró por encima de su hombro y Frederick ya tenía los ojos cerrados otra vez.

Respiró hondo.

¿Le caía bien Maranta? Ojalá pudiera responder a esa pregunta.

Él… amaba a Maranta, pero ¿le caía bien?

Su respiración fue errática, carraspeó para quitarse esa opresión del pecho. Se centró en ella al verla avanzar hacia la entrada de la casa.

Sí, era indudable de que llevaba mucho tiempo enamorado de ella. ¿Lo había confesado a alguien alguna vez? Por supuesto que no. No era estúpido, siendo quien era, cualquiera de sus enemigos la hubiera podido utilizar en su contra.

Oh, Maranta… Su escurridiza y astuta rival.

La siguió observando.

Vestía de un profundo color azul, llevaba guantes de redecilla que no hacían más que llamar la atención hacia sus delicadas manos. Su cabellera azabache estaba a medio recoger y caía en cascada sobre su espalda.

Oh, mentiría si dijera que no había pensado en infinidad de veces como sería pasar sus dedos por aquellas hebras negras, disfrutar de su suavidad, de…

Carraspeó al sentir como el deseo lo inflamaba.

—Mierda.

Si ella viera en algún momento sus sentimientos, era más que probable que buscara una zanja donde tirar su cadáver después de dispararle en el corazón.

Eso lo hizo reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Frederick que había vuelto a despertar.

Anthony no se animó a responder con la verdad.

—Nada, solo pensaba que pasaremos unos días muy divertidos. Tu hermano y tu cuñada, son amigos de personajes de lo más pintorescos.

—Te refieres a ti, ¿verdad?

Anthony rio.

—Entre otros.

Instintivamente se golpeó el pecho delicadamente con la palma, en el lugar donde guardaba las instrucciones del mayor Foster.

Su expresión en algún momento debió cambiar, y al desaparecer Maranta de su campo de visión, se volvió a encontrar pensativo.

Tomó asiento junto a la cama de Frederick y fue incapaz de adivinar cuantos minutos u horas habían pasado. Pero su mente

vagó hacia las estrategias de su nueva misión. Releyó la carta del Mayor varias veces.

No fue consciente de que Frederick había vuelto a centrarse en él hasta que lo escuchó hablar.

—¿Malas noticias, Anthony?

Alzó la mirada lentamente hacia su amigo, con la carta tocando sus labios.

—Nada que no pueda controlar.

Pero mentía.

Nadie controlaba a Maranta Farrell.

Tampoco él podía controlar a su corazón cuando ella estaba cerca.

***

Maranta abrazó a Rose con cariño y después acarició la carita del pequeño Roger Phillip, que la miraba con ojos vivarachos.

—¿Se os ha hecho largo el camino?

—A duras penas —dijo Maranta, sin perder la sonrisa—. Hemos estado disfrutando del viaje, y por eso hemos tardado dos

días más de lo necesario. Hemos visitado Salisbury.

—No sabes cuanto me alegro.

Rose miró a Alice y se alegró de volver a verla.

—Me han dicho que has pasado dos meses bajo la tutela de un doctor.

—Bueno, tengo mucho que aprender, pero al menos no podrán decirme que no he estudiado para trabajar en un hospital —respondió Alice con cierto entusiasmo—. Quería agradecerle que hiciera extensiva su invitación.

—Faltaría más, siempre es un placer tenerte aquí.

Maranta estuvo de acuerdo.

—Alargaré tu estancia cuanto pueda —aseguró. Miró de nuevo a Rose—. Alice me abandona para trabajar en el hospital militar. Estará cerca de su casa, pero lejos de mí. Creo que voy a estar muy deprimida.

—No lo estarás —aseguró Alice, con su mirada crítica, sabiendo que lo decía en broma.

—Quien sí está algo deprimida es Amanda —las sonrisas de las damas perdieron su lustre.

—No lo está pasando bien, ¿eh?

—No —dijo Rose con pesar—. Lo cierto es que no. Ni siquiera la visita de su prima Violet consigue hacer que recupere el tono alegre de siempre. Ha dejado de trepar a los árboles.

—Eso sí que es grave —y lo peor es que Alice no estaba bromeando.

—Lo es —aseguró Rose—. Y es realmente doloroso saber que ha perdido toda ilusión por hacer de las suyas. Estará encantada de verte. Livia juró que ya no sabía qué hacer con ella.

—Es muy triste lo que ha pasado, pero supongo que con el tiempo todo irá a mejor —Aseguró Maranta.

—Cierto. Es una joven inteligente y de espíritu luchador, será capaz de sobrellevarlo, confío en ello.

—Soy de la misma opinión.

—Me ha dicho Lyonel que tanto Edward, como Robert, hacen sus mejores esfuerzos para pasar tiempo juntos y que las dos familias no se vean perjudicadas por el escándalo, sobre todo la reputación de Amanda.

Maranta y Alice se miraron. Por supuesto que su reputación había sufrido. Nadie pega a un vizconde en público y sale airoso de ello, sea hombre o mujer.

—¿Llegará pronto? —quiso saber Alice.

—La invité a quedarse con nosotros antes de la fiesta y aunque no parecía muy animada, yo sé que ahora que habéis llegado, todo irá a mejor. ¿No es cierto, cariño? —preguntó Rose a su hijo, como si este tuviera la respuesta.

El niño soltó un pequeño grito y las tres mujeres sonrieron. Unas más que otras. A Alice no le gustaban demasiado los bebés, no sabía qué hacer con ellos, pero se suponía que cuando una era madre el instinto salía a flote. Esperaba que le pasara eso, porque si no veía muy difícil desear compaginar su trabajo en el hospital, con el de ser madre.

Maranta por su parte miró al pequeño Roger con los ojos llenos de ternura. No había tenido hijos de su matrimonio y, aunque jamás lo admitiría en público, nada le hubiera gustado más que ser madre. No obstante, le horrorizaba el hecho de que su esposo hubiera sido padre, y tener a su merced a una criatura inocente más a la que maltratar.

—Maranta… —Alice tocó la mano de su amiga. De pronto, su expresión se había tornado oscura, con un deje de miedo en el brillo de sus ojos—, ¿estás bien?

También había preocupación en la mirada de Rose.

—Sí, sí —suspiró y les dedicó una débil sonrisa a ambas.

—Te has quedado absorta.

—No es nada, el viaje ha sido largo.

—¡Que egoísta soy! —se quejó Rose—. Por supuesto que debéis descansar. Asearos y tomad un refrigero. Os he preparado vuestras habitaciones una al lado de la otra, para que os sintáis acompañadas.

—¿Vendrán muchos invitados? —preguntó Alice.

—No —negó con la cabeza, Rose—, será algo íntimo.

Era por todos sabidos que en las grandes fiestas del mundo rural las habitaciones se llenaban a rebosar, hasta el punto de que los invitados de la misma familia se veían forzados a compartir habitaciones.

—El capitán Hilton ya ha llegado, y espero que pronto lo hagan Amanda, Violet y Livia, acompañadas de Robert, por supuesto.

Maranta intentó forzar una sonrisa, pero a ninguna de sus dos amigas le pasó desapercibido el mohín que había hecho al ser nombrado el capitán Hilton.

Alice sabía que no se llevaban nada bien, y sobra decir que Rose, era plenamente consciente de ello. Pero ninguna de las dos se atrevería a sacar a relucir el asunto abiertamente. Aunque Rose

sentía cierta curiosidad por ese encuentro. No era un secreto para sus amigos que nunca hubo simpatía entre ellos, especialmente por parte de Maranta.

—Estoy deseando ver a Livia, y debo reconocer que Violet me pareció una gran mujer.

La prima de Amanda y había acudido en su ayuda cuando Robert se lo pidió, y es que no deseaba que su esposa Livia se echara encima toda la responsabilidad de preparar la primera temporada de Amanda.

Rose las animó a ambas a levantarse.

—Ha sido un viaje largo, después tendremos tiempo de sobras para hablar. Lyonel está al caer, ha tenido que visitar a uno de los arrendatarios, pero estará encantado de veros en la cena.

En su mirada, Maranta notó que su amiga Rose quería comentarle algo, pero quizás fuese la presencia de Alice quien la frenaba.

—¿Hablaremos antes de la cena? —preguntó Maranta.

Rose asintió.

—Por supuesto —le sonrió con su hijo todavía en brazos—. Ahora sube a descansar, y tú también señorita Alice. Haremos que os suban algo de comer después del baño, ¿verdad que sí,

querubín? —Rose las acompañó hasta las escaleras centrales de la casa con su hijo en brazos.

Las observó subir a la primera planta donde se encontraban las habitaciones. No podía despreocuparse de lo que veía en los ojos de Maranta, ni tampoco en los que había visto durante los últimos dos meses en Amanda. Sus amigas la necesitaban y haría todo cuanto estuviera en su mano por ayudar.

—Tú también ayudarás, Phillip. Ya lo verás. —Mientras le hablaba a su hijo, Rose caminó de nuevo hasta el salón mientras las dos damas subían acompañadas del mayordomo hasta sus habitaciones.

Cuando Alice entró en la suya se quedó con la boca abierta.

—No me merezco algo tan bonito.

—No seas tonta —la amonestó Maranta desde su propia habitación. Había abierto la puerta y ambas estancias se comunicaban.

—Son bonitas, ¿verdad?

—Mucho.

Las habitaciones estaban en el primer piso, y a Maranta le gustó saber que le habían dado la de siempre, con vistas al jardín y

el papel pintado de la pared de un hermoso color gris perla con motivos florales.

—¿Te importa si me tomo una pequeña siesta?

Maranta se echó a reír.

—En absoluto. ¿Te aviso cuando me haya bañado?

—Sí, por favor —dijo Alice—. A no ser que quieras que te ayude…

Maranta puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo me has ayudado tú en mi aseo personal?

Esta vez fue Alice quien se echó a reír.

—Nunca. Pero, como mis últimos días como tu dama de compañía, tengo que preguntar qué puedo hacer por ti.

Maranta meneó la cabeza, mirándola divertida, mientras iba cerrando lentamente la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

Cuando quedó a solas, suspiró.

Ella también estaba agotada. Un baño sería de agradecer.

Tal como había ordenado Rose, no tardaron en subir la bañera de latón y la colocaron entre la chimenea y los pies de la cama. El hogar estaba encendido a pesar de estar en pleno verano, y es que, con los nubarrones en el cielo, ese día la temperatura había descendido notoriamente. De todas formas, la habitación

estaba lo suficientemente caldeada como para sentir que la temperatura era agradable después de rozarla con los dedos.

Se desnudó y despacio, empezó a meterse en el agua, mientras el líquido y tibio elemento la envolvía.

Cuando ya estaba con el agua cubriéndola hasta el pecho, escuchó la puerta de la habitación abrirse.

—Gracias por la ayuda, pero me bañaré sola.

Maranta suspiró al escuchar que la hoja de madera volvía a cerrarse.

Se sumergió por completo, empapando su cabellera oscura. Apoyó la nuca en el borde de la bañera, revestida con suaves paños y dejó que todos sus músculos se relajaran y sus preocupaciones desaparecieran.

Pero eso no fue posible. La sonrisa irreverente de Anthony apareció en su cabeza, seductor y petulante y volvió a suspirar.

Tomó entre sus manos el jabón de lavanda, dispuesta a ignorar esa intrusión en su mente.

Se frotó el cuerpo para quitarse el polvo del camino, y procedió a lavarse el cabello. Pronto el agua se tiñó de color blanco a causa del jabón aromático. Respiró hondo y cerró los ojos al terminar.

Le encantaba bañarse por las tardes, cuando el sol empezaba a ocultarse y salía del agua cuando esta estaba casi fría y la noche había ganado al día.

Por fortuna, estaba lo suficientemente caliente todavía como para seguir relajada un tiempo más, hasta que, de nuevo, el recuerdo de Anthony no se lo permitió.

Ese hombre era tan insufrible como apuesto, y lo odiaba tanto como… ¿lo deseaba? Volvió a sumergirse por completo en el agua. Cuando sacó la cabeza y los hombros, el calor de su piel seguía allí, producido por las extrañas sensaciones que ese hombre le provocaba. Quizás si no la hiciera sentir de esa manera, podría fingir mejor su indiferencia. Pero desde que se conocieron, había algo entre ellos, algo que jamás reconocería, ni siquiera en la intimidad. Quizás por orgullo, quizás porque se sentía la peor de las mujeres por desear a un hombre así quien había cambiado su destino para siempre.

Porque lo deseaba. Si había en el mundo alguien que hiciese latir desbocado el corazón de Maranta, ese era el capitán Hilton.

Cerró los ojos y esta vez permitió a su mente volar. ¿Cómo sería estar con un hombre así? De hecho, ¿cómo sería estar con un hombre que una deseara?

Ella jamás había sentido deseo por nadie. No comprendía por qué su hermana vivía tan alegremente esa faceta de su vida. El sexo para ella era solo era un medio para engendrar, para su hermana Claudia una forma de buscar placer.

¿Placer? Ojalá llegara a comprender el significado de esa palabra.

Sin duda, Anthony debía ser un maestro en las artes amatorias, y ella sería una diligente alumna, dispuesta a aprender todo lo que él tuviera a bien enseñarle.

—¡Oh! ¡Maranta! —Se reprendió por solo pensarlo.

Eso jamás le sucedería a ella. A pesar de la atracción que Anthony ejercía sobre Maranta, no pasaría. Jamás.

Suspiró, y no pudo evitar que sus labios dibujasen una sonrisa de satisfacción al pensar que sí sería un auténtico placer arrancarle los ojos a ese hombre.

Sí, pensó, cerrando de nuevo los ojos, *eso sería maravilloso.*

Se relajó todo el tiempo que pudo, hasta que una voz familiar la sacó de sus ensoñaciones.

—Siempre es un auténtico placer verla, señora Farrell.

Capítulo 6

Maranta ahogó un grito. Se dio la vuelta de inmediato para encontrarse al capitán Hilton apoyado contra el poster de la cama, con esa sonrisa de adolescente endiablado que tanto la enfadaba.

—¿Qué demonios hace aquí? —la indignación se reflejaba en el tono de cada sílaba.

Se hundió de nuevo en la bañera y por instinto se cubrió los pechos con ambos brazos.

Ambos mantuvieron sus miradas fijas, uno en los ojos del otro. La diferencia visible entre ellos es que Anthony seguía sonriendo y Maranta, no.

—No puede llevarse a engaño sobre por qué estoy aquí, señora Farrell.

—Ah, ¿no? —dijo Maranta apretando los dientes con fuerza.

Por como ladeó la cabeza, era evidente que los ojos de Anthony la lamían como si estuviera desnuda. De hecho, lo estaba, pero él no pudo ver lo que se escondía bajo el agua lechosa a causa

del jabón de lavanda. Y, ojalá tampoco pudiese ver en su rostro, que había estado pensando en él, minutos antes de que apareciera de forma abrupta en su habitación.

—Yo creo que es evidente.

Se sintió inquieta por si lo evidente era su sonrojo a causa del ardor que había despertado en ella durante el baño.

—Sí, viene a molestarme —le espetó, Maranta—. Es su pasatiempo favorito.

Algo parecido al dolor cruzó los ojos del capitán, pero enseguida volvió a su pose de siempre, despreocupada y pícara.

—Oh, esa lengua tan dulce… En verdad la he echado de menos —Se inclinó hacia ella, aún con los brazos cruzados.

—¡Pare!

Maranta se revolvió en el agua, extendió el brazo con los cinco dedos separados, como si quisiera empujarle, aunque él seguía junto a la cama, a más de dos metros de la bañera. Tragó saliva, molesta consigo misma por sentirse tan nerviosa.

Anthony se acercó otro paso para disgusto de Maranta. Por fortuna el jabón había colorado el agua de marfil y su desnudez seguía a salvo bajo el agua.

Anthony se quedó mirando la expresión indignada de su rostro, pero al poco sus ojos acariciaron las curvas de sus hombros y entreabrió la boca al visualizar la redondez de sus pechos, que se esforzaba por ocultar.

—¡Deje de mirarme!

—Oh —le sonrió—. Y usted deje de gritar —sin dejar de sonreír burlonamente, Anthony miró la puerta que daba a la habitación de Alice—. ¿Quiere que su dama de compañía venga al rescate?, ¿qué dirán nuestros amigos?

—Que es un miserable patán —escupió entre dientes—. Por lo tanto, no descubrirían nada nuevo.

Anthony abrió la boca y se llevó una mano al pecho, fingiéndose ofendido.

—Qué horror, ¿creen que piensan eso de mí? —su risita le puso los pelos de punta—. Yo creo que me adoran —aseguró sin atisbo de duda.

—No tienen criterio —bufó ella, apartando la mirada.

—También son sus amigos.

Con los labios apretados Maranta esperó pacientemente que se cansara de molestarla y se marchara de su alcoba, pero parecía tener otros planes. Pues se sentó cómodamente en la cama.

—¿Va a pasarse ahí todo el día?

Oh, era increíble.

—No hay vistas mejores en toda la propiedad de los Knigth.

—Mire —volvió la cabeza de nuevo hacia él y lo fulminó con la mirada—, diga lo que tenga que decir y lárguese.

Anthony alzó una ceja, muy consciente de que si Alice no se había despertado con esas voces, es que dormía como una marmota.

Anthony se echó hacia delante, con las piernas separadas y los codos apoyados sobre sus rodillas.

—¿Quiere que nos encuentren en esta situación tan comprometida?

—Situación que ha provocado usted.

—No lo niego, e incluso podría ser beneficioso para ambos.

Ella negó con la cabeza. Le horrorizaba esa idea, pero no iba a descartar tan pronto que esa fuera la intención de aquella visita inesperada.

—Deje de decir tonterías y acérqueme la bata. ¡Vamos!

Anthony enarcó una ceja inclinándose hacia ella.

—No me gusta ese tono.

Maranta cerró los ojos y apretó los dientes.

Un día de esos, no muy lejano, le daría una lección que jamás olvidaría, pero de momento ¡necesitaba una maldita bata!

—Le pido que se marche.

—No, creo que no —se encogió de hombros—. Mejor hablemos de lo que va a suceder.

Cuando ella no respondió, Anthony se levantó hasta que sus piernas tocaron la tina. Desde donde estaba podía observar a Maranta desde una posición bastante privilegiada. El agua ocultaba sus curvas, pero no así aquellos enormes ojos que siempre lo habían fascinado tanto.

Sin decir una sola palabra, se puso en cuclillas para que sus cabezas estuvieran muy cerca, la una de la otra.

—¿Qué hace?

—Hablar con usted —dijo sin más, en un tono tan bajo que parecían compartir un inviolable secreto.

—Deje que me vista y…

Anthony metió un dedo en el agua para comprobar la temperatura y lo movió con parsimonia. Las pupilas de Maranta se dilataron y se revolvió bajo el agua, temiendo que pudiera rozarla en alguna parte.

—¿Qué hace?

—Nada —se mofó—, solo quiero que me preste atención.

—¿Y tiene que hacerlo mientras permanezco desnuda en la bañera?

Él gruñó, como si la palabra *desnuda*, le supiera a miel en su boca.

—Así es.

—¿No puede esperar a que salga y me vista? —ella apartó la mirada, pero la sensación de ser observada con fijeza, no desapareció.

—No.

—¿Por qué motivo?

—Porque me divierte.

Molesta, pero incapaz de moverse, Maranta apretó los labios.

—Es usted insufrible, pero tiene mi atención. Diga lo que haya venido a decir y haga el favor de marcharse.

—Bien —suspiró el capitán—, pues como iba diciendo, hablemos de lo que va a suceder.

Escuchó como Maranta tomaba aire por la nariz y lo soltaba abruptamente, con esa mirada tan suya clavada de nuevo en la de él. Juzgándole, decidiendo qué huesos de su cuerpo iba a partir primero.

—¿Y qué va a suceder? —preguntó, al ver que Anthony se distraía de nuevo y volvía a intentar adivinar que se ocultaba bajo el agua.

Anthony la miró, esta vez sin sonreír, pero no era tonta. Tal y como había dicho, se estaba divirtiendo.

—Tengo noticias del mayor Foster —dijo en un susurro.

—¿Tan pronto?

Él se encogió de hombros.

—Solo… cuatro instrucciones básicas —se apresuró a decir—. Pero deberemos esperar a que nos den instrucciones más concretas. Lo que significa que disfrutaremos de la fiesta.

—¿Cuáles son esas instrucciones básicas? —quiso saber.

Él sonrió, como un lobo. Como alguien que saborea una victoria aún no proclamada.

—Yo dirigiré la operación.

Maranta no protestó y a Anthony le fascinó ver como la comisura de sus labios se estiraba, formando una sonrisa, tan falsa, como hermosa era ella.

—Sobre mi cadáver, capitán.

A Anthony no le pasó desapercibido el sutil movimiento de su cuerpo. Se había inclinado hacia él.

Estaba más cerca.

Lo miraba más intensamente.

—Yo dirigiré la operación, pero —dijo Anthony como haciéndole ver que no la había dejado terminar—, no le daré órdenes.

Satisfecha por esa aclaración Maranta volvió a reclinarse contra la bañera y lo miró más satisfecha que antes.

—Ya decía yo.

—No sé como se las ha ingeniado, pero, aunque dirija la misión, no voy a ser su superior esta vez.

—Por supuesto que no —lo miró tan fijamente que podría distinguir los diferentes tonos de sus ojos—. Ni esta, ni nunca.

—No se crea, yo llevo al mando de las misiones más de una década. ¿A quién le ha pedido no estar bajo mis órdenes?

Ahora quien parecía divertirse era Maranta.

—Usted hablará con los enlaces, me informará y decidiremos el próximo movimiento —dijo ella—, pero como bien le han informado, no soy su subordinada.

—¿A quién le ha pedido el favor para alejarse de mis garras? —insistió Anthony entre divertido y curioso— ¿A Rogers? ¿A…?

—Wellington.

La mandíbula de Anthony se tensó. No porque se viera obligado a consensuar con su socia todos sus movimientos, sino porque Wellington le había concedido demasiado poder. ¿Por qué? ¿Acaso, era un favor? ¿A cambio de qué? ¿Eran amantes?

Cerró los ojos, molesto por sus pensamientos.

—Solo recibo órdenes del duque —le informó Maranta—, incluso si no me gustan las órdenes del mayor Foster, ya me encargaré yo de tomarme la licencia de esquivarlas. Así que guarde esa lengua envenenada para alguien a quien le importen sus amenazas.

Anthony acercó su rostro al de Maranta.

—Yo no amenazo, señora Farrell.

Maranta aprovechó para empujarle con fuerza y verle caer de espaldas. Se puso en pie como una exhalación y tomó la toalla para cubrir su cuerpo desnudo. La agarró con fuerza, como si temiera que él pudiera arrancársela en cualquier momento.

Con un chasquido de su lengua, Anthony se puso en pie, molesto porque había bajado la guardia y ella había conseguido una posición mucho menos vulnerable.

Se sacó una carta de su chaqueta y extendió el brazo para tendérsela.

La sostuvo a la altura de sus ojos y ella se la arrebató con rabia.

—¿Qué demonios es esto?

—Para usted —Antes de poder preguntar de quien era, el capitán se lo dijo—. Del mayor Foster, nuestro superior directo. Ya veremos como se las ingenia para desobedecer.

Bueno, puede que se hubiera tirado un farol. Difícilmente desobedecería a Foster, pero Maranta aún podía recurrir al duque si encontraba sus órdenes fuera de lugar.

Después de que ella la tomara con su mano y empezara a leerla, aun sujetando la toalla sobre su pecho, Anthony habló de nuevo.

—Como verá debemos coordinarnos para sacar la máxima información de utilidad posible. —Él sonrió al escucharla soltar un sonido muy parecido a un gruñido—. Creo que puede prepararse para asistir a bailes y más reuniones campestres de las que podría soñar.

Esas palabras hicieron que apartara la mirada de la carta y la clavara en Anthony.

—¿Juntos?

—No me diga que piensa despreciar el placer de mi compañía —se fingió ofendido.

De nuevo esa sonrisa irreverente que tenía el poder de hacerla temblar de arriba abajo, y al mismo tiempo desear sacarle los ojos con la cucharilla de remover el té.

—Su compañía, jamás ha sido un placer para mí.

Él ladeó la boca en una mueca de disgusto, no tan fingido como le quería hacer creer.

—Sea como sea, las instrucciones son esas. Una mujer tan inteligente como usted…

Maranta alzó la mirada y lo observó suspicaz.

—¿Qué?

—Sabe que tendrá que hacerse pasar por mi amante.

—No —fue lo único que se le escapó de la boca, antes de cerrarla y desviar la mirada.

—Sí. Asistiremos a fiestas donde… las esposas no están invitadas.

Maranta resopló.

—Fiestas a las que usted está muy acostumbrado.

—No le mentiré, son más entretenidas que los encorsetados bailes de Almack’s.

Al ver que Anthony alzaba una ceja, Maranta parpadeó, hilando pensamientos.

—Wellington.

—Lo hizo a propósito —Anthony se cruzó de brazos y de nuevo se apoyó en el poste de la cama.

—Me retiró las invitaciones de la temporada para que aceptara esta misión —aclaró ella sabiendo a que se refería el capitán.

—Hizo que los buenos hombres bajo su influencia, prohibieran a sus esposas que la invitaran a sus cenas y bailes, por varias razones. Presionarla para que aceptara, obviamente, pero también para que su reputación de dama intachable se… ¿ensuciara un poco?

—Maldito sea.

Anthony asintió.

—Solo un poquito Maranta —ella lo fulminó con la mirada y él elevó las palmas en señal de rendición—. Señora Farrell, solo ha perdido un poco de lustre, el suficiente como para ser invitada a mis fiestas favoritas, con las amantes de la gente a quien debemos investigar.

No lo había visto venir.

—Tendré suerte si vuelvo a recibir alguna invitación de alguien decente después de esta misión.

—Ser decente siempre me pareció aburrido.

—Por supuesto —le espetó ella—. Decencia es una palabra asociada al honor que a usted le falta.

Una vez más esa sombra negra cruzó los ojos de Anthony, pero Maranta se mantuvo firme, y no buceó en el dolor que había visto en más de una ocasión.

—Hágase a la idea de la naturaleza de esta misión.

—Si se atreve a tocarme… —avisó Maranta con un tono dulce que era del todo falso—, pediré indulgencia a Wellington después de clavarle un cuchillo en el corazón. Queda advertido.

Anthony se revolvió, y Maranta no tuvo muy claro si le había desagradado la amenaza.

—Lo que hagamos, será… fingido.

—No haremos nada.

—Solo unos cuantos roces en público, unos besitos —se rio como un niño.

Cuando Anthony avanzó un paso, Maranta fue lo suficientemente rápida como para tomar un abrecartas y llevarlo al cuello del capitán.

Él no se movió, pero tampoco dejó de sonreír.

—No está afilado.

—La próxima vez, lo estará —dijo Maranta, con tono serio.

—Lea la nota —retrocedió, pero ella no se relajó en absoluto —. Esperaremos aquí que el Mayor nos informe de cuando y donde se pondrá en marcha nuestro plan.

Al ver que Maranta volvió a mirar la carta, imaginándose cual sería la estrategia y lo que tendría que hacer, Anthony continuó hablando.

—Creo que el Mayor está organizando una velada especial con todos los sospechosos.

—Y por supuesto, nosotros estaremos invitados.

—Cuando se sepa la fecha acudiremos, y sabremos los nombres de aquellos a quien debemos sacar información. —Al ver que lo miraba furiosa, se apresuró a levantar las manos y aclarar—. No le estoy dando órdenes, solo le digo lo que pasará. Asistiremos a esa velada y nos haremos amigos de aquellos que nos interesen. Nada que no hayamos hecho ya.

Anthony, sabía que, desde la muerte de su marido, Maranta había recibido la protección de la cúpula de espías. Su esposo había tenido muchos contactos y manejaba mucha más información que

pasó a manos de Maranta. Había utilizado sus contactos para infiltrar a las personas asignadas a círculos de los que de otra manera no hubieran podido acceder. En otras palabras, la señora Farrell era un activo importante y que el mismísimo Wellington tuviera trato con ella, era señal del estatus que ocupaba en la organización.

Pero desde hacía un par de años, había conseguido vivir lejos de las misiones arriesgadas y pensaba seguir haciéndolo después de acabar aquella.

—De acuerdo.

Él asintió con la cabeza, aunque ambos sabían que no necesitaba su aprobación.

Maranta le tendió de nuevo la carta y le señaló la puerta con la cabeza.

—Y ahora lárguese.

—Oh, siempre tan impaciente.

—No tenemos más que tratar. Hasta que esa carta no llegue, procure mantenerse alejado de mí.

—Con lo que disfruto de su compañía.

No caería jamás ante ese tono zalamero y esa sonrisa que aparentaba no haber roto un plato.

—Tanto como un enjambre de abejas en los pantalones.

—¿Fantasea con lo que hay dentro de mis pantalones? ¡Vaya!

—¡Cállese de una vez!

La carcajada ronca del capitán Hilton le provocó una reacción física que no debería haber sentido nunca.

—Sobre los métodos que utilizaremos para sonsacar la información a nuestros objetivos…

Ella se crispó. ¿Métodos?

Sabía perfectamente qué métodos utilizaba él, pero ella no pensaba seguir instrucción alguna sobre como hacerlo.

—No se preocupe, no se le exigirá más de lo que pueda asumir.

Ella alzó una ceja apretando con más fuerza la toalla contra sí.

—Supongo que a la hora de sacar información sus métodos son más rápidos y efectivos.

—Yo no he dicho eso, pero le aseguro que no tendrá que usarlos.

A Maranta le sorprendió que la voz de Anthony fuera, por primera vez, seria y franca. Sin burla.

—Usted tiene sus métodos y yo los míos.

—Cierto.

Y los métodos de Anthony eran meterse en la cama de toda mujer que tuviera la información que estaba buscando. Desde luego, ella no pensaba acostarse con nadie. Todo tenía un límite y Wellington lo sabía.

—Ya ha dicho lo que tenía que decir, ahora lárguese.

Anthony se acercó varios pasos y ella retrocedió hasta golpear sus caderas contra el tocador. Seguía con el abrecartas en la mano, pero al alzarlo, Anthony tomó su muñeca hasta que lo soltó con brusquedad.

Cayó con un ruido sordo sobre la alfombra.

Cuando el silencio los envolvió, ambos se miraron a los ojos.

Anthony estaba muy cerca, pegado a su cuerpo y Maranta era consciente de que solo llevaba una toalla ocultando su desnudez. De pronto, los labios quedaron cada vez más y más cerca, emitió un suave jadeo y temió que él fuese a escuchar el estruendo de su corazón, palpitando de forma violenta.

—Esto es importante, Maranta —la aterciopelada voz de Anthony y la forma que tenía de pronunciar su nombre no ayudaba a sacarla de su estupor, el cual era capaz de ocultar a la perfección —. Tráteme como le plazca, pero no ponga en peligro la misión.

Seguía tan cerca, su aliento calentaba su rostro y por un instante ella pensó que iba a besarla.

Deseó que lo hiciera. Lo deseó con todos los poros de su piel.

—¡Maldito sea! —se enfureció ante su propio pensamiento— ¡Fuera!

Lo empujó de forma brusca, ofendiéndose por su propia cobardía.

Anthony se rio, como hacía siempre que ella lo enfrentaba.

—Así me gusta, Maranta. Por un momento había pensado que su fuego había vuelto a apagarse, me alegra ver que sigue ahí.

Dicho esto, dio media vuelta y después de tirar las instrucciones de Foster al fuego, se marchó, dejándola sola.

Justo en el instante en que se cerraba la puerta, una pastilla de jabón voló por los aires para acabar golpeándose contra la madera.

—Maldito sea, capitán Hilton.

Sólo ese hombre era capaz de sacar lo peor de Maranta. Únicamente Anthony Hilton lograba quebrantar su rectitud.

Capítulo 7

Maranta permaneció de mal humor durante toda la cena, y Rose no se daba a engaño sobre lo que realmente la tenía tan enfadada. Miró a su esposo Lyonel, como si le dijera; *¿lo ves?* El coronel se limitó a encogerse imperceptiblemente de hombros.

A pesar de ello, Rose estaba feliz de tenerlos en casa. Disfrutarían mucho de las próximas semanas. Solo lamentaba que esa noche, Frederick no se hubiera sentido con fuerzas para acudir a la cena, pero esperaba que poco a poco, se sintiera mejor.

—¿Cuándo llegaran los invitados para la bonita fiesta de Roger Phillip? —preguntó el capitán Hilton.

—El sábado —contestó Rose, luego miró a Alice y Maranta para hacerlas partícipes de la conversación—. Pero los Belford llegarán mañana. Van a quedarse estos días con nosotros.

—Me alegro mucho —dijo Maranta, visiblemente animada por la noticia—. Las he echado de menos. —Obviamente se refería a

Livia y a Amanda—. Bueno, lo cierto es que a todos —quiso añadir para que Rose y los presentes no se sintieran insultados.

—¿A todos? —Anthony detuvo el movimiento de su mano, con la que sostenía la copa que iba directa a sus labios.

Maranta tomó aire, y lo retuvo mientras su mirada se clavaba en Anthony. Era evidente que a él no lo había echado nada de menos.

—Es una forma de hablar.

—Menos mal —visiblemente aliviado, bebió un sorbo del vino seleccionado para esa noche.

Lyonel carraspeó para que no se le notara la risa, parecía el único que se divertía. De seguro que, si Rose lo hubiera tenido cerca y no al otro lado de la mesa, le habría hecho saber qué opinaba de su buen humor con la punta de sus escarpines.

—Amanda y Livia también están deseando vernos —dijo Rose, reconduciendo la conversación—. Amanda te mencionó en su nota, Alice. Me expresó su deseo de que te quedaras con nosotros y estaba muy entusiasmada por tu formación como enfermera. Lo cierto es que parecía muy feliz de que pudieras cumplir tu sueño de vivir en Clevedon con un oficio.

Alice sonrió con amabilidad.

Amanda y ella siempre se habían llevado bien, aunque lamentaba que no pudieran verse tan a menudo como siempre.

—Yo también deseo ponerla al día de todo lo vivido en Londres. Ha sido una ciudad mucho más fascinante de lo que recordaba.

—¿Sí? —dijo Rose—. Lamento no ser de esa opinión. Aunque mi sueño siempre ha sido vivir sumida en la tranquilidad del campo.

—Oh, no me malinterprete, Londres está bien, solo por un tiempo. Mi deseo es volver a casa cuanto antes.

—Pero no antes de la fiesta.

—Por supuesto que no —dijo Maranta, tocando el brazo de su amiga que se sentaba a su lado—. Todavía te necesito.

La risa de Anthony congeló algunas sonrisas e hizo que Maranta volviera a estar de mal humor.

—Lo siento —se excusó—, es que me ha sorprendido la afirmación de que la señora Farell necesite a alguien. Nunca lo hubiera dicho.

—Bueno… —dijo Lyonel tragando un trozo de pavo asado—, cuando los invitados lleguen no vamos a aburrirnos. Esta vez hemos tirado la casa por la ventana.

—Es verdad.

Rose empezó a hablar del poco interés que tenían los Knigth en las fiestas, pero que en esa ocasión habían invitado a todos sus amigos para llenar Rosewood House. Con el fin de la temporada muchos amigos habían vuelto a sus residencias y por supuesto la mayoría estaban cerca de la suya.

—Robert —dijo refiriéndose al hermano de Amanda—, no quería ser una molestia, viviendo tan cerca, pero… quiero que Amanda esté con nosotras el mayor tiempo posible.

Y es que la finca de los Belford solo estaba a una hora en carruaje, por lo que podían ir y venir el mismo día de la fiesta si así lo deseaban, pero al ser amigos tan íntimos de la familia, Rose había preferido invitarlos a ellos que dejar habitaciones libres para invitados de último momento.

Maranta asintió, hablando con voz más queda entre las damas, mientras los hombres parecían haber esquivado aquella conversación para centrarse en la cacería que tendría lugar cuando llegaran todos los invitados.

—Supongo que a Amanda le vendrá bien pasar tiempo con sus amigas.

—Por suerte tiene a Livia —comentó Rose a Maranta—. Y también a Violet.

—Por supuesto.

Alice sonrió, pues estaba deseando contarle a la pequeña de los Belford todo lo que había aprendido en Londres.

—¿Y qué es lo que más le ha gustado de Londres, señorita Anderson?

La voz de tenor de Anthony Hilton flotó por la habitación, haciendo que las cabezas de las damas se volvieran hacia él, sin excepción.

—Oh, me ha gustado todo lo que hay que hacer —se apresuró a decir Alice—. Siempre hay cosas que descubrir, y una no se aburre nunca.

—No, ¿verdad?

Cuando Alice y Anthony empezaron a hablar, Maranta no fue consciente de que su predisposición fue escuchar con atención toda aquella chachara. Tampoco lo fue de tomar una copa de vino y disfrutar de la risa de Alice, las ocurrencias del capitán y alguna que otra intervención acertada del coronel. Seguía considerándolo un rufián sin ningún tipo de decoro, pero también reconocía que era inteligente e ingenioso.

Pasaron los minutos, y se retiraron los platos para que trajeran los postres. Y aunque las conversaciones se fueron

intercalando, la velada giró alrededor de las actividades de Alice en Londres, sus estudios y descubrimientos, y por supuesto su familia.

—Mi familia es numerosa y ruidosa —dijo Alice animada—. A Alana, la señora Knigth ya la conoce.

—Llámame Rose, por favor —volvió a insistirlo. Lo que Alice hizo que se sonrojara un poco, pero que accediera a su petición.

Otra copa y Maranta frunció el ceño al encontrarse la mirada de Anthony sobre ella. El recuerdo de su inesperada visita a su dormitorio, hizo que sus mejillas se encendiesen ligeramente y apartó la mirada de inmediato. Quiso pensar que se trataba del vino, que en esos momentos bailaba en el interior del fino cristal con cada ligero temblor de su mano. Apuró el líquido escarlata.

Al dejar la copa sobre la mesa, la observó vacía.

La sonrisa de triunfo del capitán hizo que un escalofrío recorriera su espalda.

En solo una cena, Anthony Hilton había logrado sonsacar toda la información que quería de la pobre Alice. Quién era, de donde eran sus padres, a qué se dedicaban… incluso preguntas insignificantes iban encaminadas a hacer una estimación sobre la situación financiera de la familia.

Maldito bribón.

Maranta vio como le llenaban la copa y después de tomarla de nuevo entre los dedos, se reclinó hacia atrás, para apoyarse en el respaldo de la silla.

—¿Le gusta mucho el mar? —Escuchó que le preguntaba el capitán a Alice.

—Me encanta, pero no tanto como al resto de mi familia. —Alice demostraba verdadera adoración por sus padres y por sus hermanas—. Mi padre, siendo almirante, no podría vivir en ningún lugar donde no viera el mar.

—¿Tiene un barco?

—Sí, y debo decir que se nos enseñó a navegar desde muy niñas.

—¿A todas? —preguntó Rose con estupefacción.

—Eso es asombroso. —Lyonel no estaba menos fascinado.

—Sí, mis hermanas y yo no nos llevamos muchos años. Mi hermano John es el mayor y tiene treinta años, pero después lo sigue Jane con veinticinco. Alana es la siguiente. Amanda y ella son amigas —explicó Alice. Rose asintió porque había escuchado hablar de ella y también la había visto en una ocasión el año pasado—. Suele pasar unos días con los Belford cuando va de camino a Nottingham donde pasa el verano con nuestra tía abuela.

—Que interesante.

No lo era, pensó Maranta al escuchar a Anthony.

—¿Y usted es la pequeña?

—No, esa es Gerorgiana. Pero la llamamos George. Quiere ser marino como papá, pero ahí si que lo va a tener difícil.

—Un poco sí —sonrió Rose.

—Elinor y yo apenas nos llevamos un año —dijo Alice—, nació antes, pero es tan sumamente ingenua y carente de malicia que me temo que eso la hace parecer la hermana pequeña.

—Su padre debe estar muy orgulloso de tener un ramo tan hermoso de hijas.

—Lo que más le gusta a mi padre no es nuestra hermosura, sino lo bien que manejamos el timón.

—No me diga.

—Mi padre nos subió a su barco de niñas y jugábamos a ser su tripulación.

Maranta bebió otro sorbo de vino y disfrutó de las risas compartidas. Especialmente del ronco y sensual sonido que salía de la garganta de Anthony. Debía reconocer que era… relajante.

—Eso es increíble. Pero supongo que, al ser almirante, querría transmitir sus conocimientos a sus hijos.

—Hijas —señaló Alice—, mi hermano se enroló de muy joven, así que supongo que papá no le enseñó demasiado. Lo dejó en manos de la marina.

—¿Ostenta algún título su hermano?

—Es capitán —dijo ella con orgullo—. Y aunque lo echamos terriblemente de menos, sabemos que es más feliz cuando no está en tierra.

—Ya veo —dijo Anthony— ¿Y son cuatro hermanas?

—Cinco —le recordó.

—Oh, por supuesto —Maranta debía reconocer que era verdaderamente encantador cuando quería— ¿Y todas presentadas en sociedad?

—No, por supuesto —dijo Alice vacilando y Maranta sonrió, pues su amiga era inteligente y se había dado cuenta de que estaba hablando en demasía de su familia sin que el capitán le hubiera dicho absolutamente nada de la suya.

Maranta miró a Anthony tomando otro trago de vino. Y cuando este le devolvió la sonrisa, insistió, sabiendo que iba a salirse con la suya, aunque la dama se hubiera dado cuenta de sus intenciones.

—Pero la mayor debe haberse casado.

—No, aún. Aunque no es que mi hermana Jane sienta especial inclinación hacia el matrimonio.

—En eso coincido, nos llevaríamos bien.

Alice se rio de su broma, y Maranta puso los ojos en blanco. Cuando volvió a centrarse en Anthony él sonreía más ampliamente desde el otro lado de la mesa, a lo que ella lo miró de forma interrogante.

Envalentonada por el buen ambiente, Alice habló de su hermano, que hacía carrera militar, de sus hermanas, tan distintas entre ellas como parecidas a la hora de expresar sus opiniones y abogar por una vida independiente y feliz.

Antes de poder darse cuenta, Anthony, todavía mirando a Alice, acercó la botella de vino y llenó de nuevo la copa de Maranta. Por supuesto el mayordomo se horrorizó por tal acto, pero con un gesto de su mano, Lyonel le quitó importancia.

Solo cuando tuvo la copa llena de nuevo sobre la mesa, ante sus ojos, se dio cuenta.

¡La había emborrachado!

Alzó las cejas sin dar crédito.

¡Maldito embaucador!

—Es de una añada exquisita, ¿no cree? —preguntó Anthony fingiendo inocencia.

Maranta siguió parpadeando, sabía que lo estaba mirando embobada, pero también entendía que, ante ella, esa noche había desplegado sus tácticas.

No solo sabía los nombres de los familiares directos de Alice, sino sus aficiones y en el caso de su hermano, hasta su rango y posición. Por supuesto también se había percatado de las malas relaciones de su madre con sus familiares, el motivo por el cual Alice había aceptado el empleo que le ofreció Maranta, en lugar de vivir esos meses con su tía.

Ese rufián había armado un árbol genealógico de los Anderson en una sola cena. ¡Y lo hizo sin acostarse con nadie!

Ese malnacido podría vender harapos al mismísimo rey.

La cena finalizó con todos felices, a excepción de Maranta, a quien se le había quedado una extraña expresión de incredulidad.

—¿Pasamos al saloncito? —preguntó Rose.

Todos estuvieron de acuerdo y procedieron a levantarse. Pero cuando lo hizo Maranta… notó un leve mareo.

Anonadada, alzó la mirada hacia Anthony.

Maldito truhan. Lo peor era que su apostura y esa endiablada sonrisa… le calentaban el pecho.

—¿Se siente bien, querida? —le preguntó triunfal.

¿Querida? Evidentemente, lo que amenaza con quitarte el juicio es el vino.

—El vino está noche era exquisito, ¿no cree? —insistió él.

Si las miradas matasen…

Lyonel carraspeó al ver que podría desarrollarse una escena ante sus ojos, pero Maranta logró controlarse. Tragó saliva después de apoyarse en la mesa.

¿Cuánto había bebido? ¿Una botella entera?

Oh, cielos. Era muy probable.

El capitán Hilton era peligroso. Muy peligroso.

Capítulo 8

Maranta subió las escaleras no mucho después de que Alice ofreciera a sus anfitriones una pequeña muestra de su talento al piano. La velada hubiera sido de verdad encantadora, si no fuera porque había bebido demasiado y su estómago le estaba jugando una mala pasada.

Miró a Anthony que acompañaba a Alice al piano, cantando una canción con su voz de tenor. ¿Sería posible que todo lo hiciera bien?

Puso los ojos en blanco y se dio cuenta que había llegado la hora de retirarse. Se levantó cuando el capitán finalizaba su intervención. Había entonado esa canción a la perfección.

Maldito fuera él y sus encantos.

¿Es que sus dotes no se acababan nunca?

Maranta se despidió escuetamente, y con una sonrisa los anfitriones le pidieron que descansara.

Una vez en el recibidor, Maranta agarró con fuerza del pasamanos mientras subía las amplias escaleras centrales. Se sentía mareada a pesar de que ya había pasado más de media hora desde que se habían levantado de la mesa. Se le sonrojaron todavía más las mejillas al pensar en que quizás los presentes eran conscientes de su estado de embriaguez.

Había declinado la invitación de Alice de acompañarla a su dormitorio, asegurando que no necesitaba ayuda para subir. Quizás hubiese sido mejor pensárselo un poco más.

El vino no le sentaba bien, debió haberlo recordado.

Si ese hombre no la hubiera distraído con…

—¡Bah! —A quien iba a engañar.

La culpa era suya, por estúpida. Había hecho bien en marcharse.

No quería fastidiar la velada a nadie, y no es que pudiera decir que la cena hubiera sido un interrogatorio. De hecho, Lyonel pareció verdaderamente interesado en la carrera militar del padre de Alice. Y es que, en verdad, las peripecias y aventuras que había vivido el almirante, contado de la boca de Alice, resultaban de lo más fascinantes. Quizás por ello, la muchacha tampoco tuvo ningún inconveniente de hablar tanto.

No había hecho nada malo en dejarla sola, Rose ya era prácticamente su amiga. Había visto su complicidad. Se llevarían muy bien.

Al llegar arriba, soltó el pasamanos y recorrió el pasillo del primer piso sin mucha dificultad.

Se paró frente a la puerta de su alcoba cuando el mareo la asaltó de nuevo. Se inclinó sobre esta, aún cerrada y apoyó la frente junto a su mano. La otra mano, voló a su estómago y rezó para que se asentara.

Quizás si no hubiera estado tan concentrada en controlar las náuseas, hubiera visto venir a su enemigo.

—Ha sido una velada encantadora, ¿no cree, Señora Farrell?

Ni siquiera despegó la frente de la puerta antes de girar la cabeza para mirarlo con encono.

Esa maldita voz, grave y masculina, era capaz de acariciar sus oídos y al mismo tiempo, crisparla como nadie más sabe hacer.

—¿De verdad lo cree?

—Por supuesto —dio una palmada, entusiasmado—. Una muy productiva, ¿lo ha visto?

Ella gruñó de manera muy poco femenina y cerró los ojos sin moverse.

—Sí, lo he visto bien.

—Y ¿oído? —Anthony se señaló la oreja con el dedo índice y se inclinó para que los ojos quedaran a la misma altura.

Esperó a que ella los abriera y entonces vio su sonrisa.

Maldito fuera.

—¿Ha escuchado toda la información que me ha dado Alice Anderson? Que muchacha más parlanchina.

—Cállese —dijo con la voz pastosa.

Alice no era parlanchina, de hecho, le costaba hacer amistades, era retraída más que simpática, aunque siempre agradable.

No.

No es que a Alice le gustara hablar.

Era Hilton.

Siempre él.

—Capitán Hilton —dijo incorporándose un poco hasta apoyar ambas manos en la puerta.

—¿Sí?

Aún con los ojos cerrados para controlar las náuseas, Maranta murmuró.

—Déjeme en paz.

—Mmm… no aguanta nada, señora Farrell.

Como el hombre más satisfecho de Inglaterra, Anthony apoyó un hombro contra una de las hojas de la puerta. La miró sonriente.

—¿Llamo a un médico? —se mofó.

—Cállese.

—Si me callo no podré decirle lo que pienso, y eso es que usted y yo deberíamos practicar eso de beber. No quiero que sus sentidos se disperses cuando realmente la necesite alerta…

—Antes muerta.

—Oh, no, no… no pienso llevarla a eso —se rio—, pero será beneficioso que en nuestra conjunta misión, se controle. Puedo enseñarla a fingir beber. Como yo esta noche.

Al escuchar esas palabras, Maranta lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué?

—Oh, ¿cree que he bebido vino? —Anthony volvió a señalar a su persona, como si estuviera sorprendido de que ella no se hubiera dado cuenta—. Seguro que hubiera jurado que sí.

—Lo hizo —afirmó.

Al mirarle su afirmación perdió fuerza. Frunció el ceño más profundamente y no, no estuvo nada segura de que Anthony hubiera

bebido.

—Le he visto al menos beber…

Él la miró con suspicacia y al ver que le costaba continuar, se animó a hacerlo él.

—¿Nada? —se mofó—. El pobre mayordomo se ha sentido bastante inútil esta velada, sobre todo porque me ha encantado llenar su copa una y otra vez.

—Pero yo le he visto llenar su copa en más de una ocasión.

—No —negó con entusiasmo—, solo le he pedido que llenara un poco más mi copa que he dejado intacta.

Chasqueó la lengua, enfadada.

—Basta, me hace quedar como una tonta.

—¿Molesta conmigo? —se inclinó hasta que su costado se acercó peligrosamente al brazo de Maranta. El hombro estaba junto a su cabeza.

Estaba demasiado cerca.

—Váyase.

Él la ignoró.

—Creo que esta noche ha entendido que mis métodos son muy diferentes a los que usted creía.

—¿Y qué creía? —Al mirarlo sus ojos estaban vidriosos por el alcohol.

—Lo sabe bien.

—No intente hacerse el santo conmigo. ¿Cuántas amantes ha tenido? ¿Cien?, ¿doscientas?

Oh, ¿qué le importaba a ella? Puso los ojos en blanco e intentó apartarse de la puerta. Sus piernas le fallaron y Anthony la agarró del brazo para que no cayera de bruces.

—Unas mil, —tiró de ella hasta que el chocó contra su pecho —, pero quien las cuenta.

—¡Presuntuoso! —abrió la boca, escandalizada.

Volvió a apartarse y hubiera caído sobre su trasero si Anthony no hubiera rodeado su cintura con las manos.

—Es cierto —le susurró casi al oído—, pero como le digo no importa.

Maranta fue consciente del aroma que ese hombre desprendía, masculino y dulce. Cerró los ojos y aspiró de nuevo, pero enseguida frunció el ceño como si se diera cuenta de lo escandaloso de sus actos.

—Puedo sonsacar información, tanto a hombres, como a mujeres. —Cerró los ojos y cabeceó para asentir, antes de que ella

pudiera interrumpirle—. Sí, acostarme con ellas y hablar en la cama es mi método favorito, no lo niego, pero tengo otros.

—¡Mujeriego, embaucador! —Puso ambas manos sobre su pecho e intentó empujarle sin demasiado éxito.

—Entre otras cosas. —Su sonrisa seductora la afectó—. Pero no se enfade conmigo por suponer que mis únicos métodos eran otros que la buena conversación.

—No se haga el mártir. Usted y yo sabemos lo que hace, no finja lo contrario.

—Qué vergüenza Señora Farrell, pensar tan mal de mí. Pero que bien haberla podido sacar de su error.

La miró con intensidad y ella suspiró.

Estaba claro lo que quería, y aunque no fuese una disculpa, sí que deseaba que ella aceptara que no se había ganado sus galones en las camas de las damas.

—Está bien, tiene una lengua viperina que sabe usar muy bien.

—Y no solo la uso en la cama.

—¿Qué? —escandalizada, se ruborizó hasta la punta del cabello—. No estaba hablando de…

Él se rio con ganas. Pero se apiadó de ella y no entró en una conversación más apropiada para un burdel, que para la casa de un noble.

—¿Ha visto lo que hace mi lengua, y lo predispuesta que está la gente a hablar cuando se divierte? Por no decir que, desviando la atención hacia otra parte, uno puede robar hasta el entendimiento.

—Ya he tenido suficiente.

Maranta consiguió apartarse no sin antes tambalearse hasta asir el pomo de la puerta con fuerza para girarlo y entrar en su habitación.

—Buenas noches, capitán —le dijo, todavía furiosa.

Y es que él tenía razón.

Había supuesto demasiadas cosas sobre su método, y lo que era peor, él era tan bueno en su trabajo que había conseguido que se quedara completamente pendiente de Alice y lo que él hacía, sin darse cuenta que su copa se llenaba y vaciaba más veces de lo que era conveniente.

—Buenas noches, señora Farrell. —La contempló hasta que ella se dio la vuelta para cerrarle la puerta en las narices—. Espero pronto ver sus propios métodos para…

Maranta le dio un portazo en la cara y por poco no llega a la jofaina para vaciar su estómago.

Capítulo 9

Amanda no estaba dispuesta a esperar un minuto más para ver a sus amigas. Había sabido por la propia Rose que estaban invitadas a la fiesta, pero solo la tarde anterior llegó la confirmación de puño y letra de su amiga Alice.

Acababan de llegar de Londres a casa de los Knigth.

¡Que emocionante! Alice trabajaría pronto de enfermera, lo que siempre había querido.

Era cierto que aún tendría que seguir formándose en el hospital, pero como ella decía no podía tener mejor tutor. El doctor George Kent, era un hombre de los pies a la cabeza y entendía la valía de una dama inteligente. Amanda no podía no pensar en el hecho de que hubiera sido un gran partido para su amiga, si Alice estuviera interesada en el matrimonio.

Pero trabajar y el pasar por el altar, era lo que su amiga deseaba más que nada, y por ello la admiraba.

Esa misma mañana, Amanda se puso su traje de amazona y cabalgó a horcajadas por muy contradictorio que eso pudiera parecer.

No quería esperar al carruaje de los Belford y estar encerrada en él junto a su hermano y Livia. Lo sentía, pero era ver la mirada de desaprobación de Robert y entrarle una necesidad imperiosa de abrir la portezuela y tirarse al pedregoso camino. Pero no fue esa aprensión la que la llevó a escaparse esa mañana, ni tampoco el hecho de querer ver a Alice y Maranta.

No, lo que hizo que se decidiera a tomar su caballo y partir a galope fue el carruaje que acababa de llegar a casa.

Edward Chambers, el conde de Glastonbury volvió a hacer su aparición en casa. ¡A saber por qué!

No era bienvenido. Al menos no por ella. Y cualquier cosa que hubiera ido a hacer… no le importaba.

No se iba a quedar para averiguar que quería Edward.

Entendía que después del escándalo que había supuesto darle un bofetón a un vizconde en medio del baile, su hermano no quisiera ni verla. Pero… ¿no veía lo mucho que se lo merecía?

Edward era el culpable de todo.

La había separado de David y ahora su mejor amigo, con el que había hecho tantos planes de futuro, iba a casarse con alguien que no era ella. Georgina Swanson, la hija de un coronel. ¡Buah! Si no fuera en contra de sus principios feministas, la aborrecería. Pero por suerte su corazón había encontrado a alguien mejor a quien odiar. A Edward.

Sí, por su culpa otra ocuparía su lugar y ese dolor se hizo tan insoportable que no podía pensar en ello sin que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Cuando divisó Rosewood House, Amanda animó a su pequeño tordo a que volara.

Después de unos minutos disfrutando del placer de la libertad de sentir el viento en el rostro, llegó a su destino y el mozo de cuadras agarró las riendas de su caballo. Desmontó de un salto muy poco femenino y se paró frente a la puerta de entrada de la mansión de coronel Knigth y su esposa. Antes siquiera de poder alisarse la falda, el mayordomo de los Knigth, desconcertado, le abrió la puerta.

—Señorita…

—Buenos días —pasó corriendo por su lado.

—Lady Knigth y Lady Farrell salieron al pueblo —le anunció el mayordomo. La expresión de devastación en el rostro de Amanda

fue tan sentida que al pobre mayordomo le contagió su emoción—, pero la señorita Alice se quedó a descansar.

Amanda, ya en los peldaños de la escalera, volteó la cara hacia las alturas y trotó de nuevo.

—¡Gracias!

—Señorita Belford, está descansando.

—Entonces, primer piso —gritó desde la escalera, como si hubiera entendido que le indicaba que estaba en su recámara, y no que le estuviera indicando que no podía ser molestada—. Dígale a Rose cuando llegue que enseguida me reuniré con ellas, pero necesito abrazar a mi amiga Alice. ¡No me mire así! —suplicó ya en lo alto de la escalera al ver la cara de consternación de pobre hombre que suspiró.

—Cuarta puerta —dijo el mayordomo, claudicando al fin, tras lo que a Amanda le faltó tiempo para echar a correr de nuevo.

A pesar de su entusiasmo tuvo la delicadeza de pararse frente a la puerta y respirar hondo mientras tocaba con los nudillos para anunciar su llegada.

—Adelante.

Rio al abrir con tanto ímpetu que una de las hojas rebotó contra la pared.

—¡Amanda!

No hubo tiempo para responder.

Amanda corrió a los brazos de Alice. Era apenas unos años mayor que ella, pero era tan madura, tan serena… se dejó abrazar y la pequeña de los Belford sintió que alguien la comprendía por primera vez en meses.

—Oh, Alice.

Se quedaron unos minutos en silencio hasta que Amanda empezó a llorar.

La emoción que embargó a Alice hizo que también rodara por su mejilla alguna lágrima.

—No llores, Amanda.

—Lo intento, pero es que… no lo estoy pasando bien. Me siento tan sola. —Antes de que su amiga preguntara, Amanda le comentó lo último que tuvo que aguantar—. ¡Edith se ha ido!

—¿Edith Spencer?

Edith era la mejor amiga de Amanda, desde siempre. La casa del barón Spencer no distaba mucho de la suya, y al mantener buenas relaciones con los Belford era muy frecuente que compartieran tiempo juntas.

—¡Se ha ido a América! ¿Te lo puedes creer?

—¿Así, sin más?

—Bueno, su madre llevaba años diciendo que debían ir a visitar a sus abuelos, pero, claro… el escándalo.

—El escándalo —repitió Alice.

—No debí abofetear a ese hombre horrible.

Por supuesto, el hombre horrible de quien hablaban era Edward Chambers, vizconde de Glastonbury. Que Amanda le echara la culpa de haberlo separado de su hermano David, y que este finalmente formalizara el compromiso con la hija del coronel Swanson, no había hecho más que llevar al límite esa relación.

—¿Volverá Edith? —preguntó Alice.

—¡Dios! Espero que sí —la miró horrorizada como si no hubiera contemplado esa posibilidad—. Aunque si la obligan a casarse allí, la perderé para siempre.

—Eso no sucederá —la tranquilizó Alice—, la señora Spencer ama demasiado la pompa de los salones londinenses.

—Eso es verdad. Si la casan lo harán con un duque.

—No aceptará menos.

Ambas amigas se rieron y Alice aprovechó para tomarla de los hombros y caminar hacia la cama, donde se sentaron.

Alice le ofreció un pañuelo limpio y esperó a que lo usara.

—No me hagas…

—No me digas que no te haga caso —la amonestó Alice—, la última vez que te vi al menos estabas enfadada, pero ahora…

—Es que se va a casar. —Por supuesto hablaba de David Chambers.

—Entiendo que puede resultar muy doloroso…

—Es que… —Amanda calló porque sabía que volvería a emocionarse, así que guardó silencio hasta que estuvo lo suficientemente preparada para hablar sin peligro—. Es como si hubiera estado esperando todo el año el día de Navidad, ¿comprendes?

Alice hizo una mueca.

—No mucho.

—Llevo toda la vida esperando casarme con David.

—Ya veo.

—Y ahora el día de Navidad ha llegado, pero no hay regalos, no hay canciones, ni nieve… todo es muy triste, y estoy sola.

—Amanda —Alice la abrazó de nuevo—. No estás sola.

—Pero no estoy con David, porque él ha decidido enamorarse de otra y abandonarme.

Ahora sí que a Alice le costó no sonreír.

—Por Dios, Amanda…

—¿Qué? Parece que te has puesto de acuerdo con Livia y Violet.

—¿En lo referente a que los sentimientos no pueden controlarse? Pues supongo que sí. David se ha enamorado y va a casarse. Tú eres su mejor amiga y deberías alegrar…

—¡Era! Era su mejor amiga —dijo, indignada—. No voy a volver a dirigirle la palabra a ese traidor.

—Uno no puede decidir de quien se enamora.

—Yo pude, y él también hubiera podido si se lo hubiera propuesto. Pero prefirió a la señorita… ricitos de oro.

—¡Amanda!

—¿Qué? —Agachó la cabeza.

—No es digno de ti hablar mal de otra mujer, no es lo que nos han enseñado las mujeres de nuestro club de lectura.

Hacía varios años que el club de lectura había dejado de ser unas reuniones para hablar solo de libros. Con la ayuda de Maranta, hasta se habían podido escuchar voces de algunas mujeres que sin duda su hermano Robert censuraría. Allí, se hablaba del trabajo que debían hacer las mujeres para unirse y no considerarse enemigas. Amanda lo había entendido, hasta que David la abandonó por otra.

—Es muy duro. No puedo quitarme esta pena, ni esta rabia.

—¿Estás muy enfadada con David? ¿No has vuelto a hablarle?

—¿No me escuchas? Ya te he dicho que no lo haré jamás, pero la rabia no es contra él. ¡David se lo pierde por tonto! Se ha dejado influenciar.

—¿Por la señorita Swanson?

—¡No! Se ha dejado embaucar por su hermano.

Alice suspiró.

—He ahí la diana de todas tus iras.

—¡Pues sí! —Amanda miró al vació y apretó los labios—. Ahora todo es horrible, Robert apenas me habla y después de lo de mamá… No quiero hablar de mamá. —Alice tampoco desde luego—. He tenido que escaparme de casa.

—¡Amanda!

Alice no salía de su asombro.

—No para siempre. Solo hoy. Edward ha llegado de visita. Aunque sospecho que también vendrá hacia aquí para la fiesta del pequeño Roger Phillip. Rose podría habérmelo dicho.

—Entonces no habrías venido.

Amanda se dejó caer de espaldas sobre la cama y cerró los ojos disgustada.

—Odio esta situación. Era muy feliz con mis fantasías de niña.

Alice se tumbó a su lado y entrelazó una mano con la de su amiga.

—Supongo que ya no somos niñas.

—No, supongo que no —dijo Amanda, abriendo los ojos y mirando los maravillosos bordados del dosel de la cama—. Por eso mi hermano está tan empeñado en casarme. Quería que Livia organizara mi próxima temporada, con la ayuda de Violet. —Suspiró —. Violet… pensaba que mi prima sería una aliada, pero también parece molesta por mi actitud respecto a Edward.

—¿Se quedará contigo la próxima temporada?

—No solo ella, también su esposo, el mayor James. Ambos llegarán el sábado con los demás invitados.

—¿Por qué?

—Porque supone que necesitaremos un hombre fuerte que nos ate en corto. Después de que mi hermano insistiera tanto en que Livia organizara mi debut, ha decidido que necesitan un tiempo solos. Un pequeño viaje para olvidarse de los problemas que les causó… mi madre.

—Intentó matar a tu cuñada —dijo Alice con la boca pequeña.

—Sé que estaba mal. Pero jamás pensé que tanto —dijo con tristeza—. Sea como sea, me siento un poco mal al estar tan deprimida, cuando sé que Livia lo ha pasado tan mal. Por suerte aún falta medio año para que me arrastren a Londres, pensamos viajar al norte. Robert dice que estar con Violet alejada de todo, me hará bien. Además, quiero visitar a mi madre.

Guardaron silencio un largo rato.

—En Londres, no lo pasarás tan mal —dijo Alice para animarla —. A mi me ha gustado estar ahí.

—Porque estabas con Maranta —dijo Amanda—. A mi me obligarán a bailar.

—¡Qué horror! —La forma burlona con que Alice lo dijo, hizo reír a Amanda por primera vez en mucho tiempo.

—Sí, un horror —suspiró—. Ya puedo imaginarme los bailes, mi carnet lleno a rebosar… o vacío. ¡Oh! No sé qué sería peor. Que todo el mundo quisiera bailar conmigo o que nadie quisiera hacerlo. —Amanda empezó a hablar con celeridad, algo que solía hacer con bastante frecuencia, ya que su mente siempre iba mucho más rápida que su lengua—. ¿Crees que mi hermano tiene razón?

—¿Lord Belfort? ¿Sobre qué?

—No le llames lord Belford, es mi insufrible hermano. Y sobre el hecho de que ahora soy una paria porque abofeteé a un vizconde.

—¿Te ha dicho que eres una paria?

Se encogió de hombros y ladeó la cabeza para mirar a su amiga a la cara.

—Eso dijo. Claro que estaba enfadado, pero ya han pasado algunos meses y sigue preocupado. Lo escuché discutir con Livia.

—¿Sobre ti?

—Sí, esa vez sí. —Amanda se guardó de decir que normalmente discutían sobre otros temas, porque el matrimonio de los Belford nunca sería un remanso de paz, aunque fuera muy feliz —. Está haciendo todo lo posible para que las relaciones entre los Chambers y los Belfort sean como siempre. Acuérdate —le dijo muy seria—, que Edward es amigo de Robert desde… siempre.

—Y tú de David.

—Pero eso se acabó —esta vez no lo dijo con tanta convicción.

—¿De veras no puedes perdonarle?

—Debería habérmelo dicho.

—Tenía miedo.

—¿A qué? —se enfadó de nuevo—. Pasó lo mismo a la hora de decirme que se había alistado en el ejército. No me lo dijo.

—Porque sabía que te enfadarías.

—Por supuesto que me enfadé. Si no se hubiera alistado, quizás ahora estaríamos casados. Él no habría conocido al padre de su prometida en la instrucción, y por consiguiente no la habría conocido a ella y…

Alice la cortó.

—¿Estás enfadado con él por qué estás enamorada y sientes que te traicionó, o por qué tu amigo del alma fue cobarde a la hora de exponer sus deseos y te traicionó?

Amanda frunció el ceño.

—No entiendo lo que quieres decir. Aunque dicho así, sea como sea, al parecer es un traidor.

Alice se dejó caer a su lado sobre el colchón y apoyó el peso de su cuerpo sobre un costado.

—Amanda —dijo mirándola fijamente—, David tuvo miedo a hacerte daño, y sí, seguramente cuando se trate de ti fuera algo cobarde. Ambas sabemos que te gastas un genio de mil demonios cuando te enfadas. —Amanda chasqueó la lengua, pero la dejó terminar—. Piensa en ello, no estabas enamorada de David. Estabas

enamorada de la idea de casarte con él y vivir feliz apartada de la sociedad, en el campo, corriendo por los prados como habías hecho siempre.

Amanda sintió que de nuevo le invadía la tristeza.

No quería admitirlo, pero dicho en voz alta, las palabras de Alice parecían tener bastante coherencia.

—Puede… —vaciló—, si lo pienso un poco, con calma… Puede que tengas algo de razón.

Alice se giró, rebotando sobre el colchón y sacudiendo a Amanda hasta hacerla reír.

—Entonces hay esperanza.

—¿Esperanza? —Amanda la miró a los ojos.

—De que tu corazón sane pronto. —Le sonrió con profundo afecto—. Amanda, perdona a David. No hace falta que volváis a ser tan amigos como antes…

—Algo que sería bastante poco probable cuando se case con su prometida.

Alice la ignoró.

—Pero debes madurar.

—Oh, hablas como Edward —hizo una mueca de disgusto.

—Deja atrás tus sueños infantiles y ve a por otros nuevos. Sueños que te llenen y te hagan feliz.

Amanda cerró los ojos.

Ella no era Alice, no tenía sueños por los que luchar. Su sueño era un matrimonio feliz con su mejor amigo. No quería casarse con un desconocido al que obedecer ciegamente.

—Debo parecerte muy tonta.

—¿Por qué dices eso Amanda?

A esta se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Porque tu sueño siempre ha sido ser enfermera, ayudar a los demás, algo bueno y loable. Yo solo soñé con una vida tranquila, que no requería esfuerzo, o eso pensaba, porque tonta de mí, supuse que nada cambiaría. —Se quedó en silencio un largo minuto —. Pero creo que tenéis algo de razón. Madurar es dejar atrás algo en lo que creías ciegamente, ya sean los duendes de la navidad, o que David Chambers y yo siempre treparíamos a los árboles juntos y nos bañaríamos en el río.

—Puedes bañarte conmigo en el río —dijo Alice—. Y si vienes a Clevedon, tasta en el mar. Amanda… siempre tendrás un regalo de Navidad bajo el árbol de los Anderson.

Amanda asintió mientras aceptaba que madurar era sentir dolor en el corazón.

—Baños en el mar y regalos bajo el árbol —dijo, sonriendo con tristeza—. No me parece un futuro tan aciago.

Alice la agarró con fuerza del brazo y la zarandeó.

—No lo será. Te espera un futuro maravilloso Amanda, te lo prometo.

Y ella no creyó en esa promesa, porque qué podía hacer su amiga para curar su corazón roto.

Capítulo 10

Aunque solo habían llegado los invitados más íntimos de los Knigth, aquella velada ya pareció una verdadera fiesta.

La cena fue muy agradable, no hubo malas caras y en parte se debía a que Rose estratégicamente había colocado a los comensales para evitar conflictos. Así Anthony estaba a su lado, mientras Maranta ocupaba el otro lado de la mesa, junto a Lyonel. Y es que a pesar del mal humor de Robert y de Amanda, su principal preocupación siempre fueron Maranta y el capitán.

El ambiente era distendido, Anthony había entablado una divertida conversación con Amanda, que se sentaba a su derecha, con la que siempre se había llevado bien. Y ahora también tenía a la joven Alice para que se riera de sus ocurrencias y escuchara con atención todas las batallas que él tuviera a bien contarle.

Por sobre la mesa, los condes Sant Vincen se miraban de tal manera que parecían compartir su triunfo. La armonía reinó durante toda la vela, incluso el bueno de Frederick se había animado a cenar

con ellos. Tanto Lyonel como Rose eran conscientes de lo mucho que le dolía la pierna y no insistieron para que se quedara después de los postres. A pesar de que Frederick era un hombre joven y fuerte, el hecho de que solicitara ayuda a dos lacayos para subir las escaleras, dejaba claro cuanto sufría. La herida había cerrado ya, pero el dolor persistía.

—Creo que deberíamos pasar al salón —sugirió Rose al dar por finalizada la cena.

Se levantó con elegancia y animó a las mujeres a seguirla. Los hombres se quedaron rezagados, y no fue hasta veinte minutos después que se reunieron con las damas.

Anthony tardó un poco más.

—Capitán —dijo Amanda, sonriente y exagerando su formalidad para divertirle—, se ha hecho de rogar. Mi pareja en este juego es bastante mediocre y he perdido por su culpa. De haber estado usted aquí…

Alice abrió la boca divertida por tanto descaro. Su pareja de naipes era ella, y sí, era bastante mala a los juegos de mesa.

—Perdóname, solo quería entretenerte un rato —se fingió ofendida.

Maranta, Livia y Rose se rieron. Era evidente que Alice y Amanda tenían una sólida relación y se adoraban.

Desde el otro lado del salón Robert observaba a su hermana Amanda, contento de verla sonreír y preocupado porque últimamente no lo hacía.

—Se le pasará —dijo Lyonel. Y esas palabras sacaron al conde de Shepton de sus cavilaciones.

—Sí, se le pasará —suspiró Robert—. Me hubiera gustado decir que solo es una pataleta porque alguien ha desbaratado sus planes, pero… qué sé yo de lo que pasa por la cabeza de una chiquilla que se cree enamorada.

—David la tiene en alta estima —aseguró Anthony.

Como su superior, sabía muy bien que David Chambers, era un buen muchacho. Valiente. No en vano había salvado la vida de Frederick en la emboscada donde había resultado herido de gravedad. Y sí, por todos era sabido que Amanda pretendía casarse con él. Era la opción más lógica. Buenos amigos, buenas familias… Pero David se había quedado prendado de la hija del general Swanson, y no se pudo hacer nada para que no suspirara.

El pequeño de los Chambers, deseaba convertirse en espía, al igual que Anthony y Frederick, pero ese matrimonio le había hecho cambiar de rumbo. Se había convertido en capitán, gracias a las influencias del general, que no pensaba aceptar menos para su hija.

—Se ha enamorado de otra, que se le va a hacer.

—Supongo que nada —Robert siguió mirando a Amanda y se sintió aliviado de verla reír con las demás damas. Sobre todo, con Alice.

Por un instante fugaz, su mirada se enredó con la de su esposa Livia, quien asintió, como si pensara lo mismo.

Se le pasará.

—¿Sabes cuando es la boda? —preguntó Robert en voz baja por si alguien los escuchaba y le iba con el cuento a Amanda.

—Quieren que sea pronto —aseguró Anthony—. El general quiere partir a Italia el próximo año. Su deseo es que David los acompañe como el marido de su hija. Le ha conseguido un puesto temporal a David en el continente.

—Sí, su hermano Edward me lo dijo. No parecía muy disgustado de que David se fuera.

—Son buenos hermanos —se rio Anthony—. Lo quiere y lo protege en demasía, como yo he hecho toda la vida con el mío. Pero

supongo que con David lejos, Amanda no insistirá en visitar la finca y Edward respirará tranquilo

Robert se puso tan mortalmente serio como requería la ocasión.

—Mi hermana no volverá a pisar esa casa. Ya he destrozado lo suficiente su reputación. No permitiré que se hable de ella y Edward nunca más.

Anthony asintió.

Miró de reojo a su amigo, cuando Robert se ponía serio, podía ser temible.

—Y hablando de Edward, ¿por qué nuestro amigo no está aquí?

—Porque no quiere pasar más tiempo con Amanda del estrictamente necesario, y a mí me parece bien —resopló como si le enervara recordar el asunto—. Hoy me ha visitado. Ha llegado su tía Regina de visita y también asistirá a la fiesta del sábado. Esperamos que esa buena mujer calme los ánimos —Luego soltó el aire como si se hubiera vuelto a enfadar— ¿Sabes que Amanda salió al galope hacia aquí cuando vio que Edward llegaba de visita?

Anthony tosió para ocultar una risa inapropiada, pero no engañó a su amigo.

—¿Te hace gracia?

—No, bueno… Es mejor así. No has tenido que limpiar la sangre de la alfombra.

—Cállate —le amonestó tras mirar a su esposa que se había acercado al piano—. Te abandono —le dijo a Anthony apurando la copa y empezando a andar hacia su bella esposa.

—Sí, yo también haría lo mismo —respondió, viendo como Livia había dejado un asiento disponible para jugar a las cartas.

Al acercarse a las damas, Rose lo saludó.

—Bienvenido, capitán —Estaba de lo más animada después de ganar dos manos, con Maranta de pareja.

Si las miradas matasen, pensó Rose al fijarse como sus dos amigos se batían en duelo con sus pupilas.

—Capitán —dijo Amanda con una sonrisa—, por fin nos haces caso.

—Lamento mi tardanza, mi vicio de fumar me ha mantenido alejado de estas bellas damas más de lo que habría deseado. —miró a Maranta—. Ya saben que no está bien que los hombres fumen delante de las damas.

—¿Por qué no? —quiso saber Amanda—. Es decir, sé que es así. Pero no entiendo el motivo cuando está tan bien visto que los

hombres simplemente se dediquen a fomentar ese vicio. Como quien bebe una apreciada copa del mejor vino.

—Sí, pero no es lo mismo —dijo Anthony—, fumar, puede evocar a otras cosas —dijo enigmático.

—Anthony —se escandalizó Rose que sabía exactamente a qué se refería.

Maranta lo miró con sumo fastidio, como si no se pudiera esperar nada bueno de un libertino semejante.

Amanda parpadeó porque parecía la única que no entendía la broma. Alice se había puesto colorada.

—¿A qué? —preguntó con curiosidad.

—Amanda —advirtió Maranta, negando con la cabeza.

Su joven amiga alzó una ceja interrogante, pero no obtuvo respuesta.

—Bueno, podría decirse que es por como se lían los puros.

En ese instante, Livia había terminado de tocar la canción y se volvió hacia la mesa donde estaban intentando jugar a cartas. Robert también se distrajo con la conversación de Anthony.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó suspicaz.

—De cigarreras —dijo Amanda, con total inocencia.

—Fíjate, cariño —comentó Livia con una malévola sonrisa en los labios—, de tus temas favoritos.

Antes de que se le escapara cualquier replica, Robert se inclinó hacia el oído de su esposa para susurrarle.

—Esta noche voy a castigarte por esta impertinencia.

Ese comentario solo hizo que la sonrisa de Livia brillara aún más.

—Lo estoy deseando.

—¿Y cómo lían los puros? —preguntó Amanda, captando la atención de su hermano de nuevo.

—Creo que ya es suficiente de este tema.

Amanda lo miró con cara de fastidio, pero hábilmente, Robert recondujo la conversación hacia otros temas menos conflictivos y más inocuos.

El juego de mesa cambió, y las posiciones en las sillas, también lo hicieron. Maranta aprovechó para apartarse e ir hacia uno de los sofás, junto a la ventana. Por supuesto, Anthony no dejó escapar la ocasión para seguirla.

No se sentó a su lado, simplemente permaneció de pie, mientras ella con la espalda apoyada en uno de los reposabrazos se

esforzaba por ignorarle y prestar atención solo a la tonada melancólica de Livia.

—¿Sabe cómo se lían los puros en Sevilla, señora Farrell?

Maranta se negó a responder y respiró hondo.

Cuando Anthony se inclinó un poco más hasta que su aliento tocó su oreja, Maranta sintió como se le erizaba la piel de la nuca.

—¿No?

—No. No lo sé, ni me importa —lo despachó.

Pero eso no desanimó al capitán.

—¿Cómo es eso posible? —fingió sorpresa—. Maranta, la mayor metomentodo…

Ella no hizo ningún movimiento brusco, pero lo miró de reojo, furiosa.

—Solo me meto en asuntos que me incumben.

—¿Eso cree?

—Es así.

No parecía estar muy de acuerdo con ella.

—Verá, se coge la hoja de tabaco —dijo Anthony alzando la voz y captando la atención de todos los presentes—. Se pone sobre los muslos y se enrolla suavemente sobre la piel de las cigarreras.

—¡Anthony! —Robert gruñó.

—La piel de… —Amanda abrió los ojos como platos y miró a Alice que soltó una risita, al parecer su amiga ya había oído esa historia de algún soldado que había luchado en España—. ¿Quieres decir… que se levantan las faldas y…?

—Tranquila —Anthony alzó las manos como para restarle importancia—. Solo trabajan mujeres.

Maranta suspiró. ¿Por qué sus historias siempre versaban de temas tan inapropiados? Pecaminosos, diría ella.

—Y… —Amanda pareció haber entendido algo—. ¿Luego os los lleváis a la boca?

Anthony le guiñó un ojo a modo de asentimiento y Amanda se echó a reír.

—Ya es suficiente —Robert lo miró molesto—. Esta no es conversación para damas.

—Estoy de acuerdo —dijo Maranta entre dientes.

—¿La incomoda? —preguntó Anthony que no se había apartado de ella.

—Me molesta —le rectificó. Y esta vez sí volvió su rostro hacia él—. Usted me molesta.

—¿Seguro? —se fingió compungido— ¿No le ha gustado la historia de las cigarreras?

—Es vulgar —respondió y giró la cara dispuesta a ignorarle.

—¿Por qué? —mantuvo el tono bajo para que los demás siguieran con sus conversaciones sin prestarles atención de nuevo—, ¿evoca acaso a algo pecaminoso? ¿Al sexo, tal vez?

—Basta —volvió a susurrar con los dientes apretados.

—¿Qué le molesta tanto? Se le ha acelerado el pulso —dijo Anthony elevando el dedo índice para tócale la yugular donde su corazón parecía latir desbocado—. ¿Le molesta que se hable sobre erotismo? A su corazón parece gustarle, va a buen ritmo. —Un sutil movimiento y se inclinó un poco más y… un poco más—. ¿Late tan fuerte entre tus piernas, Maranta?

Anthony era listo, y aun así no vio venir la bofetada, cuyo sonido rebotó en el salón e hizo que todos se quedaran mirando a la pareja con la boca abierta.

Maranta, avergonzada, se apartó de él y se tambaleó.

—Lo… lo siento.

Pero no se lo decía a Anthony, sino a los amigos a quienes claramente había incomodado con su acción.

—No se preocupe —dijo el capitán—, en un acto reflejo.

Maranta ni siquiera se molestó en mirarle. Se movió con rapidez y se escabulló por la puerta.

—Emmm… Livia —dijo Rose—, ¿me acompañas a ver… los cuadros de la galería?

—Por… supuesto —Livia no se había recuperado de la impresión de lo que acababa de suceder.

Echó un rápido vistazo a su esposo y no pudo evitar lanzar una mirada de reproche a Anthony.

¿Qué le has dicho?

Él se encogió de hombros y permaneció en silencio, viéndolas marchar.

—Anthony —fue Amanda quien parpadeando incrédula, le aseguró—. Te la vas a cargar.

***

Rose y Livia la encontraron en su dormitorio, dando vueltas de un lado a otro.

—Es que no lo soporto —les dijo con los ojos vidriosos, llenos de lágrimas no derramadas, en el momento en que sus dos amigas se asomaron bajo el marco de la puerta.

Se apresuraron a entrar y a cerrar tras ellas.

—Maranta…

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Rose.

—Obscenidades —su voz tembló, muy a su pesar.

Livia y Rose se miraron entre sí.

No lo dudaban.

—Sí, Anthony tiene un humor peculiar, pero… ¿se ha propasado de alguna forma? —preguntó Livia, con toda la cautela que requería el asunto—. Sé que no os lleváis bien y lamentaría retirarle la palabra porque siempre me apoyó cuando mi marido me odiaba, pero…

—Oh, Livia —Maranta se tapó la cara con las manos y se quedó quieta en medio de la habitación.

—Lo siento —dijo compungida—. Si quieres que le odiemos, le odiaremos.

Livia miró a Rose y esta asintió.

—Es lo que haremos.

—Basta de farsa —dijo Maranta con un mohín—. Os encantan sus historias inventadas. Miente más que habla. Es… urggg —puso las manos en garras como si lo tuviera delante y estuviera

disfrutando de su estrangulamiento—. Debería largarme de aquí y al diablo con todo.

—¡No lo harás! —dijo Rose, horrorizada—. Es la fiesta de Roger Phillip, no puedes dejarle sin una de sus tías favoritas.

—¿No? Pues no quiero provocar ningún escándalo y está claro que no podemos estar en la misma habitación —las miró espantada —. ¿Te imaginas este espectáculo delante de los invitados?

—Estoy segura de que sabrás comportarte —dijo Rose muy segura.

—Y Lyonel y Robert harán que él se comporte. —Livia buscó la mirada de la anfitriona para que la apoyara.

—Por supuesto.

—No sé si sabré comportarme —confesó con sinceridad—, y eso me aterra. ¿Si no puedo soportarle ahora, como voy…?

Sus dos amigas se miraron entre sí, llenas de curiosidad.

—¿Cómo vas? —preguntaron al unísono.

Maranta negó con la cabeza.

—¿Por qué tanta inquina, Maranta? —se aventuró a preguntar Rose—. Nunca nos lo has contado

Ella suspiró como si de pronto se sintiera cansada de todo.

—Es una larga historia —respondió, agotada, masajeándose las sienes.

—Hay tiempo —la animo Livia a hablar.

—Pero no quiero contarla —Se sentó en el tocador con la cabeza entre las manos—. No ahora, por favor.

Ni ahora, ni nunca.

Nunca estaría preparada para contar tanto horror.

Sus amigas se miraron muy preocupadas e incapaces de encontrar una solución para un asunto del que sabían poco, o nada.

Capítulo 11

Para finales de semana la casa era un hervidero de actividad, tanta que Rose no hubiera sabido como arreglárselas sin sus amigas. Entre todas la ayudaron con los detalles de la fiesta y sobre todo con el pequeño Roger Phillip que era su alegría, pero que se había despertado llorando. Por la tarde, más calmado, echó una siesta. Fue entonces cuando las damas aprovecharon para pasar un rato agradable en la galería.

Livia compartía sofá con su mejor amiga Maranta, mientras Rose y Amanda estaban sentadas frente a ellas en unos bajos sillones de coloridos tapizados.

Alice no estaba presente, pues se había reunido con el doctor Claus que había llegado hacía poco menos de media hora para revisar a Frederick. Al presentarse como enfermera en Clevedon, le pidió al doctor que le hablara del caso práctico de Frederick, para poder tomar notas y ampliar sus conocimientos. Lo cierto es que el buen hombre era de carácter bondadoso y nada reservado a la hora

de compartir sus conocimientos, por lo que no tuvo ningún inconveniente una vez Rose insistió en ello. Quizás si Frederick necesitaba ayuda, Alice podría serles muy útil si el doctor se demoraba en llegar.

Pero esta no era la única ausencia notoria en el corrillo de damas.

—Echo de menos a la tía Margaret —dijo Rose—, y sé que Roger Phillip también.

—Se ha aficionado a viajar —comentó Maranta.

—El doctor le recomendó ir a tomar los baños. Le encanta Bath y si regresa lo hará porque nos echa de menos, no porque no se encuentre a gusto allí —dijo Rose haciendo una mueca que no afeó para nada su rostro.

—Sí, ojalá estuviera aquí —dijo Amanda—, le hubiera encantado todo el chisme que hemos generado últimamente.

Livia miró a su cuñada con cierta desaprobación y agradeció que su marido no estuviera presente para escuchar tales cosas. Pero sí, las damas estaban de acuerdo, a tía Margaret le encantaban los escándalos, y después de la escena entre Maranta y Anthony…

Desde entonces los amigos de ambos estaban muy atentos a sus movimientos, no para juzgar, sino para que las aguas volvieran a

su cauce. Y aunque si bien era verdad que Maranta lo miraba con cierto recelo, Anthony impostaba su sonrisa más magnífica como si la bofetada no hubiera existido jamás.

—Me alegro de no ser la única que no pueda contenerse de dar bofetadas.

—¡Amanda! —la reprobó Livia—. No hablemos de este asunto.

La joven miró a Maranta, que parecía aceptar que ese tema diera de que hablar.

Antes de seguir, Amanda tomó un pastel entre sus dedos de las dos mesas bajas repletas de viandas que apenas habían tocado.

Era una tarde apacible, los hombres se habían marchado a cabalgar, o donde fuera. Ellas no habían pedido explicaciones y sus esposos no se las habían dado.

—Lo digo desde el cariño —Amanda miró a Maranta que le devolvió la sonrisa.

—A veces resulta difícil contenerse, pero no debemos dejarnos llevar por nuestros instintos.

—Procuraré no hacerlo —dijo Amanda mientras se metía un pastelito de limón en la boca. Cuando lo hubo tragado, prosiguió—. Robert sin duda me lo agradecerá.

—Estoy muy de acuerdo con eso —dijo Livia que estaba sentada junto a Maranta. Tomó la mano de su amiga y se la apretó con afecto.

***

—Unas vistas maravillosas —dijo Anthony, parándose sobre la loma.

Desde allí los caballeros podían disfrutar del majestuoso paisaje de dunas verde esmeralda que se extendían ante sus ojos. Habían cabalgado tanto que bien podrían haber llegado a las tierras de Edward Chambers, a quien se le esperaba junto a los demás invitados, dentro de dos días para la gran fiesta.

—Hace muy buen tiempo —dijo Lyonel, acariciando el cuello de su caballo.

—Ha sido una buena tarde —dijo Robert.

—Aunque yo echo de menos a las damas.

—No a todas, eso seguro —apuntó Lyonel.

Sus compañeros lo miraron.

—Eso ha sido muy descortés viniendo de ti, coronel —se burló Anthony.

Lyonel era de carácter afable, y la forma poco sutil de sacar el tema de lo que había pasado con la señora Farrell, solo podía deberse a su preocupación por que algo así volviera a ocurrir durante la fiesta.

—Lo descortés es provocar a la dama de esa forma.

Anthony torció el gesto.

—¿Quién no lo ha hecho alguna vez?

—Yo desde luego no —dijo Lyonel, más serio.

—Bien —aceptó Anthony— ¿Quien, a parte de ti, no lo ha hecho?

Miró a Robert que resopló.

—Él no cuenta —dijo Lyonel.

—¿Y eso por qué?

—Porque es natural entre él y su esposa. El día en que no saque de quicio a la pobre Livia con su mal carácter, nos preocuparemos.

—O el día que ella no me saque a mí de mis casillas por sus malos hábitos de lectura —refunfuñó Robert.

Se escucharon las risas masculinas que evidenciaban que todos sabían que el matrimonio de los Belford estaba lleno de baches, aunque esos no quitaban lustre a la unión. Muchos los envidiaban, sobre todo cuando era evidente que no podían sacarse los ojos de encima, el uno de la otra, y ya de paso, ni siquiera las manos.

—Os veo bien —dijo Anthony a Robert.

El conde asintió.

—Muy bien. Ahora que mi madre no está, todo va mejor.

—Lamento su marcha.

Robert negó con la cabeza. No había contado a sus amigos los detalles de su partida, solo que su enfermedad mental había empeorado. Nada de que se había vuelto loca e intentó matar a su mujer.

—Espero que se encuentre bien, pero si eso os ha facilitado la vida no puedo menos que alegrarme. Livia, según mi esposa, parece de lo más feliz. Y yo así lo creo.

—Somos felices —al decirlo en voz alta Robert carraspeó, sintiendo que se sonrojaba.

—Oh, Señor —se burló Anthony—. Estás enamorado.

—Oh, cállate. Un día también te picará ese aguijón y yo estaré en primera fila para reírme de ti.

—No espero menos. Si es que eso llega a suceder algún día.

Se tomaron el pelo, los unos a los otros, hasta que Lyonel propuso regresar. Robert azuzó a su caballo para que se pusiera al galope y antes de que Anthony pudiera hacer lo mismo, Lyonel lo frenó.

—Unas palabras.

Anthony levantó una ceja ante el tono desprovisto de simpatía.

—¿Por qué intuyo que se acerca una reprimenda?

—Porque quizás te la merezcas.

Soltó el aire poco a poco y miró hacia el horizonte.

—Entiendo.

—¿De verdad lo entiendes? —preguntó Lyonel—. No es simplemente el hecho de que no quiero escándalos en mi casa, Anthony. Se trata de Maranta, una de las mejores amigas de mi esposa. Una mujer que tú y yo sabemos que ha sufrido bastante como para que tú…

—Para que yo, ¿qué? —lo animó a continuar, en un humor mucho más sombrío que el del propio coronel.

—Quiero que dejes en paz a la lady Farrell.

Fue la solemnidad con que dijo esas palabras, como si no aceptara un no por respuesta. Anthony, a pesar del nudo que se formó en su estómago, prefirió mantener la calma.

—Creo que no la he molestado.

—¿Eso crees?

—Fue un incidente sin importancia.

Lyonel no lo vio así.

—Muchos incidentes sin importancia habéis tenido a lo largo de los años.

Y otros tantos que ni Lyonel, ni ninguno de sus amigos sabría jamás.

—No quiero tener contigo esta discusión.

—¿La discusión de no acosar a una dama?

—¡No la estoy…! —apretó los labios y miró al frente—. Esta conversación se ha terminado, Lyonel. Si me disculpas… —dijo con la intención de ponerse en marcha.

—¿Ahora te harás el ofendido?

—¡¿Acaso no tengo motivos para estarlo?!

El estallido de rabia tomó desprevenido al coronel. Anthony era tan diferente al hombre que acababa de estallar delante de él

que se obligó a parpadear para comprobar que realmente no era un espejismo.

—Anthony…

—¿Qué? —lo miró entrecerrando los ojos, se inclinó un poco hacia delante y el caballo pateó la hierba, algo nervioso, como si supiera que estaba pasando algo.

Hubo un largo silencio.

Lyonel no apartó la mirada de los ojos de su amigo que estaba en tensión. No como alguien que espera rehuir una batalla, si no como un gran felino a punto de atacar.

—Soy tu amigo, y el de Maranta. No quiero que hagas nada de lo que puedas arrepentirte luego.

—Sí, ya veo —se mofó sin humor alguno—. Ya me has dejado claro la clase de hombre sin honor que piensas que soy.

—Yo no he dicho eso —Lyonel alzó la voz.

—¿No? —le escupió—. Está claro que lo crees. Que piensas que podría deshonrar a lady Farrell por simple diversión —al ver su furia, Lyonel volvió a cerrar la boca—. No sabes nada de nosotros, ni lo que pasó, ni lo que pasa y ni sospechas lo que pasará.

—La molestaste tanto que te abofeteó.

—Solo intentaba demostrarle algo.

—¿El qué?, ¿qué la sacas de sus casillas? Bien, hecho, ahora todo el mundo lo sabe —prosiguió Lyonel—. Al menos lo sabemos tus amigos, si eso hubiera pasado frente a otras personas, lejanas a nuestro círculo… —pareció morderse la lengua, pero finalmente continuó—. No sé qué demonios ha pasado para que Maranta haya sido rechazada por parte de la sociedad. No han llegado a mis oídos rumores de ningún escándalo que haya podido protagonizar. Eso solo me lleva a pensar…

—¿En mí? —se burló Anthony—. Pues puede que yo no tenga nada que ver con eso.

—O que no te hayas dado cuenta y tengas todo que ver.

Anthony bufó y tiró de la rienda de su caballo para que este girara sobre sí mismo.

—No voy a quedarme aquí para que me insultes.

—No te insulto. Solo te advierto de lo que pasará si continuas por ese camino.

Ofendido como pocas veces había estado, Anthony lo miró por última vez.

—Sé distinguir el bien del mal, aunque también creí distinguir mis amigos de los que no lo son más que de nombre. Creo que me equivoqué en esto último.

Dicho esto, volvió grupas, apretó los flancos de su montura y salió al galope.

No paró, ni se reunió con Robert, que los esperaba a ambos más adelante.

El conde de Shepton lo vio pasar y miró a Lyonel con sorpresa y una expresión interrogante en su rostro.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un malentendido —pero no se detuvo a explicarlo, siguió adelante, persiguiendo a Anthony.

No fue hasta que llegaron a las cuadras que ambos dejaron los caballos en manos de los mozos.

Anthony ya se alejaba a grandes zancadas para llegar a la terraza que daba a una de las entradas de la casa.

—¿Quieres hacer el favor de hablar conmigo? —preguntó Lyonel que veía como su amigo subía los peldaños de dos en dos.

Cuando cruzó la terraza, la puerta acristalada se abrió para dejar salir a Rose, que los esperaba con una sonrisa en la cara. Una sonrisa que se congeló al ver la expresión de los dos hombres.

—Ha llegado esto para ti —le tendió una carta a Anthony—, han dicho que es urgente.

Anthony asintió, pero tampoco quiso esperar a que Lyonel le diera alcance y entró en la casa, bajo la mirada apenada de Rose.

—Anthony, por favor.

Finalmente, Lyonel desistió y se paró junto a su esposa.

—¿Lyonel?

Él negó con la cabeza.

—Nada que no podamos solucionar —dijo, para que no se preocupara.

Aunque quizás solucionarlo, costara más de lo que pensaba.

Capítulo 12

Llegó el día de la fiesta.

Los carruajes habían empezado a llegar desde esa mañana. Todo era un sinfín de carreras, de criados con baúles y doncellas con ropas en los brazos, damas con sombreros de plumas y caballeros preocupados si habrían tratado bien sus escopetas de caza.

Rose estaba tan agobiada que se había olvidado del incidente que había presenciado entre Anthony y su marido.

La fiesta, que ella había previsto que sería íntima, había tomado un cariz que haría que se lo pensara dos veces antes de organizar nada que no fuera una cena con las doce personas que cabían en su comedor preferido.

—¿Nerviosa? —preguntó Maranta, que la tomó del brazo.

—Un poco.

Estaban en uno de los salones, donde Rose se había refugiado unos minutos para retomar fuerzas, acompañada de sus amigas de confianza. Estaba siendo un día agotador.

—Todo saldrá bien —la animó Amanda.

Pero en ese momento, por la ventana vio aparecer un carruaje con un blasón en pan de oro que le resultaba más que familiar.

—Si me disculpáis, tengo que vomitar.

—¡Amanda! —Livia la miró anonadada, pero su cuñada se marchó de la sala antes de que pudiera decirle algo más.

Miró al resto de sus amigas con cara de culpabilidad.

—Dale tiempo —dijo Maranta.

—Oh, parece que últimamente no hago más que regañarla —Livia se sentía muy desanimada en ese aspecto—. No sé qué puedo hacer para ayudarla, pero su comportamiento con todo lo que tenga que ver con los Chambers, no puede ser peor.

—Te diría otra vez que se le pasará —dijo Rose—, pero es que todo necesita su tiempo.

—En verdad Amanda adoraba a David, se ha roto un sueño y su corazón —dijo Alice en un segundo plano y con voz queda—. El tiempo pondrá todo en su lugar. Está ilusionada con viajar al norte antes de la temporada. Quizás eso la ayude a alejarse de esos malos pensamientos.

Livia fue a su lado.

—Que Edith esté en América, no ayuda. Pero quizás tú sí podrías ayudarme.

—Me quedaré poco tiempo —le respondió Alice a Livia.

La condesa de Shepton no pudo ocultar su disgusto.

—Pero mientras estés aquí, habla con ella.

—Por supuesto —dijo Alice, dejando más tranquila a las presentes.

Amanda estaba contrariada y así lo evidenció al caminar apresuradamente por el corredor. Se dirigía a su habitación, pero no pudo evitar cambiar la dirección de sus pasos al escuchar la voz del objeto de toda su antipatía.

Edward Chambers.

Avanzó con sigilo hasta la barandilla de la preciosa escalera desde la que se asomó al salón recibidor.

El mayordomo estaba recibiendo en esos momentos al vizconde de Glastonbury y a su tía, Regina. David no asistiría, eso se lo había asegurado Rose.

Una batalla menos que librar.

Observó a la dama que acompañaba a su archienemigo. Una mujer de mediana edad, esbelta y elegante. Un lacayo cogió su abrigo y otro cargaba con su equipaje. Su expresión era amable y cuando Lyonel los recibió, su sonrisa le resultó encantadora.

Amanda retrocedió un paso para que no la vieran espiando. Pero siguió ahí.

Centró de nuevo la mirada en Edward. Su cabello estaba más rubio, quizás a causa del sol del verano. Su sonrisa… Amanda cerró los ojos. Lo hacía más joven y encantador. En verdad entendía por qué era tan buen partido. Rico como Creso, guapo, atlético y encantador con todo el mundo, menos con ella.

Resopló y fue consciente cuando él la escuchó.

Edward alzó la cabeza y sus miradas se encontraron, haciendo que Amanda se sonrojara y su corazón latiera con rapidez.

Acto seguido, dio media vuelta y se encaminó hacia su habitación, reprendiéndose mentalmente no por haber sido una fisgona, sino por ser poco hábil para que no la pillaran.

Nada de eso pasó desapercibido para Regina, quien miró como la damita se alejaba y acto seguido echó un vistazo a su sobrino favorito para darse cuenta lo embobado que se mostraba sin pretenderlo.

Vaya, vaya.

***

Las actividades durante el día fueron de los más variadas, y como para que nadie se olvidara de por qué estaban ahí, se habían preparado divertidos juegos para los niños.

La hierba se pisoteó por casi un centenar de invitados que habían llegado con sus hijos e institutrices. Las posadas cercanas estaban al completo y los cuartos de Rosewood House también. Aunque para alivio de los anfitriones al día siguiente empezarían a marcharse los huéspedes que solo habían llegado para la gran fiesta.

Amanda evitó a Edward en todo momento, pero no por ello pudo dejar de observarlo desde la distancia. Él era el causante de su desgracia y por ello lo odiaba más que nunca. Finalmente, decidió alejarse del bullicio y se encaminó hacia el hermoso jardín de Rose, para gozar de unos minutos de tranquilidad.

Todo en derredor era una explosión de belleza, y el aroma de las rosas impregnaba el lugar, calmándole ligeramente el ánimo.

Se sentó en un banco y balanceó los pies, distraída, hasta que una voz femenina la sacó de sus pensamientos. Cuando alzó la mirada, se topó de lleno con los ojos amables de Regina.

—¡Oh! Qué agradable sorpresa encontrarte aquí, querida —dijo la dama—. Has crecido mucho desde la última vez que te vi.

Amanda parpadeó confusa.

—¿Disculpe?

—Quizás no me recuerdes. Soy…

Amanda tragó saliva y se puso en pie de inmediato.

—Es usted Regina Bowman, la tía Regina, ¿verdad?

La mujer sonrió con afecto.

—Y tú Amanda Belford. Me alegra volver a verte. No te habría reconocido si al llegar no te hubiera visto…

Amanda se sonrojó, consciente de que había sido pillada fisgoneando.

—No te preocupes, entiendo por qué no quisiste saludar a mi sobrino.

—Sí, supongo que es de dominio público todo lo que pasó.

Esperaba que la regañara, que se sintiera ofendida por lo que le hizo a su pariente, pero lejos de todo ello, Regina se sentó a su lado y le sonrió con amabilidad.

—¿Has estado bien?

La trataba con familiaridad, quizás porque la diferencia de edad era notable y Amanda pensó que seguía viéndola como una niña, pero a medida que avanzaba la conversación se dio cuenta que la trataba con un cariño sincero.

—Siento lo de tu madre, espero que se esté recuperando.

Amanda apartó la vista, pero al ver que el tema no era de su agrado, Regina recondujo la conversación sobre la fiesta y los invitados.

La joven no pudo evitar observarla con curiosidad.

Esa mujer era mucho más hermosa en las distancias cortas. Con su rostro armonioso y dulce, nadie diría que tenía cuarenta años. Solo en su expresión decidida y madura podía intuirse su edad.

Llevaba un vestido de paseo, elegante, a la última moda de París, sin embargo, su aura no era en absoluto superficial, al contrario.

—¿Qué tal si paseamos juntas?

Para sorpresa de Amanda, la dama se puso en pie y la tomó del brazo para que se uniera a ella.

—D… de acuerdo.

—Creo que coincidimos en algo, no nos agradan demasiado los niños.

Amanda no pudo evitar sonreír.

—En realidad no estoy segura. Pero necesitaba alejarme del bullicio.

—Oh, en verdad son adorables, especialmente el pequeño Roger Phillip, pero me basta con observarlos un rato.

La joven no pudo evitar soltar una suave carcajada.

—Opino igual, aunque no sé si lo que me sucede es que no he tenido demasiado contacto con ellos, y puede que no sepa cómo tratarlos. Aunque… —Amanda calló de repente y Regina volteó la cabeza, expectante.

—¿Sí? —la invitó a continuar.

—Siempre deseé ser madre de un montón de niños. ¿No es una contradicción?

Regina le sonrió con afecto.

Con David Chambers.

Amanda calló de nuevo. Vio como el entrecejo de la muchacha se arrugaba ligeramente. Le sonrió.

—Eres joven, y muy hermosa —Su mano palmeó el brazo de Amanda, como si quisiera infundirme ánimos—. Habrá tiempo de

encontrar al pretendiente adecuado. Un joven que sepa apreciar tu carácter indómito y que no apague esa luz que tienes.

Amanda la miró con agradecimiento. Sin duda no había tenido muchas palabras de ánimo últimamente, y que se lo dijera alguien que podría ser su madre… No, desde luego con el escándalo que había provocado, su madre hubiera sido incapaz de pronunciar aquellas palabras alabando su carácter indómito y su luz interior.

No pudo menos que sonreír.

—Gracias.

—Después del desastre que protagonicé hace unos meses, supongo que sabrá que es muy probable que ese caballero no esté haciendo cola para pedir mi mano.

Esta vez fue Regina quien soltó una alegre risa.

—Oh, querida. No te preocupes demasiado —La miró con cariño y le acarició el dorso de la mano—. Estoy absolutamente convencida de que encontrarás al esposo adecuado. —Acto seguido, dijo algo que la desconcertó—. Y es muy posible que ese hombre sea quien menos te esperas. —Un suspiro hizo que Amanda la mirara con curiosidad—. ¿Sabes? A veces uno no ve más allá de sus narices.

Amanda se preguntó si hablaba de los caballeros que deberían darse cuenta de sus virtudes, o de que ella era más ciega que un topo.

No tardó en abrir la boca para preguntar qué había querido decir con eso, pero Regina, hábil, redirigió la conversación a un tema más frugal, como que aquel día lucía un sol espléndido y las abejas estaban haciendo buena cuenta del néctar de los estambres.

—No dudo que este año, Rosewood House gozará de una miel exquisita.

Después de pasear por el jardín, llegaron de nuevo al lugar donde se realizaban los juegos. Sin poder evitarlo, los ojos de Amanda se posaron en Edward, que junto a Lyonel, conversaba con Rose, que a su vez sostenía al pequeño Roger Phillip.

Le sorprendió la mirada del vizconde de Glastombury, cargada de ternura, cuando el pequeño estiró sus manitas bajo la atenta mirada masculina.

Algo desconocido hasta el momento, calentó el pecho de Amanda.

—Si me disculpa —le dijo Amanda que había empezado a sentirse mareada—, necesito retirarme a descansar antes de la cena.

Tía Regina la observó alejarse hasta que se adentró en la casa.

No pasó por alto la mirada que le dedicó Edward al verla partir.

Sonrió para sus adentros, pensando en que el juego del amor entre su sobrino y la intrépida Amanda, no había hecho más que comenzar.

Capítulo 13

Después de que las institutrices y doncellas desaparecieran con los niños, los adultos se tomaron un descanso para la cena que finalizaría con un baile.

La mesa era tan larga y los comensales tantos que casi era imposible mantener una conversación entre tanto escándalo.

Tres enormes arañas de vidrio pendían del techo iluminando la opulenta mesa, dándole al ambiente un aire elegante e íntimo. Estaba repleta de exquisitas viandas y decorada con una maravillosa atención en el detalle. Sobre los manteles de fina seda, estaban colocados los platos de fina porcelana de Worcester y a lo largo de la mesa se disponían diez enormes candelabros de plata. No podían faltar los jarrones con hermosas rosas que regalaban a los comensales un embriagador y dulce aroma.

Maranta miró a la anfitriona y con una leve sonrisa le dio la enhorabuena, algo que Rose agradeció con un ligero asentimiento. Poco después, su mirada se dirigió al capitán Hilton y su expresión

se tornó ligeramente agria. Al apartar los ojos de él, decidió no volverle a prestar atención en lo que restara de noche.

Anthony se sentaba junto a Frederick que había decidido presentarse a la cena. A pesar del bastón nadie diría que sintiera los terribles dolores que tanto le atormentaban. Lo vio conversar animadamente con unos y otros invitados. Todo el mundo parecía divertirse.

Anthony parpadeó lentamente y miró por encima de la copa el rostro hermoso de Maranta. Bebió un sorbo sin que ella lo mirara una sola vez, tan concentrada estaba en reírse con Livia de alguna ocurrencia de Amanda. Entre sus amigas, parecía feliz. Muy diferente a la Maranta amargada que él conocía bien, o en quién él la había convertido.

Pensó en las palabras de Lyonel, en verdad le dolía estar enfadado con su amigo, y más estarlo bajo su techo.

No sabía como había sido posible que hubiera perdido así los papeles. Él, que siempre medía sus palabras, que siempre encaminaba las conversaciones hacia el punto que él quería, esta vez había caído en la trampa de dejar que sus emociones lo dominaran. Lyonel no merecía su mal humor, y pensándolo bien, había tenido razón en reprenderlo por su actitud con Maranta. Su

amigo era todo un caballero. Y es que cuando se trataba de Maranta Farrell, no había forma de que su corazón no latiera más acelerado, de que sus manos no se volvieran más torpes y de que su mente se embotara sin encontrar una respuesta a las preguntas más simples.

La carta que le había entregado Rose el día anterior, le quemaba el en bolsillo de la chaqueta.

No debía demorarse mucho en decirle a Maranta que su misión había empezado.

Tenía planes para ella, o mejor dicho, para los dos.

Sonsacar la información de aquellos sospechosos que el Mayor Foster tenía en su punto de mira, sería más sencillo si seguían un plan establecido. Lástima que la rebelde señora Farrell no estuviera por la labor.

Anthony estaba convencido de que rechazaría cualquier idea que viniera de su parte.

Peor para ella, porque iba a acabar con los hombres que habían intentado asesinar a Frederick, costara lo que costara. Y si para ello tenía que ponerse firme y emplear mano dura para hacérselo entender a Maranta, lo haría, sin importar que con ello Lyonel lo despreciara.

Miró a su amigo, que se reía con Robert de algo que él no lograba escuchar. Si el anfitrión estaba en la cabecera de la mesa, Anthony había sido movido al centro. Seguramente Rose, tan práctica como siempre, había intentado evitar cualquier conflicto entre los dos. Bien por Rose. Bebió de un trago el poco contenido que quedaba en su copa y el sirviente le ofreció más tinto. Cuando el líquido empezó a caer, los ojos que vio más allá de él lo hicieron parpadear.

Maranta lo observaba, con demasiada fijeza como para que pudiera ser decoroso. Pero no importaba. Ella también debía haber percibido que necesitaban hablar.

Para cuando la cena terminó, Anthony estaba dispuesto a llevar a Maranta a un lugar apartado, pero Frederick lo distrajo poniéndole una mano sobre el brazo.

—¿Y bien? —preguntó confuso, Anthony.

—Ayúdame.

Parpadeó sin saber a que se refería. Pero al segundo fue evidente que Frederick se estaba tambaleando sobre su pierna buena y que el sudor que le corría por la frente no era precisamente a causa del calor del salón de baile.

La música del hermoso cuarteto llenaba el ambiente junto a las conversaciones distendidas de damas y caballeros, algunos visiblemente cansados de todas las actividades que habían tenido durante el día, muchos con los niños que habían hecho el viaje para asistir a la fiesta del pequeño Roger.

—¿Deseas retirarte?

—Deseo no caerme de bruces delante de toda esta gente.

Anthony asintió mirando alrededor, y como si le estuviera haciendo una confidencia le palmeó la espalda, dejando la mano ahí, fingiendo un gesto de camaradería, cuando en realidad lo estaba sosteniendo para sacarlo de allí.

Por fortuna en el pasillo que daba al despacho apartado de Lyonel, no había nadie.

—¿Por qué demonios has aguantado tanto?

—Por Rose —dijo, soltando una risa incrédula—. En serio, estaba tan preocupada por la fiesta.

—Oh, señor. No querías defraudar a tu mejor amiga, ¿no?

Una sonrisa que se mezclaba con una mueca de dolor acompañó a la única palabra:

—Nunca.

Anthony, al ver que estaban solos, lo tomó de la cintura con más fuerza y le obligó a rodear su cuello con el brazo.

—Vamos.

Entraron en el despacho de Lyonel, más parecido a una biblioteca, que a otra cosa. La chimenea, contra todo pronóstico estaba encendida, y Anthony se imaginó que su amigo habría estado ahí en algún momento de la tarde, quizás para huir de tanta gente. Odiaba las fiestas.

Con la ayuda de su amigo, Frederick se dejó caer en el sillón y estiró la pierna, dolorido.

—Dios, pensé que con el tiempo el dolor remitiría.

Anthony, de pie junto a él, lo miró preocupado.

—¿Y no es así?

—Ni por asomo —cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás.

Hubo un largo silencio, solo roto por el chorro de wiski que Anthony vertió en dos copas. Le ofreció una a su amigo.

—Llevo tanta medicación en el cuerpo que no sé…

—Traga y calla. —Anthony se sentó a su lado y miró hacia las llamas de la chimenea.

—He oído que tú también tienes problemas.

—¿Cuándo no los tengo?

—Más problemas todavía —se burlo Frederick de él—. ¿Es cierto que Maranta te abofeteó?

Soltando un suspiro, no tuvo más remedio que confesar.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Siempre has sido tan cotilla? —alzó la ceja izquierda.

—Siempre, pero normalmente no pregunto, porque me sé todas las respuestas. En este caso no, porque estaba compadeciéndome de mí mismo, tumbado en la cama, en lugar de presenciar el espectáculo.

—Tiene fuerza en esa mano —dijo, haciendo que Frederick se riera, y acompañándolo con esa risa poco después—. De veras, no sé en que estaba pensando Wellington ni el mayor Foster.

Frederick lo miró interrogante.

—¿A qué te refieres?

—A que la han puesto a trabajar conmigo.

Frederick parpadeó incrédulo. Bien es cierto que sabía que Maranta Farrell tenía contactos entre la cúpula militar y que pasaba información sobre ciertos temas que escuchaba aquí y allá, pero…

—¿Trabajar contigo?

Anthony asintió, de nuevo mortalmente serio.

—Los que te hicieron esto, venden armas a un grupo organizado que supuestamente prepara la liberación de Napoleón.

Frederick cerró los ojos y no sintió que escuchara nada nuevo.

—¿Y qué se supone que haréis juntos?

—Entrar en ese grupo.

—¿Los dos?

Asintió.

—Hay que acudir a fiestas… clandestinas.

—¿La señora Farrell? —eso sí que no se lo esperaba.

—Sí, y para ello Wellington dañó un poquito su reputación.

—¿Dio la orden de que no fuera invitada a las fiestas de los oficiales?

—Sí, —suspiró— y ahora la convertirá en mi amante.

Frederick se atragantó y empezó a toser sin poder detenerse hasta que Anthony le dio varias palmadas en la espalda.

—Sí, eso pensé yo. ¡Menudo giro de los acontecimientos!

—¿Y ella aceptó? —preguntó, con los ojos vidriosos y el rostro de color rojo por el esfuerzo de respirar sin toser.

—No ha tenido demasiada elección. Aunque por supuesto, solo será mi amante de nombre. Eso la ayudará a que ciertas acompañantes suelten su lengua en confidencia.

—Eso por descontado. Dudo que Maranta se acercase a ti a menos de varios metros si no es por pura obligación.

—Oh, eso ha dolido.

—Algunas verdades no resultan agradables.

Bebieron en silencio, hasta que Anthony se levantó.

—Frederick.

—¿Sí?

Cuando miró a la cara de quien había sido su instructor y capitán, vio verdadera determinación.

—Te prometo que atraparé a los que te hicieron esto.

Asintió con la misma solemnidad.

—No lo dudo, capitán.

Al rostro de Anthony volvió aquella sonrisa ladeada, tan característica de él.

—Si me disculpas. Iré a buscar a un sirviente para que te ayude…

—No, estoy bien —hizo un gesto con la mano y lo animó a partir—, disfruta de la fiesta. Yo deseo quedarme aquí unos

momentos. Pediré ayuda más tarde, cuando desee retirarme.

Anthony no discutió, y después de asentir lo dejó solo en aquel despacho.

Aunque para su sorpresa, no lo estuvo mucho tiempo.

Capítulo 14

La puerta se abrió, provocando un sobresalto en Frederick. Aunque su cuerpo no se movió ni un ápice, sus ojos se agrandaron confuso al ver entrar a una de las invitadas de su cuñada.

La señorita Alice Anderson.

La había visto de lejos durante esos días, y en una ocasión que Frederick se sintió con fuerzas, habían sido debidamente presentados. Era una muchacha callada, pero despierta e inteligente. Debía serlo para caer tan bien a las damas que formaban el círculo de amistad de Rose. Como si ser la dama de compañía de Maranta Farrell no fuera suficiente credencial de todas sus virtudes.

La vio apoyarse contra la puerta y la luz que irradiaban las velas del candelabro cercano y las llamas de la chimenea la iluminaron de una forma hermosa, con tonos dorados, haciéndola etérea… revelando una belleza de la cual no había sido consciente hasta ese momento.

—Buenas noches —sonrió Frederick—, ¿la persiguen los lobos?

Alice se llevó una mano al pecho. Sus ojos abiertos, de cervatillo asustado, no hicieron más que ampliar la sonrisa de Frederick. Algo que agradeció enormemente, pues hacía tiempo que la había perdido.

—Oh, disculpe. Creí que no había nadie.

Alice dio un paso vacilante.

El sofá tapizado de seda se interponía entre ambos.

Desde el sillón Frederick le sonreía, con la copa que Anthony le había servido y la pierna estirada.

Hizo una mueca, le dolía horrores, pero no pensaba permitir que se le notara, y aun así…

—¿Le duele?

Ella se había dado cuenta.

—Oh, no demasiado —mintió.

Alice sonrió y bordeó el sofá para acercarse.

—Me ha dicho la condesa que…

—Oh, vamos —la interrumpió—. Sé que la tuteas en privado. Es mi cuñada y mejor amiga, y yo sé quien es usted, señorita Anderson.

—¿Lo sabe?

—Maranta habla maravillas de usted.

—Oh. —Se le sonrojaron las mejillas. No solo por los cumplidos sino por la familiaridad con que parecían tratarse—. Exagera, sin duda.

La presencia de ese hombre no la incomodaba, al contrario, le daba confianza y su sonrisa era hermosa.

Miró sobre su hombro hacia las puertas dobles cerradas a su espalda y dio un paso atrás.

—Creo que no debería estar aquí, sola, con un hombre.

—Oh, no… es cierto —vaciló—, debería haberme ido.

Retrocedió otro paso, pero sin embargo volvió a mirarle.

Frederick interrumpió el avance de la copa hacia sus labios y le sonrió esperando una explicación de por qué no se marchaba. Al verla vacilar, preguntó:

—¿Le ocurre algo?

Alice, respiró hondo. Como si acabara de tomar una decisión.

—¿Le duele?

—Ya le he dicho que no demasiado.

—Pero me ha mentido.

La carcajada de Frederick la pilló por sorpresa y se ruborizó todavía más.

—Vaya, no pensé que había nacido el hombre que me tildara de mentiroso, pero veo que si existe mujer semejante.

—Oh, no, no. Yo no quería…

—No se preocupe. No me ha ofendido, solo me provoca… curiosidad. Si me doliera… ¿se compadecería más de mí?, ¿me tendría en sus oraciones?

Alice alzó una ceja, consciente de que se estaba divirtiendo a su costa.

—Verá, soy enfermera.

—Oh —Frederick ató cabos—. ¿Quiere que sea su paciente? No estoy tan mal como para necesitar sus servicios, aunque ya sé que ha hablado con el doctor Claus sobre mi caso.

Ella enrojeció un poco.

—Pero si lo que necesita es trabajo… —dijo con franqueza—, puedo fingir.

Esta vez la que rio fue Alice.

—¿Fingir? Qué generoso.

Frederick observó a esa mujer de la cabeza a los pies. La había malinterpretado, su nerviosismo no se debía al miedo, quizás

solo a su manera de plantear las cosas. No quería ofenderle a la hora de pregunta si sus heridas le dolían. Parecía una mujer piadosa y amable.

—Lo que quería decir es que estudié en Clevedon con el Capitán George Thomas, ¿le conoce?

—De oídas.

—Y también con el doctor Ferguson en Londres.

Frederick alzó una ceja.

—¿Sí?

—Este último se dedica sobre todo a heridas de guerra, algunas mucho más severas que las suyas, se lo aseguro. Verá… —Frederick tenía la sensación de que aunque no quisiera escuchar lo que esa muchacha tenía bien a decirlo, lo haría igualmente.

Respiró hondo.

No pensaba huir. La idea de salir corriendo, escapando de esa belleza le hizo reír.

—¿Se burla?

—No por Dios, es solo que es reconfortante que alguien me hable sin tapujos de mis lesiones.

—Si le ofendo, dígame que pare.

—De momento va bien.

—Lo que decía es que, el doctor Ferguson se dedica a investigar la anatomía humana, músculos y tendones.

—Fascinante.

Esta vez sí se burlaba, pensó Alice, pero se había propuesto siempre ayudar allá donde viera que podía ser de utilidad.

—Algunas heridas parecen haber sanado del todo, pero internamente, algunos ligamentos, los músculos… lo que quiero decir es que años después un paciente puede seguir con un dolor intenso si no se trata.

—Dios Santo —Frederick palideció.

Intentó mostrarse sereno, pero solo pensar que tendría que seguir viviendo con ese dolor, para siempre, sin que este menguara un ápice.

No lo soportaría.

—Bueno, pero lo que le digo es que el doctor Ferguson tiene técnicas no invasivas, friegas, incluso agujas. Estudió acupuntura de un comerciante…

—¿Un comerciante?

—Chino.

—¿De China?

Alice suspiró.

—Ya sé que suena poco convencional, pero la medicina china es… —Cielos, se estaba poniendo nerviosa ante la mirada de espanto que le dedicaba Frederick—. Se basa en que la enfermedad se debe a un flujo incorrecto de la fuerza vital.

—¿Disculpe?

—La acupuntura es una disciplina muy efectiva, y se remonta al siglo tercero antes de Cristo. Consiste en clavar unas agujas…

—¿Agujas?

—Pero es muy efectivo, yo lo he visto.

—Y no dudo de su palabra —dijo, asombrado por la extraña conversación.

Y por la pasión con la que Alice hablaba de ello. Podía verse el entusiasmo en sus bonitos y almendrados ojos.

Se hizo el silencio y Alice lo miró con insistencia, lamiéndose los labios. De repente tenía la boca muy seca, y por supuesto estaba nerviosa, siempre le sucedía cuando debía explicar a alguien a qué se dedicaba e intentaba convencerle de que era buena en su trabajo.

Siguió retorciéndose las manos y mirando intermitentemente a Frederick Knigth y a la puerta a su espalda.

—Yo…

—¿Quisiera enseñarme esas técnicas?

Ella se animó a asentir.

—Creo que podrían ayudarle. Me ha dicho el Doctor Claus que la herida se ha cerrado y cicatriza bien.

—¿Ha seguido hablado de mi pierna con el Doctor Claus?

—Oh, le ruego me disculpe —había sido torpe al mencionarlo, y no quería meter en un lio al pobre doctor—. La verdad es que su cuñada sugirió que compartiera información conmigo.

—¿Sobre mí?

—Sí, y es cuando le hablé.

—¿De acupuntura?

—Y friegas y masajes.

—¿Quiere darme friegas y masajes, señorita Anderson? —Los ojos de Frederick se veían grandes como platos. Se revolvió, inquieto.

Ahora sí que enrojeció de la cabeza a los pies.

—Bueno… podrían ayudarle.

Frederick no borró su sonrisa.

—No creo que sea muy apropiado que nos encuentren manoseando mi muslo.

—¡No! ¡No! Por supuesto que no. No me refería a ahora.

La risa de Frederick hizo que se relajara de golpe.

Alice soltó todo el aire de sus pulmones y cerró los ojos.

Frederick se sorprendió de lo agradable que le resultaba la compañía de la señorita Anderson. De hecho, no le había tocado y ya en su presencia se sentía mejor.

—Acepto.

—¿Qué? —Alice lo miró parpadeando, esperando que lo volviera a repetir para estar segura de que había oído bien.

—Acepto que me manosee el muslo o lo que sea que haga con esas agujas.

—No use esa palabra —dijo muy seria—, de hecho, es ciencia. Y si me lo permite, creo que le iría muy bien para mejorar su movilidad.

Frederick asintió.

No había dudas en su tono de voz cuando dijo:

—¿Sabe qué? —Ella lo observó expectante—. Yo también lo creo.

Y era cierto, aunque no sabía muy bien por qué.

—Entonces será un placer ayudarle.

—El placer es todo mío, y…

—¿Sí? —se apresuró a decir Alice, esperando que tuviera alguna pregunta que ella pudiera satisfacer con sus conocimientos, pero no fue así.

—Debería retirarse, ya que yo de momento debo esperar a que la rigidez de la pierna se vaya para poder subir a mis aposentos.

—Oh.

—No hace falta que le diga que pasará si nos encuentran a solas.

—¡Por supuesto! —se volvió nerviosa mirando a las puertas cerradas—. Yo siento haberle puesto en esta situación.

—Ninguna situación me ha parecido nunca tan encantadora.

—Gracias… creo.

Alice se dio la vuelta y prácticamente corrió hacia la entrada del despacho. Pero, aunque cogió el pomo, antes de darle una vuelta y sacar la cabeza para ver si había alguien en el pasillo, se volvió hacia él.

—Solo para que quede claro, las sesiones serán supervisadas por el Doctor Claus.

—Por supuesto —sonrió Frederick.

—¿Y puedo pedir que Rose esté presente?

—Ni hablar.

—¿No?

—No, seguro que se pasaría mi terapia penando por mi estado.

Alice se envaró.

—Solo se preocupa por usted —dijo, cortante.

—Vaya, le cae muy bien mi cuñada.

—Por supuesto, es una mujer extraordinaria, y no debería enojarse por el hecho de que esté pendiente de su convalecencia.

—Ya veo

—¿Sabe? —lo miró a los ojos con una franqueza que a Frederick le revolvió las entrañas—. Hay muchos soldados que vuelven del campo de batalla sin tener una mano amiga que coja la suya mientras sufren. Usted tiene a una familia que le quiere, y a una cuñada que movería cielo y tierra solo para encontrar algo que le hiciera sentir mejor.

—La quiero mucho.

Alice parpadeó.

—¿A su cuñada?

Ahora quien parpadeó fue él.

—Por supuesto.

—Sí —dijo, mojándose los labios—. Por supuesto. Bueno… debo irme. Hablaremos con el doctor Claus.

Frederick alzó la copa que no se había terminado hacia la dirección e Alice.

—Brindo por ello.

Inquieta, sin saber muy bien el motivo, Alice abrió la puerta y al asegurarse de que no había nadie afuera, salió de allí.

Frederick se quedó solo de nuevo, llegando a sus oídos el sonido lejano de la música. Un vals. Uno que ya no podía bailar. Cerró los ojos y respiró hondo. Quizás la señorita Anderson tuviera razón. Quizás debería dejar de ser tan gruñón con Rose. Desde luego, si la voluntariosa Alice lograba una mejoría con sus dolores, sería capaz de construirle un imperio.

Capítulo 15

El día había sido agotador, pero por la cara de felicidad de Rose, bien había merecido la pena. En el fondo Maranta se lo había pasado bien. No solo durante el día, compartiendo algunos momentos con el pequeño Roger, o con los más pequeños de los invitados, sino también en la cena. Había sido muy agradable reencontrarse con sus amigas y esos días en la finca de los Knigth la habían hecho feliz, a pesar de tener que soportar al capitán Hilton.

Se dispuso a dejar de pensar en él, porque no le convenía a sus nervios. Cuando su mente revoloteaba alrededor de ese hombre se pasaba la noche en vela y ese no iba a ser el día que el capitán le quitara el sueño. Por el contrario, volvió a pensar en el angelito de Roger Phillip y su carita evocó a la de su sobrino. ¡Cuánto echaba de menos a Cristopher!

Si una cosa tenía clara Maranta es que jamás querría a ninguna personita como a su sobrino. Por fortuna o por desgracia, según el punto de vista desde el que se mirara, su hermana Claudia

se lo dejaba con frecuencia. Siempre tenía algún evento al que asistir un par de días o algún que otro viaje que no le permitía llevarse el pequeño. La mejor opción para su hermana era dejarlo con Maranta.

Jamás le había puesto mala cara por tratarla como a una institutriz.

¡Que más quisiera Maranta que pasar su vida con Cristopher! Pero eso era poco probable.

Claudia tenía demasiado presente la devoción que su hermana sentía por el pequeño, y su relación tampoco era tan amigable como para que la complaciera dejándole a su hijo largas temporadas.

A veces, Maranta se sentía un poco cruel al pensar así. No es que Claudia no quisiera a su hijo, de hecho, solo era como tantas otras madres de la aristocracia, más preocupadas por la herencia, que por la criaturita en sí.

Se desnudó con rapidez, con la ayuda de Alice, y luego ella le hizo el mismo favor.

—No deberías ayudarme…

—Oh, silencio —protestó Maranta entre risas—. Como bien sabes ya no eres mi doncella.

—Pues deberías dejar de pagarme el sueldo.

—No lo veas como tu sueldo, sino como un regalo especial por haber sido mi apoyo estos meses.

—No necesitabas ningún apoyo.

—Claro que sí —se rio Maranta—. Con Livia dedicada a su marido y Rose a ser madre, me hubiera sentido muy sola si nadie me acompañara a mis charlas.

—Fueron unas charlas maravillosas.

—Me alegro que lo creas así —le dijo apretándole la mano—. Alice, creo que eres un ejemplo.

—¿Qué dices? —se ruborizó mientras soltaba una risita.

—Ya lo has conseguido, serás lo que siempre quisiste ser. Pronto llegarás a casa y se cumplirá tu sueño.

—Oh, Maranta —la abrazó con cariño—. Gracias por tanto.

Se apartó con lágrimas en los ojos.

—Y ahora deberíamos dormir antes de que nos pongamos emotivas.

Alice le dio las buenas noches y cerró la puerta que comunicaba con su habitación.

Una vez tapada con las sábanas, a Maranta le costó dormirse, pero finalmente lo hizo, con la cortina de dosel algo apartada para

que la luz de la luna se derramara sobre la cama.

Tuvo un sueño inquieto, se revolvió en la cama como alguien que intenta huir durante una pesadilla. No era difícil imaginar con quién estaba soñando, aunque al abrir los ojos ya no lo recordara.

Su marido.

Él siempre estaba presente cuando sus ojos se cerraban y se dejaba llevar hacia un sueño superficial e inquieto.

—¿Pesadillas?

Maranta tomó aire para gritar, pero una mano le tapó la boca con rapidez.

Al escuchar la risa ronca de su asaltante, le fue fácil saber quien era.

Anthony.

El susto inicial y el miedo que lo precedió, se transformó en indignación y rabia.

—Maldito —masculló, casi ininteligiblemente contra su palma.

—No grite —se burló Anthony—, seguro que no quisiera que la dulce Alice acudiera a nuestro encuentro y llamara a Lyonel. Dios sabe que a mí no me gustaría, ya he tenido un percance con él. La aprecia mucho y cree equivocadamente que tenemos algún tipo de problema.

Con lentitud, le apartó la mano de la boca.

—El único problema que yo tengo con usted, es su existencia. Lárguese de aquí —le dijo Maranta—. La casa está llena de invitados y a usted se le ocurre entrar en mi alcoba. ¿Cómo se atreve?

—Oh, no sería la primera alcoba que asalto esta noche.

—Maldito puerco.

Anthony hizo una mueca y un ruido sorpresivo con el aire que aspiró entre sus dientes.

—Es cruel, señora Farrell.

—Y usted —intentó incorporarse y le dio un codazo para apartarlo de su cercanía—, un maldito … ni siquiera sé como describirle. ¿Qué hace en mi cama?

Anthony estaba acostado a su lado, con el peso de su cuerpo sobre su codo y el antebrazo extendido.

—Me gustaría hacer lo que para mí es costumbre, pero llevamos demasiada ropa… ¡Auch! —Maranta le dio un manotazo en el pecho y él se fingió dolido—, pero veo que no está de humor, así que me limitaré a entregarle esto.

Del interior de su chaqueta, la que gracias a Dios aún tenía puesta, como el resto de su ropa, Anthony sacó una misiva. Llevaba el sello estampado en cera roja, desprendido del papel.

Cuando Maranta lo tomó de inmediato, Anthony se lo permitió. La vio correr hacia la ventana. No encendió una vela para leer la nota, sino que utilizó la luz de la luna llena.

Él estaba demasiado fascinado viendo las curvas generosas de su cuerpo a contraluz, refractándose a través de la tela del camisón, como para leer la expresión de su rostro.

—¿En la fiesta de lord Dawson estarán los hombres a quien tenemos que investigar?

Anthony cruzó las piernas por los tobillos y se reclinó contra el cabecero de la cama con las manos entrelazadas en su nuca.

—Y mujeres —le guiñó un ojo—. No te olvides de las mujeres.

Ella resopló.

Seguramente tenía frío, pensó Anthony, iba descalza y era probable que de no haber estado él en la cama se hubiera metido de nuevo bajo las sábanas de inmediato. Lástima que le gustara tanto jugar. Le sonrió más ampliamente.

—¿Estas son todas nuestras órdenes del mayor Foster? —dijo, tomando una bata y anudándose el nudo alrededor de la cintura con cierta rabia.

—De momento. Así que nos marchamos a Londres.

Esta vez ella no pensó en el rechazo que le provocaba ese hombre, ni en todo lo que tendría que hacer por el bien de la patria. Más bien pensó en que tendría que marcharse lejos de Livia, Rose… y sobre todo de Alice, que había sido una gran amiga esos meses. Le hubiera gustado tener más tiempo para despedirse de ella.

—¿Cuándo es la fiesta?

—En dos semanas —le comunicó Anthony—. Tiempo suficiente para llegar a Londres y prepararnos.

—No iremos juntos.

Él alzó una ceja.

—¿Y cómo se supone que van a empezar a sospechar que somos amantes?

—No lo harán —palideció.

—¿Y cómo voy a llevarla a las fiestas donde no se admiten damas?

Maldito…

—Yo siempre seré una dama.

—Lo sé, y algunas condesas y viudas de barones también, y no se pierden ni una.

Maranta sabía a qué se refería. Había mujeres que ya habían cumplido con su cometido, dándoles un heredero a sus maridos

difuntos y que se habían convertido en amantes de otros señores con los que tenían más cosas en común.

Su hermana era una de ellas. Claudia ya había dado un heredero al condado, no hacía falta que se casara de nuevo. No era rica, o al menos no ahora, pues dilapidaba la fortuna de su hijo con caprichos vanos.

Se sintió mal por juzgar a otras mujeres, pero no aprobaba la actitud de Claudia. No sabía cuántos amantes había tenido desde la muerte de su esposo, pero sabía que uno de ellos estaba ahora en su cama. Anthony Hilton se había relacionado con su hermana. No era de dominio público, pero tampoco un secreto fuera de los elegantes salones.

—No quiero asistir a esas fiestas.

—Puedo llevarla a las que son de disfraces, pero… todo llegará a saberse.

Maranta apretó los dientes.

Sí, todo se sabría y pensó que quizás el pacto con Wellington no era más que una tela de araña donde estaba atrapada, sin ningún beneficio, solo esperando a ser devorada por el cruel insecto. Pues que la dejaran en paz, que volvieran a restaurar su

reputación… ¿cómo podría hacerlo una vez se la relacionase con el capitán Hilton? El mayor mujeriego de Londres.

—Está muy pensativa.

—Lárguese —espetó, alzando la mirada y clavándola en él, apartándose de sus pensamientos—. Ya me ha avisado de nuestros próximos movimientos. No tenemos más que hablar.

Anthony no borró su sonrisa perenne de la cara. Se puso en pie con parsimonia y se alisó la chaqueta. Sus botas de caña alta no hicieron ruido cuando se desplazó por la alfombra, pero no para ir a la puerta, sino para agarrarse al poste de la cama y mirarla de arriba abajo.

—¿Por qué se resiste? Ya sabe lo que se espera de nosotros.

Ella torció el gesto.

—Déjeme en paz. Si habla de ser amantes puede olvidarse de ello.

—Me encantaría, pero el deber, ante todo. —Se encogió de hombros—. Asistirá a esas veladas conmigo, y sabe…

—No voy a fingir…

—Oh, lo harás, Maranta —que Anthony se alejara del tono formal y la tuteara hizo que retrocediera un paso—. Fingirás lo que

se te ordene fingir, harás lo que se te ordene hacer —dijo, avanzando hacia ella como un depredador.

Cuando los muslos de Maranta golpearon el rocador, Anthony la agarró del brazo para que no se apartara. Su aliento calentó su mejilla.

—Déjeme.

—Si tus órdenes son meterte en mi cama, también lo harás.

—¿Eso crees? —Alzó la barbilla y lo miró con desprecio utilizando también el tuteo.

La sonrisa de Anthony fue tan cruel, tan diferente al hombre encantador que siempre fingía ser.

—Lo harás, al menos en apariencia.

—Y ahí está el verdadero Anthony Hilton —lo miró a los ojos— ¿Cuánta gente es capaz de ver la podredumbre tras esa sonrisa encantadora?

Él rio sin humor.

—¿Te parece encantadora?

Esta vez ella también sonrió.

—Eres un asesino, yo lo sé bien. No dudarías en quitarme de en medio si te lo ordenaran, pero yo no soy como tú. Yo no estoy dispuesta a hacer cualquier cosa. No me meteré en tu cama.

—No lo hagas —dijo, aparentando que esas palabras no le habían dolido más que cualquier otra herida de bala—, pero fingirás hacerlo. Se nos ha ordenado aparentar ser amantes.

—La gente no creerá…

—La gente cree lo que quiere creer. ¿Cómo va a dejar pasar un chisme semejante? La santa señora Farrell —rio en un tono oscuro—. Verás lo rápido que se puede destrozar la reputación de una mujer. Lo rápido que la sociedad te convierte en un paria. Solo mi protección y la de Wellington te abrirán las puertas que últimamente se te van cerrando.

—Sois unos miserables, abusando de una pobre…

Anthony le apretó ambos brazos y tiró de ella hasta tenerla de puntillas, hasta que su aliento rozó su rostro.

—¿Una pobre mujer? No hay nada de pobre en ti, Maranta —dijo mirándola con pura fascinación—. Lo has dejado claro todos estos años que has servido al rey.

—No tenía otra opción.

—La tuviste, pero tenías demasiada información valiosa después de la muerte de tu marido. Trabajar para nosotros fue lo más sensato, lo que te permitió escalar y llegar a ser respetada por todos. Salvaste a muchos soldados, debes sentirte orgullosa.

Ella alzó el mentón.

—Créeme que lo estoy y, aun así, a pesar de todos los secretos que he averiguado y desvelado, no seré jamás como usted.

Él asintió con un suspiro.

—Wellington te tiene en alta estima a pesar de todo, y sabe de lo que eres capaz. Sigue portándote igual de bien.

—Él se había olvidado de mí.

Anthony negó con la cabeza.

—No es así. Yo soy el mejor en mi campo y tú también lo eres…

—Y por eso me obliga a compartir esta misión a tu lado. No veo por qué cada uno no puede ir por su camino.

Anthony suspiró.

—Sí que lo sabes —dijo como si no tuviera remedio—. Además, órdenes, son órdenes.

—Y por eso me amenaza.

—Sabía que no aceptaría una misión conmigo si no la obligábamos.

—Sois todos unos caballeros —dijo con cinismo.

Él hizo un mohín con la boca.

—Unos más que otros —le aseguró Anthony, divertido—. Solo tenemos que hacer nuestro papel y tendrá lo que se le ha prometido.

—¿Qué cree que me han ofrecido?

—¿A parte de restaurar su reputación? —meditó Anthony—, creo que el cese de toda actividad clandestina. ¿Me equivoco?

Por supuesto que no se equivocaba y el silencio de Maranta solo hizo confirmar sus sospechas.

—Lo que no comprendo es por qué me han ordenado esta misión con usted. Wellington sabe perfectamente la consideración que me mereces.

Anthony la sacudió con fuerza.

Pasó un largo minuto mientras se observaban con detenimiento bajo la luz de la luna.

Cuando él aflojó el agarre de sus manos, no se retiró, pero su voz fue un susurro que evocó pensamientos muy lúgubres en Maranta.

—¿No va a perdonarme nunca?

Ella aguantó su escrutinio en silencio. Lo que no podía saber Maranta era que el corazón de Anthony latía con fuerza y su pecho se calentaba con su cercanía y su alma… lloraba cada vez que ella

reiteraba su rechazo con miradas y gestos de desprecio. Desprecio que seguía alimentando con su aparente crueldad hacia ella.

—No.

Él negó con la cabeza.

—Yo jamás quise…

—No me importa —lo interrumpió, con un susurro que quería ser un grito—. Ese momento me empujó a otros, y no, no le voy a perdonar por muy buenas intenciones que tuviera —volvió al tono formal, descontenta consigo misma por haberle dado una confianza que no se merecía.

Sin miramientos, lo empujó para alejarlo.

Anthony la miró con lástima y eso solo aumentó la ira de Maranta.

—Después de lo que sufrió a manos de su esposo, no debieron exigirle volver a…

—¡Basta! —Lo miró con rabia—. No hable de mi esposo, no hable conmigo más de lo necesario. Y lárguese de aquí. No quiero volver a verle a menos que sea estrictamente necesario.

Anthony asintió e hizo lo que ella le pedía.

Jamás le perdonaría. Era tan doloroso, que hasta respirar se le hacía insoportable.

Capítulo 16

A la mañana siguiente se prolongaron las actividades. Algunos de los amigos de los Knigth se marcharon después de la cacería, y fueron quedando los más íntimos. Por supuesto habían invitado a los Belford y a los Chambers a prolongar su estancia con ellos.

Violet había acudido a la fiesta anterior junto a su marido James, que se había pasado todo el tiempo ignorando a su esposa y charlando con Robert Belford, su mejor amigo del ejército.

Las damas habían disfrutado del buen tiempo, con paseos y juegos al aire libre, pero después del almuerzo, algunas prefirieron esconderse del calor bochornoso de agosto. Algunas de ellas, como Regina y Violet estaban en el salón disfrutando de una copa de licor a escondidas de los caballeros.

Su conversación era amena y fluida, no en vano se conocían desde hacía algún tiempo. Sus propiedades no estaban tan apartadas la una de la otra y tenían algunos amigos en común,

aunque había sido en casa de los Knigth que habían podido estrechar lazos.

Unos gritos bajo la ventana, hizo que a Violet se le congelara la sonrisa en la cara.

Se levantó y fue junto a Regina que había asomado su cabeza.

—¡Déjame en paz de una vez!

Regina y Violet se miraron. Una suspiró y la otra se apresuró a desviar la mirada y prestar atención a la pareja.

—Por suerte no son Maranta y Anthony —dijo Violet.

—¿Por suerte? —se rio Regina al ver que su sobrino Edward volvía a discutir con Amanda Belford— ¿Cree que es mejor que se repartan las escenas de escándalos?

—Creo que es mejor que las tengan sin gente de confianza delante —suspiró Violet—. Por fortuna la mayoría de invitados se han marchado después de la cacería, quedamos nosotros, los más íntimos.

—Los que sabemos porque se están gritando.

Violet asintió.

—Sí, no somos tontos. Sabemos quien se lleva como el perro y el gato. —No solo hablaba de Amanda y Edward, sino también de

algunos otros amigos.

—Desde luego parece que entre la señora Farrell y el capitán Hilton hay una profunda inquina, aunque él parece llevarlo mucho mejor que ella.

Regina, que era tan perspicaz como optimista, no quiso decir que esas discusiones podrían acabar muy bien para sus amigos.

—No es nada que no puedan solucionar con un poco de ayuda.

—¿Habla de mi sobrino…? —La sonrisa de Violet se ensanchó —. Oh, señora Phillips, me gusta mucho como piensa.

—No he dicho nada.

—Pero seguro que piensa en matrimonio.

Ambas mujeres se sonrieron y miraron de nuevo por la ventana.

A Regina le gustaba Amanda, lo poco que había visto de ella, le había parecido auténtico. Y al estirado de su sobrino le vendría bien el aire fresco.

—Pero primero habrá que sosegarlos un poco.

Como si quisiera darles la razón, desde más allá de la ventana cerrada, Amanda volvió a gritar.

—¡Por supuesto que es culpa tuya! —lo dijo con el dedo índice apuntando al pecho del vizconde. Este extendió los brazos y los alzó con las palmas hacia arriba, como si estuviera clamando por una paciencia divina que no acababa por llegar.

—Eres una chiquilla.

—Cambia de canción, Edward. Me resultas muy aburrido.

No acabó de decirlo cuando de nuevo y con paso muy decidido, alejado de los buenos modales de una dama, Amanda emprendió su camino. Quizás hacia el lago, quizás hacia los prados, pero sea como sea, lejos de él.

Le caía bien Amanda, por mucho que algunos dijeran, no era una muchachita descerebrada, todo lo contrario. Se veía una vivaz inteligencia en sus ojos y en su lengua que mortificaba a su hermano en cada acto público. Expresaba su opinión y eso le agradaba. Porque, admitámoslo, a Regina le encantaban las mujeres que pensaban por sí mismas y no tenían miedo a demostrarlo. Y aquella casa, en aquellos instantes estaba lleno de esas mujeres, desde Amanda a la señora Farrell, pasando por Violet y la fascinante señorita Anderson. Una enfermera, ni más ni menos, hija de un almirante que no le importaba lo más mínimo, ni el matrimonio, ni la estabilidad que este pudiera otorgarle.

Respiró hondo y volvió a prestar atención a Amanda y a su sobrino que no daba su brazo a torcer.

—Debes comportarte, Amanda —dijo, siguiéndola.

—¿Según tus normas? —ella se volvió.

—¡Según las normas sociales! No puedes ir abofeteando a la gente.

—¡Supéralo, Edward! Ya te pedí perdón.

—Porque tu hermano te obligó.

—No, si encima querrás que lo sienta.

La muchacha puso los ojos en blanco. Parecía realmente fastidiada por lo que ella creía un acoso innecesario por parte de quien solo era un amigo de la familia.

Las dos damas, tras la ventana los siguieron con la mirada. Se alejaron a grandes zancadas y no dejaron de discutir.

Regina soltó el aire que había estado conteniendo.

Hubiera sido una buena esposa para David, aunque su instinto de casamentera creía que sería aún mejor esposa para… Edward.

—Serían una pareja maravillosa —dijo, al fin.

Violet volvió la cabeza como un latigazo al escuchar aquellas palabras de Regina.

Se echó a reír por lo que creía una broma.

—¿Qué?

—No pensé que se lo estuviera planteando en serio —acabó finalmente por decir al ver que el semblante de la dama no variaba, ni dejaba ver burla alguna.

—Por supuesto que sí. —Respiró hondo y se explicó—. Adoro a mis sobrinos, pero Edward es mi favorito. No debería decirlo, pero David me pareció siempre más caprichoso. No me malinterprete, es valiente y leal, pero demasiado impulsivo. Edward, no. Edward es… muy noble y sincero, se preocupa siempre por los demás y me parte el corazón que la señorita Belford le eche la culpa del carácter enamoradizo de David. Sin duda, si Edward hubiera podido ahorrarle el sufrimiento, lo habría hecho.

Violet asintió, escuchando aún con más interés.

—Edward necesita una esposa, pero no una dócil y obediente, pues no sabría qué hacer con ella y la dejaría marginada en un rincón. En cambio Amanda, le daría mucho que hacer.

Violet se rio sin poder evitarlo.

—Pobre Edward.

—Lo digo en serio. Con la mujer equivocada se daría a una vida apacible, monótona y sin sobresaltos. ¿Es eso una vida?

Violet reflexionó y se sintió algo identificada con aquellas palabras.

—Si lo dice así…

Cuantas veces había deseado tener una vida más apacible, sin un esposo que la despreciara. En algunos momentos de su vida había sido muy feliz, sola, en el campo, tranquila… Pero también debía admitir que cuando James aparecía, su vida se volvía caótica, había lágrimas y violentas palabras, pero… también había pasión. Miradas que le calentaban hasta el alma. Puede que entre ambos existiera un rencor difícil de superar, pero James… su esposo, muy a pesar de la voluntad del Mayor, era esa chispa que hacía que si vida fuera… vida.

¿Qué hubiera hecho ella con un marido aburrido y apacible que no contradijera ni una sola de sus palabras, ni dictámenes?

Marchitarse.

—¿Está de acuerdo conmigo? —preguntó Regina sacándola de su ensoñación.

—Sorprendentemente de acuerdo —aseguró Violet.

—Entonces… ¿me ayudará?

Otro latigazo en el cuello le hizo ver a Violet que esa mujer no dejaba de sorprenderla.

—¿Está decidida a juntarlos?

—¿Ve algo de malo?

Miró a su prima alejarse Amanda llegando al prado, con el vizconde de Glastonbury detrás de sus talones.

—No sé qué decirle.

—Diga que sí. —Le sonrió Regina—. Esta temporada, usted y yo, nos vamos a divertir.

Violet alzó una ceja.

Eso era bastante probable.

Capítulo 17

Aquella noche fue de lo más interesante. Las mujeres parloteaban sin cesar, mientras los hombres comían en silencio. Al ver la expresión del coronel, Maranta pensó que se le veía deseoso de que todos los presentes abandonaran la casa para poder quedarse a solas con su esposa y su hijo. Por supuesto, también con Frederick quien seguía convaleciente, pero de mucho mejor humor.

—¿Ha ido bien la sesión con el doctor Claus? —preguntó Maranta a Alice.

—De maravilla —respondió esta. Se volvió hacia Rose porque notó su mirada fija en ella, esperando que le informara de cualquier novedad—. Ha asegurado de que los ejercicios que diseñó el doctor Ferguson, no solo no le harán daño, sino que serán beneficiosos. Fortalecerán sus músculos y pronto conseguirá andar con menos esfuerzo.

—Ayudado por un bastón —dijo Frederick que las había escuchado desde el otro lado de la mesa.

Alice alzó la mirada y sus ojos azules se cosieron a los de Frederick por un momento. Su tez, que solía ser pálida, se volvió algo más rosada y carraspeó.

—Lo lamento, no quería…

—Hace bien en hablar de ello —la tranquilizó Frederick—, así mi buena cuñada Rose puede respirar tranquila.

Como para hacer ver que era completamente cierto, soltó un sonoro suspiro.

—No sabe lo que me alegra oírla, señorita Anderson. Es usted una bendición para esta casa. Me costó mucho esfuerzo hacerle salir de su habitación…

—No empecemos a describirme como un paciente obstinado que no sabe lo que le conviene.

—Es exactamente lo que fue —soltó Alice para luego arrepentirse al instante.

Frederick se rio y Rose al ver lo contento que parecía hizo lo mismo.

—No sabe cuánto lo lamento.

—No lamenta nada —se mofó Frederick de ella.

—Es que era muy cabezota —se excusó mirando a Rose, como si le pidiera ayuda.

Esta tenía lágrimas en los ojos de felicidad al ver que su cuñado y mejor amigo se recuperaba tan bien de su herida. Sabía que eso no significaba que no le doliera, porque le dolía, aunque intentara ocultarlo siendo cada vez más convincente.

—Rose, por favor —se quejó Frederick, pero mirándola con un cariño infinito—. Estoy bien.

—Entonces yo también —se animó a decir parpadeando para alejar las lágrimas.

Lyonel se sintió conmovido por todo aquello. Su hermano había vuelto a reír, y su esposa estaba feliz, su hijo sano… ¿qué más podía pedir?

Con total solemnidad alzó la copa y promovió un brindis al que todos se sumaron.

—Por la señorita Anderson, porque sus conocimientos y ayuda impagable han devuelto la alegría a esta casa.

—No, yo… —avergonzada miró a todos los presentes que con algarabía levantaron sus copas y no tardaron en demostrarle su agradecimiento y afecto—. Oh, gracias.

—Acepte el cumplido —dijo Anthony.

—De verdad que has hecho un gran trabajo, Alice —Maranta se sintió orgullosa.

—¿Ha pensado en regresar a Londres o tiene otros planes? —le preguntó Anthony.

—Oh, iré a Clevedon. Allí vive mi familia. Les echo de menos, y me espera un trabajo en el hospital militar.

—¿De veras? —se sorprendió Anthony—. ¿Sigue con esa idea?

—Sí, solo acepté marcharme porque mis conocimientos eran limitados, y el doctor George me lo recomendó, al ver que él tampoco podía enseñarme mucho más.

—¿Y ejercerá de enfermera?

—Exacto. —Alice se dirigió a Anthony con solemnidad—. Sé que para muchos una enfermera solo da unos cuidados superficiales, pero creo que cuando más preparadas estemos, menor será el tiempo de recuperación de los pacientes, y mayor las posibilidades de que mejoren.

Anthony asintió y por un instante su semblante siempre animado se quedó congelado, como si su mente estuviera muy lejos de allí.

—No la menosprecio, señorita Alice.

—Oh, no. No pienso eso.

—Sé lo importante que es la labor de una enfermera. Yo que he estado en el campo de batalla y convaleciente, le puedo asegurar

que lo sé.

Miró a Lyonel y a Robert. Ellos también lo sabían.

—Yo también lo sé —dijo Robert Belford con solemnidad.

—Es loable lo que has conseguido Alice —aseguró Livia y Amanda aplaudió contenta.

—Por nuestra parte —dijo Rose—, nos gustaría que te quedaras un poco más, hasta que Frederick esté mejor —al ver que Alice iba a protestar, agregó—. Por favor, Alice. Te pagaremos por tu trabajo, por supuesto. Y quizás con el doctor Claus también aprendas algo que el doctor de Londres no pudo enseñarte. Solo… ¿unas semanas más?

—Yo… no sé que decir. Querría pensármelo. He estado lejos mucho tiempo.

—Oh, podríamos invitar a alguna de tus hermanas para que venga a verte, así no te sentirías sola —añadió para convencerla.

Alice miró al coronel para saber si esa idea partía improvisadamente de su esposa, o él también estaba de acuerdo con ella. Al ver que asentía, se dijo que en verdad debían haberlo pasado muy mal. La preocupación por Frederick habría sido elevada.

—Bueno, escribiré a casa. Creo que se podría arreglar.

El más interesado de todos no dijo nada.

Frederick tomó otro sorbo de vino y respiró pausadamente, solo Anthony se dio cuenta que tras el cristal tallado se escondía una genuina sonrisa de complacencia.

—Y hablando de planes futuros —dijo Anthony—. Mañana me marcho a Londres, y… la señora Farrell, también.

Maranta escupió el caro vino de borgoña por la nariz y maldijo en su interior al capitán Hilton.

¡Siempre tan inoportuno y metomentodo!

Las mujeres miraron a Maranta con más curiosidad que los hombres.

—¿Es eso cierto, Maranta? —preguntó Livia.

—Emmm… sí, creo que mi hermana me necesita. El pequeño… —carraspeó aún conmocionada por la falta de tacto del capitán—. Iba a decíroslo después de la cena.

Había pensado poner una excusa, tener tiempo para pensarla y no ofender a Rose con su partida. ¡Oh! ¡Ese hombre metomentodo!

—Me he ofrecido a acompañarla —se jactó Anthony—. No es bueno que una dama recorra sola los caminos, y ahora que la señorita Anderson se queda aquí… la señora Farrell ha aceptado mi propuesta de irnos juntos a Londres.

El silencio fue ominoso.

Las mujeres miraron a sus maridos que de pronto tenían la mirada fija en el mantel, como si ahí hubiera algo muy interesante.

Anthony Hilton no tenía la mejor reputación, pero tanto Livia, como Rose, sabían que Maranta podía cuidarse sola.

Horas y horas, y noches en posadas con Hilton, camino a Londres…

—¿Estás segura? —le susurró Rose a Maranta, que estaba a su lado.

—Sí, creo que es buena idea.

Que el diablo la llevase. ¡Era una idea horrible!

Sería todo un logro que llegaran al primer cruce de caminos sin que ella no lo lanzara por la ventana.

De pronto tuvo un dolor de cabeza horrible.

El viaje iba a ser muy largo.

***

—Dios, ¿qué opinas de que esos dos se vayan juntos a Londres? —Robert se había quitado la chaqueta, y aún con el ceño fruncido hablaba a Livia de sus dos amigos—. No concibo peor idea. Si al menos compartirán carruaje con una carabina...

Robert se paró al ver que Livia no le contestaba.

—¿Livia?

Estaba sentada en la cama y… lloraba en silencio.

—¿Qué demonios…? —Robert estuvo a su lado en dos grandes zancadas y se arrodilló para que sus ojos quedaran a la misma altura—. ¿Qué te pasa mi amor? Si te preocupa Maranta, puedo pedirle a…

—No, no… —Livia intentó sonreír—. No es por ellos, aunque me ha sorprendido la noticia, la verdad.

Era evidente su tristeza y también que intentaba mostrarse tranquila para no preocupar a su marido.

—Livia —la abrazó contra su pecho y le besó sus oscuros cabellos.

—No es nada —y aún así no pudo parar de llorar—. Solo… he vuelto a sangrar.

Robert la abrazó con más fuerza, sabía a que se refería. La perspectiva de tener un heredero, ese mes también se desvanecía.

—No te preocupes, mi vida.

—¿Y si no puedo darte hijos?

—¿Volvemos a lo mismo? —Robert acunó la cara de su esposa entre las manos y la miró a los ojos para que viera la verdad en ellos—. Tú eres más que suficiente. No hay nada que ame más en este mundo.

—Pero…

—¿Yo no soy suficiente para ti?

Livia abrió la boca, quería expresarle todo el amor que sentía por él, pero solo pudo balbucear mientras sus lágrimas caían en silencio.

Finalmente dijo:

—No es lo mismo. Tú podrías…

Él puso los ojos en blanco.

—Oh si vuelves a hablar que eres mi segunda opción y que podría haberme casado con otra, te juro que me tiro por la ventana.

—¡Es que podrías haber tenido a alguien…!

—Se acabó, me tiro… —fue hacia la ventana y Livia se abrazó a su cintura.

—Deja de burlarte —pero lejos de echarse a llorar, Livia se rio por la ocurrencia de su marido.

Robert se dio la vuelta y le agarró los brazos para que volviera a ponerlos firmemente alrededor de su cuerpo.

—Estás loco.

—Loco por ti. —La besó como lo que era, lo más preciado para él.

Después de que sus corazones bombearan al unísono y con una fuerza inusitada, Robert apartó algunos mechones rebeldes de la frente de su esposa.

—Creo que deberíamos poner fecha para irnos.

—¿Ahora? ¿Con Amanda…?

—Precisamente, James ya está aquí, podríamos marcharnos antes y regresar antes de que empezara la temporada. Septiembre y octubre deben ser unos meses maravillosos para visitar Italia.

Ella apretó los labios, pero no pudo evitar sonreír.

—Creo que lo serían.

—¿Verdad que sí? —Robert volvió a besarla con dulzura.

Quizás solo necesitaran relajarse, quitarse en la mente que no podían tener hijos.

—Vámonos —le sonrió su esposo—, y si te preocupa Maranta, podríamos decirle que espere unos días y marcharnos…

Livia lo cortó antes de que pudiera seguir hablando.

—No, no, no —dijo como si ella supiera algo que él desconocía—. No veo tan descabellada la idea de que el capitán Hilton escolte a Maranta.

Robert alzó una ceja.

—Ah, ¿no?

—No.

Fue una simple palabra y en ella Livia puso sus sospechas de que quizás lo único que necesitaban esos dos era pasar tiempo juntos para arreglar sus cosas.

—¿De veras?

—O se arreglan, o estallan por los aires. Pero vale la pena intentarlo.

No sería él quien no apreciara el sexto sentido de su esposa.

Capítulo 18

Maranta y Anthony se despidieron con efusividad de sus amigos. Alice la abrazó con fuerza y Livia le hizo prometer que pronto volverían a verse, la había echado mucho de menos. Rose, por supuesto la invitó a que pasaran juntos las navidades, y ella aceptó a pesar de que estaban en verano. Maranta pensó que para ese entonces ya se habría librado de Anthony, atrapando al culpable del atentado contra Frederick, que era el mismo que intentaba acumular armas para una nueva guerra.

Anthony también se despidió de los presentes, abrazó a Robert y cuando miró a Lyonel, este se acercó a su amigo.

—Creo que me excedí —le dijo el coronel Knigth.

Anthony cabeceó.

—Y yo estaba muy malhumorado para entender que solo te preocupabas por una amiga. Lo lamento.

Lyonel asintió, y al dar un paso más, se abrazaron. Se golpearon la espalda como solían hacer para quitarle hierro al

asunto. Un carraspeo y el capitán Hilton ya estaba listo para partir.

Subió al carruaje.

—Que tengáis buen viaje —agitó Rose la mano.

Maranta miró a sus amigas y les devolvió el gesto. Con ellos a parte del cochero viajaban una doncella y un lacayo. Al ser viuda y viajar con sirvientes, parecía que la reputación de Maranta estaba a salvo.

Cinco minutos después, cuando enfilaron el camino entre los grandes sauces, no hubo palabra alguna entre el capitán y Maranta.

Él la miró, por supuesto, con aquellos grandes ojos que parecían verlo todo y saberlo todo de ella, aunque Maranta sospechaba que no sabía nada a ciencia cierta y que solo era una pose.

Se limitó a ignorarle, y la cosa fue bien las primeras dos horas, hasta que él rompió el silencio después de despertarse de una siesta que parecía haber sido reparadora.

—Mi querida señora Farrell… —se calló al ver la mirada llena de inquina, entonces ensanchó su sonrisa—, ¿no podemos llevarnos bien?

Ella entrecerró los ojos como respuesta.

—Podemos, mientras se mantenga alejado de mí y guarde silencio.

—Me temo que eso es justamente lo que no puedo hacer. —Chasqueó la lengua, fingiéndose disgustado—. Transitar juntos los caminos que llevan a Londres no es más que una excusa para pasar tiempo a solas, sin oídos indiscretos que se enteren por casualidad de nuestros planes.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Cómo dice? —el suave parpadeo de sus largas pestañas, hizo que Anthony tomara aire para enfriarse el pecho, que de pronto se había calentado en exceso.

—Hablemos de lo que nos espera —logró decir segundos después y, como si lo tuviera planeado, y así era, sacó del bolsillo interior de su chaqueta un papel bien doblado. Se lo tendió sin parsimonia y ella lo aceptó del mismo modo.

—Una lista de nombres —alzó la mirada hacia Anthony después de leer los primeros—. Son conocidos nuestros.

—Unos más que otros.

—¿La baronesa?

—Mary Clare, es encantadora.

Maranta resistió el impulso de poner los ojos en blanco.

—Casi todas son mujeres.

Él se encogió de hombros.

—Lo son.

—¿Qué es esta lista?

Las tres hojas estaban repletas de nombres, como ya le había dicho, la mayoría de mujeres. Había por lo menos un centenar.

—Son mis informantes involuntarios.

—¿Le has sacado información a todas estas mujeres? —preguntó, sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí.

—¿Acostándote con ellas?

Él la miró sin negar, ni asentir.

—Un caballero no…

—Oh, cállate —lo tuteó, presa de la ira al ver el nombre de una amiga respetable—. No me lo puedo creer. ¡Ann!

Su vieja amiga estaba casada, con tres hijos y aunque su marido jamás le cayó bien, tampoco pensó que ella y el capitán… Alzó la mirada y clavó sus ojos reprobatorios en los de él.

—Es imposible.

Miró de nuevo las hojas. Era una broma ¿cómo podía ser eso cierto?

—¿Te parecen pocas? —se rio Anthony—. Debes disculparme, no anoté mis amantes españolas, solo las que pueden sernos útiles en caso…

—Las taberneras, ¿no? —preguntó Maranta con descaro al ver que todos esos nombres pertenecían a damas de alta sociedad y ricos comerciantes.

—Oh, las taberneras son muy útiles, ellas son mis ojos y oídos en muchos lugares a los que ninguno de los dos lograríamos llegar. Pero tampoco están, porque solo anoté aquellas con las que quiero que te relaciones tú, para sacarles información sobre amantes y maridos.

—No entiendo.

—Si sus nombres están en la lista es porque en alguna ocasión, ya fuera en la intimidad o en salón de baile repleto de gente, hicieron algunos comentarios que pueden sernos útiles. —Antes de que ella pudiera protestar, Anthony alzó la mano—. No digo que sean espías.

—Hay amigas mías entre estos nombres.

—Como te he dicho, solo son mujeres y algún hombre a los que estaría bien que te acercaras.

—¿Por qué no te acercas tú? —le tendió la hoja y él la tomó con gusto.

—Porque si insisto, podríamos hacer saltar la liebre, y no quiero poner a los malos sobre aviso. ¿Quieres que lo haga yo?

Ella entendió la lógica de su pensamiento y negó con la cabeza.

—No —a regañadientes aceptó que era mejor que Anthony no insistiera en asuntos peliagudos, en cambio ella… —Me acercaré a esa gente, y a ver qué averiguo.

—Bien —le sonrió, aunque sabía que ella no le devolvería la sonrisa—. En la fiesta del lord Dawson empezaremos la cacería. Solo tienes que fijarte si comentan algo de nuevos negocios de importación o exportación. De seguro que los traidores manejarán más guineas, se ausentarán más de sus casas…

—No hace falta ser un traidor para dejar a sus mujeres solas en sus casas.

—En eso tienes razón.

Anthony no añadió mucho más, y la dejó reflexionar sobre lo que iban a hacer.

Maranta miró por la ventana y dijo muy poco hasta que cayó la noche y pararon en la posada donde Anthony reservó dos cuartos.

Por un momento había pensado que tendría la cara dura de reservar solo uno, solo para burlarse de ella.

No fue así.

La dejó sola con la sirvienta que la había acompañado desde casa de los Knigth. Los criados dormían en unas habitaciones más modestas cerca de la cocina, incluso a veces en el establo. Anthony había tomado la habitación contigua a la suya. No pareció preocuparle que alguien pudiera entrar y hacerle daño a Maranta si dormía sola durante la noche. Las paredes eran demasiado finas y se escuchaba cualquier ruido. De estar en peligro él lo sabría. O eso sospechaba Maranta.

No fue hasta horas después que se dio cuenta, cuan finas eran las paredes.

Maranta se tapó la cabeza con la colcha y maldijo entre dientes cada uno de los minutos que tuvo que escuchar a Anthony "sonsacando información" a una de las taberneras"

—Maldito embaucador.

Por los sonidos que salían de la habitación contigua y que duraron toda la noche, entendió por qué el capitán era tan bueno recabando información entre las damas.

Maranta rezó para que la escandalosa muchacha dejara de dar grititos y el capitán Hilton acabara pronto.

No tuvo esa suerte.

Capítulo 19

—Parece que no ha dormido bien esta noche —dijo Anthony una vez se pusieron en marcha.

Maranta no abrió la boca, porque estaba convencida de que habría ladrado como respuesta.

Miró por la ventana y sintió un malestar casi físico de solo pensar que tendría que confraternizar con ese hombre que tan malos recuerdos le traía a la mente.

Había sufrido mucho, se compadeció de sí misma.

Solo quería una vida tranquila, visitar a sus amigas, leer un buen libro, un sabroso pastel de limón… y pasar más tiempo con su adorado Cristopher.

No habló por mucho rato, había comido poco y ahora tenía hambre.

Y siempre estaba de mal humor cuando tenía hambre. Cuando el estómago le rugió, Anthony levantó una ceja y ella enrojeció.

—Podemos parar en la próxima posada a comer alg…

—No es necesario —lo cortó.

—Creo que sí, no deseo escuchar esos horribles sonidos.

—¡Oh! —ella lo miró furiosa—. No es de buena educación hablar de cualquier parte interna de una dama.

—Solo digo que tiene hambre.

—Y yo digo que no tiene educación —masculló.

Él puso los ojos en blanco y ella se envaró. No iba permitir que la tratara como a una niña malcriada, porque ella no era ni lo uno, ni lo otro.

—No vuelva a hablarme si no tiene nada agradable que decir.

El viaje se estaba haciendo muy largo.

—¿Está de mal humor porque no ha dormido bien?

Otra vez insistía con ese tema.

—He dormido perfectamente.

—No hace buena cara —se mofó Anthony.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Es verdaderamente horrible. Un depravado, disolu…

—¡Oh! —el fingió una cara de lástima y palmeó sus muslos enfundados en unos apretados pantalones negros—. Supongo que nos escuchaste-

—¡Sí! —lo fulminó con la mirada mientras apretaba los dientes.

—Podrías haberte unido.

—¡Oh! ¡Cállese!

La risotada fue genuina y Anthony tuvo que llevarse la mano al estómago.

—Es…

—¿Estás molesta porque no la invité a mi cama? —Chasqueó de nuevo la lengua—. Siempre será bienvenida.

Maranta se inclinó hacia delante dispuesta a abofetearle la cara, pero él la agarró de la muñeca y tiró de ella hasta sentarla en su regazo.

—¡Suéltame! —se agitó, intentando zafarse de él sin éxito.

—Siempre serás bienvenida en mi alcoba —le repitió—, de hecho, si quieres que vaya a la tuya, solo tienes que llamarme —la tuteó como si fueran amantes. El susurro calentó el estómago de Maranta y se sintió todavía más humillada—. Seré tu perrito faldero si me dejas…

Maranta se escandalizó más de sí misma que de las palabras que acababa de susurrarle, haciendo que la piel de su cuello se erizase.

—Lo que quiero que seas es un hombre decente, y ya veo que eso es imposible.

Lo empujó hasta que pudo tomar el impulso suficiente y caer de nuevo sobre el asiento opuesto al de Anthony.

—Si fuera lo que pretendéis que sea, no podría hacer tan bien mi trabajo.

—Ah, ¿no? ¿Acostándose con la muchacha de anoche, crees que hace un trabajo excelente?

—Oh, no esté celosa.

—¿Celosa, yo? —la indignación la hizo boquear, no daba crédito.

Anthony no ocultó lo mucho que se divertía.

—Señora Farrell, a veces no me acuesto con mujeres para sacarles información, sino por simple diversión.

Ella lo miró solo un instante. Al apartar los ojos de él, pensó en que para los hombres era diferente.

Ella no podría acostarse con un hombre para… para nada.

Había sido horrible cada vez que su esposo la había tomado, y no entendía como las mujeres pudieran disfrutar con Anthony. Pero lo cierto es que lo hacían, las pruebas eran irrefutables. La chica de la taberna de anoche, o su hermana Claudia… Cerró los

ojos con fuerza, no quería pensar en Anthony y su hermana, no quería pensar en él con otras mujeres, en absoluto.

—Se ha quedado muy callada —su voz, melosa, la sacaba de quicio.

—Es que no tengo nada que decir.

—Yo sí tengo algo que decirle.

Ella lo miró interrogante y de pronto los ojos de Anthony no mostraron diversión alguna, más bien eran un profundo pozo de oscuros pensamientos.

—Debe empezar a fingir —le dijo a Maranta.

Ella parpadeó sin saber a qué se refería.

—Debe hacer ver a la gente que nuestro viaje hacia Londres, nos ha unido.

Cerró los ojos, no quería pensar en ello.

Había accedido a toda esa farsa, porque Wellington la había amenazado en convertirla en una paria. ¿Acaso no lo sería si dejaba que ese hombre destrozara su reputación?

Que la gente pensara que era la amante de Anthony, era una locura. Pero… entendía los motivos que ya le había repetido en diversas ocasiones: trabajar juntos, compartir información y descubrir a los traidores.

Todo sería más sencillo si ella se introducía en fiestas de ambiente más relajado.

—Está bien. —dijo a regañadientes y apartando la mirada—. Lo intentaré.

—Lo hará, estoy convencido de ello. —No fue una amenaza, más bien un alago. Anthony comprendía que su bella ayudante en aquella aventura, haría lo que tuviera que hacer.

No volvieron a hablar en mucho rato y cuando lo hicieron, Anthony empezó a informarla de todo lo que tenía que saber para su próxima cita.

***

El viaje fue largo y para cuando días después Maranta llegó a Londres, estaba verdaderamente agotada.

Se metió en la cama después de asearse y se olvidó por completo de todo lo que no fueran las indicaciones del capitán Hilton.

Sin dudarlo, escribió en un papel lo que iba a necesitar: capa negra, pantalones ajustados, un antifaz… Se tapó la cabeza con las mantas y el agotamiento hizo que el sueño la venciera.

Esa mañana se levantó muy tarde, tanto que la comida casi se volvió cena, y así se lo hizo saber a la cocinera. Un pequeño tentempié por la noche, sería más que suficiente para ella.

Pasaron los días sin noticias de Anthony, pero sabía que el miércoles tenían una cita. La velada en casa de los Dawson.

Ella había aceptado la invitación.

Él también.

De pronto, apareció en su mente lo sucedido la noche de la posada, y su ceño se arrugó ligeramente. Bufó, de forma poco femenina. Acostarse con una tabernera, estando ella en la habitación contigua y luego mofarse de semejante acto, ¡sin ningún pudor!

Ese hombre no tenía decencia ni la había conocido jamás.

Sin previo aviso, su pecho se calentó y no supo muy bien a qué se debía, por lo que se masajeó las sienes, dispuesta a eliminar esos pensamientos impúdicos de su mente.

Regresó a los Dowson. Sería una velada del todo inofensiva.

Lady Dawson era una mujer remilgada y nada dada a los galanteos, de nadie. Estaba segura que, de haber querido sonsacarle información, hasta el propio capitán Hilton habría fracasado.

Los días pasaron rápido, se había dedicado a leer, a mandar cartas a sus amigas y a su hermana Claudia preguntando como

estaba su sobrino. No esperaba que esta última le respondiera hasta mucho tiempo después.

Claudia era así, despreocupada y… ligera de cascos. Le gustaba la buena vida, darse al hedonismo, disfrutar de la fortuna que le había dejado su futuro marido y que, a día de hoy, Maranta dudaba de que fuera fortuna. Más bien sería una cantidad lo suficientemente elevada para algunos caprichos. Temía que su sobrino no tuviera dinero propio en el que invertir en sus posesiones, una vez fuera mayor de edad.

Esa idea le provocó una jaqueca. No le gustaba tener que reprender a Claudia, pero tal parecía que debería volver a hacerlo.

El miércoles llegó veloz, y Maranta, frente al espejo de su habitación se contempló como hacía tiempo que no se atrevía.

Llevaba un vestido nuevo, de color borgoña, brocados de oro y un collar de esmeraldas. No le agradaban las joyas ostentosas, pero si debía hacerse notar esa noche del brazo del capitán Hilton, no le quedaba más remedio que estar impresionante.

Y lo estaba.

La doncella dio los últimos retoques a su peinado y bajó los escalones que la llevaron al recibidor. Iba a anunciar al mayordomo que esperaría a su acompañante en el salón, pero no fue necesario.

Anthony llamó a la puerta con un ramo de rosas rojas y la sonrisa más devastadora que ella recordara.

—Buenas noches, Maranta —la tuteó.

Ella tragó saliva al ver como la cara de su fiel mayordomo dejaba ver, solo por una fracción de segundo, una sorpresa que a otro le hubiera dejado tendido en el suelo.

Una doncella se apresuró a tomar el ramo de las manos de Maranta después de que ella las oliera y fingiera estar encantada.

—Es muy amable, capitán.

—Palidecen ante tu belleza.

Cuando Maranta sintió los firmes dedos de Anthony tomar su mano y llevársela a la boca, el calor de sus labios la atravesó como el filo de un cuchillo. Parpadeó al sentir fuego en sus entrañas y sintió un ligero mareo.

Tragando saliva se obligó a recomponerse, y dio un paso hacia la puerta abierta, para dar por finalizado aquel primer acto.

Anthony sintió como la cálida mano de ella calentaba su antebrazo, a pesar de los guantes y de la levita que llevaba.

La ayudó a subir y al poco rato llegaron a la fiesta que lord Dawson daba en honor a su septuagésimo cumpleaños.

—Que empiece el espectáculo —dijo Anthony cuando, ya fuera del carruaje, subían las escaleras de la gran casa londinense para felicitar al homenajeado.

Capítulo 20

El poder de los hombres, se dijo Maranta al ver que volvía a ser aceptada tan fácilmente en la sociedad.

Maranta no dijo mucho, pero fingió como una auténtica actriz de Covent Garden. Su sonrisa no vaciló ni un solo instante hasta que vio al mayor Foster en la pista de baile. Anthony se dio cuenta de su escrutinio, y la paseó por el fondo del salón, para evitar miradas indiscretas.

—El Mayor está aquí —dijo Maranta.

—Así, es. Lo esperaba.

—¿Sí? —lo miró con interés—. No suele acudir a estos eventos.

—Lo hace si hay algún mensaje que dar, y seguramente lo tiene para nosotros.

Maranta no dijo nada, y asintió cuando Anthony la invitó a bailar, seguramente una excusa para acercarse al Mayor y una vez

finalizada la pieza, poder saludarle y recibir instrucciones nuevas, si es que había algo que recibir.

Fue consciente de cada roce de su mano, de cada contacto, pero disimuló su turbación. Quizás la delataron algo sus mejillas sonrosadas pues, aunque casi nadie se hubiera dado cuenta de su azoramiento, había una mujer presente que la conocía muy bien, y que intuía, más que sabía, que quizás su corazón bombeaba un poco más rápido en presencia del capitán, aunque esto fuera muy a su pesar.

La dama, de mirada azul y cabellos rubios como el oro se sintió agraviada porque la pareja hubiera ejecutado una danza perfecta, y lo peor de todo, que fueran una pareja perfecta.

Ajenos a esa mirada insidiosa, Maranta y Anthony terminaron el baile y lo hicieron en el lado de la pista donde se encontraba el mayor Foster.

—Mayor, qué agradable sorpresa —le dijo Anthony.

—Oh, capitán Hilton, ¿qué tal se encuentra? —dijo muy alegre tomando una copa de champan de la bandeja de uno de los camareros. Luego miró a Maranta y tomó su enguantada mano para besarla—. Un placer verla de nuevo, señora Farrell. Hace ya mucho tiempo que no tengo el honor.

—Ya sabe, Mayor. Últimamente no me prodigo mucho por las fiestas.

Sobraba decir cuál era el motivo.

—Capitán, he visto al vizconde Sinclair dando vueltas por los alrededores.

—¿A Daemon? —preguntó sorprendido.

—Creo que son muy buenos amigos.

Todo lo buenos amigos que uno podía ser de el demonio de Nottingham.

—Lo somos.

—No pierda la ocasión de ir a saludarle.

Era una elegante manera de indicarle que debía desaparecer y dejarlo a solas con la señora Farrell.

Antes de hacerlo, Anthony miró a Maranta y ella, sorprendida asintió, como si entendiera que le estaba pidiendo permiso porque no deseaba dejarla sola.

¿Por qué? ¿No se fiaba del Mayor? ¿O es que quería que la gente viera como se ponía falsamente celoso? Jamás lograría entender como funcionaba la mente de ese hombre.

—Señora Farrell —llamó la atención de la dama—, permítame este baile.

—Por supuesto.

El baile era una danza sosegada, una cuadrilla que les permitió hablar de trivialidades. Al terminar él le ofreció andar hacia la mesa de los refrigerios y ella aceptó. El tono se volvió algo más bajo y la conversación tomó un cariz serio.

—Me alegra que haya aceptado esta invitación.

—No podía negarme —literalmente, no podía hacerlo, pensó Maranta.

—Me alegra también que se haya reconciliado, por así decirlo con el capitán Hilton. —Su mirada directa la ponía nerviosa—. Lo que pasó fue un asunto desagradable, y me alegro que lo haya perdonado.

Ella se mordió la lengua.

El asunto había sido más que desagradable y no pensaba perdonarlo.

—Sea como fuere, aquí están, y creo que juntos lo pasaran muy bien en las siguientes veladas.

—¿Eso cree?

El hombre de pronunciadas entradas y ojos pequeños y juntos, sonrió inclinándose hacia ella.

—Aunque creo que también lo pasaría igual de bien, con *monsieur* Lauton.

—¿Cómo dice?

Maranta se sintió tan contrariada que por poco tropieza con sus propios pies.

—*Monsieur* Lauton es un pobre hombre, francés. Ya sabe, un pobre hombre que huyó del Terror y se instaló en Londres. Aristócrata, sí, pero también con muy buenos contactos con comerciantes. Seguro que es capaz de arrancarle el nombre de esos contactos en nuestro beneficio.

Maranta se puso pálida.

—¿Quiere que hable con él?

El Mayor la miró significativamente.

—¿Sólo hablar? —dijo con voz fingidamente melosa. Luego se encogió de hombros—. Si solo con ello los consigue, tendré que admitir que será mucho más habilidosa de lo que pensaba en un principio.

Sintió nauseas. Y se sintió ultrajada, con su orgullo violentado. Pero llegaría el día, se dijo, en que las mujeres no se verían obligadas a escuchar este tipo de sugerencias. Llegaría el día

en que los hombres como el Mayor, pagarían muy caro tratar con tan poco respeto a una mujer, fuera dama o sirvienta.

Y por descontado, no pensaba ser la amante de ese tipo.

Ni de ningún otro.

—Miraré qué puedo averiguar —dijo, mirándolo fijamente, pero sin aceptar nada de lo que había insinuado.

El Mayor asintió complacido y le dio unas palmaditas en la mano que tenía apoyada sobre su antebrazo mientras paseaban por el salón.

—Muy bien, sé que no nos decepcionará.

Cinco minutos después, Anthony apareció junto a Maranta, justo a tiempo de ver a Foster retirarse de su lado.

—¿Todo bien?

Tenía el estómago revuelto, pero no pensaba comentarlo.

—Todo bien —dijo secamente, pero fingió una sonrisa.

Anthony, no dejó que se le notara la preocupación que le había producido dejar a Maranta sola con su superior. Fuese lo que fuese lo que le había dicho Foster, no le sentó nada bien a la dama.

—Creo que deberíamos bailar tres veces más. Ya sabes, para que empiecen los rumores de… —se calló en seco al ver la palidez de su rostro—, ¿qué ocurre?

—¿Te importa? —atacó Maranta, con un brillo de rabia y miedo en sus ojos azules.

Anthony guardó silencio, herido porque su preocupación era verdadera.

—Lo cierto es que sí, pero si no afecta a nuestra relación —pronunció la palabra relación, dándole un tono que evidenciaba claramente que estaba hablando de su misión—, no me importa.

Maranta forzó una sonrisa y él se maldijo por haber cedido a la rabia de que ella no confiara en él.

Bailaron en silencio, mirándose a los ojos. Ya que Maranta había dejado de sonreír, debían hacer ver que había algo profundo entre ellos.

—¿Has encontrado a tu amigo? —le preguntó, incapaz de estar callada por más tiempo y quemarse en su mirada.

—Daemon está en Londres, al parecer ha vuelto a discutir con su padre.

—Es conde, ¿verdad?

—Sí, Daemon heredará el título a su muerte, pero de momento tiene el de vizconde.

—¿Es un enlace?

Anthony, negó, sorprendiéndose por la pregunta.

—Es un amigo. Lyonel le tiene gran aprecio. De hecho, me ha comentado que el mes que viene, los Knigth lo han invitado un par de semanas a Rosewood House, antes de que acabe el verano y deba regresar a Nottingham. —Al ver que Maranta no decía nada, añadió—: Creo que Robert también le tiene afecto, aunque no aguante su reputación.

—¿Tiene reputación? —Maranta alzó una sola ceja, expectante y a Anthony le pareció un gesto fascinante.

—La de un crápula libertino.

—Oh, encantador.

Esa afirmación falsa le hizo reír, y por primera vez Maranta pareció relajarse y esbozar una sonrisa también genuina.

No lo reconocería jamás, pero el borboteo de la risa de Anthony en su garganta era a veces… apaciguador.

— A ti también debe caerte muy bien.

—Si lo dices porque nuestra reputación es similar… Lo cierto es que le tendría igual afecto de no ser así.

Después de un pequeño silencio, Anthony carraspeó.

—¿Qué quería el Mayor? —preguntó sin poder contenerse.

Maranta pensó que como eran socios en esa misión, bien podría decírselo. Aunque dudaba, por el simple hecho de que Anthony fuera capaz de obligarla a ir más lejos de lo que ella era capaz de soportar.

—Quiere que le saque información a *monsieur* Lauton.

—¿Lauton? —dijo Anthony, perspicaz—. Debería haber pensado en él, pero no he tenido la ocasión. Ha estado viajando mucho y recién acaba de llegar de París. Se refugió en Inglaterra durante el terror, pero volvió a recuperar su influencia y riqueza muy rápido en el continente.

—Eso parece.

—¿Y cómo quiere que le sonsa…? —Anthony calló en seco y miró a los ojos de Maranta, que se negó a apartar la vista.

Él alzó el mentón.

—Ya veo.

—Puedes ver lo que quieras —dijo ella sin apartar la mirada —, pero no pienso acostarme con ese hombre para…

—Basta —no fue abrupto, más bien pronunció aquella palabra como si le doliera—. Yo me encargaré de Lauton.

Lo miró confusa.

—Pero…

—No tienes que hacer nada —dijo secamente—, y ni el Mayor, ni el mismísimo Wellington van a obligarte.

Maranta parpadeó entre sorprendida y aliviada.

¿Estaba enfadado? Y de ser así, ¿por qué? No iba a creerse que el capitán se preocupara por ella.

—Me lo han ordenado a mí.

—¿Y quieres acostarte con él? —Esta vez mordió las palabras, y Maranta se dio cuenta de que no había podido ocultar su enfado.

Calló sin saber que pensar y casi a punto de terminar el baile le dijo:

—Haré un intento de acercarme a él, pero no me pondré en peligro, ni intimaré con él. Puede que sea parlanchín y pueda sacarle alguna que otra información útil sin acabar en su cama.

—No creo que sea buena idea.

Maranta alzó las cejas, dejándole claro que no le importaba lo que pensara.

Molesto, soltó a Maranta con una fingida sonrisa y se excusó, diciéndole que iba a buscar algo de beber para los dos.

Ella tenía intención de esperarle en el borde de la pista, cuando una mujer rubia y furiosa, la asaltó.

—Menuda zorra estás hecha, hermanita.

Capítulo 21

—¿Claudia?

—¿Sorprendida de verme aquí? —preguntó, la hermana de Maranta algo molesta—. Yo lo estoy aún más de verte bailar con el capitán Hilton, al que has fingido odiar media vida.

—Hablas muy alto —la reprendió.

—Que me oigan —se burló—. ¿Cuántos bailes llevas con él? ¿Tres? Solo estás a dos de que todos crean que eres su nuevo juguete. ¿Lo eres?

Maranta calló por un momento. Apretó los labios y miró a la belleza rubia que era su hermana.

Claudia siempre había sido una mujer caprichosa, y no tenía pelos en la lengua. Su obsesión a parte del derroche, siempre había sido la misma, Anthony Hilton.

Maranta no se engañaba, había sido su amante estando casada con su difunto marido y padre de su único hijo. Al principio había querido creer que su hermana solo fue un juguete en manos

de ese seductor, que había caído presa del hechizo que Hilton desplegaba por encima de todas las mujeres. Pero ya no se engañaba, Claudia no era inocente, ni él la había manipulado. Y es que con el tiempo supo la verdad, y la verdad no era otra que a Claudia le gustaba divertirse, y que su mayor diversión estaba en la cama del capitán.

—No digas tonterías, Claudia. Yo no estoy con…

—¿No? Ya lo creo que sí —la miró con tanta rabia que Maranta no entendía de donde había salido todo ese encono—. No te acerques a él. No lo permitiré.

—¿Que no…? ¡Ah!

Claudia le pellizcó el brazo.

—Quedas advertida.

Maranta abrió la boca, iba a responder seriamente a su hermana, cuando la voz de un hombre las interrumpió.

—Hola, querida.

Ambas se voltearon y un caballero las dejó prácticamente mudas. Era alto y rubio, muy guapo y joven, quizás de la misma edad que Claudia. A Maranta le sorprendió el parecido con…

—Es el teniente Roger Hilton, el hermano del capitán Hilton.

Maranta abrió la boca y enseguida volvió a cerrarla.

—Oh, vaya, es un placer.

Roger acogió su mano enguantada y se la llevó a los labios, después de dedicarle una hermosa sonrisa que le recordó mucho a la de su hermano Anthony.

—No, señora Farrell, el placer es mío.

No muy lejos de la mesa donde se servían los aperitivos, Anthony localizó a su objetivo, lord Dawson.

No solo era el anfitrión de aquella velada sino que, dentro de dos semanas, lo sería de otra. Y esa era precisamente a la que quería asistir, y no precisamente solo.

—Oh, Capitán.

—Dawson, una velada exquisita, como todas las que organiza —lo miró significativamente, pensando en sus sonadas correrías.

—Le gustan mis veladas, ¿eh?

—Muchísimo, no me las perdería por nada del mundo —dijo, dejando claro que había recibido la invitación y que le respondía afirmativamente.

—Me alegra oír eso.

—Pero a veces me siento solo, no le importará que…

Dawson se echó a reír poniéndose una mano sobre su incipiente barriga.

—Por supuesto que no, traiga a la dama que desee del brazo, amigo mío.

No era extraño que los invitados acudieran a la cita con una o dos prostitutas, pero era más habitual y, sobre todo, como en esa ocasión que la fiesta era de disfraces, que lo hicieran con sus amantes de alta cuna.

Había condesas, e incluso hubo una duquesa que no quiso perderse la última. Las máscaras daban anonimato, y aunque en realidad todo el mundo se conocía, nadie iba a decir nada en los decentes salones londinenses de lo que pasaba en las descabelladas fiestas que daba Dawson en su pabellón de caza de su finca próxima a la capital.

—¿Tiene alguien en mente? —le preguntó a Anthony, bajando la voz—. La última vez me divertí mucho con sus amigas.

—No, esta vez creo… que mi amiga es exclusiva.

Dawson lo miró perplejo y luego se echó a reír.

—No me diga. ¿Una dama? —preguntó, curioso.

—Sí, una exquisita de la que no pienso cansarme.

Dawson miró por encima del hombro de Anthony, hacia el salón y volvió a mirarle sin sonreír, no enfadado, sino fascinado.

—No.

—Sí.

—No —repitió incrédulo, al darse cuenta de que podrían estar hablando de la señora Farrell.

Se echó a reír sin salir de su estupor.

—Lo averiguará muy pronto —se rio Anthony. Y dándole unos golpecitos en la espalda se alejó de ahí.

Al entrar de nuevo en el salón abarrotado de gente, fue su turno de quedarse perplejo cuando vio como Maranta no estaba sola, sino acompañada de su propia hermana y…

—¿Roger?

Anthony atravesó el salón con cierto vigor.

Miró a su hermano perplejo.

—Roger, ¿qué haces aquí?

La alegría en el rostro del pequeño de los Hilton, fue más que evidente.

—Anthony —se saludaron con un abrazo. O más bien fue Roger quien lo abrazó, puesto que el semblante de Anthony aún denotaba cierta confusión.

Así, uno al lado de otro, Maranta se dio cuenta del parecido. Quizás Roger tenía el pelo castaño tirando a rubio, y Anthony de un negro brillante y ondulado, pero sus ojos eran muy parecidos y su nariz, también, lo que evidenciaba que eran hermanos. Aunque la mandíbula era lo que más los diferenciaba, la de Roger más afilada y la del capitán cuadrada y robusta, dándole un deje de bella masculinidad.

—Te creía haciendo instrucción en York.

—Lo cierto es que el regimiento está bastante cerca de Londres, y me han dado un permiso, uno bastante largo —le sonrió.

—¿Cuándo has llegado?

—No hace mucho, aunque intenté ponerme en contacto contigo y estabas en casa del coronel Knigth por lo que pude averiguar.

Claudia carraspeó, molesta por sentirse incluida pero, aun así, Anthony no desvió la mirada de la de su hermano.

—No me mires así. No es delito asistir a fiestas, de hecho, nos lo recomiendan —le dijo, al ver que no reaccionaba todo lo bien que esperaba.

—Por supuesto —dijo Anthony tomando aire e intentando evitar que se le notara demasiado que no le agradaba lo más

mínimo que Claudia Sheppar, viuda del marqués de Melkel y hermana de Maranta, lo acompañaran.

Claudia y él se conocían bien, habían sido amantes hacía tiempo y Anthony no guardaba muy buenos recuerdos de esa aventura. En la cama era fantástica, por supuesto, sabía lo que le gustaba y no tenía reparos en decírselo a sus amantes, pero en otros ámbitos, su franqueza resultaba angustiosa.

La saludó con un leve movimiento de cabeza.

Por la tensión de sus labios, supo que ella esperaba algo más efusivo. Pero Anthony no guardaba buenos recuerdos de su aventura. Claudia, no solo se había negado a interrumpir su relación, sino que había amenazado a algunas de las amigas de Anthony para que no se acercaran a él.

No estaba orgulloso de haber pedido ayuda a su superior para que enviara a alguien para seducirla y así substituirlo definitivamente en esa cama que no había estado despoblada desde aquel momento. Lo que no comprendía es como su hermano había caído en ella.

—¿Vas a quedarte mucho?

Roger miró a Claudia y esta le sonrió, coqueta. De inmediato entrelazó sus brazos con el del teniente.

Anthony entrecerró los ojos al confirmar que eran amantes.

—Tengo un largo permiso, quizás… me marche de viaje.

Sintió alivio al escuchar esos planes.

Cuando más lejos de Claudia Sheppar, mejor.

—Viajar es tan maravilloso, siempre conociendo lugares nuevos —dijo Claudia muy animada—, gente nueva.

Parpadeaba coqueta, y solo cuando miraba a Maranta sus ojos parecían demostrar una frialdad inusitada, puesto que se guardaba muy bien de ocultar su verdadero temperamento.

Maranta vio como ante sus ojos iba transcurriendo una conversación de lo más inocua. Hablaron del regimiento del teniente Hilton, de sus intenciones de viajar, del último espectáculo que había visto Claudia…

Maranta no participó demasiado y se dedicó a observar a los presentes. Los ojos pequeños y redondos de un hombre captaron su atención cuando se centraron en ella. Dibujó una sonrisa tímida y apartó la mirada. Se trataba de *monsieur* Lauton.

El francés pululaba con una reducida camarilla de hombres de la alta aristocracia inglesa, explicándoles algo de lo más interesante, a decir verdad, por sus asentimientos profusos.

Cuando los ojos del francés recayeron de nuevo sobre ella. No apartó la mirada, de haberlo hecho, no despertaría su interés tal como pretendía.

Maranta sonrió falsamente, pero él no podía saber cuan fingida era su sonrisa.

Al sentirse bien recibido por Maranta, *monsieur* Lauton no tardó más de unos minutos en acercarse al pequeño corro para presentarse.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor Lauton —dijo Claudia, con coquetería — ¿Disfruta de la velada?

Las presentaciones no se hicieron esperar.

—Le presento a mi querida hermana, Maranta Farrell.

Cuando los ojos del francés de clavaron en Maranta, Claudia parpadeó confundida. Reconocía el deseo en la mirada de un hombre.

Anthony también lo notó, pero sabía que estaban en una actuación que les convenía llevar a buen puerto, quizás por eso se abstuvo de darle un puñetazo a la aristocrática cara del francés. No obstante, tuvo que soportar que *monsieur* Lauton se demorara

demasiado a la hora de acariciar y besar la enguantada mano de Maranta.

Claudia parpadeó sorprendida y después rio incrédula. Por supuesto, Maranta tuvo el buen tino de ignorarla.

—No había tenido el placer de ver a semejante belleza inglesa.

—No me he prodigado mucho por los salones, últimamente —le respondió Maranta.

Al menos, en defensa de Claudia, no intentó ridiculizarla, aunque tampoco tuvo mucho tiempo para ello, ya que el francés le propuso bailar la siguiente cuadrilla y ella se afanó en aceptar.

—Por supuesto, será todo un placer.

Efectivamente, bailaron y todo bajo la atenta mirada del capitán Hilton.

Su mal humor fue más que evidente, y con total probabilidad lo achacaría a que debía fingirse así para que la gente sospechara que tenía un particular interés en Maranta. Quizás, incluso algunos pensaran ya que eran amantes.

—Parece celoso —susurró Claudia con una risita.

—¿Lo estás? —preguntó Roger. Pero no obtuvo respuesta porque su hermano fingió no haberlo escuchado.

Pero lo cierto… es que sí.

Anthony Hilton, estaba celoso.

Capítulo 22

Dos horas después, el capitán Hilton había bailado con Maranta dos piezas más, algo escandaloso y que disparó los cotilleos, que corrieron como un reguero de pólvora.

Maranta era muy consciente de lo que se murmuraba. Pero era parte del plan, ¿no?

—¿Con el capitán Hilton? —susurró una dama detrás de su abanico—. No me lo puedo creer.

—¡Pero si ella le odia!

—Pensaba que la amante era la hermana.

Los ignoró a todos como buenamente pudo.

Si a los oídos de Anthony llegaron las pérfidas lenguas de las dragonas, en su rostro no se apreció lo más mínimo.

—He visto que has tenido algún avance con Lauton —dijo, con una sonrisa que para nada quería mantener en su rostro.

—Así es. Creo que me visitará un día de estos.

—Maranta —la advirtió—. Creo que habíamos quedado en que yo me encargaría de él.

—No habíamos quedado en nada, capitán. Usted ha hablado y yo me he limitado a escuchar, pero en ningún momento me he animado a aceptar su propuesta.

—Maranta… —Una nueva advertencia que ella ignoró.

Tragó saliva y quiso pasar por alto lo que sentía cada vez que él pronunciaba su nombre con aquella voz tan ronca.

—No pasará nada malo —dijo queriendo parecer convencida de ello—, quedaré con él en un lugar público. En la galería de arte.

Ni siquiera eso pareció convencer al capitán, que dijo:

—No lo harás.

Maranta alzó la mirada y por un momento guardó silencio. Pero su rebeldía era más fuerte que ella.

—Sí, que lo haré.

La pieza de baile terminó sin que los dos se dirigieran la palabra. Solo antes de llevarla a un lado de la pista, le dijo:

—No lo harás.

Y con esa sentencia la dejó junto a su hermana, que la miró con mucha rabia.

—Me crees estúpida —espetó Claudia—, pero yo te demostraré que no es así.

—No sé de que…

—Tú y Anthony, no será tuyo.

Maranta iba a decirle que, si ella estaba con su hermano, que le importaba que estuviera coqueteando o no con Anthony. Pero guardó silencio. De hecho, aunque hubiera querido decir algo, Claudia se marchó sin darle tiempo a réplica, sin esperar que el teniente Hilton le trajera el vaso de limonada que le había pedido.

Hacia donde iba no era evidente para nadie, salvo para Maranta.

Vio a Claudia atravesar la pista de baile y adentrarse en el salón contiguo. Allí muchas parejas, pero sobre todo caballeros se habían reunido en un corrillo.

Iba a buscar a Anthony y no tardó mucho en localizarlo.

No le importó que estuviera hablando con el mayor Foster.

—Capitán, mi hermana le echa terriblemente de menos —dijo Claudia en voz alta para que todos la escucharan.

Si lo que quería era tirar por tierra la reputación de su hermana, no lo estaba haciendo tan mal.

—¿Me acompaña? Creo que quería decirle una cosa importante.

—Por supuesto —dijo Anthony fulminándola con la mirada y alejándose del Mayor con unas escuetas palabras.

Pero al seguir a Claudia, esta no la llevó al salón. Ya contaba con ello.

Se vio arrastrado fuera, hacia el jardín mal iluminado por el que se accedía por una escalinata que bajaba de la terraza trasera.

—¡No puedes decirlo en serio! —le espetó Claudia al cerciorarse de que no había nadie alrededor— ¿Con mi hermana?

Respiró hondo, no estaba dispuesto a perder los nervios y menos con una mujer como Claudia Sheppar.

—¿Qué me reprochas exactamente?

—Que te hayas metido bajo las faldas de Maranta —apretó los puños con rabia—. No lo concibo. Ella te odia.

—Quizás no me odia tanto como crees, o tanto como ella pensaba —sonrió muy complacido consigo mismo.

Se miraron un momento, y Claudia entrecerró los ojos.

Pudo percatarse de que estaba tan enfadado como ella, solo que él lo disimulaba mejor.

—Tú también estás molesto.

—No me digas, ¿en qué lo has notado?

Claudia arrugó la nariz, pero ese gesto no la afeó lo más mínimo. Era demasiado hermosa, tan hermosa como caprichosa.

Se había encaprichado de él años atrás y seguía estándolo.

Anthony sospechaba que haberse acercado a su hermano era una especie de venganza absurda. Lo que dijo a continuación se lo confirmó.

—Estás celoso de Roger.

—No es así —aseguró, sin que ella lo creyera—. Estoy furioso porque él es un estúpido con un gusto pésimo para las mujeres.

Ella se acercó para golpearle, pero él la esquivó con gracia.

—No te acerques a él, Claudia.

—¿Y tú sí puedes acercarte a mi hermana?

—Yo no le haré daño a Maranta, en cambio tú…

—Yo tampoco le haré daño al bueno de Roger —dijo, más calmada.

Respiró hondo y en su semblante volvió a aparecer la soberbia tan característica en ella.

—No te creo.

—Es un hombre encantador, y bueno, ¿por qué iba a hacerle daño?

—Te gusta jugar con los hombres y arrinconarlos cuando ya no te divierten.

Ella dio dos pasos hacia él y le puso las palmas de las manos sobre su pecho.

—No me cansé de ti, yo…

—Es demasiado bueno para ti.

Claudia abrió la boca fingiéndose ofendida.

—No puedo creer que seas tan cruel. Pero… —se acercó un paso más para alzar el rostro y besarlo, pero Anthony retrocedió. Enfurruñada dijo—. Podemos hacer un pacto.

—¿Un pacto? —preguntó, sin saber por donde iba.

—Sí —asintió convencida de haber tenido una gran idea—. Yo me alejo de Roger y tú… te alejas de Maranta.

Anthony cerró los ojos.

Por favor, ni en sus sueños.

—¿Es eso lo que quieres? —le preguntó Anthony.

Su rostro demudó, furiosa de nuevo. Apretó las manos entre sí, con ira incontrolada.

—No te quiero cerca de ella. ¡No te quiero!

A Anthony le hubiera gustado pensar que la actitud de Claudia se debía a la preocupación por su hermana. ¿Quién no

estaría preocupado de que su hermana cayera en manos de un famoso libertino? Maranta lo estaba. De hecho, más que preocupada por Claudia, estaba furiosa por haber sido su amante y manchar su reputación. Pero sabía que, en el caso de Claudia, no era así.

Claudia estaba furiosa, no preocupada por su hermana, sino celosa de que le dedicara su atención a Maranta y no a ella.

Para esa beldad rubia, él era aún de su propiedad. Podía jugar con otras mujeres, pero jamás le perdonaría que lo hiciera con su hermana. Tal vez intuía algo que nadie más era capaz de ver. Que amaba a Maranta. Algo que no había confesado a nadie, ni siquiera a sus mejores amigos. Solo a sí mismo.

Claudia era una mujer sin demasiada inteligencia, pero sí astuta. Debía andarse con ojo, sería capaz de echar al traste la misión.

—Déjame pensarlo —respondió Anthony pensando en las ventajas que podía tener que Claudia se alejara de Roger.

Claudia lo miró con cierto desprecio.

—Piénsalo, yo también pensaré que haré.

La amenaza era clara y aunque encontraría el modo de hacerle ver a Roger que Claudia no le convenía, no sabía si podría mantenerlos separados el tiempo que durara la misión con Maranta.

Vio a Claudia darle la espalda y entrar de nuevo en el abarrotado salón. Desde ahí se escuchaba la música y cuando escudriñó a través de las ventanas pudo ver a su increíble compañera. Soltó un gruñido al ver que Maranta estaba hablando de nuevo con *monsieur* Lauton.

Estaban apartados de los demás.

Demasiado apartados.

No le gustaba su actitud babosa, y le gustó menos que alzara una mano para acariciar el hombro desnudo de Maranta.

Iba a entrar cuando ella le golpeó la mano y el coqueto francés se rio como si hubiera cometido una travesura.

—Te dejaré sin dientes, a ver como te ríes después de eso.

Capítulo 23

Pasó una semana después de la fiesta. El clima de finales de verano era más agradable de lo habitual.

Maranta se había despertado con ánimos. No es que hubiera aceptado de buen grado la imposición de hacer de espía, y mucho menos con el capitán Hilton, pero una vez superada la primera prueba, se dijo que no era para tanto.

Monsieur Lauton había resultado ser un casanova consumado. Le gustaban las mujeres, cuanto más tontas mejor. Maranta fingió interés en su persona y le dejó parlotear sobre su trabajo, al parecer en París no estaba tan mal visto que un noble tuviera sus propios negocios, y el negocio de Lauton era la importación. *De cualquier cosa, madame*, le había dicho cuando ella indagó un poco más.

Bien, bien, pensó ella. Eso era muy interesante y podría llegar a ser muy útil.

Monsieur Lauton, había seguido hablando hasta que sus manos se volvieron más largas y tuvo que pararle los pies.

No con una bofetada, pero sí con un manotazo y fingiendo que tenía un asunto importante que atender.

Había decidido que aceptaría las flores y fruslerías que le había enviado, simplemente porque le pareció que lo que él dijera, o lo que pudiera transportar, tenía cierto interés.

Anthony Hilton se había molestado.

No había dejado pasar la oportunidad, una vez la acompañó a casa en su carruaje, de hacerle saber que no estaba contento con las atenciones de *monsieur* Lauton.

—Ese hombre es más peligroso de lo que parece, y tú crees poder jugar con él como si se tratara de un soldado de madera.

Ella se limitó a alzar una ceja y a mirarlo de reojo.

Por supuesto, Maranta le había dejado claro que le importaba un bledo su opinión.

—Haga su trabajo y yo haré el mío —para poner distancia entre ellos le pidió claramente—. Y no vuelva a tutearme.

Eso pareció molestarlo todavía más. Pero le hizo caso, y siguió con su tratamiento formal.

De eso había pasado casi una semana.

Después del desayuno, el sol había hecho acto de presencia entrando a través de la ventana y desparramándose por la mesa

donde ella se ocupaba de la correspondencia. A media mañana, tenía un plato de galletas a su lado y un té aún caliente.

Se pasó la siguiente hora sumida en el suave roce de la pluma sobre el papel. La mañana trascurría tranquila, como era costumbre siempre que su querido sobrino Cristopher no estaba presente.

Lo echaba tantísimo de menos, pero su hermana Claudia, que era la madre del pequeño, había decidido instalarse en la otra parte de la ciudad.

Uno podría buscar algún motivo, que el barrio era mejor, más cercano a los grandes espacios abiertos llenos de entretenimiento, pero si le preguntabas a Maranta, diría que únicamente lo había hecho para fastidiarla y sacar de su órbita al pobre niño que la adoraba demasiado, en respuesta del profundo amor que ella sentía por el pequeño.

Pensó en ir a visitarlos, pero sabía que Claudia se había enfadado mucho con ella al verla bailar con su eterno enamorado, el capitán Hilton.

Oh, si ella supiera… o quizás lo sabía.

Le daba igual, no creía que el pasado que Maranta tenía con Anthony, hiciera que su hermana perdiera el interés en él.

Mojó la pluma en el tintero, decidida a enviar una nota. Quizás con la excusa de hablar del asunto del repentino interés del capitán por ella, Claudia la recibiría y le dejaría ver a su sobrino.

Firmó la nota y suspiró.

Ya sabía lo poco que le gustaba que no anunciara sus visitas. Aunque al parecer, eso no se aplicaba a la misma Claudia, puesto que cuando llamaron a la puerta y Maranta se volvió para ver a quien anunciaba el señor Morris, se encontró con la cara redonda de mejillas sonrosadas de su hermana.

—¡Claudia!

Maranta parpadeó confundida al verla, pero se levantó de inmediato. Observó su rostro, hermoso como siempre, y respiró más tranquila al no ver en él enfado alguno.

—Querida hermana.

Como si de un cómico se tratara, Claudia dio un paso a la derecha y tras sus faldas apareció el pequeño Cristopher, que corrió para lanzarse a los brazos de su adorada tía.

Maranta dobló las rodillas para volverse lo suficiente pequeña y así permitir que los bracitos del niño le rodearan el cuello, después de que su cuerpecito chocara contra ella.

—¡Mara!

Desde siempre a Cristopher le había costado pronunciar su nombre, por lo que ella había aceptado que la llamara así.

—Mara… —gimió Cristopher, feliz de volver a verla.

Ella ocultó sus lágrimas de felicidad.

—Cuanto has crecido —le dijo emocionada.

Él pequeño de seis años, se hinchó orgulloso de que su tía lo dijera como un cumplido, como si él hubiera tenido algo que ver.

Lo acunó entre sus brazos y aún con la mejilla apoyada sobre su cabecita, miró a Claudia, que chasqueó la lengua.

—A veces creo que él piensa que eres tú su madre.

—No digas eso —miró a Cristopher a la cara y le pellizcó la nariz—. Lo que pasa es que soy su tía favorita. ¿A qué sí?

—La mejor del mundo —la abrazó de nuevo y ella se dejó querer.

A pesar del resquemor que le provocaba que su hijo adorara así a su hermana, que Claudia consideraba una mujer fría que no sabía divertirse con todo el dinero que poseía, se forzó a sonreír, pues… necesitaba algo de ella.

—Me alegro tanto de que os llevéis tan bien.

Fue la nota que escuchó en la voz de su hermana lo que hizo que Maranta levantara la cabeza de golpe.

—Por supuesto.

Reconocía ese tono. El tono de la mentira. No importaba lo que dijera a continuación, Claudia había venido aquí buscando algo y Maranta lo sabía.

Seguramente el niño era una distracción para que aceptara lo que quisiera exigirle. Le avergonzaba decir que la mayoría de las veces lo conseguía.

Si ella supiera que le daría cualquier cosa mientras trajera a su sobrino para poder verle... Incluso a veces, había sido capaz de inducirla a desear algo que poseía, solo para hacerla venir para que se lo pidiera. Un collar, unos pendientes… lo que fuera.

—Dime, Claudia, ¿qué te trae por esta parte de la ciudad?

La aludida se acercó a la mesa con parsimonia y se sentó antes de que Maranta le hubiera podido ofrecer asiento.

—Verás, quería que vieras a tu sobrino. Pronto ni reconocerás su cara.

Maranta alzó una ceja. No hubiera estado bien echarle la culpa a su hermana de ello.

Besando la cabeza de su sobrino, Maranta lo levantó y lo sentó sobre sus faltas.

Tenía seis años recién cumplidos, pero era un niño bueno y callado, necesitado de amor y cariño. Y que Claudia apenas tuviera ojos para él, le hacía sentir una tristeza infinita.

—Nunca me olvidaría de una carita tan bonita —dijo Maranta besando su frente.

—No sabes cuanto me alegra oírte decir eso. Es señal de que lo quieres mucho, ¿no es así?

Maranta alzó una ceja. Por supuesto que ya sabía la respuesta.

Claudia la miró con esas manos estratégicamente colocadas sobre el regazo, la espalda recta, la cara ladeada y esa mirada de reojo que le hacía ver que estaba pendiente de cada una de sus expresiones.

—Así es.

Después de verla removerse en la silla, no pudo aguantar más.

—Claudia…

—¿Y lo quieres tanto como para quedarte con él una temporada? —la interrumpió.

Maranta parpadeó confusa.

Se le aceleró el corazón, no creía que hubiera nada en el mundo que la hiciera más feliz.

—¿Una temporada?

Claudia chasqueó la lengua mirando como seguía abrazando al niño.

—Sí, una temporada. No te hagas la sorprendida —dijo algo enfurruñada—, si siempre estas mendigando tiempo con él.

—¿Quieres que pase aquí una temporada? —volvió a preguntar, sorprendida.

—Sí, he decidido que quizás, Cristopher pueda pasar unos…

—¿Unos días?

—Semanas… ¿meses? —Añadió mientras se tocaba uno de sus pendientes de perlas.

—¿Qué? —Maranta miró al pequeño y le acarició las mejillas. Enseguida se dio cuenta que la conversación que debía mantener con Claudia era mejor que transcurriera lejos de los oídos del pequeño—. Cariño, ¿por qué no vas a las cocinas? La señora Morris seguro que te está esperando con los dulces que la cocinera ha preparado esta mañana.

El niño asintió y corrió hacia la puerta que cerró de un fuerte golpe tras de sí.

Sabía que toda aquella sorpresiva proposición tenía alguna explicación que era mejor que Cristopher no escuchara.

Oyó a su hermana suspirar con fastidio.

—Si no quieres pasar unos días con tu sobrino, no se hable más.

Maranta miró a su hermana llena de rencor.

—Dime que quieres, Claudia —preguntó sin tapujos.

—¡Maranta! Deja de mirarme así, ¿acaso no puedo pedir un favor a mi hermana?

—Claro que puedes, pero ¿desde cuando haces algo que me haga feliz? Solo me dejas a Cristopher después de semanas de súplicas, incluso a veces eres tan cruel como para mandarlo con Tía Bernadette antes que conmigo.

—La mujer se siente sola en el campo… —luego se llevó una mano a sus labios plenos y rio fingidamente—. Aunque claro, tú también. Sois unas solteronas sin más familia que nosotros. Oh, debería ser más atenta con mi hermana y no con una tía lejana que casi tiene cien años.

—Apenas setenta, pero sí —Maranta apretó los dientes—. Gracias por tu consideración hacia mí. Aunque te recuerdo que soy viuda, no soltera.

—Bah, por lo que usas tu estatus.

Desde luego en aquella sociedad opresiva, las viudas tenían mucho más margen de movimiento que las solteras. Claudia lo sabía bien y se aprovechaba de ello. Si una mujer soltera hubiera hecho todo lo que Claudia, habría quedado mancillada para siempre, apartada de la buena sociedad. Y el ostracismo era algo peor que la muerte en aquellos círculos.

—Y ahora, dime, ¿adónde vas y con quién?

—Oh, unos amigos han preparado un viaje a Italia y yo… no me lo quiero perder.

Maranta sabía que ocultaba algo más.

—¿Y…? —insistió.

Claudia tomó aire para explicarse y Maranta palideció.

—Has vuelto con él, ¿verdad?

Las dos sabían a quien se refería. Los había visto juntos en la fiesta y Claudia estaba tan obsesionada con él, que no le extrañaría…

—Si hablas del capitán Hilton, no es así —Claudia alzó la barbilla intentando demostrar cuan agraviada se sentía por aquella desconfianza, pero luego se lo pensó mejor—. No he vuelto con él. Ahora… me divierto con su hermano.

—Por el amor de Dios, Claudia —murmuró, reprobando esa relación.

No es que no le cayera bien el teniente Hilton, era afable y tenía un carácter decente, muy alejado del de su hermano. Precisamente por ese motivo detestaba que jugara con él.

—Eso no significa que vaya a consentir que te metas en su cama.

—¿De qué estás hablando?

—De tú y Anthony. No dejaré que seas su nuevo juguete.

Maranta rechinó los dientes.

—No voy a meterme en la cama de nadie —dijo muy molesta.

Claudia la evaluó, y decidió que era demasiado mojigata como para meterse repetidamente en la cama de Anthony. Una vez… solo por probar, quizás. Pero Maranta no se rebajaría jamás a ser la amante oficial del capitán, se dijo.

—El teniente Hilton me va a proponer matrimonio.

—¿Cómo dices? —No salía de su asombro—. ¿Y vas a aceptar?

Se encogió de hombros.

—Tal vez.

Maranta se mordió la lengua, sabía perfectamente que el hermano del capitán estaba muy enamorado. Entendía que se había dejado deslumbrar por el carácter de su hermana, siempre alegre y dada a exponer su belleza en todos los salones de la alta sociedad. A pesar de no ser ninguna niña, era muy hermosa y los años no habían hecho más que darle un toque más elegante. Aunque por lo que había averiguado, Roger solo era teniente, a pesar de tener fortuna propia que había ganado con las inversiones que le dictara su hermano en el pasado. No se engañaba pensando que realmente Claudia se estuviera planteando casarse con un hombre sin título, ahora que era una marquesa viuda.

Era un despropósito. Si se casaba sería por una buena razón. Quizás porque estuviera desesperada económicamente.

—Estás jugando con él.

—¡Por supuesto que no!

—No tiene título.

—Pero sí fortuna —dijo sonriendo—. Y quizás haya derrochado un poco más de lo que era conveniente.

—¿De la herencia de Cristopher?

—Bueno, tiene su título y sus tierras, eso es incuestionable.

—¿Y cómo las mantendrá sin el dinero que le dejó su padre?

Ella se encogió de hombros.

—En fin, pues estás de acuerdo conmigo que un marido rico es lo que me conviene.

Maranta se llevó ambas manos a la cabeza. Eso era intolerable.

—Claudia, eres…

La ignoró para continuar con el asunto que la había llevado hasta allí.

—Necesitamos pasar tiempo juntos para que la proposición se produzca —continuó hablando, consciente de que Maranta iba a ponerle pegas a su viaje—. Como te comentamos hace unos días en casa de los Dawson, queremos hacer un viaje. No muy largo…

—¿No muy largo?

Otra vez se encogió de hombros.

No iba a decirle la duración porque ni ella misma lo sabía, pero sí que Claudia calculaba que el tiempo suficiente como para que Anthony montara en cólera y los buscara, o que se diera cuenta que ella era realmente la indicada para él. Toda esa patraña del dinero era verdad, pero le importaba más recuperar a Anthony, que el patrimonio de su hijo.

—Necesito distraerme —se hizo la abatida—. No sabes como de rebelde está Cristopher, pidiendo atención a todas horas. Estoy agotada.

—¿Dejarás a tu hijo conmigo para irte con el teniente? —Apretó los puños.

Maranta se mordió la lengua porque le convenía. Cristopher pedía atención porque su madre lo ignoraba, pero no se lo diría. Si Claudia había decidido que iba a dejarle a Cristopher una temporada, ella no sería quien se opusiera.

—Si no lo quieres, la tía Bernadette me ha propuesto…

—Puedes dejar al niño aquí. Por supuesto que quiero estar con él —la cortó.

No consentiría que su sobrino quedara al cuidado de una vieja huraña y medio sorda.

—Oh, maravilloso —Claudia juntó las manos y se levantó de la silla—. Sabía que podía contar contigo.

—Oh gracias —Claudia se puso feliz y hasta dio palmas—. Qué alegría, hermana. Sabía que no me fallarías.

Era una niña egoísta atrapada en el cuerpo de una mujer adulta.

—Hay tanto que preparar. Sí, necesito saber qué tiempo hará. En Italia hace mucho calor ¿verdad?

—Al menos no llueve tanto —dijo Maranta alzando una ceja al ver que su hermana se dirigía a la salida—. Supongo que te quedas a comer.

—Oh —fue como verla despertar de un trance—. No puedo, tengo mucho que preparar. Debo irme.

Maranta parpadeó incrédula.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana. —Aplaudió con entusiasmo mientras daba saltitos.

—¿Mañana?

No daba crédito.

—Por supuesto los baúles están en el carruaje, pero ya deben haberlos bajado, así que no debo perder ni un minuto más.

Maranta parpadeó sin comprender del todo.

—Me dejas a Cristopher, ¿ahora?

—Sí, ¿no es maravilloso?

Ya había tomado el pomo de la puerta e iba a cerrarla al salir.

—¿No te despides de tu hijo? —se levantó de la silla con tanta fuerza que la tiró a sus espaldas.

—Lo lamento, sería retrasarme demasiado —dijo bajando la voz—. Despídete de mi parte, y dile que mami lo quiere. Volveré en tres meses.

—¡¿Tres meses?!

El portazo fue la única confirmación que obtuvo.

Capítulo 24

Durante los siguientes días, Maranta había vivido entre la más absoluta felicidad y el más fuerte desasosiego.

Pasar los días junto a Cristopher la extasiaba. Sabía que solo era su tía, pero, aun así, pensó en que no podía querer más a otra criatura. Él era perfecto, la hacía reír con sus ocurrencias y le encantaba romper los protocolos para jugar con él, estirándose en el suelo y jugar a hacer montañas con sus juguetes de madera o mirar el gran atlas de la biblioteca y recorrer países con la imaginación.

Maranta pasaba los días muy feliz, pero las noches…

Anthony Hilton la iba a buscar para asistir a fiestas y cenas de sus amigos. Durante toda la semana la exhibió como un trofeo y ella tenía que fingir que lo adoraba.

¡¿Ella?! ¡¿Adorarlo?!

Se ponía furiosa solo de pensarlo, y mucho más cuando, sola, metida bajo la suavidad de las sábanas de su cama, se permitía ser sincera. El capitán sabía como seducir a una mujer, pero ella no

quería caer en sus redes. No importaba cuan galante fuera, lo radiante de su sonrisa, o lo bien que la hacía sentir, muy a su pesar cuando bailaba con ella, estrechándola entre sus brazos, algo más de lo que era decente.

A esas alturas habían hecho creer a todo Londres que él estaba irremediablemente enamorado de ella, y que Maranta se dejaba querer.

Como la reputación de Maranta siempre había sido intachable, algunos incluso hablaron de un posible matrimonio pues, ¿cómo alguien como ella consentiría ser la amante de semejante mujeriego?

Se acercaba la fiesta de disfraces a la que había sido invitada por Anthony, y esa mañana llegó el disfraz que Maranta había encargado.

—¿Debo ir vestida como un hombre? —recordó cómo se había quejado por enésima vez cuando volvían de su última fiesta.

—No, pero sí llevar pantalones —su expresión demostraba lo mucho que se divertía.

—¿Y usted llevará vestidos? —contratacó.

—No —le había sonreído—, pero si usted me lo pide, puedo ir desnudo.

Era insufrible.

Y lo peor es que a veces ese humor tan especial la hacía reír y debía recordarse cuan reprobable era siempre su moral.

—Tendrás preparada una bonita máscara, ¿no? —le había preguntado Anthony—. No temas, nadie te reconocerá por tus bonitas piernas enfundadas en unos pantalones.

Ella se había revuelto incómoda, pero aceptó lucir tal y como él le había indicado.

Era la primera vez que acudiría a una fiesta que no era… perfectamente aceptable.

Anthony le había explicado que eran mucho más frecuentes de lo que creía, y le advirtió que, si de casualidad reconocía a una dama, callara.

La premisa era, nada de nombres. Pero por supuesto habría damas, mezcladas con muchachas humildes, cortesanas y prostitutas de bajo rango capaz de satisfacer las perversiones solicitadas.

—Maravilloso —murmuró mientras descubría la capa resistente de tela negra, unas botas altas de caña alta, y unos pantalones… se ruborizó.

No quería pensar lo mucho que se adherían a sus muslos y trasero.

Se pasó el resto del día nerviosa y cuando anocheció, después de la cena, acostó a su sobrino Cristopher contándole un cuento de una pobre coneja perseguida por un lobo feroz. Se sorprendió de sentirse tan identificada con ella. Por supuesto el lobo era Anthony Hilton.

—¿Preparada? —le había preguntado Anthony cuando subió al carruaje—. Y nada de trato formal. Eres mi amante y…

—Sí, ya lo he entendido.

Él muy truhan tuvo el descaro de sonreír.

Maranta suspiró.

Ese día acababa de recibir correspondencia de Rose, invitándola a la finca, pero ella había respondido que quizás viajara al norte para atender a su sobrino. Mintió, y no supo bien porqué, quizás le daba vergüenza que sus amistades se enteraran de lo que estaba pasando en Londres. Aunque ya faltaba poco para que los rumores se esparcieran y todas, incluidas Livia y Rose, supieran que se le relacionaba sentimentalmente con Anthony.

El trayecto transcurrió como siempre, con el silencio prolongado de Maranta y las bromas de Anthony, no sabía si destinadas a hacerla sentir mejor o peor.

La casa de campo no estaba lejos de la ciudad. Era señorial, pero más pequeña de lo esperado, dos plantas y ocho ventanas para asomarse desde la fachada. El camino de grava estaba iluminado por teas ardientes y ya en la escalinata de piedra que debía medir más de seis metros, se encontraban media docena de lacayos, esperando a los invitados.

Cuando el carruaje detuvo su marcha, Anthony descendió después de haberse puesto el antifaz.

Nadie podría pasar por alto su abundante cabello negro, fuerte, sedoso. Maranta se obligó a apartar la mirada del juego de luces anaranjadas y doradas que el fuego de las antorchas hacia bailar en sus mechones de ónix. Iba completamente vestido de negro, tan elegante… tan salvaje. Era hermoso, como lo sería cualquier modelo para una pintura al óleo destinada a impresionar. Así era el capitán Hilton, y así se presentaba ante todas las mujeres que no solo apreciaban su belleza, sino también su ingenio.

Parpadeó, despertando de su letargo cuando vio como Anthony extendía la mano, ofrecimiento que ella aceptó para poder

bajar del carruaje.

Sus zapatos de tacón se hundieron parcialmente en la gravilla, que sonó bajo sus pies y siguió haciéndolo hasta alcanzar la escalinata de piedra.

Frente a ellos una pareja subía también, pero si Anthony y ella lo hacían en silencio, los otros invitados se reían a carcajadas, mostrando a la dama su embriaguez.

Maranta no dijo nada, pero Anthony esbozó una sonrisa burlona al darse cuenta de su incomodidad.

Como si antes de entrar en la casa quisiera que empezaran a interpretar su papel, la tomó de la cintura y la atrajo contra su flanco. Maranta apretó los labios en una sonrisa, dispuesta a que no se le notara que deseaba estar en cualquier otra parte antes que allí.

—Vamos a divertirnos, Maranta.

Ella volvió veloz la cabeza hacia él, molesta porque hubiera revelado su nombre, aunque nadie los escuchó.

—Unos más que otros —dijo, volviendo la cabeza al frente y observando como la estridente pareja pasaba bajo el quicio de la puerta. Luego les tocó su turno.

No hubo recepción alguna, y la música, aunque se escuchaba con facilidad, no podía opacar los gritos y carcajadas de los

presentes.

Maranta se paró en seco al ver a una mujer con camisola y sin zapatos trotar entre los invitados, mientras tras ella, un hombre con antifaz y solo ataviado con unos pantalones negros de terciopelo, la perseguía.

Miró a Anthony y él empezó a reír.

—¿Dónde me has traído?

—Bienvenida al segundo círculo de Dante.

Lujuria.

Le iba bien el nombre a esa fiesta.

Anthony le quitó la capa y con cierto disimulo observó sus curvas. Aquellos pantalones eran del todo indecentes en cualquier otro ámbito. Se pegaban a las curvas de Maranta haciéndola tan deseable que hasta sintió una reacción física.

Soltó un gruñido, pero ella no pareció darse cuenta.

Un segundo después, la mano se agarró a su cintura y una vez más la inundó el calor del cuerpo masculino calentado su costado.

—¿En concreto… qué debemos hacer? —le susurró Maranta.

—Yo debo hablar con dos damas y tú… simplemente dejarte ver conmigo.

—¿Qué damas? —Ignoró la última frase.

—Una es la mujer de un comerciante, y la otra su amante. Quizás sepan algo de los cargamentos que transporta su marido o amante.

—¿La mujer y su amante?

Él asintió.

—¿Las dos juntas… en la misma fiesta?

Anthony le guiñó un ojo.

—¿No es fascinante?

Ella chasqueó la lengua.

—Es el socio de alguien a quien se te ha ordenado espiar. Así que, si yo averiguo algo antes, no hará falta que…

—¿Es el socio de *monsieur* Lauton? —preguntó Maranta sorprendida.

Como si hubiera llamado al mal tiempo, reconoció a una figura alta y delgada que cruzó por delante de ella.

Por fortuna, Lauton no la reconoció. Estaba demasiado absorto mirándole las piernas que escudriñando bajo su antifaz.

—Quizás yo también tenga trabajo por hacer.

Anthony no tardó en mostrar su disconformidad.

Para protegerla de la mirada de Lauton que se alejaba persiguiendo a otra presa más experimentada, una joven prostituta de cabellos rojizos que le hacía señas para que lo siguiera, Anthony se puso frente a ella.

—Ven conmigo, bebamos y comamos algo, después dame media hora.

Ella no pensaba quedarse de brazos cruzados, si encontraba la oportunidad de averiguar algo sobre el tráfico de armas, y los nombres de los traidores, desde luego que lo haría.

Durante casi una hora, Anthony había puesto varias copas en su mano, mientras bailaba con ella en los diversos salones de la casa, cada cual más abarrotado.

Maranta era consciente del cuerpo caliente del capitán apretándose contra el suyo, de su aliento rozando su cuello y su dedo índice resiguiendo la costura de su camisa, rozando zonas que no había tocado ningún hombre en años.

—Parece que te diviertes —dijo cuando ella no pudo apartar la mirada de un divertido grupo que parecía haber improvisado una obra de teatro.

No contestó, pues Anthony ya no la miraba, parecía haber encontrado lo que buscaba, o más bien, reconocer a una de las mujeres que había estado esperando.

Sin mediar palabra, tomó de la mano a Maranta y salieron del ruidoso salón.

—¿Adónde me llevas?

—Ven conmigo —le dijo apresurando sus pasos—. Ahí estarás a salvo.

Ella quiso decirle que no hacía falta que la salvara de nada, pero calló al recorrer el pasillo lúgubre y llegar a la última estancia de todas.

Tenuemente iluminados, los paneles de madera que forraban las paredes parecían reflejar ominosos la luz de las dos chimeneas que custodiaban los dos extremos de la sala. Sin lugar a dudas aquel parecía un oasis en medio de la tormenta. Lejanas se escuchaban ya las voces descocadas, los gritos y la música del piano que no había cesado desde que entraron.

Ahí corría el alcohol, champán francés y licores de toda clase. Había pasteles y tartas, pero la mayoría intactos. Una chimenea estaba bien encendida a un lado de la estancia. Sus llamas

iluminaban a la docena de figuras que ahí permanecían, cada una sumida en sus propios asuntos.

Maranta apartó la mirada de una pareja que parecía fornicar en silencio en una esquina de la habitación.

—Por Dios.

Esta vez Anthony no sonrió.

—Sé que sabrás cuidarte, pero por si acaso, no te adentres mucho en el infierno de Dante —Lo dijo mirando a una siniestra figura sentada frente al fuego.

El indolente hombre, estaba con la cabeza inclinada sobre el respaldo de aquella mullida silla. Una pierna descansaba doblada sobre uno de sus antebrazos. Con una mano se tocaba la frente como si le resultara insoportable hacer frente al aburrimiento, en la otra sostenía un vaso de licor a medio terminar.

Anthony dio media vuelta y se alejó.

Solo entonces, el hombre que había permanecido sentado junto al fuego se levantó y dejó brillar sus blancos y parejos dientes en una sonrisa seductora.

Daemon Sinclair, el demonio de Nottingham estaba frente a ella.

Apenas disimuló su disgusto, no porque ese hombre fuera una amenaza, más bien lo contrario. El bueno del capitán Hilton había encomendado a su amigo tenerla bien vigilada, para protegerla cual frágil damisela.

Le importó poco que viera como ponía los ojos en blanco y volvía a salir de la habitación. Recorrió el pasillo de vuelta a la sordidez de las otras salas, huyendo no sabía muy bien de qué, y fue entonces cuando una mano firme tapó su boca y la arrastró a una solitaria habitación.

Capítulo 25

No gritó.

No hizo falta, pues enseguida entendió que no estaba frente a una situación que no pudiera manejar.

—Mi querida, señora Farrell…

Maranta reconoció el deje francés en el hablar de ese hombre.

Respiró hondo al volverse y se recostó contra la puerta de madera. Lejos de ponerse nerviosa, vio aquel abordaje como una posibilidad de por fin sonsacarle información útil.

—No sé quién es esa tal…

—Oh, miente muy mal.

Maranta no perdió su sonrisa, ni *monsieur* Lauton, tampoco.

Había un candelabro sobre el escritorio que iluminaba tenuemente la estancia, esta no era muy amplia, era más bien un pequeño despacho que sospechaba debió ser utilizado para que el mayordomo de la casa despachara sus misivas.

Maranta respiró hondo, siendo muy consciente de como sus pechos se apretaban contra la tela de su camisa. Lauton también lo fue. Como también fue consciente del hermoso cuerpo que ella poseía, redondeado en las zonas que a él le gustaban.

El cabello negro de Maranta caía en cascada sobre su espalda, aunque su rostro estaba despejado al haberse recogido dos gruesos mechones y anudarlos en la nuca. Su antifaz no debía haberla protegido demasiado tiempo del anonimato, pues dudaba que *monsieur* Lauton la hubiera observado más de un instante.

—No sabe lo mucho que me alegro de haberla encontrado en esta fiesta.

Coqueta y sin temor alguno, Maranta apoyó las manos sobre el escritorio y se aupó hasta que su trasero fue a parar sobre la suave superficie de madera. Con las piernas despreocupadamente colgando, se inclinó hacia atrás, dejando que sus brazos absorbieran el peso de su cuerpo.

—Ha sido una sorpresa encontrarlo aquí —dijo ella—, pero mucho me temo que vengo acompañada.

Él hizo una mueca.

—Ya lo he visto, pero también veo que la ha dejado sola para lanzarse en brazos de… —calló, como si recordara que en aquella

fiesta estaba prohibido decir nombres, aunque instantes antes había pronunciado el apellido de Maranta.

—Lo sé, mi amante es muy desconsiderado —dijo ella, suspirando—, quizás encuentre alguien más interesante para acudir a la próxima —dijo, dejándole claro que aquella velada la dedicaría única y exclusivamente a su capitán.

Como si tanteara el terreno, *monsieur* Lauton avanzó unos pasos hacia ella, posando una mano sobre el escritorio, muy cerca de su muslo. Ella miró aquella mano, pero como no siguió avanzando no dijo nada al respecto, pero sí hablo para establecer algunos lazos que le pudieran servir en el futuro.

—Para abandonar al capitán por otro, ese alguien debería ser de lo más interesante.

—¿Y no le parezco interesante? —Alzó la mano y el dedo índice recorrió la mandíbula de maranta. Ella se lo permitió.

—No lo sé. ¿Lo es?

—Bueno, algunas dirían que sí.

Maranta se movió despacio, bajó de la mesa y como si se hubiera percatado de la existencia de una licorera avanzó hacia ella, llenando dos vasos. El francés no estaba dispuesto a dejar que su

presa se alejara demasiado, así que cuando Maranta se volvió, Lauton estaba tan cerca que pudo notar su aliento en el cuello.

No parecía un tipo baboso y desagradable, pero sí insistente, y al ver la mirada azul en aquellos ojos pequeños y parejos, se dijo que incluso más peligroso de lo que habría predicho.

—¿A qué se dedica, monsieur Lauton?

—Oh, llámeme, Abel. Aunque…

—No deberíamos pronunciar nuestros nombres —concluyó ella.

Maranta guardó silencio para que él continuara hablando.

—Soy comerciante.

—Oh, qué interesante. ¿Comerciante de…? —alzó una ceja como si esperara que la deslumbrara con su oficio. No era lo mismo transportar joyas que coles.

—Un poco de todo.

—¿Y ese de todo, da beneficios?

La pregunta estaba encaminada a que él creyera que era una mujer interesada, obviando la verdad, y es que dependiendo de la cantidad de dinero sabría que volumen de armas transportaba y quizás incluso con qué frecuencia.

—Muchos beneficios.

—Siempre me han interesado los grandes barcos —lo dijo mientras una de sus manos se posaba sobre el pecho del hombre, que se humedeció los labios, expectante—. No entiendo que estando en el agua no necesiten su buen mantenimiento.

—Y lo necesitan.

—¿De veras? Eso hará que no pueda hacer muchos viajes.

—Oh, se equivoca. Hoy mismo ha llegado un gran cargamento, y dentro de dos semanas lo hará otro. Así de rápido es mi barco de gran calado.

Ella no dejó ver su satisfacción ante la información que sin que él sospechara le había dado.

—Me encantaría verlo —dijo ahora posando su segunda mano sobre su pecho—. Si visito el puerto de Londres, ¿lo distinguiré entre los demás?

—Yo podría enseñárselo.

Ella ignoró la propuesta.

—Lleva bandera francesa, me imagino. —Él frunció el ceño, pero ella se apresuró a añadir—, porque *monsieur*, no puede negar que es francés. Tiene esa forma tan seductora de hablar y de mirar a una mujer.

El halago le hizo sonreír, olvidándose de sus sospechas.

—Reconocerá mi barco porque es muy grande, y porque en su mástil una sirena parece cantar extasiada —la mano de Lauton rodeó su cintura y ella se obligó a mantener la sonrisa.

Así que no sería tan difícil encontrar el barco de Lauton. En dos semanas volvería a estar en el puerto de Londres.

—Me encantará verlo —Maranta empujó el pecho de Lauton —, pero dentro de dos semanas —fue tajante al apartarse, aunque él la siguió hasta la puerta.

—No me haga esto.

—Lo lamento —dijo altiva—, hoy he venido acompañada. Que grosería la mía abandonar a mi amante por otro. Pero dentro de dos semanas… —le guiñó el ojo y *monsieur* Lauton se llevó una mano al corazón como si hubiera quedado flechado.

—Está bien, esperaré.

Todo un caballero, pensó Maranta, que se apresuró a salir al pasillo y cerrar la puerta con premura.

El lúgubre salón había doblado sus visitantes, amantes que habían acudido en busca de silencio, huyendo del griterío y el exceso de alcohol de las otras salas.

Maranta los miró a todos mientras entrelazaba las manos a su espalda como haría un caballero, metida como estaba en el papel de

que nadie la reconociera. O al menos nadie más, *monsieur* Lauton había sido muy perspicaz.

Vio que Anthony no estaba. No habría vuelto de su misión con dos bellas damas, o prostitutas, que más daba. Sabía lo que debía estar haciendo en algún lugar privado, o no tan privado de la casa.

Suspiró y fue a servirse una copa. Esperaría. Sola. Aunque por como la miraban algunos hombres, no estaba segura de sí tendría que partir alguna que otra muñeca para zafarse de un manoseo.

Como si hubiera llamado al mal tiempo, un hombre se acercó y le dio una palmada en una de sus nalgas. Abrió la boca entre incrédula e indignada. Eso no solía suceder en los salones de Londres, pero claro, no estaban en una fiesta decente y ella era una mujer sola enfundada en unos pecaminosos pantalones.

Se escuchó la risa de otro varón a su espalda, y algunas mujeres, también vestidas como mozos de cuadras, le sonrieron cómplices. Como si el que le hubiera palmeado el trasero fuera un gran premio.

Lo miró a los ojos tras el antifaz.

¡Lord Byron! ¿Pero qué demonios…?

—Que exquisita hermosura tengo ante mis ojos.

Ella alzó una ceja, gesto que probablemente disimularía su antifaz.

—Yo… —No quiso seguir hablando. Había coincidido con ese hombre en alguna que otra ocasión. Todos los petimetres lo admiraban y quien no quería parecerse a él, quería ser él.

—¿No le gustaría venir junto al fuego y sentarse en mis rodillas? —dijo con seductora intención.

—Creo… creo que no.

Una carcajada interrumpió lo que seguramente hubiera sido una retahíla de lisonjas hacia Maranta.

—George, creo que esta noche no vas a tener suerte con esta dama tan exquisita. —Quien habló fue Daemon Sinclair—. Ha quedado con que serían mis rodillas las que la sostuvieran junto al fuego.

Entrecerró los ojos mirando a ese hombre tan hermosos, como prepotente. Amigo de Anthony le quedó claro que Dios los creaba y ellos se juntaban para hacer sus maldades.

Sin esperar a que ella dijera nada, Daemon tiró de su mano y la hizo estrellarse contra su pecho. Lo miró con la boca abierta, pero cuando agarró su cintura y la instó a andar hacia la silla frente a la chimenea que había ocupado, no pudo decir nada hasta que la soltó.

De pie, junto al fuego, se sintió azorada. Y eso que ni siquiera la había rozado.

Daemon Sinclair era un seductor experimentado, y se le pasó por la mente que quizás el gobierno británico también lo tuviera bajo el ala. No sería nada extraño, pero ese hecho no tenía por qué explicar su presencia en la fiesta. Siendo un crápula como Anthony Hilton, no necesitaba más motivo que el de querer perderse en la perdición y el vicio.

—¿Qué cree que hace?

—Rescatarla.

Capítulo 26

—Es muy escurridiza, mi querida amiga.

La mano del vizconde se elevó para apartarle un mechón de la cara que se había soltado sin que ella se percatara hasta que se lo colocó tras la oreja.

—No soy su amiga.

—Podemos serlo.

Ella bufó mostrando su descuerdo.

—No gracias.

La sonrisa de Daemon era burlona, y sin amedrentarse por su negativa, siguió a su lado, aunque esta vez apoyó el codo en la repisa de la chimenea.

La habitación seguía en silencio, salvo por conversaciones en susurros y el sonido de los labios de algunos amantes haciendo exactamente eso, amarse. Por fortuna para su concentración, la pareja que había estado fornicando contra la pared ya no estaba, y la atmosfera era relajada y todo parecía calmo. Incluso lord Byron y

su corrillo se habían ido al pasillo para poder hablar sin romper ese silencio. Maranta se preguntó si Claire Clairmont, la madre de la hija de lord Byron y hermanastra de Mary Shelley, se sentiría contenta al saber que el poeta acudía a esas fiestas.

—¿Va a vigilarme?

—Solo un poco.

Ella bufó y eso no hizo más que ensanchar la sonrisa de aquel hombre.

—¿Sabe quién soy?

Ella respiró hondo.

—Por supuesto que lo sé, su reputación le precede.

—Oh, pero no debe hacer caso de todo lo que diga la buena gente —se burló—, bueno en mi caso sí. Todo es cierto, pero no siempre lo es para otros caballeros o damas que ven su reputación arrastrarse por el fango.

Maranta parpadeó. Observó a aquel hombre sin saber si estaba hablando de ella o no.

Entraron tres hombres, realmente perjudicados por el alcohol, que al notar la mirada de reprobación de Daemon giraron sobre sus talones y desaparecieron.

—No tiene por qué protegerme.

—Un amigo me lo ha pedido.

Maranta vio como sus sospechas se confirmaban.

—Se lo repito, por si no se lo he dicho ya. No necesito que me salven.

Él la miró de arriba abajo y ella alzó su barbilla altiva.

—Y yo la creo, pero un amigo me lo ha pedido —repitió con más énfasis —Aunque enseguida pareció pensar en ello y rectificar —. Mmmm… No tengo… amigos, pero si los tuviera, Anthony sería uno de ellos.

Ella se aguantó un resoplido.

—Entiendo.

—No entiende —negó con la cabeza—. Sé porque está aquí, así que no se exponga mientras él hace lo que debe —no dejó claro si creía que sacaba información o se estaba divirtiendo con una prostituta—. Quédese a mi lado, a no ser que tenga otros planes.

En ese instante Maranta miró hacia la puerta y vio como *monsieur* Lauton hacía de nuevo su aparición. Los músculos de su cara parecieron contraerse en una mueca de desprecio. No parecía estar contento de verla, y mucho menos acompañada. Ella pensó que quizás se debía más al hecho de con quien estaba, y no porque

ella lo hubiera rechazado alegando fidelidad para el acompañante que a las claras había desaparecido.

Como si la presencia de Lauton hubiera puesto sobre aviso a Daemon, volvió a acercarse a ella y esta vez al tomarla de la cintura la arrastró con él cuando se sentó en la robusta silla.

—Charlemos.

Un súbito calor recorrió su cuerpo y se instaló en sus mejillas cuando el vizconde la sentó sobre sus rodillas.

—¿Es necesario? —jadeó en un susurro.

—Ya lo creo. No querrá llamar la atención. —Y para que dejara de dudar, añadió—. ¿Sabe? estas fiestas no son para que se juegue a los espías, hay un objetivo muy claro.

Ella alzó una ceja.

—¿Sexo?

—Mucho sexo —aseguró arrastrando las palabras—. No entiendo como Anthony la ha dejado sola.

La mano de Daemon la apretó con más fuerza por la cintura, y el dedo índice se deslizó por el muslo hasta que ella le dio un manotazo.

Daemon abrió la boca aguantándose una carcajada.

Al mirar por encima de su hombro, vio como Lauton daba media vuelta ofendido y se marchaba del salón.

—Llama la atención.

—Siga haciendo eso y llamaremos más la atención.

Ella miró disimuladamente a su alrededor. Había una mujer con un abanico de plumas que se acercó a ellos con pasos largos y elegantes. Disimulando

—Nos están observando.

—¿Lo ve? —le dijo Daemon como si eso dejara claro que no debía quedarse sola.

—Parece que la dama no tiene mucho interés.

Pero la mujer del abanico la escuchó y su sonrisa y mirada fija hicieron que le prestara aún más atención.

—La dama está muy interesada —dijo la recién llegada, dejando claro a Maranta que le encantaría compartir las rodillas del vizconde.

—Pues es una pena, que esta no lo esté —dijo Maranta arrastrando las palabras.

La mujer la miró ofendida y dio media vuelta.

—Vaya… —Daemon siseó como una serpiente cuando vio que la mujer se alejaba—. No le gusta compartir.

—Exacto —dijo con la espalda recta—. No me gusta compartir.

Poco a poco, Daemon la sumió en una conversación de lo más interesante sobre la gente que había acudido a aquella fiesta.

—Pensé que no se daban nombres —susurró Maranta.

Él se encogió de hombros.

—Dudo que nadie aquí no se haya dado cuanta de la presencia de lord Byron.

—¿De qué lo conoce?

—¿Quién no lo conoce? —se rio Daemon, para después agregar—. Su casa en Nottingham es vecina de la mía.

Le habló de los lazos que le unían al poeta, no podían llamarse amigos, pero Maranta intuyó que le caía bien de verdad.

Fue extraño relajarse entre los brazos de un perfecto desconocido, pero algo le decía que podía confiar en él, y lo cierto es que su instinto nunca le había fallado.

—¿Ha avanzado en su investigación?

—Si en verdad es amigo de Anthony, sabrá cuan impertinente es esa pregunta. De hecho, puede que intente cortarle la lengua por preguntar.

—Quizás quiera cortarme las manos por otros motivos —dijo acariciando el antebrazo de Maranta.

Lo hizo con extrema suavidad, siguiendo con la mirada el recorrido de sus largos dedos. Subió su mano por el codo y siguió el camino hasta su hombro desnudo. Cuando llegó al cuello, ella contuvo la respiración.

—¿Qué hace?

—Voy a besarla.

—¿Qué? —se sobresaltó—. Solo un beso. Para que nadie sospeche.

Miró alrededor. Había media docena de parejas entretenidas en complacer a sus parejas, con besos, caricias, susurros en el oído...

—No… sé.

—¿No?

—Bueno… si es por la misión.

Le fascinaron esos ojos oscuros, esos labios carnosos y pensó… pensó que no había deseado a nadie antes de que Anthony Hilton apareciera para amargarle la vida.

Reconocérselo a sí misma le dejó un gusto amargo en la boca. Un amargor que los carnosos labios de aquel hombre, quizás

podría quitar.

Sí, se dijo, quizás si besaba a ese hombre y le gustaba, querría decir que no era tan infrecuente que una mujer deseara a un hombre, aunque apenas lo conociera. Y lo más importante, podría convencerse de que el deseo por Anthony era natural y no a consecuencia de que la hubiera embrujado. Se convenció de que con el tiempo ese deseo se atenuaría porque no era tan especial como creía.

Podía desear a otros hombres.

Podía… llegar a olvidarle.

¿Por qué no empezar a demostrárselo? Con Daemon Sinclair.

—Sí —dijo en un susurro y los labios de ese hombre se estiraron perezosos formando una seductora sonrisa, hasta que se acercó, apoderándose de la boca de Maranta.

Fue rápido al alcanzar su objetivo, pero una vez ahí, entreabrió los labios y se demoró en el beso. Se movió despacio, hasta que la tomó por la nuca y con el dedo pulgar acarició su mejilla.

Maranta jadeó sorprendida por el calor de esa mano, de su aliento de limón y esa lengua que apareció lentamente para acariciar los labios entreabiertos.

Cuando él ladeó la cabeza, Maranta hizo lo mismo en dirección contraria.

Se escapó un jadeo de lo más profundo de su pecho.

Ese hombre sabía besar.

Dios… ese hombre era un experto.

Notó como la mano de Daemon abandonaba su rostro para deslizarse por su cuello, bajando por su esternón y de seguro hubiera tomado uno de sus pechos si no fuera porque alguien la agarró del brazo y la sacó de encima de sus rodillas.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —la voz de Anthony, molesta y cortante, fue apenas un susurro entre dientes.

—Yo… —Maranta carraspeó y se llevó las manos a la cara, al menos la parte que quedaba expuesta tras la máscara. Quería comprobar si le ardía tanto como pensaba.

Tenía la respiración agitada y Anthony la miraba, sin máscara, sin chaqueta, con la camisa desabotonada.

—¿Qué estabas haciendo? —peguntó Maranta sorprendida al verle despojado de parte de su disfraz.

—Me lo estaba pasando bien, pero no tan bien como tú, al parecer.

La espalda recta reveló que estaba ofendida.

Bien, pensó Anthony porque le importaba un bledo lo ofendida que se sintiera.

De seguro hubieran seguido discutiendo si no fuera porque Daemon se echó a reír a carcajadas, en un instante se tapó la boca, quizás porque un par de cabezas se habían vuelto hacia él.

—Bueno… he mantenido a tu damita a salvo en tu ausencia, no me lo agradezcas —dijo poniéndose de pie y tomando la mano de Maranta. La miró a los ojos antes de decir— porque ha sido un auténtico placer.

Ella contuvo la respiración incapaz de sacar la mirada de sus ojos negros.

—Basta, ya es suficiente.

Anthony dio un paso hacia delante y lo hizo retroceder. Incluso alargó la mano para darle un manotazo que él esquivó con picardía.

—Mmm… nos veremos pronto Anthony.

—Sí, lárgate —le dijo entrecerrando los ojos y evidenciando su descontento—, no te acerques a mi… —Maranta lo miró sin saber que palabra iba a utilizar—. No te acerques.

—No me acercaré, aunque me costará lo mío no hacerlo.

El calor de Maranta se extendió por todo el cuerpo.

—Un placer conocerle.

—El placer es mío —dijo Daemon muy serio—. Si alguna vez necesita mi ayuda, en lo que sea…

No terminó la frase, pero tampoco hizo falta.

Maranta le sonrió y Daemon se inclinó hacia ella, susurrándole unas palabras al oído.

Anthony frunció el ceño. ¿Qué demonios…?

Las palabras derramadas en el oído de Maranta, la dejaron con un hermoso brillo en los ojos y un saludable color en sus mejillas. Antes de retirarse, fue ahí donde Daemon la besó.

—Espero volver a verla.

—Largo —le espetó Anthony.

Otra risita y el vizconde se marchó.

No pasó ni un segundo, antes de que Anthony encarase a Maranta.

—¿Qué te ha dicho? —Ella se limitó a sonreírle, dejando claro que eso sería un secreto entre el vizconde y ella— ¿No vas a decírmelo?

—No.

Él chasqueó la lengua y se pasó la mano por los cabellos, inquieto.

—¿Qué demonios estabas haciendo? ¿No puedo dejarte sola?

Ofendida, alzó la barbilla.

—Hacia lo mismo que tú, supongo —le cortó ella, bajando la voz apenas en un susurro audible—, averiguar cosas. Como que *monsieur* Lauton está aquí, hablando con sus amigos. Y diciéndome que en poco tiempo descargará un importante cargamento, en el puerto de Londres, en su imponente barco, al que podremos reconocer, gracias a mí. —Maranta lo miró desafiándolo a que siguiera protestando.

—¿Cómo?

—¿Importa?

—Te dije que no te acercaras a él.

Que Anthony Hilton la tuteara era señal de que estaba muy enfadado.

—También he podido ver antes de entrar aquí, como se reunía con otro hombre. Parecían hablar de negocios y por su actitud, diría que no era solo un amigo, podría ser un socio.

—¿Otro comerciante de armas? —susurró sorprendido.

—No los he seguido, se había puesto algo insistente y he preferido regresar aquí —lo miró con una sonrisa ladeada—, donde

tu amigo Daemon me ha hecho compañía, de hecho, me ha escoltado.

—¿Escoltado? —se envaró—. Lo ha hecho para fastidiarme. Sabe que no me gusta que toquen mis cosas.

Maranta dio un paso amenazante hacia Anthony y eso le hizo abrir los ojos al capitán que bajó la mirada a los ojos hipnóticos de Maranta. A pesar de que tan cerca podía sacarle una cabeza, parecía más dispuesta a arrancarle los testículos que a amedrentarse.

—Repítelo —dijo colérica, pero en un tono tan suave que los demás en el salón podrían haber creído que le estaba pidiendo un beso.

Anthony tragó saliva, no por miedo, ni por vergüenza, sino por la incomodidad de ese deseo feroz que lo asaltaba cada vez que aspiraba ese aroma a lilas y jazmín.

—Tú no eres *mis cosas* —aseguró—. Y sí. Daemon ha hecho bien en protegerte. No creo que matar ahora mismo a *monsieur* Lauton nos beneficiara en nada.

—No, supongo que no lo haría —dijo retrocediendo un leve paso y cruzándose de brazos, como si estuviera dispuesta a perdonarle.

—¿Y tú? ¿has podido averiguar algo? Digo, aparte de qué color eran las enaguas de las dos damas con las que has entrado en la habitación privada.

—No ha pasado nada.

Ella rio incrédula.

—Como si me importara —dijo de pronto dejando de fingir que se divertía—. Lo único que importa es si tienes lo que querías y si podemos irnos.

—He hecho una lista de los invitados, pero aquí lo importante es registrar el barco para confirmar que realmente la mercancía sea la que esperamos.

—¿Y si no hay nada? —preguntó ella, aunque no quería barajar esa posibilidad.

—Entonces barajaremos la idea de que las armas no se almacenan en Inglaterra, sino que las exportan a Francia. Sea como sea, vigilaremos a ese barco y a *monsieur* Lauton y su colega desconocido.

—Hablemos con el mayor Foster y que envíe a sus hombres a registrar el barco. —Sin decir nada más la tomó de la mano y la sacó de allí.

Capítulo 27

Ambos salieron del tranquilo salón. Mientras avanzaban por el pasillo la música volvió a inundar sus sentidos. Esta vez no solo se escuchaba el afilado sonido del piano, sino que este iba a acompañado de un violín y otros instrumentos de cuerda.

—La fiesta está en su apogeo —dijo Maranta, esquivando cuerpos semidesnudos y botellas vacías.

Todo el glamour de la fiesta había desaparecido, ahora solo había borrachos y cuerpos sudorosos buscando su propio placer.

De pronto el rostro de *monsieur* Lauton sin máscara captó la atención de Maranta.

—Espera. —Paró en seco, acercándose al marco de la puerta, abrazó a Anthony como si en verdad fuera su amante y sintiera la imperiosa necesidad de echarle los brazos al cuello.

—¿Qué ocurre?

Anthony no pudo evitar que su cuerpo se endureciera ante la cercanía de Maranta.

—Lauton —dijo ella—, creo que está con ese hombre.

Mientras Anthony la acercaba más contra su cuerpo, la nariz rozó su mejilla y la restregó contra esta, mirando a la vez y con disimulo hacia donde ella había visto al francés. Era difícil concentrarse con ella tan cerca, pero lo logró.

—Lleva antifaz.

Efectivamente, el amigo de Lauton llevaba un antifaz, negro y tan ancho que solo se le veía la boca. Era imposible que averiguara de quien se trataba. Pero si se acercaba…

—Debo ir —dijo Maranta, pero Anthony la retuvo, apretando con fuerza su avispada cintura.

—No.

Sonó posesivo.

Ella puso ambas manos sobre su pecho y las hizo subir y bajar como haría una amante, pero en realidad solo buscaba apartarlo de ella. Fue evidente cuando lo empujó y Anthony apretó los labios, contrariado.

—No deberías…

Pero ella lo ignoró.

Llenó dos copas de champán que estaba en el aparador y caminó hacia meiser Lauton y su amigo. Se apartó la capa, echándosela hacia atrás sobre los hombros, y dejo ver las curvas que sabía que le ayudarían a encandilar a Lauton.

—Buenas noches, ¿una copa?

Lauton la miró extasiado nada más reconocerla. Su amigo en cambio hizo un rictus de fastidio con los labios.

—Buenas noches, hermosa mía —contestó el francés, pero el otro hombre permaneció en silencio, como si guardara con celo su identidad— ¿Ha visto mujer más tentadora y hermosa?

Maranta esperó que dijera el nombre de su amigo, pero no lo hizo. Ella se quedó mirándolo con interés, como si pudiera adivinar solo por la forma de sus labios y el color de sus ojos, quien era. Pero no fue posible. No lo había visto en su vida.

—¿No me presenta?

El de la máscara soltó un suspiro, fastidiado por la importante conversación que Maranta había interrumpido.

—Oh, mi amigo es muy aburrido.

—Y ocupado —le cortó este. Hizo un gesto con la cabeza y se alejó de ellos, molesto.

—Veo que les he interrumpido. —Los ojos de Maranta siguieron la silueta de aquel hombre al que no conseguía identificar.

—Quería hablar de negocios —se quejó Lauton—, y… ¿hay algo más aburrido que hablar de negocios cuando hay una mujer hermosa presente?

Las manos del hombre rodearon su cintura y la atrajo hacia él. Maranta se dejó llevar, pero torció el rostro hacia donde había dejado a Anthony.

Si pensaba que acudiría a su rescate, toda esperanza desapareció, pues… Anthony había desaparecido.

***

—¿Quién es esa zorra, Anthony?

Claudia lo había arrastrado de nuevo al mal iluminado pasillo para poder exigirle una explicación que ella creía merecer.

—No es de tu incumbencia —le dijo sin perder la calma.

—No puedo creerme que hayas venido ¿con quién? ¿Quién es tu nueva amante?

Como si no se diera por vencida, Claudia estiró el cuello y se asomó de nuevo por la puerta.

—Me resulta familiar.

—No es asunto tuyo —Todavía en el pasillo, arropado por la penumbra, Anthony tomó del brazo a Claudia para que se apartara y dejara de mirar a Maranta.

Lo último que le faltaba es que su antigua amante descubriera que Maranta y él eran amantes, o al menos fingían serlo. Aunque si sabía sumar, cosa que a veces Anthony dudaba, lo hubiera deducido en la velada de los Dawson, tras bailar con su hermana más de tres veces.

La vio en brazos de Lauton, era alta y delgada y aunque su rostro estaba cubierto por un antifaz y su cabello oscuro metido en la capucha de la capa, le resultaba familiar.

Cuando la mujer volvió el rostro hacia donde ella estaba, no la vio, pero Claudia sí pudo apreciar mejor aquellas familiares facciones.

—Maranta —dijo, con la cara desencajada.

Se volvió hacia Anthony y él juraría que había visto arder las llamas del infierno en sus ojos.

—Calla, Claudia.

—¿Esa zorra es Maranta? —No daba crédito—. Esa mojigata que siempre me ha estado juzgando, el paradigma de la alta moral,

esa… maldita zorra, ¿ella es ahora tu amante?

Anthony la atrajo contra él.

Se mantuvieron las miradas, ninguno de los dos estaba contento.

—Te voy a decir una cosa —dijo, con una calma que no sentía —, como se te ocurra hacer algo contra tu hermana…

—No, no —se burló altiva—. Lo haré contra ti. No sabes de lo que soy capaz —dijo como si su lengua fuera un filo cortante.

—Tú tampoco, Claudia.

—Ya no puedes hacerme más daño.

Ella era vanidosa, tenía muy buena opinión de sí misma, y lo que había hecho Anthony, dejándola sin una explicación, había hecho que dudara de su belleza y su valor. No se lo iba a perdonar y mucho menos ahora que sabía que estaba con Maranta.

—Te veré llorar, Anthony.

Él cometió el error de reírse.

—¿No me crees? —se encogió de hombros—. Sé cuales son tus puntos débiles, y si he retrasado mi venganza contra ti hasta ahora, es llanamente porque tenía la esperanza de que recapacitaras y volvieras…

—¿A ti? —volvió a mofarse Anthony—. No ocurrirá jamás. Y antes de amenazarme, recuerda que yo también sé tus puntos débiles.

—No sabes nada —mordió las palabras—. Crees conocerme, pero no sabes de lo que soy capaz.

—Lárgate de mi vista, Claudia y no molestes.

Le soltó el brazo y la empujó contra la pared. Ella no dijo nada, solo lo miró como si su mente funcionara a toda velocidad, para en efecto, ejecutar la venganza que ya había pensado hacía tiempo.

Cuando vio a Anthony plantarse frente a Lauton y Maranta, le sorprendió ver como la agarraba del brazo de malos modos y se la llevaba de allí, con la mirada de un desconcertado Lauton puesta en ellos.

Claudia no supo que le sorprendió más que Anthony se mostrara celoso o que la puritana de su hermana hubiera estado coqueteando con el francés, en una fiesta muy alejada de su círculo habitual, donde de enterarse alguien podía echar por tierra la reputación de santa que se había construido durante años.

La iba a destruir.

Como también destruiría a Anthony si no volvía a su cama.

No mentía. Sabía cuál era su punto más débil, y ese era el bueno de Roger.

Roger, con quien había planeado desaparecer unos meses. Le había propuesto matrimonio en varias ocasiones y ella le había dicho que no, en parte por la esperanza de volver con Anthony, y en parte porque consideró a Roger demasiado aburrido. Que no hubiera asistido a aquella fiesta demostraba lo puritano que era, y ella necesitaba divertirse. Pero… ¿qué no haría para vengarse de Anthony? Pronto se marcharía a Italia, de hecho, le había anunciado a Maranta que se marchaba de inmediato, aunque no fuera cierto. Necesitaba un poco de diversión y libertad y es difícil con un niño de seis años agarrado a sus faldas. Pero sí, acababa de decidir que se iría y se vengaría de Anthony.

Era perfectamente capaz de convencer a Roger que Anthony era el peor de los hombres.

Apretó los puños y los dientes.

Maldito fuera. En el fondo sabía que no podía olvidarse de Anthony. Roger solo sería un medio de obtener dinero, estabilidad y… en fin, sería fácil de engañar y podría seguir divirtiéndose.

En cuanto a Maranta… soltó una carcajada, sería divertido verla suplicar de rodillas, llorando, cuando le dijera que jamás

volvería a ver a su sobrino.

Capítulo 28

—Me haces daño.

Ante las palabras de Maranta, Anthony la soltó, pero no detuvo el paso mientras se precipitaba contra la puerta del carruaje y la abría de un tirón.

—No puedo creerlo.

Anthony lucía en el rostro una expresión totalmente desconocida para Maranta, una mezcla de sufrimiento, rabia y…

—¿No puedes creerte que haga mi trabajo? —Interrumpió sus propios pensamientos porque se negaba a creer que la reacción de Anthony había sido provocada por los celos—. Para eso me buscó Welling…

—¡Al infierno con él! —exclamó furioso, haciendo un gesto con la cabeza para que entrara sin demora—. ¡Y al infierno con todos!

Maranta entró en el carruaje y se quitó por fin el antifaz y la capucha.

Cuando Anthony se sentó delante de ella, aporreó con fuerza el techo para que el cochero se pusiera rápidamente en marcha.

—¿Qué te molesta exactamente? —indagó.

—No mides el peligro.

—¿De ser asaltada en una habitación abarrotada de gente?

—¡Te ha besado!

Ella soltó aire, como si creyera que Anthony era un niño con una rabieta.

—Daemon, también.

—Eso no me ayuda —dijo, fulminándola con la mirada.

Antes de que ella pudiera decir o hacer nada, el capitán se sentó a su lado. Maranta pensó que de pronto el espacio en aquel carruaje era muy pequeño. El cuerpo de Anthony desprendía calor, o puede que fuera ella misma.

—¿Qué te ha dicho Daemon antes de partir?

—¿Te interesa?

Él le sostuvo la mirada, sin moverse ni un ápice.

—Me dijo… que cuando me besaras, te dijera que él besa mucho mejor.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Anthony.

No abrió la boca.

No respondió a aquellas palabras con una frase mordaz.

No se movió.

Simplemente se perdió en sus ojos hasta que ella abrió la boca para decir algo, y antes de que lo hiciera, Anthony aseguró.

—Eso es mentira.

Se apoderó de su boca, agarrándola por la nuca para que no se apartara en el mismo instante en que sus labios entraron en contacto. Sabía que su instinto sería rechazarlo, así como sabía que el deseo que había visto en ciertas ocasiones en su mirada haría que al final no pudiera resistirse.

Maranta tenía que saber, en el fondo, que estaban hecho el uno para el otro.

Dos personas tan desiguales que se complementaban a la perfección.

Maranta gimió al notar el roce de su lengua. El calor que había sentido cuando Daemon la besó, fue intenso, pero nada se parecía a aquella combustión que ahora se prendía en su pecho y que se iba extendiendo como un incendio por todo su ser.

Gimió, y ese sonido quedó amortiguado por el traqueteo del carruaje. Volvió a gemir cuando las manos de Anthony abandonaron

su nuca y la abrazaron, rozando su espalda y deslizándose hasta agarrar su cintura y subirla sobre sus piernas.

Maranta no sabía ni donde estaba, ni quien era. Permitió que él la acariciara y ella misma alzó los brazos y lo rodeó, atrayéndolo más hacia sí, frotándose contra él, como si estuviera poseída.

Sus caricias eran suaves y precisas y, aunque el beso era urgente, también era delicado. Notó como lamía sus labios, para después succionar el inferior y mordisquearlo.

Ella gimió sin poder evitarlo y sus caderas… ¡Dios Santo! Sus caderas se movieron contra él, como si lo buscaran.

Desvergonzada, gritó una voz en su mente, pero se apresuró a acallarla con el deseo que él despertaba en su cuerpo.

Sintió como la lengua masculina se introducía en su boca en busca de la suya.

Otro gemido agónico. Cuando se atrevió a imitarle, lo exploró de igual forma, hasta que él abandonó sus labios y hundió el rostro en el hueco que había entre el cuello y el hombro.

Extasiada, Maranta echó la cabeza hacia atrás y la ladeó, ofreciéndole ese trozo de piel desnuda que él, instantes antes había descubierto con sus hábiles dedos.

Anthony repartió húmedos besos, buscando el lóbulo de su oreja. Lo lamió y mordisqueó, logrando arrancar de su boca un jadeo y erizándole el vello.

Mientras tanto, sus manos cobraron vida propia y cerró los puños en sus negros cabellos para atraerlo de nuevo. Lo deseaba cerca, que jamás volviese a separarse de ella, ansiaba su calor. Su olor, su sabor, la saciaban y al mismo tiempo, quería más.

El beso que vino a continuación fue duro y posesivo por ambas partes.

Ella sentía una necesidad desconocida.

Deseo, de eso se trataba.

Un deseo irrefrenable de sentir su cuerpo desnudo bajo el suyo, de que las pieles entraran en contacto y…

En el momento en que las manos de Anthony empezaron a desabrocharle la camisa y a rozar el nacimiento de sus senos, volvió en sí.

—¡No!

Esto no podía estar pasando.

No era posible.

No iba a permitirlo.

Maranta, finalmente se libró de su hechizo.

Lo empujó con todas sus fuerzas y Anthony quedó de nuevo sentado frente al asiento que ocupaba Maranta.

Jadeando él la miró como si no supiera muy bien donde estaba. Su bota estaba firmemente apoyada contra el asiento de ella, a escasos centímetros de sus caderas. Con su camisa tan abierta como sus piernas, pareció reclamar todo el espacio del carruaje.

A Maranta le faltaba el aire.

—No vuelva a hacerlo —jadeó, intentando controlar su propia respiración.

Sentía que se ahogaba por momentos y ese calor abrasador seguía ahí, quemándola por dentro.

Pero podía controlarlo.

Ahora sí podía.

Se miraron largo tiempo en silencio mientras el carruaje se adentraba en la ciudad. Los iris azules de Anthony desprendían un brillo desconocido para Maranta. Se trataba de súplica, de pasión, y de algo más que no lograba distinguir.

Una vez más, el deseo la hizo dudar, tirando de ella, incitándola.

Puedo controlarlo.

Cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro, para quitarse la visión perfecta de ese hombre, con el cabello despeinado y los labios húmedos y entreabiertos.

Hasta que escuchó su voz, rasgada y a la vez cortante.

—No puedes fingir ser amante de los dos.

Maranta lo miró confundida.

—¿A qué demonios te refieres?

—No vuelvas a entablar ningún contacto con Lauton —él volvió a hablar con autoridad.

Si Anthony creía por un momento que iba a obedecer como una dama sumisa, estaba muy equivocado.

—Ser su amiga nos dará más información que acudir contigo a estas fiestas que, por otro lado, seguramente recibiría invitación a través de *monsieur* Lauton.

Él apretó los puños, contrariado.

—Fingirás ser mi amante hasta que se resuelva todo esto.

—O no —insistió ella.

—O yo, o el francés.

—El francés.

—No me haga esto. —Había recuperado el tono formal, quizás para poner distancia entre ambos, para acallar sus

sentimientos. Sus ojos eran más oscuros de lo habitual—. No me obligue a matarlo. No sería la primera vez que mato por usted.

Capítulo 29

Sentada sobre su escritorio, mientras la luz cálida de la tarde se colaba por la ventana y acariciaba el papel, haciendo que las líneas de tinta que formaban las elegantes letras húmedas que acababa de escribir, brillasen, Maranta no podía dejar de pensar en Anthony.

Basta, se dijo, soplando suavemente sobre la carta.

Las semanas transcurridas en condición de espía, habían sido vertiginosas. La fiesta aún ocupaba su mente, la mayor parte del día. O sería más correcto decir que lo que ocupaba su mente era el beso de Anthony Hilton.

No solo sus besos, sus manos, tocando su cuerpo, su calor, su aliento… Su mirada.

Soltó un gruñido y se alegró de estar sola.

El beso de Anthony se recreaba una y otra vez en su cabeza haciendo que se sintiera molesta y confusa. Solo el pequeño

Cristopher la hacía sonreír y olvidarse de como se había comportado. No solo con el capitán Hilton, sino también con Daemon Sinclair.

Sonrió.

Ese vizconde era una buena pieza.

Pero frunció el ceño al recordar las palabras de Anthony, diciendo que borraría el beso de Daemon con el suyo. Maldito fuera, porque así había sido.

Se obligó a centrarse en el correo y sonrió de nuevo al encontrarse entre múltiples invitaciones una breve carta de su amiga Livia.

Mi muy estimada Maranta,

Me alegra comunicarte que en breve visitaremos Londres. Es el deseo de Robert y mío irnos de viaje al continente. Después de todo lo que hemos pasado merecemos un tiempo para nosotros. Esperamos volver antes de que se inicie la temporada.

Por supuesto, estoy entusiasmada por volver a verte y compartir contigo algunas confidencias. No acudiré sola, Amanda nos acompañará, junto con Violet.

Te echo de menos,

Livia.

La condesa iría a la ciudad, y no solo ella. Amanda y la que ahora también era su amiga, Violet, acudirían. Seguramente, estas dos últimas lo harían para despedirse de Livia y Robert. Era muy probable que el mayor James fuera también. Sabía que el de su amiga era un matrimonio complicado, pero ese hombre parecía amarla, aunque la mayor parte del tiempo estuviera enfadado con el mundo.

No le extrañaría que la fiesta de despedida, Robert la hubiera pensado para ver con sus propios ojos como se desenvolvía en sociedad su hermana Amanda. Londres había quedado vacío, así que era poco probable que la fiesta fuera multitudinaria. Sería un buen ensayo para lo que Amanda tendría que sufrir el año próximo.

Después del escándalo con el vizconde de Glastonbury, Edward Chambers, y no sin esfuerzo, Amanda había sido bien recibida por sus iguales.

A Maranta no le extrañaría que todo ello se debiera a la presión que había ejercido el rico y poderoso conde para salvaguardar la reputación de su hermana. En parte, se alegraba de volver a estar acompañada durante aquellas semanas por sus amigas, pues los Belford dejarían a Amanda al cuidado de Violet y

no se le ocurría mejor forma de pasar aquellos meses que reactivando el club de lectura, aunque Edith estuviera en América y Alice muy lejos de allí.

Suspiró al pensar en el mayor James, Amanda no estaría menos vigilada que con su hermano, por no hablar de Violet.

Por lo que sabía Maranta, a Violet no le haría ninguna gracia que su esposo tuviera que ser el cabeza de familia, cuando ella era perfectamente capaz de valerse por sí misma y cuidar a Amanda, que parecía recuperarse poco a poco de su decepción amorosa con David Chambers.

Por la fecha de la carta, se animó al entender que muy probablemente estarían al llegar a la ciudad.

Maranta, respondió a la misiva con alegría. Aceptaba la invitación y las invitaba a su casa nada más llegar a Londres. Echaba de menos a Livia, quien se convirtió en su mejor amiga y confidente, y también a Alice, pero sabía que ella no vendría a verla. A esas alturas ya debería estar en Clevedon, haciendo su trabajo en el hospital, y esperaba una de sus cartas cualquier día de esos.

No había terminado de firmar cuando se escucharon pasos apresurados. Sonrió dejando la pluma, pues sabía que esos trotes, no eran de otro que de Cristopher.

—¡Tía Mara!

La niñera apareció justo detrás del niño. Era joven y regordeta y sus mejillas estaban encendidas por el esfuerzo de correr tras el pequeño y encantador diablillo.

Se mordió la mejilla para no sonreír.

—Lo siento mucho, señora. El niño tiene mucha vitalidad.

—Lo sé —la descargó de su malestar—. Pierde cuidado, Bel.

—Gracias, señora.

—No corre tanto como tú —dijo Cristopher echándose a los brazos de su tía.

—¿A qué vienen tantas prisas?

—El carruaje de mamá —dijo el niño, señalando la ventana y por consiguiente al exterior de la calle donde se había detenido un carruaje.

Maranta frunció el ceño, ella debería estar de camino a Italia.

—¿Estás seguro?

—Así es —intervino la niñera—, acaban de entrar, señora. El mayordomo debe estar a punto de anunciarla.

Maranta se puso en pie, mientras su sobrino seguía abrazado a sus faldas.

En ese preciso instante el mayordomo hizo lo que Bel había predicho y Maranta miró a su hermana, que entró con un cierto rictus amargo en la boca.

—¡Mamá! —Cristopher la abrazó, pero que el niño llevara los dedos pringosos de los dulces que seguramente había conseguido de la cocinera, hizo que Claudia lo apartara con premura.

—Oh, Cristopher. Lávate las manos, no eres ningún pordiosero —lo regañó, pero al menos el tono no era desagradable, como solía hacerlo cuando hablaba con Maranta.

Al verla, su expresión no mejoró.

—Bienvenida, qué sorpresa…

—Sí, sí. —La ignoró y centró la atención en el niño—. Querido, deja a mamá y a tu tía charlar de sus cosas.

Le acarició la mejilla y su hijo, bueno y solícito, se dispuso a abandonar la habitación de la mano de su niñera. A Maranta se le partió el corazón al ver que Cristopher se resistía un poco, pero al ser tan bueno agachó la cabeza y se marchó sin decir mucho más.

—Claudia… —Iba a suplicarle que jugara un poco con él, pero su hermana no estaba por la labor de escucharla.

—Es mejor que se vaya —dijo quitándose los guantes—. No quisiera que escuchara esta conversación.

—Bueno, por fin algo de cordura —dijo Maranta en tono bajo, al menos entendía que según qué cosas no debían decirse frente a su hijo—. No te esperaba.

—Siento presentarme sin avisar.

No lo sentía en absoluto.

—Te creía en Italia con… —no terminó la frase porque solo tenía sospechas de con quien pensaba emprender ese viaje.

—Me lo he pensado mejor, no habrá boda.

—¿Cómo? —No es que fuera imposible que su hermana cambiara de opinión, así como soplara el viento, pero le extrañó que desechara a Roger sin que hubiera ocurrido algo grave— ¿Claudia? ¿Qué has hecho?

La aludida se encogió de hombros.

—Simplemente he cambiado de idea.

—Has dejado escapar a un héroe de guerra, rico y bien posicionado para… —Maranta agrandó los ojos.

Solo lo haría si la pieza a cazar fuera aún mayor.

—¿Por quién? —le preguntó sin preámbulos.

Claudia se retorció las manos, algo incómoda. No por haber cambiado de opinión, ni siquiera por buscarse un mejor amante. Lo

que realmente le fastidiaba era que su hermana pudiera ver a través de ella, ¿cómo podía ser tan transparente para Maranta?

—Simplemente no quiero casarme con Roger. Es… aburrido.

—No parecías aburrirte mucho mientras te lucías con él en casa de los Dawson.

Molesta, Claudia se acercó para decirle la verdad.

—No puedo casarme con él, cuando su hermano está todavía en mi cama.

A Maranta se le desencajó la mandíbula.

—¡Acabásemos! —Cuando volvió a cerrar la boca se levantó de la silla que había estado ocupando frente al escritorio y se acercó a Claudia echa una furia—. ¡Claudia! Tú estás mal de la cabeza.

—No lo estoy —dijo con altivez—. Quiero a Anthony Hilton, ver que podía perderme lo ha hecho reaccionar y ha venido corriendo a mi cama.

La mandíbula de Maranta se desencajó de nuevo.

—¿Qué? — ¿En serio él había sido capaz…? No, no. Eso no podía ser— ¡Estás soñando!

Claudia retrocedió un paso y alzó de nuevo el mentón. No dijo, ni hizo nada más, salvo mirar a su hermana como si ella estuviera…

—¡Celosa! —le echó en cara a Maranta.

—¡¿Qué?!

—Estás celosa —repitió Claudia con esa sonrisita de triunfo que tanto la exasperaba—. No sé qué estúpidas ideas te metiste en la cabeza cuando saltaste a su cama. Seguramente haber retozado un par de veces con él te confundió y…

Maranta no daba crédito.

—¿Cómo te atreves?

—¡Oh! No te hagas la ofendida —la encaró y su expresión demostraba toda la rabia que sentía—. Eres una zorra, no lo niegues. A estas alturas todo el mundo lo sabe.

Maranta apretó los puños con fuerza.

—Nadie sabe nada —dijo tajante, pero empezaba a sospechar que, a pesar de la ayuda del duque de Wellington, la gente podría estar hablando a sus espaldas—. Eso no es cierto.

—Sigue repitiéndote eso, quizás tú acabes por creértelo. —Dio un largo suspiro mientras Maranta intentaba controlarse, aunque le resultaba muy difícil—. Te gusta Anthony —se rio de ella—. Intentas negarlo, porque te da vergüenza ser como todas. Pero no tienes por qué avergonzarte.

—No sabes lo que dices.

Claudia la ignoró.

—Ahora, te diré una cosa: Anthony es mío. Olívate de él.

Maranta entrecerró los ojos.

—Ese hombre no ha tenido dueña en su vida —Maranta le escupió las palabras—. No sabe lo que es el amor, ni la lealtad.

—¿Qué sabrás tú?

—¡Le ha robado la prometida a su propio hermano! Que vuelva a estar en tu cama ¿no es motivo suficiente para que veas la clase de hombre que es?

—Eso es porque no puede vivir sin mí —dijo ofendida, y de eso pasó a sentirse humillada cuando Maranta empezó a reírse en su cara sin poder parar.

—Siempre has sido una inconsciente, viviendo a años de distancia de la realidad, pero esta vez te has superado, hermana. Un compromiso roto para saltar a la cama de Anthony Hilton te convertirá en una paria de la sociedad.

—Paria es lo que serás tú por haberte entregado a semejante libertino.

—¿Cómo tú? —preguntó mordaz.

—Tengo demasiados contactos…

—Yo tengo más que tú.

Claudia aceptó ese punto.

—Es cierto, lo que nos diferencia es que yo nunca he negado ser una alocada, pero tú… —la señaló con una alegría nada fingida, regodeándose porque de alguna manera la vería convertirse en la hipócrita que siempre soñó que sería—. La gente no te perdonará haber agitado el estandarte de la moral delante de sus caras, mientras tú te dejabas seducir por un libertino.

Ambas mujeres se quedaron mirándose con fijeza, frente a frente.

—¿A qué has venido realmente? —preguntó Maranta.

De pronto, se dio cuenta de que lo más probable, aparte de echarle en cara que se rumoreaba que Hilton y ella eran amantes, también hubiera venido por su hijo.

—¿Vas a llevarte a Cristopher?

—Debería —dijo enseguida—. No creo que seas una buena influencia, a no ser que no vuelvas a descarriarte.

Con los puños apretados, Maranta la miraba con fijeza, haciendo un trabajo hercúleo para no saltarle al cuello.

—¿Qué propones?

Los ojos de su hermana volvieron a tener un brillo especial, como quien sabe que ha ganado una batalla muy difícil.

—Vas a dejar de verte con Anthony, dejarás de ser una zorra y volverás a tus costumbres. Ya sabes, ser una mojigata aburrida, lejos de cualquier hombre —hizo una pausa dramática para dar la estocada final—, o de lo contrario yo me encargaré de que no vuelvas a ver a tu querido sobrino.

No podía haber mayor crueldad. Y su hermana lo sabía.

—Claudia…

—Soy una gran madre —la interrumpió, con fingida modestia —, nadie me reprochará nada por alejar a mi pequeño de la nefasta influencia de su tía, la libertina, que acude a fiestas de muy dudosa reputación.

Maranta estaba dolida y furiosa, pero se juró mantener la calma.

Apretó los puños y se mordió la lengua.

Si le decía a su hermana todo lo que pensaba de ella, era más que probable que ejecutara la amenaza enseguida.

—Claudia, yo no…

—No te molestes en negarlo. Anthony me lo confirmó, la misma noche en casa de lord Dawson.

—¿En el baile?

—No —se mofó—. En la otra fiesta, donde dejaste claro lo casquivana que eres. No solo estuviste con Anthony, sino que hubo otro caballero que te tuvo sobre sus rodillas. ¡Menudo escándalos si se supiera!

A Maranta pareció movérsele el suelo, por un momento tragó saliva y pensó que las piernas no la sostendrían.

¡Por Dios! Ahora lo veía todo claro. ¡Claudia estuvo en esa fiesta! Y la vio con Anthony. Tendría suerte si no abría la boca para perjudicarla. Fue consciente que podía destruirla con su afilada lengua.

—Por favor…

—Así me gusta, Maranta. —Una malévola sonrisa hizo que Maranta cerrara los ojos—. Suplica. Yo como hermana que te quiere, te comprenderé y perdonaré.

Su tono era comprensivo, pero sus ojos… estaban cargado de rabia. Y lo más parecido a la maldad que había visto jamás en un ser de apariencia tan angelical.

—Yo…

—Deja a Anthony. —Toda compasión pareció desaparecer y cuando Maranta volvió a mirarla, esos ojos perversos la convencieron de que cumpliría cualquier amenaza que le hiciera—.

Estás advertida. Si no, te prometo que lo mandaré al campo y no veras a Cristopher en mucho tiempo, o puede incluso, que jamás.

Al darse la media vuelta, Maranta alargó el brazo, como si quisiera detenerla, pero no dijo nada.

No hizo nada.

Vio como la puerta se cerraba y cayó sobre el sofá, incapaz de que sus piernas la sostuvieran por más tiempo.

Cristopher era lo único bueno de su vida, lo único que le daba alegría.

No podía perderlo. Y no lo perdería y mucho menos por Anthony Hilton.

Ese hombre sólo le había traído desgracia tras desgracia.

Iba a terminar la misión cuanto antes y el capitán sería solo un recuerdo.

En apenas unas semanas, el barco de Lauton amarraría en el puerto. Si encontraban las armas de contrabando, si lo vigilaban y descubrían a los traidores, todo habría terminado. Solo tenía que acudir al menor número de fiestas posibles de su brazo y rezar para que Claudia no se enterara.

Todo saldría bien.

—Ya falta poco —se animó Maranta, con la esperanza de que todo volviera a la normalidad y ella pudiera recuperar su vida de siempre.

Capítulo 30

Como bien había supuesto Maranta, Livia no tardó en llegar a Londres, y fue ella misma quien le había traído la invitación a la fiesta. Avergonzada no se había atrevido a contarle nada de lo que estaba pasando con Anthony, y Maranta supuso que los chismes no le habrían llegado todavía. Pero una semana después, en la fiesta, Livia ya debía saber que su nombre estaba en boca de todos, como la nueva querida de Anthony Hilton.

Se había escondido, fingiendo un resfriado, pero asegurándole que acudiría a la fiesta. Livia, no había insistido. No así Amanda que, aunque se resistió a ir a verla cuando su cuñada le dijo que Maranta se encontraba enferma, no tardó en redactarle una nota que venía a decirle:

Tú y Anthony Hilton. ¡Pero Maranta! Me haces pensar que la vida en Londres no va a ser tan aburrida como me imaginaba.

Sabía perfectamente que acudir a la fiesta de los Belford, del brazo de Anthony Hilton era jugar con fuego, así que se negó

tajantemente a que él la pasara a buscar en su carruaje.

Acudiría a la fiesta de sus amigos, pero lo haría sola.

No quería más problemas con Claudia. Su hermana debería entender que, aunque Anthony estuviera en la fiesta de los Belford, no lo hacía como su acompañante, sino por la amistad que los unía a los anfitriones. Eso le daría más tiempo con Cristopher.

Cualquier otra mujer hubiera pensado que Claudia tenía razón y que efectivamente Anthony había vuelto a la cama de su hermana, tal y como se lo había dicho, pero… después de aquellas semanas de cierta intimidad, conocía lo suficiente a Anthony como para saber que no querría nada con Claudia.

Era demasiado obsesiva. Demasiado peligrosa para su trabajo, por su poca discreción.

Maranta suspiró. Se miró por enésima vez en el espejo del tocador y permitió que su doncella le hiciera los últimos retoques al peinado, un recogido sobrio y elegante, que daba protagonismo a su largo cuello y elegante busto, únicamente adornado con un sencillo collar de pequeños brillantes, a juego con los pendientes.

Cuando la muchacha terminó, Maranta giró ligeramente la cabeza y alzó la barbilla, para después acariciar la suave seda del vestido a la altura del corsé, antes de ponerse los guantes.

Era de corte sencillo, pero destacaba por su color, un violeta oscuro que resaltaba la palidez de su rostro y hacía juego con sus ojos.

—Gracias, es suficiente —le dijo a su doncella, poniéndose en pie al escuchar los cascos de los caballos detenerse en la entrada de la casa.

Suspiró antes de abandonar la alcoba, tomándose unos momentos para relajarse, pues al llegar a casa de los Belford se reencontraría con el capitán Hilton.

—Acabemos con esto.

El gran número de carruajes le indicaron a Maranta que al baile acudirían más invitados de lo que ella hubiera esperado. Quizás estuvieran fuera de temporada, pero los Belford eran muy respetados y a eso había de sumarle que sus celebraciones eran pocas y todos estaban deseosos de asistir.

Maranta se encaminó hacia la escalinata de piedra. Las damas lucían hermosos vestidos de muselina, tul y hermosas gasas. Aún hacía calor a pesar de estar a primeros de septiembre y los escasos chales que se veían eran principalmente de tafetán.

Al entrar en la mansión de los Belford, observó que Livia no había reparado en gastos. Del gran techo del enorme salón, decorado con molduras y cornisas doradas, colgaba una impresionante araña de cristal, iluminada por incontables velas.

El baile aún no había comenzado, por lo que los músicos afinaban los instrumentos, cuyas notas se entremezclaban con el murmullo de la gente. Más al fondo, sobre varias mesas iluminadas por una decena de candelabros de plata aguardaban los refrigerios, pequeños canapés y dulces elaborados con frutas frescas y chocolate.

Sin poder evitarlo, buscó a Anthony con la mirada.

Por fortuna, Amanda apareció en escena, haciéndola olvidar por momentos el desasosiego de volver a verle.

La muchacha se colgó de su brazo y Violet, que iba a su lado, la saludó con afecto.

—Te echaba de menos —le dijo la joven—. No podría soportar los bailes a los que mi hermano me obliga a ir, si no fuera porque sabía que estarías aquí. Claro que Violet es una gran compañía —miró a su prima y esta le sonrió con afecto—. Oh, ahí está Charlotte Graves, voy a saludarla, pero enseguida vuelvo a estar contigo.

Cuando Amanda las abandonó, Maranta se dirigió enseguida a Violet.

—Parece más animada.

—Eso es lo que me temo —dijo Violet, que no estaba muy convencida de que Amanda se sintiera todo lo bien que debería—, que solo lo parece.

—¿Sigue penando por David?

—Más bien sigue imaginando formas de hacer que se retuerza de dolor entre sus manos.

Maranta suspiró con desánimo.

—Fue un duro golpe para ella, pero se repondrá.

—Lo hará —Violet estaba convencida de ello.

—¿Y tú? ¿Cómo has estado?

La pregunta de Maranta fue de agradecer, sabía que se preocupaba sinceramente por ella, aunque no sabía si lo hacía por algo en concreto. Pero al pensar en su estado de ánimo, en los nervios a flor de piel que se gastaba últimamente, su mirada no pudo menos que desplazarse por el salón y fijarse en como su marido, el mayor James, estaba hablando animadamente con otros oficiales con los que habían servido bajo su mando.

—Bien, supongo —añadió, vacilante.

Maranta no pudo evitar pensar que quizás Violet era tan desgraciada como lo había sido ella en su primer matrimonio. Sin pensarlo, le tomó la mano y la miró con un semblante mortalmente serio.

—Violet, si un día necesitas de mi ayuda, por favor no dudes en pedirla.

Se sintió extrañada por lo solemne de aquel ofrecimiento. Violet miró a su amiga, después a su marido y otra vez a Maranta.

—Yo… —se dio cuenta de que quizás había deducido que el Mayor, un hombre que solía mostrarse en presencia de otras personas, bastante tajante y huraño con ella, quizás le hubiera dado la impresión de que la hacía infeliz.

Violet suspiró.

Necesitaba ser clara con Maranta.

—Lo único que me hace infeliz es no contar con el amor de mi esposo. —Quiso añadir que su respeto sería también muy bien recibido, pero se calló.

Por los ojos bien abiertos de Maranta, se dio cuenta que la confesión había sorprendido a su amiga.

Violet amaba a James, pero no había conseguido después de tantos años de matrimonio que los malentendidos entre ambos se

aclararan.

Había heridas abiertas que ninguno de los dos quería sanar, porque hacerlo querría decir que deberían abrirlas de nuevo y limpiar toda la porquería de aquella noche que los sentenció a una boda precipitada, sin amor. Y lo más doloroso, también sin respeto.

—No sabes cuanto te lo agradezco —siguió diciendo Violet, al ver la cara de desconcierto de Maranta—. Te aseguro que de necesitar tu ayuda te la pediré como mi buena amiga que eres.

Maranta asintió. No quiso seguir preguntando, ni lo habría podido hacer pues alguien las interrumpió.

—¿Me concedería este baile?

Maranta se volvió hacia Anthony Hilton quien le sonreía con calidez, siendo muy consciente de que ella había estado esquivándole la última semana. No sabía muy bien por qué, pero dedujo que Claudia había tenido algo que ver.

—¿Capitán Hilton?

—Mi querida y bella, señora Phillips, discúlpenos —empezó diciendo a Violet, como si se sintiera travieso por privarle de la compañía de su amiga—. Mi adorada señora Farrell…

Maranta no tuvo tiempo de protestar, la mano masculina tomó la suya. A través de los guantes pudo notar el calor que irradiaba,

pero pronto fueron sus ojos los que sentía como llamaradas por todo su cuerpo.

La arrastró a la pista donde las parejas se posicionaban para bailar, y para cuando se libró del hechizo de sus ojos, Maranta se vio atrapada en la danza que la hacía girar y girar entre los brazos de ese hombre.

—No me lo puedo creer.

—¿Tú? —susurró Robert a su esposa Livia—. Yo estoy estupefacto. No sé qué me provoca más sorpresa, el hecho de que Maranta haya accedido a bailar con él frente a todo el mundo, o que Anthony la corteje sin reservas y con total descaro.

Livia contuvo la respiración cuando la pareja pasó frente a ellos.

—No doy crédito —susurró lady Belfort.

Una ceja de Livia se arqueó para mostrar su total incredulidad.

—Todo el mundo nos mira —dijo Maranta, que conocía bien el significado de las miradas que le lanzaba su mejor amiga.

Aunque Livia intentaba disimular, para Maranta era como un libro abierto. Estaba más que sorprendida.

—Por eso deberías sonreír más, si es que quieres dejar claro lo buena que es nuestra relación.

Maranta tragó saliva, no únicamente por las palabras que Anthony acababa de susurrarle al oído, sino también por el tono de voz, sensual y rasgado, que logró estremecerla de la cabeza a los pies. Las reacciones que provocaba el capitán en su cuerpo eran a cada punto más incontrolables y la falta de control sobre sí misma era algo que le costaba sobrellevar.

—Nuestra relación no es buena, ni lo será jamás.

—Oh, me parte el corazón —dijo, fingiéndose desolado—, pero de verdad que podría serlo. Somos buenos en nuestro trabajo, la información que sacó a Lauton…

—No deberíamos hablar de esto aquí —lo cortó, seca.

Tampoco deseaba recordar lo sucedido después de aquella misión, en el carruaje.

Anthony le dio la razón con su silencio.

—De acuerdo, entonces quizás deberíamos hablar sobre el hecho de que me has estado ignorando.

Ella apartó el rostro, no queriendo demostrarle con la mirada que él tenía razón.

—No me discutes —dijo Anthony con sorpresa—. Bien, bien. Entonces también acertaré si digo que algo tiene que ver con tu hermana.

En ese momento, Maranta clavó sus ojos en los de él. Lo miró con fijeza y llena de reproche, algo que le sorprendió aún más.

—Quizás es que no me guste su compañía y considere que ya he tenido suficiente.

—No, no lo creo —le sonrió. Y por Dios, que esa expresión que lograba iluminar esos ojos azules tan hermosos, la descolocaba.

No iba a permitirlo y tenía que recordarse a sí misma por qué seguía odiando a ese hombre.

—Ha vuelvo a la cama de mi hermana, y con ello ha conseguido que Claudia deje a su hermano. Enhorabuena —dijo sin humor—, qué gran hombre, quitándole su prometida al teniente Hilton. ¿Se lo ha agradecido ya? —dijo con rabia, aunque con una sonrisa sarcástica dibujada en el rostro.

Lo que le molestaba a Maranta, no era que con su acción Claudia hubiera roto su compromiso y seguramente el corazón a ese pobre hombre, sino que además había despertado los celos de su

hermana y eso había llevado a que la amenazara con arrebatarle lo único importante de su vida. La presencia de su sobrino. Adoraba a Cristopher y no pensaba arriesgarse a que Claudia le impidiera verlo.

Las palabras de Maranta se habían llevado de un zarpazo el buen humor de Anthony, aunque, por supuesto, por su sonrisa perene, no lo demostró.

Se acercó más a ella en uno de los giros del vals.

—No he vuelto con esa zorra, pero ya me encargué de dejarle claro que no va a casarse con Roger.

—Ella dijo que volvía a estar en su cama.

—Miente.

La mirada directa hizo que Maranta sintiera un escalofrío.

Pensó que esas palabras no eran un embuste. No tenía por qué mentirle. Era un hombre libre, no tenía por qué dar explicaciones a nadie y menos a ella, cuando ambos sabían que su cortejo era falso.

— Su hermano le ha pedido matrimonio, y entendería que para separarlos se hubiera propuesto seducirla.

—No tengo por qué, si consigo el mismo resultado amenazándola.

—Anthony —Maranta intentó retirar la mano de la suya y dar por finalizado el baile, pero él no se lo permitió—. ¿Entonces no eres su amante?

—Otra vez —la sonrisa de Anthony era resplandeciente—. No se olvide que ya fue mi amante antes. —Maranta era mucho más lista, era evidente que sabía de su relación de hace años con Claudia.

—No tiene moral.

Lejos de cambiar su expresión, Anthony se inclinó un poco más para susurrarle:

—No se meta donde no le importa —dijo con una voz punzante como un estilete—. No hay nadie que me importe más que mi hermano. Y si para salvarlo de un matrimonio con la víbora de Claudia, debo volver a su cama, lo haré.

Maranta apretó los puños. Si había dudado por un momento de la mendacidad de Anthony, ahora le acababa de quedar claro que había errado. Era un crápula y eso no cambiaría jamás.

—Qué honorable. Salvar a su hermano de la mía, metiéndola en su cama y arruinando su reputación.

—Claudia no tiene reputación, solo un corazón negro y un egoísmo tan grande como su vanidad. No se casará con mi

hermano. No veré a mis sobrinos abandonados por una madre así.

Maranta dio un traspiés por esa contundencia y cayó hacia delante, apretándose contra el pecho de Anthony.

Sus mejillas se tiñeron de un encendido color rojizo, y se apartó súbitamente, mirando alrededor por si alguien había visto por un momento los cuerpos de ambos abrazados.

Por fortuna, todos parecían sumidos en sus propios asuntos, bailando, bebiendo o charlando.

Todos menos Claudia, cuyos ojos azules, fríos como el hielo, miraron a su hermana llenos de rencor.

—Oh, Señor.

Anthony esbozó una falsa sonrisa al ver hacia donde se dirigía su mirada.

Maranta se quedó cosida a aquella mirada, al menos por un instante, pero luego se apresuró a apartar la vista y empezó a sentir el pánico por las consecuencias que podría acarrear haberla sorprendido bailando con Anthony, hablando con él como si fuera su íntimo confidente.

No te acerques a Anthony, le había advertido su hermana, *o no volverás a ver a Cristopher.*

Sintió como le faltaba el aire.

El corazón de Claudia ardía de furia.

Pensaba que había sido clara con su hermana, y que esta adoraba demasiado a su hijo como para arriesgarse a perderlo. Había sido una ingenua al pensar así, era evidente que la atracción que la mojigata de Maranta sentía por Anthony era demasiado fuerte e inevitable como para recuperar el sentido común.

—Me las pagará.

—¿Qué dices, querida? —Roger llegó hasta ella con un vaso de ponche.

Había mentido a su hermana, haciéndola creer que había roto su compromiso con Roger. No era así. Lo necesitaba para poner celoso a Anthony o al menos para que volviera a su cama en un intento desesperado de separarlo de ella. Y por supuesto, también lo necesitaba para pagar algunas facturas.

Suspiró cansada, pero pensando cual sería su siguiente paso.

Cuando terminó el vals y Maranta se alejó de Anthony a una velocidad mucho más vigorosa de lo normal, pero no lo suficiente

como para llamar la atención, Claudia supo que era la oportunidad que había estado esperando.

Ahora que estaban separados, tenía que hablar con Anthony.

—¿Te encuentras bien, Claudia?

Ella se volvió hacia su prometido y le hizo una caricia en su bien afeitada mejilla.

Fue consciente de los ojos de Anthony sobre ellos, y de como, a todas luces, no iba a consentirlo.

Capítulo 31

—¿Así que querías hablar conmigo?

Anthony arrastró a Claudia hasta la biblioteca, en un descuido de su hermano, que se había acercado a hablar con varios de sus amigos del ejército.

Pensando que Claudia estaría a salvo con los Barton, con quienes mantenía una agradable conversación, el teniente se había excusado unos instantes. Anthony había aprovechado para mirarla y hacerle una seña de que lo siguiera.

Sabía que Claudia jamás rechazaría su invitación.

—Oh, los dos solos de nuevo —dijo con placer mientras la puerta de la biblioteca se cerraba.

Quiso echarle los brazos al cuello, pero no le salió bien porque Anthony fue más rápido y la tomó por las muñecas antes de que pudiera siquiera tocarlo.

Sus bellos ojos azules se agrandaron por la sorpresa y acto seguido, su expresión se tornó dolida ante el rechazo.

—Eres cruel, Anthony.

Puede que fuera cruel, pero desde luego no era estúpido y no entraría en su juego. La conocía demasiado bien para saber que estaba haciéndose la víctima.

—¿Me explicas qué clase de broma es esa de que vas a casarte con Roger?

Ella se deshizo del agarre que empezaba a ser molesto y le dio la espalda, en un gesto exagerado y teatral.

—Está claro, —dijo, seca—, me ha pedido que me case con él y yo le he dicho que sí.

—Pero le dirás que no.

—¿Eso crees? —preguntó, aún sin volverse hacia él.

—Es lo que harás.

Claudia se giró al fin, y lo miró en la penumbra de aquella sala, apenas iluminada por una lámpara de gas, que ni siquiera tenía que estar encendida. Era una de las estancias cerradas, a la que nadie de la fiesta tenía por qué tener acceso.

—Te veo muy convencido, pero… ¿qué gano yo con rechazar su propuesta?

—¿Ser decente?

Ella se echó a reír como si hubiera sido una buena broma.

—Eso no me estimula —respondió, con una caída de pestañas —, pero si me ofreces algo más…

Se apoyó contra uno de los escritorios que presidían la sala. Se llevó el dedo índice al escote, jalando de la tela que, al parecer, le daba calor. Anthony a punto estuvo de poner los ojos en blanco.

—Podría renunciar a él, si tú…

—¿Qué significa eso?

—Si pierdo a un amante, necesitaré otro.

—¿Y quieres que sea yo? —Anthony la miraba sorprendido de que esa mujer pudiera ser más indecente de lo que había creído que era.

—¿Lo harías? —se atrevió a preguntar—. Aún hace frío, estoy sola y necesito el cuerpo de un hombre que me de calor.

—Oh, Claudia —le sonrió con descaro, como si demostrara lo mucho que la había subestimado—. Me temo que no.

—¿No? —se enfadó ella.

—No.

Se irguió, alzando el mentón y demostrando cuan contrariada estaba.

—¿Es por ella?

Anthony tardó en responder, pero finalmente lo hizo.

—Si con ella te refieres a Maranta… Sí. Es por ella.

—¡Lo sabía! —gritó furiosa, sin importarle quien pudiera escucharlos.

Anthony se quedó quieto, como si acabaran de decirle que iba a llover. Ante semejante insensibilidad, Claudia se arrojó a sus brazos, en un arrebato de indignidad.

—Anthony… —suplicó, con ojos llorosos—. No puedes decirlo en serio, ¿qué tiene ella que no tenga yo?

Está vez se colgó al cuello del capitán y no porque él no la hubiera tomado de las muñecas, sino porque su afán por abrazarlo era mucho más insistente.

Entrelazó las manos a su nuca y él la tuvo que agarrar por los antebrazos.

—Claudia, ya basta.

—No la tomes como amante, es una mojigata que no sabrá complacerte en la cama, pero yo… me conoces —dijo sonriendo como si pudiera convencerle con noches de pasión que sabía qué podía darle.

Anthony dejó de luchar. Sus brazos cayeron a ambos lados del cuerpo y su voz se volvió fría.

—¿Qué ha visto mi hermano en una mujer como tú?

Claudia dejó de intentar llegar a sus labios. Se quedó quieta, mirándolo con rabia.

—Lo mismo que viste tú hace tiempo —se defendió.

No hubo palabras entre ellos por un largo instante, hasta que Claudia le lanzó una bofetada y se apartó de él.

—¡No lo permitiré! —exclamó, con un brillo de maldad en los ojos—. No vas a meterte en su cama, antes la mato.

Anthony, aparentemente tranquilo, no quiso demostrar lo mucho que le habían espantado esas palabras. Era evidente que Claudia era una desequilibrada, se lo había demostrado muchas veces, con sus repentinos cambios de humor y sus actos malcriados, y no dudó ni por un momento que fuera capaz de cumplir su amenaza.

Aun así, se negaba a creerlo.

—Es tu hermana.

—Y al parecer, mi rival.

—No quiero seguir discutiendo algo que no nos lleva a ninguna parte. —La miró con seriedad y le repitió—. Tienes esta semana para romper el compromiso con mi hermano o…

—¡No! —lo interrumpió, colérica—. No es eso lo que quiero discutir contigo.

Una vez más, su mente voló a Maranta y la relación que veía, empezaba a existir con Anthony.

No iba a consentirlo.

—Solo estoy con Roger porque me pareció un buen partido, tengo deudas —dijo, regresando al tono lastimero—, pero no lo amo, ni me entretiene —lo miró significativamente—, me refiero en la cama.

—Gracias por aclararlo, pero te lo podrías haber ahorrado.

—Pensé que te daría celos con él y tendría la oportunidad…

Anthony cerró los ojos, ¿Cómo era posible que Roger no se hubiera dado cuenta de la clase de mujer que era Claudia? A parte de fría y manipuladora, era más tonta que un jarrón y más mala que un dolor de muelas. La maldad y la estupidez van de la mano. Roger iba a sufrir, pero ese sufrimiento sería necesario. No permitiría que se desposara con aquella víbora.

—No permitiré que estés con Roger.

—Pues yo tampoco que estés con Maranta.

Anthony lo había entendido.

—¿Te has inventado eso de que estoy en tu cama para alejarla de mí? No te va a funcionar.

Los ojos de Claudia echaban llamaradas.

—Pues esta semana te ha ignorado —dijo triunfal—. La he hecho elegir entre tú y mi hijo. Y créeme entre Cristopher y tú… Tú siempre perderás.

—Jamás volveré a tu cama. ¡Jamás!

Cuando las duras palabras de Anthony salieron de su boca, la cara de Claudia se iluminó, y no fue a causa de la única lámpara encendida de la habitación, sino por el resplandor que llegó del pasillo cuando alguien abrió la puerta.

***

Maranta entró con rapidez. Volvió a cerrar la puerta tras ella y la habitación de nuevo quedó en penumbras. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la escasa luz, pero una vez lo hizo, se apresuró a acercarse a la pareja.

—¿Os habéis vuelto locos?

Claudia la miró con tanta rabia que Maranta enmudeció.

—¡Tú! ¡Maldita bruja!

Anthony tomó las manos de Claudia cuando fue evidente que iba a arañarle la cara a su hermana.

—¡Suficiente! —exclamó Anthony—. Creo que va siendo hora de que te vayas, Claudia.

—¿Para dejaros solos…?

—No vamos a quedarnos solos —dijo Maranta, ofendida—. Vosotros tampoco deberíais…

En un despiste de Anthony, Claudia alargó una mano y formando una garra, tiró violentamente del pelo de su hermana.

Maranta se dobló en dos por la fuerza de ese tirón.

Se quedó con la boca abierta, como si no entendiera qué había pasado. Fue Anthony quien, tomando a Claudia por la cintura la levantó del suelo y la llevó junto a la puerta de la biblioteca.

—¡Aquí sobras! —le dijo Anthony a una furiosa Claudia—. Nadie te quiere aquí. No vas a conseguir que me separe de tu hermana, como tampoco conseguirás que ese matrimonio con mi hermano se lleve a cabo.

Las palabras fueron susurras al oído de la beldad rubia y Maranta al otro lado de la biblioteca, junto a la ventana, los miró con las manos en su dolorida cabeza, sin llegar a comprender si había escuchado o no algún susurro.

—Haré que te arrepientas de esto.

Sin miramientos, Anthony la agarró del brazo y abrió la puerta. Cuando la empujó al pasillo, Claudia lo encaró para gritar.

—¡Lo juro!

El portazo en la cara le dejó meridianamente claro que no era bien recibida. Y al ver que no intentaba abrir de nuevo, suspiró aliviado, esperando que lo hubiera entendido.

—Anthony, esto es intolerable —le dijo Maranta, aún con la mano en su recogido, deshecho.

Él pareció más preocupado por el gesto de dolor de Maranta que por sus palabras. Le tocó el cuero cabelludo con una de sus manos, con una delicadeza tal que ella no hubiera creído posible en un hombre de su tamaño.

—¿Te duele?

La genuina preocupación pareció desarmarla.

—Un poco —suspiró con cansancio—, se ha mostrado muy violenta.

—No le gusta que toquen sus cosas —le dedicó una sonrisa juguetona.

—No estamos para bromas, Anthony.

Él se encogió de hombros.

—No era una broma, no del todo —se apresuró a añadir—. Claudia en verdad cree que soy de su propiedad.

Hubo un largo silencio mientras Maranta seguía observando a aquel hombre bajo la luz mortecina de una llama y sentía su mano acariciando con delicadeza su cabeza.

—Creo que deberías esforzarte para dejárselo claro.

—Parece que no conoces a tu hermana.

Ella gruñó por lo bajo.

Mientras Maranta seguía a merced de aquellos dedos suaves, que daban consuelo la zona de su cabeza magullada, se relajó.

Había vivido mucho en aquellos últimos días. Había hecho cosas que no pensaba que haría jamás, como besar a Daemon Sinclair. ¡O besar a Anthony Hilton!

Se rio sin poder evitarlo.

—¿Qué?

Maranta se apartó, dando un paso hacia atrás y recostándose contra la ventana. Lo miró en silencio, pero sin perder la sonrisa.

—Creo que debería salir de aquí.

Anthony no apartó los ojos de ella, ni por un solo instante.

—Ese pensamiento no es el que te ha hecho reír.

—No, es cierto —dijo enigmática y sin dejar de hacerlo—. Pensaba en que ha sido toda una aventura.

—¿Cumplir las órdenes de Wellington? —resopló el capitán—. Es cierto. Toda una aventura.

—Hasta he besado a un vizconde de lo más interesante.

La sonrisa de Anthony murió en sus labios.

—Eso no me ha hecho gracia.

Pero para dejar claro que a Maranta sí, se echó a reír de nuevo.

Cuando pasó un escaso minuto, cerró los ojos y suspiró.

—Soy una hipócrita, en eso mi hermana tiene razón.

—No la tiene.

—Sí. Míreme, entrando aquí hecha una furia porque mi hermana estaba a solas contigo. Si llegan a pillaros juntos se hubiera montado un buen escándalo, y yo hubiera sido la primera en reprenderos y señalaros porque os habríais saltado las normas del decoro. No obstante —lo miró con ojos brillantes—, míreme. Aquí. Tú y yo.

Anthony dio otro paso hasta quedar justo frente a ella.

El tono informal e íntimo siempre la acercaba a ella, y Maranta lo sabía, por eso en cuanto tenía ocasión recuperaba la

compostura y ponía distancia.

Pero no esta vez.

Así como tenía apoyada la espalda contra la ventana, el capitán era tan alto que Maranta tuvo que echar la cabeza hacia atrás.

—Debes marcharte —dijo con voz firme, pero sin moverse ni un ápice—. Si nos encuentran aquí…

Él se inclinó un poco más.

—¿Qué?

No dijo nada, solo respiró profundamente, atrapando su aroma.

No esperó más invitación que sus labios entreabiertos, que sus ojos cerrados y ese pequeño suspiro.

Maranta se aferró a las solapas de su chaqueta y antes de saber lo que estaba haciendo… le correspondió el beso.

Capítulo 32

Más tarde, Maranta daría la culpa al vino que había tomado aquella noche, al hartazgo que sentía por portarse siempre bien y ser despreciada, cuando lo único que había hecho era seguir las reglas de los hombres y la sociedad.

Pero de nuevo, ese calor abrasador que permanecía latente en su pecho cuando él se acercaba demasiado, estalló. Y no existió nada más que el olor de su aliento, la suavidad de su lengua y el sabor de sus labios.

Anthony la abrazó, apretándola hacia sí y empujándola hasta que su espalda quedó atrapada entre su cuerpo duro y cálido y la pared. La mantuvo aprisionada mientras las lenguas se acariciaban y ella no quiso zafarse, lo único que deseó fue fundirse con él, como si fueran uno solo.

Mientras lo besaba con una pasión que jamás creyó poder demostrar, en su mente era consciente de las manos masculinas descender por su cuerpo, aún sobre la tela de su vestido.

Sin poder ejercer ningún tipo de control sobre sí misma, Maranta alzó la rodilla mientras él intentaba situarse entre sus piernas.

Los dedos de Anthony se movieron con agilidad, tomando la suave tela y arremolinándola a la altura de sus muslos. La mano derecha buceaba bajo la falda mientras ella era consciente del calor que irradiaban los dos.

Al notar sus caricias en el muslo, gimió, echando la cabeza hacia atrás. Al ver expuesto el cuello, Anthony aprovechó para descender los labios y besar la suavidad de su piel. Escuchó como ella gemía y siguió descendiendo hasta besar el nacimiento de sus perfectos senos.

En ese momento, ella jadeó hondamente y, de forma totalmente indecente, bajó las manos por su cuerpo hasta colocarlas en sus nalgas, las apretó y lo atrajo, instándolo a rozarse contra ella.

—Oh —ella gimió y Anthony también lo hizo mientras ondeaba las caderas contra ella que lo recibía retorciéndose como jamás había hecho.

Entonces, Anthony supo que, si no se detenía ahora, no habría marcha atrás.

Esta vez fue él quien, después del apasionado beso, la soltó.

Tomó su rostro entre las manos y la besó profundamente hasta que su decencia lo obligó a retroceder un paso.

El corazón de Maranta latía con fuerza. Estaba completamente desconcertada, a causa, no tanto del descaro con que había correspondido, sino porque él se había detenido a pesar de ser tan evidente su deseo.

—¿Lo ves? —le dijo, aun sintiendo el calor en las mejillas—, soy una hipócrita.

Él negó con la cabeza, todavía respirando con dificultad.

—Por mí puedes ser lo que te plazca —dijo en un susurro apasionado.

Se miraron a los ojos, segundos infinitos hasta que él murmuró una maldición.

No tardaron los labios de Anthony a volverse a precipitar sobre los de ella.

Nuevamente, su boca la conquistó, y ella se rindió al deseo. Hasta que la cordura hizo acto de presencia.

—Suficiente —gimió ella, aún contra sus labios y con el corazón desbocado.

Dio un paso lateral y se zafó de sus manos.

Se dio cuenta de que estaba más afectada por aquel beso de lo que había considerado cuando sus piernas empezaron a fallarle. Se apoyó en el escritorio y miró de nuevo al capitán.

—Es usted…

—¿Un amante experto? —se jactó, con una radiante sonrisa.

Pero su pose no engañaba a nadie, se derretía como ella por cada roce de sus manos y labios. La deseaba… la amaba. Ella aún no lo sabía, pero él… Anthony hacía muchos años que se había confesado a sí mismo que la mujer que tenía frente a él era todo lo único que deseaba, la única por la que lo dejaría todo. Él, lo dejaría todo por el amor de Maranta, y confesarlo sería como abrirse en canal a la mujer que sabía que era la única capaz de lanzarle un golpe mortal con su rechazo.

Su cuerpo se movió como un felino hasta apoyar ambas manos sobre la superficie de la mesa.

—Márchese.

Él negó.

—Di mi nombre.

Ella lo miró como si no supiera que le estaba pidiendo.

—Di, márchate, Anthony.

Maranta suspiró.

—No estamos para juegos. —Miró hacia la puerta, y empezó a ser consciente del peligro que corrían—. Si nos encuentran…

—No me mires así —dijo Anthony en un tono tierno mirando directamente a sus labios entreabiertos.

Dejó ver una cínica sonrisa.

El descarado se estaba divirtiendo.

—No puedes fingir que no lo has disfrutado.

—¡Oh! —dijo, escandalizada. Estaba más furiosa consigo misma que con Anthony—. No lo haré. No soy una hipócrita. Pero márchate.

Maranta lo empujó, apoyando ambas palmas sobre el fuerte torso del capitán, que no se movió tan rápido como ella hubiera querido. Lo poco que había retrocedido fue por la deferencia que Anthony tuvo con ella, más que por la fuerza que Maranta había utilizado contra él.

El capitán alzó el mentón, sorprendido de que ella no le echara toda la culpa a él.

—Vaya… señora Farrell…

—Anthony —la cortó ella.

Pero él negó con la cabeza, volviendo a desear sus labios.

—Me gustas más ahora que hace cinco minutos.

No se encontraban mujeres tan auténticas entre la alta sociedad londinense.

—Pero déjame aclararte algo —dijo Maranta.

Anthony se quedó a la expectativa.

—¿Sí?

—Usted y yo no somos amigos.

—Tú y yo no somos amigos —la corrigió Anthony.

—Bien —resopló—. Tú y yo no somos amigos, y ciertamente jamás volveremos a quedarnos a solas en un salón.

—Estamos en una biblioteca.

—Lo que sea.

—Entonces… ¿no tendremos otro momento como este?

—¡No! —dijo escandalizada. Y queriendo recuperar la compostura, repitió más serena—. No. Nunca.

Al decirlo, cometió la temeridad de acercar su rostro al del capitán Hilton. Sus ojos eran tan hipnóticos que entreabrió los labios como si el hecho de volver a sentir ese deseo ardiente por él la sorprendiera. Pero antes de poder apartarse, Anthony la tomó del brazo para que no tropezara al apartarse y cayera contra el escritorio.

—Te ves muy decidida a cumplir la promesa que seguramente te has hecho a ti misma —dijo sin atisbo de burla—, pero no olvides que hay deseos que no pueden ignorarse, y fuego…

—No hay fuego que no se pueda extinguir —dijo ella.

Anthony se acercó hasta que su cálido aliento rozó de nuevo el rostro satinado de Maranta.

—Oh, Maranta, se valiente —Se inclinó de nuevo hacia ella y sus labios volvieron a estar a escasos centímetros.

Mirándola de arriba abajo, el recorrido de sus ojos calentó cada parte de su cuerpo.

—Ya te lo he dicho, no volverá a pasar.

—Entonces —le dijo muy serio—, permíteme que atesore este momento.

La besó de nuevo o, mejor dicho, se besaron.

Esta vez la pasión entre ambos fue arrolladora.

Maranta no pensó siquiera en resistirse, estaba dispuesta a tomar todo de él y a darle lo que pudiera ofrecerle. La última vez, el último beso…

Los gemidos y suspiros se acallaban con besos húmedos y apasionados y solo separaban los labios para tomar aire y jadear.

Las manos de Maranta recorrieron el cuerpo de Anthony con ardor, impacientes por descubrir su piel.

Mientras él la empujaba hacia el gran escritorio de la biblioteca, se afanó para dejar expuesta la piel de sus hombros. Maranta gimió al sentir los labios recorrer la sensible piel de su cuello. Al volver a su boca, el gemido que rebotó contra los labios masculinos provocó que su amante la agarrara por las nalgas y la alzara, hasta colocarla sobre la mesa en un gesto rudo que la encendió aún más. Instantes después, con un manotazo tiró lo que allí había y la acomodó.

Se separó unos instantes de ella y con las manos acunó su rostro. Se dedicó unos momentos para el deleite de su imagen, observando su cara, sonrojada, con los labios hinchados y los ojos azules, colmados de un brillo apasionado. Sus hermosos cabellos oscuros, despeinados, rozaban su frente y resplandecían con la luz de la lámpara.

—Eres una belleza —susurró, antes de besarla nuevamente, con arrebato.

Maranta no podía hablar, sólo tenía una misión, tocar, acariciar, besar, beber de la boca de ese hombre y sentir su potente pecho, subir y bajar bajo las palmas de sus manos.

Había caído. Había caído rendida a sus pies, como tantas otras antes que ella.

Y no le importaba.

Entendía que tenía Anthony Hilton. Era seductor, embriagador. Maranta se sorprendió pensando que le daría todo lo que le pidiera, con tal de que no parara.

Anthony no perdió el tiempo, le subió las faldas del vestido y agarró sus piernas por debajo de las rodillas hasta atraerla hacia sí en un brusco y rápido movimiento. Empezó a balancear las caderas, frotándose contra ella, mientras, con las manos, y sin dejar de besarla, acariciaba su cuello, sus hombros y le bajaba las mangas de satén hasta donde el vestido le permitió.

Se separó unos segundos para admirar su escote.

—No he visto nada más hermoso en toda mi vida —jadeó, subiendo una mano hacia su pelo para tirar ligeramente de él, al tiempo que la otra mano sostenía un pecho y se lo apretaba con suavidad.

Maranta echó la cabeza hacia atrás y lo abrazó con las piernas. Lo necesitaba cerca, fundirse con él, no separarse, nunca. Jamás.

Anthony deshizo con los labios el camino que instantes antes habían recorrido sus dedos, hasta que llegó al nacimiento de los senos. Lamió el canalillo y ella soltó un hondo suspiro, abandonando su fuerte pecho para colocar las manos en su cabeza y cerrar el puño en su pelo, negro como el ónice.

Tiró de él hacia sí, consciente de que no iba a permitir que se alejara. No ahora, cuando el placer era tan intenso.

Estaba tan desconcertada como extasiada, confundida y, al mismo tiempo, segura de que lo único que quería era más de él.

Sentía una acuciante necesidad, un anhelo desconocido que comunicaba sus entrañas con la parte íntima de su cuerpo. ¿Era aquello el deseo? Por supuesto. Nunca antes lo había experimentado con nadie. Pero sí, entendía ahora porque las mujeres se arriesgaban a tanto. Era porque simplemente, una no podía pensar, ni razonar. Solo sentir y suplicar por más.

Lo abrazó con las piernas para atraerlo más hacia ella. Anthony regresó a su boca y, de igual forma, sus manos abandonaron su melena y su seno para recorrer su cintura, acariciar su trasero y bajar por los muslos, hasta meterse entre sus faldas.

Maranta se sentía enloquecer por momentos. Notaba las manos de él recorrer sus medias hasta las cintas que las sostenían

en lo alto de los muslos y percibió como empezaba a bajárselas. Sentir como su piel ardía bajo el toque exquisito del capitán Hilton le hizo dar un suave grito.

Pero algo sucedió.

De repente, se quedaron inmóviles, a la espera.

Maranta se olvidó de respirar al oír unos pasos acelerados y un golpe seco contra la puerta de la biblioteca.

Consciente de lo que estaba a punto de suceder, la cordura regresó y empujó a Anthony, para apartarlo de ella. Casi cayó de bruces sobre él cuando intentó bajarse de la mesa.

Por fortuna, él impidió que cayera al suelo y la abrazó, justo en el instante en que la puerta de la biblioteca se abría de forma brusca.

—¡Dios mío!

Una exclamación ahogada los obligó a separarse.

Capítulo 33

—Dios mío.

El gemido de horror no procedió de Maranta, sino de otra dama igualmente consternada: Livia.

Miraba a su amiga como si no diera crédito.

Después, la anfitriona se volvió hacia Claudia y entendió la insistencia de la hermana de Maranta por ir a la biblioteca, donde según ella se había olvidado el abanico y no quería volver sola por si había alguien más.

El hecho de querer evitar un encuentro que pudiera parecer indecoroso, hizo que Livia accediera de buena gana a acompañarla. Pero no solo ella, para desgracia de las amigas, pues de haber estado sola, Livia podría haber fingido que no había visto nada. El problema es que cuando Claudia la abordó, estaba conversando con su hermana Belinda, recién incorporada a la sociedad Londinense, ahora que su marido tenía muchos negocios aquí. A su lado también estaban la señora Maggi Robins, una matrona chismosa, cuyo único

divertimento eran los chismes de la alta sociedad, y también Miss Combe. Esta última era la peor, pues si no tenía cotilleos frescos se los inventaba.

—No me lo puedo creer —susurró Livia, mortificada.

Pero no lo decía para reprender a su amiga Maranta, sino por no haber visto la encerrona que tenía planeada Claudia, que tras su enguantada mano sonreía como la peor de las villanas.

—Disculpen —empezó diciendo Livia, claramente a una azorada Maranta, y a un impasible capitán, que no tenía ni un solo cabello fuera de lugar.

—¡Qué escándalo! —la interrumpió la señora Robins.

Livia la odió, porque estaba convencida de que se relamía como un gato ante semejante chisme.

—Sí, hermana. ¡Qué vergüenza! A solas en la biblioteca, de noche y con un hombre —se mostró indignada, Claudia—. No entiendo como tú, que siempre te has mostrado como la abanderada del buen juico, te veas sumida en un escándalo semejante.

—Claudia —apretó los dientes, Maranta.

No porque no se mereciera todo aquel espectáculo por tonta, sino porque estaba convencida de que su hermana lo había hecho apropósito para destrozar su reputación.

Y bien que lo iba a conseguir.

—Qué vergüenza —aseguró Miss Combe. Alzó el mentón, indignada. Pero en sus ojos podía verse un brillo de diversión.

—Señoras… —Anthony tenía una radiante sonrisa, que no flaqueó en ningún momento, ni siquiera cuando miró a Claudia—. Todo esto es un malentendido.

—¡No me dirá que no estaba besando a lady Farrell! —dijo incrédula, miss Combe.

—Por supuesto que la besaba, y apasionadamente.

—Anthony —Maranta masculló su nombre entre dientes, pero eso no lo detuvo.

La mirada de Claudia era fría como el hielo, pero la señora Combe se abanicaba vívidamente a causa de la excitación del chisme.

—Debo decir que la señora Farrell se ha resistido durante… ¿años? —Anthony miró a Maranta, sonriente, como si hablara del tiempo—. Yo diría que hace más de una década.

Maranta no daba crédito.

—Esto es un escándalo —dijo Claudia, cuyo único objetivo había sido destruir la reputación de su hermana. Maranta no tenía

escapatoria, debería reconocer que era una zorra, abandonar la buena sociedad y avergonzarse por sus pecados.

Cuando un hombre y una mujer se veían arrastrados a semejante escándalo solo tenían dos alternativas, ser despreciados por la sociedad, o casarse.

Claudia se relamió como un gato. Sabía que el capitán Hilton jamás se casaría y mucho menos con Maranta, quien lo había despreciado abiertamente frente a todos a lo largo de aquellos años.

No era ningún secreto la animadversión que sentían el uno por el otro. Y aunque ahora Anthony hubiera descubierto un deseo inesperado, jamás de los jamases, y por ello Claudia estaba dispuesta a poner la mano en el fuego, Anthony se casaría con Maranta.

De esa seguridad había salido su improvisado plan de Claudia.

Su hermana quedaría mancillada para siempre.

Y él, no movería un dedo por ayudarla. Eso seguro.

Por eso, cuando Anthony tomó la mano de Maranta, Claudia frunció el ceño, y lo frunció todavía más cuando la arrastró hacia la entrada de la biblioteca de los Belford, donde las recién llegadas se encontraban. Pero todo no acabó ahí.

Anthony no se paró, ni siquiera cuando Maranta intentó clavar los talones en el suelo.

—¿Qué…? —La pregunta de la señora Robins murió en sus labios cuando tuvo que apartarse o ser arrollada por el capitán, quien salió de la biblioteca, todavía agarrado a la mano de Maranta.

—¿Qué haces? —le susurró esta, mirando a las damas asomar sus cabezas por la puerta de la biblioteca.

Maranta ignoró sus rostros llenos de curiosidad, a excepción del de Livia, que la miró con auténtica pena. Genuinamente preocupada por su amiga.

—Lo siento —parecieron modelar sus labios.

Maranta la miró con cariño. Estaba segura de que Livia no había tenido culpa de nada.

Cuando tropezó con el dobladillo de su vestido, le pidió a Anthony ir más despacio, y él lo hizo.

Ralentizó el paso y le ofreció su brazo, donde ella apoyó su mano que él tenía agarrada a la otra.

—¿Qué haces?

Lo vio encogerse de hombros.

Caminaban con paso lento y así entraron en el salón, con la comitiva de las cuatro mujeres que los habían sorprendido.

No hacía falta ser un genio para saber que el escándalo correría como la pólvora.

Livia se precipitó hacia su marido, que lo miró extrañado.

—Ha pasado algo —le dijo con tristeza, pero antes de poder seguir hablando, Anthony Hilton subió los peldaños de la escalera lateral y miró a todos los presentes, que poco a poco se fueron quedando en silencio.

—¿Qué hace? —susurró Robert a su esposa.

Violet y Amanda se acercaron, como tantos otros, hacia el recibidor de la gran casa. Se quedaron junto a los anfitriones y escucharon a Anthony pedir a los presentes que tomaran sus bebidas para hacer un brindis.

Maranta le quitó la mano del brazo y consciente de que seguramente querría apartarse de él, el capitán la tomó de nuevo por la mano y la mantuvo cerca.

Juntos, sobre el sexto peldaño de la escalera, y el capitán Hilton con una copa en la mano, miró a los presentes.

—Es mi deseo, y lo hago con sumo placer, anunciar mi compromiso con lady Farrell.

Maranta se quedó blanca como la pared, Amanda soltó una carcajada de total incredulidad y luego empezó a aplaudir llena de

gozo. Violet miró a Livia por si en sus ojos podía ver de qué iba todo aquello, pero a la pobre lady Belford se le escurrió la copa al suelo.

El sonido de cristales rotos apenas se percibió sobre el rugido de las voces de los invitados que mascullaban, comentaban o gritaban respecto a lo que acababan de escuchar. Y ver, porque era más que evidente el desaliño de la dama, que había sucedido algo absolutamente escandaloso, que solo el matrimonio arreglaría.

Sin duda aquel anuncio era algo que nadie olvidaría en años.

Robert miró a su esposa, pasmado.

—¿Tú sabías algo?

Livia negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Yo ahora mismo no me corre sangre en las venas —dijo Robert, totalmente anonadado por el anuncio de su amigo.

—¡Brindemos! —Anthony alzó la copa y los presentes lo siguieron, aunque no todos, pues algunos intentaban recuperarse de la impresión—. Por mi futura esposa Maranta, la única mujer sobre la faz de la tierra, capaz de haberme hecho renunciar a mi soltería.

Claudia gritó y pateó el suelo, hecha una furia salió corriendo del salón. Por suerte para ella, todo el mundo quiso prestar atención a los prometidos y no a la reacción desmesurada y fuera de tono de

una hermana que, de algún modo, se había visto agraviada por semejante anunciado.

Anthony bebió de su copa, mirando a los ojos de su futura esposa.

—¿Era tu plan desde el principio?

—¿Cómo sino vamos a casarnos tan pronto?

—Te odio.

Él sonrió y miró a Robert y a las amigas de su futura esposa.

—Si no finges un poco, se darán cuenta.

—Siento no poder dar saltos de alegría al haberme comprometido con un libertino.

—No es lo único que soy —ella lo miró sin comprender—, también soy un pillo encantador.

Antes de que ella pudiera reaccionar, Anthony le robo un beso. Uno fugaz, juguetón, con el que solo rozó sus labios. Suficiente como para que Maranta se pusiera roja como la grana.

Capítulo 34

Pasaron unos días de lo más entretenidos. Para Maranta todo eran tarjetas y cartas de felicitación. No recibió ninguna de Rose, porque el chisme no había tenido tiempo de correr hasta Somerset, pero todo llegaría.

Gimió mortificada, mientras se preparaba a la luz de las velas para salir esa noche.

Esa vez no se trataba de ninguna fiesta elegante, más bien era la última parte del plan que habían tramado con Anthony. Si todo salía bien, era probable que pronto recuperara su vida, aunque no creía que pudiera hacer lo mismo con su reputación.

En cualquier caso, todo eso quedaba eclipsado por la inminente boda con el capitán Hilton. Si era sincera consigo misma, lo primero que le venía a la cabeza eran los besos apasionados de Anthony y el deseo le nublaba el juicio. Pero inmediatamente después se decía a sí misma que todo eso era un sinsentido y se esforzaba en odiarle. La diferencia era que ahora, el deseo

empezaba a ganarle la batalla al rechazo que siempre había sentido por él.

Por otra parte, no podía arrancarse de la mente la responsabilidad de lo sucedido en la biblioteca de la mansión Belfort, pero seguía pensando que Anthony le había jugado una encerrona. Maldito fuera…

Malhumorada por esos pensamientos poco productivos, se abotonó los pantalones ajustados y se quitó una mota de polvo de sus relucientes botas de caña alta. Por último, tapó su camisa negra con una chaqueta. Finalmente, el sombrero que cubriría su moño haría que nadie la reconociera.

Se echó un último vistazo en el espejo y con un bufido descendió los peldaños hasta el piso inferior.

No salió por la puerta principal, sino que se escabulló hasta la cocina cuando ya todos dormían. El reloj del salón dio la una de la noche, y se apresuró a salir al exterior. Por fortuna, Anthony la esperaba ahí, con un carruaje sin escudo, de alquiler.

La portezuela se abrió y ella subió a bordo sin pensárselo.

—Buenas noches —la voz sensual de Anthony hizo que el vello de los brazos y la nuca se erizara.

¿Por qué tenía que ser tan provocador, tan encantador? ¿Y por qué motivo su cuerpo reaccionaba, traidor, cada vez que esos ojos la acariciaban?

Murmuró un saludo cuando el carruaje empezó a traquetear por las calles de Londres, dirección al puerto.

—Llevas mi atuendo favorito.

—Cállate.

Él rio.

—Lo digo en serio, desde esa noche que no he podido dejar de pensar en tus largas piernas enfundadas…

—¡Cállate, Anthony!

Él hizo una mueca, pero obedeció. No quería que se enfadara con él, no más de lo que ya estaba.

—¿Lo tienes todo preparado? —Preguntó ella después de un largo silencio.

—Mis hombres me han informado de que el barco ha atracado esta misma tarde, al anochecer. No han descargado la mercancía, pero deben estar a punto de hacerlo, al cobijo de la noche.

Maranta asintió.

Se dirigían al puerto, en busca del barco de *monsieur* Lauton. Debían cerciorarse de que en verdad estaban trasportando armas. Un cargamento que el gobierno británico quería confiscar. Pero no podían dar la voz de alarma, no todavía. Su principal objetivo era averiguar quienes eran los compradores y quienes estaban involucrados en ese comercio. Sin duda, traidores a la corona que merecían un buen escarmiento.

Anthony miró a Maranta, que tenía el rostro vuelto hacia la ventana.

No hablaron durante el resto del trayecto.

Al llegar al muelle el olor a pescado podrido hizo que Maranta tomara aire por la boca. Si él percibió su incomodidad, no dijo nada.

—Pronto todo acabará —escuchó Maranta que le decía Anthony.

Volvió el rostro hacia él, pero no le contestó, se limitó a asentir porque no tenía muy claro que eso fuera cierto.

Cuando Anthony golpeó el techo del carruaje, este se detuvo.

No tardó ni un segundo en abrir la portezuela y saltar, luego ayudó a Maranta a hacer lo mismo. No había puesto los dos pies en el suelo cuando las ruedas empezaron a girar.

Para su sorpresa, Anthony la tomó de la mano y la arrastró tras él.

Ella no protestó, estaban a dos calles del muelle donde el barco de Lauton estaba amarrado. Se adentraron en un callejón, y Maranta tuvo que cubrirse la boca y la nariz para retener la cena en su estómago. Al pararse justo en la esquina del edificio de almacenaje de dos plantas, Anthony la apretó contra la pared y se puso justo delante de ella, observando el barco.

Maranta cerró los ojos y, nuevamente, se reprendió por sentir lo que no debía por ese hombre.

El trajín de barriles rodar por cubierta la sacó de su estupor. Apretó el brazo de Anthony con fuerza cuando vio aparecer a un hombre que conocía bien. *Monsieur* Lauton estaba ahí mismo, hablando en un perfecto inglés con alguien más. Otro hombre, ataviado con un abrigo negro, largo y cuyo rostro permanecía parcialmente oculto bajo su sombrero.

—¿Otro traidor? —preguntó Maranta, entre susurros.

—Podría serlo si lo que está ahí son armas.

—Lo averiguaremos cuando le veamos la cara.

De pronto, el ruido se hizo más notorio. Más de una docena de hombres trajinaban por cubierta y llevaban rodando los barriles

hacia el suelo empedrado del puerto. También bajaron por la tabla, grandes cajas del tamaño de un hombre.

—Debemos vigilar donde los llevan —dijo Maranta.

Anthony guardó silencio, pero asintió conforme.

Pero no haría falta ir al almacén, ni colarse en él, en ese preciso instante el estruendo de una caja al caerse, interrumpió su conversación. Una cincuentena de fusiles se desparramó sobre el suelo mojado del puerto cuando una caja que llevaban entre dos hombres se volcó.

—No puedo creerlo.

—¿Qué sean armas? —preguntó Maranta.

—No, que sean tan estúpidos.

Anthony se apretó más contra ella cuando se escuchó los pasos de dos hombres acercarse por el callejón y Maranta tuvo que aprender a respirar de nuevo, al notar su duro cuerpo sobre el suyo. Segundos después, se obligó a concentrarse en lo que sucedía a su alrededor.

Las pisadas no eran estables, algo que alegró a Anthony.

—Borrachos —le dijo al oído a Maranta.

Se había vuelto hacia ella y seguía apretándola contra la pared. Las bocas de ambos quedaron a escasos centímetros de

distancia y Maranta se obligó a ladear el rostro para no sentir el aliento cálido de Anthony acariciando sus labios.

—¿Sabes que parecerá que besas a un hombre?

Él sonrió, pero con un movimiento rápido le quitó el sombrero y sacudiendo su cabellera, hizo que se desprendieran varias horquillas.

—Antho… —jadeó ella, cuando las manos de él le rodearon la cintura.

—Ya no pareces un muchacho —le besó la mejilla mientras las risas de los hombres llegaban a sus oídos, desde una distancia cada vez más cercana.

Le besó el cuello y ella lo rodeó con sus brazos, fingiendo ser…

—¿Ahora soy una prostituta? —se burló—, esto va de mal en peor.

Anthony se rio contra su cuello mientras los dos borrachos los sobrepasaban. Giraron en la esquina, en dirección contraria al barco.

Cuando el peligro hubo pasado, siguieron abrazados.

Ninguno de los dos hizo ademán de separarse del otro. La mano de Anthony acariciaba su nuca, y masajeaba su cuero

cabelludo, mientras Maranta era incapaz de controlar su propio corazón, que latía sin ningún tipo de control.

Pero seguían mirando el cargamento que iba siendo apilado en el muelle.

Al fin las entrañas del barco parecían haber sido vaciadas. Y *monsieur* Lauton, junto a su socio, descendieron.

Fue en ese momento que la nube que cubría la luna llena se animó a moverse empujada por la brisa.

Fue en ese instante que ambos pudieron ver la cara del traidor.

—El barón Astley —gimió Maranta.

Anthony apretó los puños.

La brisa se volvió más gélida.

—Maldito traidor.

No se movieron, ni siquiera cuando una robusta carreta apareció y los hombres empezaron a cargarla con las cajas y algunos bidones.

—Sabemos quiénes son, qué transportan y qué pretenden —dijo Anthony, pero no a Maranta. Era como si estuviera pensando en voz alta—. Pero nos faltan pruebas para condenarles.

Ella suspiró.

—Así es. Alguien tendrá que colarse en su casa y encontrarlas.

Maranta sintió como los brazos de Anthony se apartaban de ella. Los echó en falta. La calidez desapareció y de nuevo volvió a sentirse sola y expuesta.

De pronto, Anthony se situó a su espalda. Las manos enmarcaron su cintura y ocultó el rostro tras su pelo para observar a los dos traidores. El aliento acariciando la parte trasera de su cuello, hizo que todos los vellos de su piel se erizaran y que una sacudida la recorriera de arriba abajo.

—Tendremos que asistir a una fiesta más.

—Una más —asintió ella, con voz queda.

Encontrarían las pruebas y todo se acabaría.

Se… ¿acabaría? De pronto, esa idea le pareció desalentadora.

—En su casa debe tener guardado un registro, no sería tan imbécil de comprar armas sin hacerlo.

Ella asintió, intentando respirar con normalidad.

—Pero si se lo decimos al mayor Foster… —logró decir.

Anthony negó.

—No, nada de Foster. Directamente a Wellington.

Maranta no quería discutir allí el porqué de esa desconfianza, y no lo hizo. Se giró levemente y contempló los hermosos ojos de Anthony bajo la luz de la luna, mientras sus manos seguían firmes en su cintura.

—De acuerdo.

Él alzó una ceja.

—¿Sí? ¿Sin discusiones? —se burló.

Maranta se encogió de hombros.

—Sí. Lo cierto es que empiezo a confiar en ti, pero que no se te suba a la cabeza.

Si ella no hubiera sonreído y le hubiera hecho retener la respiración, quizás hubiera estado atento y no se habría desatado el infierno.

—¡Eh! ¡Vosotros!

Anthony se apartó con rapidez, y el cuerpo de Maranta volvió a enfriarse, huérfano del abrazo del capitán.

—Larguémonos —dijo él, tomándola de la mano al ser descubiertos.

Se volvieron con rapidez mientras desaparecían por el callejón, perseguidos por los gritos de los hombres de Lauton y Ashley.

—¡Eh! ¡Deteneos!

Sobra decir que no les hicieron ningún caso.

***

Eran mucho más rápidos y persistentes de lo que Anthony había supuesto. Después de darles esquinazo en el callejón, se los encontraron dos calles más allá y volvieron a darles el alto. Estaba claro que no se habían creído que eran meros observadores fortuitos. Una prostituta y su cliente en los muelles no tendría por qué ser nada extraño, pero Anthony supuso que esos hombres conocían a cualquier trabajadora de los muelles y que esa esquina debía estar libre de rameras y mirones.

Tuvieron que saltar dos tapias, y Anthony celebró que Maranta estuviera en espléndida forma física. ¿Cómo era eso posible?, no lo sabía, pero se alegró.

Al cabo de quince minutos se dio cuenta de que era poco probable que los perdieran de vista.

Y al parecer, Maranta también lo supo.

—Yo iré por ahí —dijo ella—. Separémonos.

—¡No!

Pero el grito de Anthony se perdió a su espalda cuando ella se despojó de la capa y pasó entre dos barrotes de hierro oxidado, que cerraban la estrecha calle entre dos almacenes.

—¡Maranta! —chistó Anthony, frustrado.

Él era demasiado corpulento como para caber por ahí. Trepó a unos barriles y saltó al tejado. La vio correr con los gritos de los hombres tras ella. Pero sus perseguidores ya no eran tantos.

Al no ver a Anthony, los rufianes se dividieron, sin haberse percatado que él estaba en un tejado. Saltó de uno a otro, hasta que volvió a dejarse caer en una callejuela, no lejos de donde había visto por última vez a Maranta.

Corrió y se escurrió por estas.

Por su parte, Maranta siguió avanzando. No vio a Anthony por ningún lado, pero no importaba, ahora debía ocuparse de ella y escapar de aquella persecución.

La verdad es que pensó que lo conseguiría.

Un olor nauseabundo la perseguía, pero esa era la menor de sus preocupaciones. El lugar era espantoso, las calles eran sucias y deprimentes. Esquivó a un borracho tendido boca arriba en el suelo, roncando, por lo tanto, con vida.

Se alegró de haberse puesto aquellos pantalones que usó en la fiesta, de lo contrario la vertiginosa huida habría sido imposible, y era más que probable que Anthony hubiera salido mal parado. Porque podía ser muchas cosas, pero sabía que no la dejaría sola ante el peligro, como sabía también que estaba cerca y que con un grito él acudiría.

No sabía en qué momento había empezado a sentir esa confianza ciega por él, pero era tan cierto como que ella tampoco lo abandonaría.

Estaban juntos en esto, eran un equipo.

Cinco minutos después, se apretujó en la entrada de un viejo almacén.

Recuperó el aliento, escuchó gritos de los hombres frustrados, pero no estaban en esa calle.

¿Los habría despistado realmente?

Estaba segura de que sí. Al menos de momento.

Pero la suerte pareció abandonarla de súbito, y ella se dio cuenta de ello cuando la puerta a su espalda, donde había estado apoyada, se abrió de golpe.

Cayó de espaldas sobre el sucio suelo, se golpeó la cabeza y por un momento pensó en levantarse hasta que una bota apretó su

esternón.

—Vaya, vaya ¿qué tenemos aquí?

Una voz familiar le advirtió que se encontraba en peligro.

A Maranta se le paró el corazón al escuchar la voz lasciva de *monsieur* Lauton.

—Monsieur…

—Sí, sí. Ese soy yo —se quitó la máscara de caballero para dejar ver su sonrisa ladina y esa mirada de depredador—. ¡Qué sorpresa! La intachable señora Farrell, al fin a mis pies.

Apretó el pecho de Maranta con más fuerza y ella agarró la bota para quitársela de encima.

Fue inútil.

Ese hombre era demasiado fuerte.

—No debería haber jugado a los espías, mire adonde le ha llevado eso —se burló—. Debería haberse quedado conmigo, en mi cama. Sí, ese hubiera sido un mejor final para usted.

—No lo creo —bufó Maranta.

Y antes de que él pudiera saber qué estaba haciendo, ella sacó un cuchillo de su propia bota y lo apuñaló en la pierna.

El alarido fue desgarrador, pero no le importó.

Lo vio tambalearse y caer de espaldas, dentro del mugroso almacén.

Con un fuerte impulso, ella se puso en pie, y cerró la puerta. Un golpe seco dejó fuera a los perseguidores, que podrían haberse acercado tras escuchar el grito.

—¡Maldita zorra!

Ella se encogió de hombros.

—No puedo decir que me haya dejado otra alternativa.

El hombre se agarraba el muslo y de entre sus dedos la sangre espesa le recorría la pierna hasta encharcar el suelo.

—¡Me las pagará!

—No —dijo ella, mirándolo a los ojos—, usted pagará la osadía de intentar que estalle una nueva guerra.

—No olvidamos, señora —le dijo, lleno de odio.

—No hay por qué olvidar —le respondió—. Olvidar no nos hará mejores. Recordar y no repetir los mismos errores, sí.

Él negó con la cabeza.

—En el fondo, sabe que las ideas de Napoleón eran las correctas. ¿Qué nos queda ahora? ¿Volver al absolutismo?

—Ya buscaremos un término medio —se animó a decir Maranta—, pero almacenar armas para matar a nuestros

compatriotas es algo que no voy a permitir.

—¿Permitir? ¡Estúpida mujer! ¿Quién se cree que es?

Ella agarró el puñal con más fuerza.

—Exactamente una mujer —sonrió—, y usted un traidor.

Una risa oscura, hizo que la recorriera un escalofrío.

Monsieur Lauton estaba muy seguro de sí mismo, y supo por qué cuando sacó una pistola de su abrigo y le apuntó a la cara con ella.

—Maldito sea —murmuró Maranta.

—No, maldita sea usted.

Se miraron por una fracción de segundo y ambos reaccionaron al mismo tiempo. Pero en ese instante, desde la ventana, que se abrió con estruendo por la patada de Anthony, apareció él, gritando su nombre.

—¡Maranta!

Se detonó la pistola y un cuerpo cayo por el impacto de una bala, después cayó otro, por una puñalada certera.

Luego, silencio y oscuridad.

Capítulo 35

Cuando el cuerpo que Anthony cayó desde la ventana, Maranta apartó la mirada del cadáver de Lauton y corrió hacia él.

Anthony había distraído lo suficiente al francés como para que ella pudiera lanzarle el cuchillo, que había acertado de lleno en su cuello. Lo dejó tras de sí, convulsionando y encharcando el suelo con su sangre. Pero no era el único que estaba malherido.

Anthony también sangraba, lo vio tragar saliva cuando se arrodillo junto a él.

—Anthony.

—Vaya puntería, señora Farrell —dijo el capitán, más pálido que la cera, pero intentando esbozar una sonrisa—. Y yo que pensaba que podría ser su caballero andante y salvarla del peligro.

Otra vez, pensó Maranta. Porque no era la primera vez que Anthony la había salvado de la muerte.

Cerró los ojos con fuerza, intentando organizar su mente lógica y después seguir esos pasos como un autómata.

Lo primero, hacer que dejara de sangrar.

Rasgó el forro de su capa y con varias tiras envolvió el hombro de Anthony por donde había entrado la bala. Por fortuna, también había salido por la parte trasera.

—Es una herida limpia.

—Pero duele como un demonio.

Ella no respondió.

Lo siguiente era ponerse a salvo.

Maranta giró en redondo y se abalanzó sobre la pistola de Lauton. Miró el cadáver solo un instante y después ayudó a Anthony a ponerse en pie, mientras este gruñía de dolor.

Con el arma podrían defenderse, no de Lauton, quien estaba muerto, sino de sus hombres.

—Tendremos que andar varias calles para encontrar un carruaje.

—Solo dos —le dijo Anthony—. Hay un garito de mala reputación que siempre tiene uno o dos cocheros cerca.

Ella alzó una ceja, como preguntándose como sabía aquello. Pero sabía que no le iba a gustar la respuesta.

—Un garito, ¿eh?

—Buena cerveza y mujeres hermosas.

—Ahórrate las explicaciones.

Hizo que le pasara el brazo por los hombros y lo ayudó a caminar.

Cuando abrió la puerta con sigilo, se aseguró de que ninguno de los hombres de Lauton estuviera cerca. El disparo había sido ruidoso, pero tal parecía que eran las únicas almas en la zona.

—Vamos.

Sí, como había dicho Anthony, un coche de alquiler estaba cerca del burdel que al parecer Anthony solía frecuentar. Lo miró e hizo una mueca.

—Hace años que no lo visito.

—No me importa.

La sonrisa del capitán se ensanchó.

—Claro que te importa, a una mujer no le gusta que su marido visite a otras…

—¡Cállate! No soy tu mujer.

La sonrisa perenne decía que pronto lo iba a ser, pero guardó silencio, no quería que su prometida lo dejara caer en medio de las calles llenas de charcos pestilentes.

Cuando Maranta hizo sonar la bolsa que llevaba en los pantalones, el cochero asintió, prestándoles un servicio que los llevó

a casa mucho más rápido de lo que cabía esperar. Hasta el buen hombre ayudó a Anthony a bajarse de su vehículo de caballos.

Habían llegado a la casa de Maranta.

—Sea discreto —con una propina, el cochero asintió a Maranta, quien avanzó por la puerta de servicio.

No había nadie despierto en la casa, eran cerca de las cuatro de la madrugada. El fuego de la cocina, eran apenas unas ascuas, pero al dejar a Anthony sentado en una de las sillas, lo avivó para poner a hervir agua en un cazo.

—Vamos, no te quedes ahí.

Él la miró, parecía feliz, pero cansado.

Con un chasquido exasperado de su lengua, Maranta se levantó y lo ayudó a ponerse en pie.

—Ven conmigo, no quiero que te desmayes en la cocina.

Él iba a jurar que no iba a desmayarse, pero se dedicó a asentir y a dejarse guiar como un corderito.

Cuando llegaron a la planta superior, estaba exhausto. No sabía cuanta sangre había perdido, pero bastante pensó, si le hacía caso a su debilidad.

Maranta abrió una puerta y él no tardó en darse cuenta de que era uno de los dormitorios principales, el de ella, si debía

guiarse por su instinto. Era amplio, con una cama robusta y en la que perfectamente podrían caber tres personas. El tocador estaba lleno de pequeños frascos de perfume, pomadas y demás artículos que supuso usaría una dama de la alta sociedad.

—No sabía que eras tan coqueta —le sonrió mientras se dejaba guiar—. Ahora entiendo tu belleza.

—Sssh. No hagas ruido —lo amonestó—. Cristopher está dormido.

Anthony recordó quien era Cristopher, y se alegró de que no tuviera a ningún hombre en casa, porque Cristopher no era un hombre, sino un niño. Su sobrino e hijo de Claudia.

—Pensé que no viviría aquí.

—No creas que mi hermana se preocupa por mis sentimientos o por los de su hijo —chasqueó la lengua exasperada por lo que acababa de decir—, no quise… da igual.

—Sí, no vas a convencerme diciendo que Claudia se preocupa de su hijo, no como debe hacerlo una madre.

—No hablemos de ello —se sentía mal por pensar semejantes cosas de su hermana. Aunque Claudia no tuviese la misma deferencia con ella.

—Es su heredero, le es útil, pero también sabe que es un estorbo para sus planes, que son divertirse a toda costa.

—He dicho que ya es suficiente.

Y como si quisiera vengarse de él, Maranta lo empujó sobre la cama.

Él cayó como un peso muerto, se escuchó un gruñido. Sin duda le había hecho daño.

Se quedó inmóvil sobre el colchón mientras cerraba los ojos.

Maranta empezó a fijarse en el hecho de que una parte de su cara se estaba hinchando, además del agua caliente para limpiar la herida, debería traerle hielo, o un paño frío para que bajara la hinchazón.

—Te has golpeado bien al caer de la ventana.

Suspiró al darse la vuelta e ir a por todo lo necesario.

No le gustaba esa herida de bala, pero sabía que no sería mortal, siempre y cuando lograse desinfectarla.

Cinco minutos después entró con una palangana, aguja e hilo, junto con algunos paños y un botecito de alcohol.

—Anthony —dijo, acercándose a la cama.

—Has vuelto —le sonrió con una palidez que la dejó inquieta.

—Sí, por supuesto.

—Entonces no me he muerto.

—No todavía —bromeó ella.

Empezó a quitarle las improvisadas vendas que había hecho con el forro su capa. Al quitárselas, la herida volvió a sangrar un poco. Se impacientó, porque si no paraba de hacerlo debería ir a buscar a un médico. O quizás debería hacerlo ahora.

—Tal vez…

—Nada de médicos, tú sabes como curar heridas.

Sí, lo sabía. Y que le recordara ese hecho traía recuerdos bastante dolorosos a su memoria.

Con su ayuda, le quitó la camisa, después de cortarla. Tragó saliva disimuladamente al ver su torso desnudo y las crestas de sus abdominales. Si él se dio cuenta del deseo involuntario que transmitían los ojos de Maranta, fue lo suficientemente discreto para no decir nada.

Con un paño se dedicó a limpiar la herida y después a desinfectarla con alcohol. Él no dijo nada, no se quejó, simplemente la seguía mirando, con la vista fija en ella, como si quisiera acordarse por siempre de aquel momento. Ella, sentada junto a él, en su cama, cuidándolo.

Cuando hubo terminado, Maranta le sonrió, pero no quiso mirarle a los ojos.

—Deberías descansar.

Él asintió levemente.

—Déjame ayudarte.

Sin poder creer lo que hacía, Maranta tragó saliva y respiró hondo antes de ponerse en pie. Empezó por quitarle las botas. Las medias fueron después, y cuando pidió su colaboración para ponerle una camisa limpia, apenas se incorporó para facilitarle el acceso.

Gruñó.

—¿Te duele?

—También me he magullado las costillas al caer de la ventana.

Ella lo observó, intentando averiguar si había sido un golpe de gravedad. Que él admitiera que le dolían, significaba que le dolían mucho.

—Quizás debería vendártelas, puede que tengas alguna rota.

—Estoy seguro de que una me ha perforado el pulmón.

—¿Qué? —preguntó horrorizada—. Voy a llamar al médico.

Maranta quiso saltar de la cama, pero Anthony la agarró por la muñeca.

—No lo hagas —se rio divertido para después toser y acompañar las siguientes palabras con una mueca de dolor—. Estoy bromeando.

—¿Bromeando?

La tos le hizo borrar cualquier expresión de alegría. En verdad el golpe había sido fuerte.

—Eres…

—Encantador —aseguró, después de relajarse un poco.

Aún tenía la mano agarrada a la muñeca de Maranta. Sintió la calidez de su piel y otras sensaciones lo embargaron al rozarla con insistencia con el pulgar.

—Anthony.

—¿Qué? —la miró, inocente—. No hay nada malo en que estamos aquí, los dos juntos.

—¿En mi cama?

—¿En tu cama? —le sonrió—. Me alegra que por fin hayas permitido que me metiera en tu cama.

—Solo porque estas lo suficientemente débil como para librarme de ti si intentas algo.

—Oh —se quejó, ahondando en el drama—, créeme que me encuentro muy mal. De lo contrario, sería imposible estar a solas a

tu lado, sin intentar besarte.

—Anthony —ella apartó la cara, pero no la mano y él pudo seguir disfrutando de la calidez de piel.

—Gracias por salvarme.

—Tú viniste a por mí.

—Te libraste tú sola de ese imbécil.

—Solo porque tú lo distrajiste.

Anthony se sintió satisfecho con sus palabras.

—Gracias por no herir mi orgullo y hacerme creer que he sido útil.

Se quedaron unos minutos en silencio.

—Anthony —dijo finalmente Maranta. Tragó saliva antes de expresar el pensamiento que le rondaba la cabeza—. Rompamos el compromiso.

Él la miró sin decir nada y ella pudo intuir algo profundo en sus ojos, algo que no quería ver.

Dolor.

—No.

—Anthony —insistió—. Es un error.

—No voy a arruinar tu reputación y dejarte sola ante esa bandada de buitres.

Ella parpadeó. No hacía falta preguntar quienes eran los buitres. Eran, sin duda, los miembros más distinguidos de la alta sociedad, aquellos que se movían por los lujosos salones en busca de carnaza fresca, de presas a quienes destrozar, de vidas a las que arruinar.

—Yo…

Le acarició con más insistencia la mano.

—Maranta —vaciló al hablar, pero no había burla alguna en sus ojos cuando lo hizo—. ¿Temes que sea como su anterior marido?

Ella se horrorizó por la pregunta.

—No. Por supuesto que no.

—¿Seguro?

Podría jurar que no había otro bastardo semejante a su marido. Anthony no era como él, no solo lo sospechaba, sino que lo sabía. Anthony intentaría protegerla, no destrozarla.

—No eres como él.

Anthony asintió, esas palabras significaban mucho para él. Maranta podría tenerle cierto recelo, pero no pensaba que fuera un monstruo.

—Entonces, cásate conmigo —dijo exhausto.

Su respiración de agitó y Maranta abrió los ojos con miedo.

Tocó su frente al inclinarse sobre él.

Nada. No tenía fiebre.

Lo miró y los ojos de Anthony estaban tan cerca, su boca estaba tan cerca.

No se resistió cuando él acarició su mejilla para después agarrar su nuca y atraerla sobre sus labios.

Fue un beso breve, incluso diría que casto.

Cuando Maranta volvió a abrir los ojos, los de Anthony estaban cerrados y la mano que la había acariciado, estaba inmóvil a un lado de su musculoso cuerpo.

Había perdido el conocimiento.

Y ella, sin duda el corazón.

Capítulo 36

La primera vez que Maranta vio a Anthony sintió una vergüenza infinita. Desnuda, humillada e impotente, había recibido lo que su marido consideraba un acto necesario para convertirla en una esposa adecuada para él.

Eso era, sumisa y obediente.

Maranta jamás se consideró otra cosa que una mujer adecuada para la vida de casada. Sus padres le habían enseñado a que una mujer estaba sometida al padre y después al marido. Ella lo veía como algo natural, como lo que debía ser.

Su padre había sido estricto, pero le dio una educación exquisita y le enseñó incluso más cosas de lo que algunos hombres consideraban convenientes para una dama. Pero al casarse con su esposo, Patrick Farrell… él no la consideró tan digna.

La primera vez que la había golpeado, fue por intentar darle un consejo. ¿Cómo se atrevía ella a hablarle de negocios? La siguiente bofetada fue a plena luz del día y sin que ella supiera muy

bien qué había hecho mal. La golpeó en los establos porque la había visto cabalgar con sus invitados en un día en que la mayoría de las damas habían decidido quedarse en casa a causa del calor.

—Galopar al lado de otro hombre que no es tu marido, ¿no ves lo zorra que pareces?

Aquellas palabras la horrorizaron, pero aún con la mano en la mejilla, intentó replicar.

Fue un error.

Los dos mozos de las caballerías habían salido despavoridos del lugar, conscientes de como era el carácter de su señor. Pero ella… ella no había visto venir la clase de hombre que era Patrick Farrell.

Tenía apenas dieciocho años. Pensaba que los caballeros no pegaban a las damas. Pronto aprendió que muchos lo hacían y que incluso había quienes disfrutaban de ello. Por supuesto, comprendió que uno de los que más disfrutaba haciéndolo era su marido.

Para su más absoluta desgracia, no solo lo hacía cuando creía que se había comportado como una niña malcriada, que era según él, la mayoría de las veces. También lo hacía en el dormitorio.

—No es porque te hayas portado mal, sino para mi placer. Con el tiempo tú también lo disfrutaras.

No lo disfrutó jamás.

Jamás entendió que disfrutara haciéndolo.

Jamás vio motivo alguno para que la golpeara, fuese en el ámbito que fuese, pero sobre todo en la intimidad.

Su noche de bodas había sido horrible. Supuso que como la mayoría de las noches de bodas de cualquier dama que tuviera un marido cruel y desconsiderado.

Sangró mucho, hubo dolor y lágrimas y cuanto más lloraba, más se enfurecía él. Pero no la golpeó, los golpes vendrían después. Solo le hizo saber lo decepcionante que era en la cama. Se sintió engañado por haberse casado con una mujer tan fría e inútil.

Lloró toda la noche, pero por suerte él no estuvo ahí. Se marchó, borracho y furioso por lo que según él había hecho, y eso era… una mala compra.

Ella había sido una mala compra. Como si fuera un trozo de carne en el mercado o una yegua mansa que se compra para la cría.

Cuando intentó explicárselo a su padre, se horrorizó por el hecho de que ella se atreviera a hablarle siquiera de algo tan íntimo. Su madre le aseguró que sería más feliz si dejaba de ser tan rebelde y aguantaba con estoicismo lo que el matrimonio le ofreciera.

¿Rebelde? Maranta no daba crédito, ¿cuándo se había revelado ella? Jamás.

Su marido con el tiempo dejó de prestarle atención, eso significaba que la visitaba poco en su alcoba, y ella supo al poco tiempo de casados que tenía otras amantes más complacientes y que él mantenía, no solo en la casa de Londres, sino también en sus otras propiedades.

No lloró por ello.

Se alegró.

Pero si se sintió aliviada de que la ignorara en privado, se dio cuenta de que en público no hacía más que exhibirla. Maranta tenía… don de gentes. Sabía hablar varios idiomas, tocar el piano y llevar una conversación a donde le interesaba. Era esta última virtud la que su marido explotó.

Si la primera vez la había golpeado por atreverse a darle un consejo, con el tiempo la obligaba a revelar que haría ella en su situación, con quien hablaría y por qué.

Eran invitados a todas las fiestas, meriendas y bailes que la alta sociedad realizaba, sobre todo los de la cúpula militar. Su marido estaba muy interesado en hacer negocios con el ministerio de defensa. Y los hizo. Cuanto más encantadora era Maranta, más

contactos y buenos resultados conseguía su esposo. Pero había la otra cara de la moneda. Cuanto más encanto, más celos.

Más golpes.

Más humillaciones.

Maranta sabía que, si no se mostraba encantadora e intentaba proporcionarle a su marido esos contactos, o contratos ventajosos, la golpearía. Sabía que, si hablaba con un hombre para conseguirlos, la golpearía.

Hiciera lo que hiciera, perdería.

Fue en una de aquellas veladas en que su esposo perdió el control. Entró en su dormitorio hecho una furia y la golpeó con la rabia incontrolable con que solía hacerlo.

No esperaba ayuda de nadie.

Porque jamás nadie la había ayudado.

Pero esa noche, fue diferente. Aturdida por los golpes y el dolor, gritó suplicando que parara y fue entonces cuando la puerta de su dormitorio se abrió y el capitán Hilton la vio.

Se sintió tan humillada.

Tan inservible como inútil.

Rota.

Pensó que se marcharía sintiendo la misma humillación que sentía ella ante un acto tan atroz. Pero no. En ese momento no conocía a Anthony Hilton, de haberlo hecho, sabría que él jamás voltearía la cara para no ver a una mujer sufrir.

La paliza que le dio a su esposo Patrick fue tan descomunal que a la mañana siguiente apenas podía abrir los ojos.

Su cara reflejó lo que era. Un monstruo.

La piel estaba tan hinchada que no podía hablar, su labio inferior partido estaba azul, al igual que sus dos ojos. Las costillas, algunas rotas y otras magulladas lo tuvieron en cama durante semanas y cuando pudo levantarse se había quedado con secuelas que no había previsto. Se quedó cojo, y medio ciego de un ojo.

Maranta sintió lo que era el verdadero terror cuando su marido pudo hablar de nuevo.

—Todo fue tu culpa —le había dicho.

Y después de aquellas palabras se desató de nuevo el infierno.

—Todo esto es culpa tuya, maldita zorra. ¿Por qué te defendió? Porque no eres más que su puta. ¿Es tu amante? ¿Le pediste ayuda? Pobre Maranta —se mofó de ella cuando la tuvo en

el suelo casi inconsciente—. Le mataré y después si no me quedo satisfecho, te mataré a ti.

Ahí fue la única vez que intentó huir.

Maldita fuera la absurda idea que le rondó por la cabeza, aquella que una noche la hizo sacar su bolsa de viaje para escapar.

Había hecho muchos contactos, con damas y oficiales bien posicionados. Los que no sabían como la trataba su marido, la adoraban. Y los que lo sospechaban, también lo hacían, pero con un toque de lástima en la mirada. Pero no había ninguno que supiera a ciencia cierta lo que pasaba tras las paredes de su casa. A excepción de Anthony.

Ella huyó. A Londres.

Y su esposo la atrapó.

—Oh, niña estúpida, ¿quién te crees que eres?

Quien esta vez estuvo postrada en cama fue ella. Pasó dos semanas sin poder levantarse, con la mirada de su doncella cargada de lástima. Un día, cuando pudo levantarse, la ayudaron a sentarse en el jardín. No recibía visitas, pues su esposo había decidido que de momento se encargaría él mismo de sus negocios. Sabía que si alguien veía la cara de su esposa perdería mucho más de lo que podría ganar.

Maranta se encerró en casa, pero cansada de mirar a la calle detrás de pesadas cortinas, se había aventurado a tomar el desayuno en el jardín de la casa.

Y ahí se encontraba, en el jardín de su casa de Londres cuando vio unos ojos azules, escudriñándola a través de la verja.

Anthony.

Se levantó, tirando tazas, tetera, y casi todo lo que le habían preparado para el desayuno. Maranta entró en casa, huyendo de aquella mirada azul que habría de perseguirla durante mucho tiempo en sueños.

Su marido le había hecho creer que todo era culpa de ella y el capitán Hilton, que eran amantes y que haría bien en enmendarse si no quería morir. En su delirio de soledad, Maranta llegó a pensar que el capitán Hilton había dicho algo indebido a su marido, como que si eran amantes. Que sí la había ayudado porque quería algo con ella.

Los hombres, pensó Maranta, a todo ponían un precio. ¿Cuál sería el precio que ella tendría que pagar por haberla ayudado?

Pensó mal de Anthony, y también pensó que todo quedaría ahí.

Pero no.

La había visto en aquel estado, en el jardín de su casa. Cualquiera hubiera mirado para otro lado, a ello estaba acostumbrada.

Pero una vez más, Anthony Hilton fue diferente.

Una vez más… el capitán no apartó la mirada al ver sufrir a una mujer.

No solo no miró hacia otro lado, sino que, con su uniforme de oficial, subió los peldaños de su casa.

Llamó a la puerta y su marido lo recibió.

El guante que se estrelló en su cara hizo que las rodillas de Maranta se doblaran. Quedó sentada en la escalera principal que había intentado subir. Se agarró al pasamanos mientras su esposo sacaba una pistola y apuntaba a Anthony en la cara. Cualquiera podría pensar que se hubiera amilanado, pero simplemente se dedicó a reírse de él.

—Un cobarde, ¿por qué no me sorprende? —dijo Hilton.

—Le mataré —espetó Patrick.

—Por supuesto, como el cobarde que es.

—No soy ningún cobarde.

—Pues recoja el puto guante.

Su marido lo hizo. ¿Cuántas posibilidades tenía de sobrevivir en un duelo frente a ese hombre?

Ninguna, supuso Maranta.

Pero su marido lo hizo.

Lo hizo y…

Murió.

A Maranta le hubiera gustado no haber tenido que presenciar el desenlace de su esposo, pero no tuvo tanta suerte.

Después de que Anthony se fuera, Patrick la golpeó y humilló de la manera que solo un hombre es capaz de humillar a una mujer.

Al amanecer de aquel día, frente a sus padrinos, la sacó del carruaje y aunque Maranta no podía andar bien, la arrastró con su vestido roto y ensangrentado, hacia el lugar fuera de la ciudad que habrían de utilizar para que se llevara a cabo el duelo.

El carruaje de Anthony llegó. Su padrino, Lyonel, descendió de él y ambos se encaminaron hacia Patrick.

—Ha venido —dijo Anthony. Pero su expresión de triunfo se congeló en su rostro cuando el señor Farrell se apartó y le dejó ver en qué estado estaba su esposa. De rodillas, abrazándose a sí misma y con sangre seca en la cara.

—He traído a mi puta para que vea como acabo con usted. Y si me mata, para que vea como por su culpa se queda sin esposo y en la miseria —la miró con desprecio—. He decidido donar mis propiedades y dinero a quienes se lo merezcan más que una zorra infiel como tú.

Maranta apartó la mirada de Patrick y miró a Anthony, quien tragó saliva.

No le dedicó palabra alguna de consuelo, solo se volvió hacia Lyonel que horrorizado apartó la vista de Maranta. Ya tendrían tiempo de ayudarla.

—Empecemos.

Se quitó la chaqueta y los padrinos de ambos vigilaron que no hubiera manipulación alguna en las armas.

El maestro de ceremonias hizo sonreír a Patrick cuando dijo:

—El duelo será a muerte.

Ninguno de los dos lo rectificó, era lo que iba a pasar. Maranta pensó que su vida cambiaría para siempre después de ese amanecer. Si su marido moría, sería libre. Indigente, pero libre. Si su esposo vivía… le había dejado claro que ella no lo haría.

Diez pasos.

Diez pasos y el trueno que provocaron los disparos de ambos se escucharon en el amanecer, que los envolvía en bruma.

Patrick había errado. Anthony había alcanzado su hombro.

El dolor para Farrell fue tan intenso que se dobló en dos.

Maranta tuvo la esperanza de que al quedar inservible el brazo, el capitán Hilton se apiadaría de él.

No lo hizo.

Lyonel Knigth, quien ya era teniente coronel intentó persuadir a su amigo, pero lo conocía bien, y sabía que lo que él consideraba justicia, no siempre se regía por la de los hombres.

Lyonel le entregó pólvora nueva a Anthony para que cargara la pistola, y el padrino de Farrell hizo lo mismo, aunque este lo tendría más difícil para efectuar su segundo disparo.

Fue entonces cuando se desató el caos.

Un silbido llegó a los oídos de los presentes y el padrino de Patrick huyó, dejándolo solo y arrodillado en medio de la hierba. El maestro de ceremonias, huyó en el coche del doctor que le había acompañado. Pero, Lyonel Knigth y Anthony permanecieron ahí de pie.

Maranta tardó unos segundos en darse cuenta de que ni siquiera los silbatos habían hecho que Anthony se detuviera. Siguió

cargando el arma con parsimonia. Nada lo separaría de su objetivo.

—No, no —Maranta intentó ponerse en pie, pero sin éxito—. Márchese.

Quería haber dicho que lo hacía porque no quería que el capitán tuviera problemas, pero se sentía tan poca cosa, tan sumisa… que en el fondo lo hacía porque creía que era su deber de esposa, ayudar a su marido, quedarse con él.

—No lo mate —se arrastró a los pies de Anthony quien le dedicó una mirada vacía.

Quizás si ella hubiera actuado de otra forma, quizás si hubiera sido como su marido quería que fuera.

Se sintió culpable de haber provocado todo aquello.

—No, por favor.

Al escucharla hablar de nuevo, Anthony la miró a los ojos.

Se quedó quieto por un instante.

Entonces, en vez de volver a disparar, se apartó de ella y caminó hacia Patrick.

Maranta sintió como el alivio la golpeaba, como si fuera algo físico. Hundió sus manos en la hierba húmeda y empezó a respirar con dificultad.

¿Aliviada?

Era muy posible.

Pero todo aquello duró muy poco.

Mientras los soldados corrían hacia allí, quizás avisados por su propio marido para detener el duelo, Anthony llegó frente a Patrick, que lo miró con rabia.

La herida del hombre sangraba copiosamente. Si no recibía atención médica corría el riesgo de desangrarse.

—Se acabó —le dijo el señor Farrell—, irá a la cárcel —miró a los hombres con uniforme que se acercaban a ellos.

Anthony ladeó la cabeza y le apuntó justo en el corazón.

—¿De verdad lo cree?

Vio el pánico en aquella mirada.

—No se atreverá. No, no… —Patrick balbuceó—. Así no se dispara en un duelo. ¡No tiene honor!

Anthony sonrió abiertamente.

—¿Honor? Por supuesto que tengo honor. De hecho, si promete no volver a poner una mano encima a su esposa, retrasaré la ejecución que se merece.

Ahora quien rio fue Patrick.

—Entonces máteme, porque le aseguro que esa puta morirá esta noche.

Anthony negó con la cabeza y su sonrisa desapareció.

En ese momento, Farrell se dio cuenta de su error porque se echó atrás y empezó a retroceder sobre sus codos, apartándose de Anthony.

—No me mate ¡No!

—Pobre Farrell, de verdad debió haberme confundido con alguien que no cumple su palabra.

El disparó fue justo en el corazón. Maranta no recordaría nada más de ese día, salvo su grito de terror.

—¡Coronel! —se escuchó el grito de uno de los soldados que había llegado junto a Lyonel.

Dos más tomaron a Anthony por los hombros y lo pusieron de rodillas junto al cadáver de Farrell.

Lyonel miró al soldado con severidad.

—¿Han sido avisados?

—Un hombre vino hace una hora y…

—Aquí no ha pasado nada.

El joven soldado miró a Patrick Farrell y de nuevo a Lyonel tragando saliva.

—¿Señor?

—No ha pasado nada, un duelo… ilegal, pero justo.

El soldado sabía que dispararle al corazón a un duelista no tenía nada de justo.

—No se preocupe —dijo Lyonel—, doy fe que ese monstruo se lo merecía.

Sin una palabra más, sacó una bolsa de monedas y se las entregó.

—Encárguense de esto —dijo mirando al cadáver de Patrick—. Es una lástima que esta zona esté llena de ladrones —Después miró a Maranta—, yo me encargo de ella.

Se alejó de Anthony que seguía de rodillas, custodiado por los soldados y ayudó a Maranta a subir al carruaje que lo había llevado hasta ahí. La vio con la mirada perdida, temblando.

Lyonel Knigth le puso su chaqueta sobre los hombros y la miró con compasión.

—Hoy empieza una nueva vida para usted —le dijo en tono bajo para no asustarla—. Si alguien pregunta, fueron asaltados y su marido murió.

Maranta pareció recuperar la conciencia.

—Pero…

—Cuidaremos de usted, señora Farrell —dijo Lyonel, y ella lo conocía bien, Lyonel Knigth no mentía, era un héroe de guerra que

estaba recuperándose de una grave herida de bayoneta, en una semana partiría rumbo a España para luchar contra Napoleón—. Será mejor que no tenga contacto con el capitán Hilton…

—Le odio, todo es su culpa —dijo sollozando.

—Lamento que lo vea así —después de un amargo silencio. Lyonel Knigth le preguntó—. Su marido mentía, sin él podrá vivir una vida más plena.

—Me ha dejado sin nada…

—Eso se puede arreglar. Podría darle un trabajo.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Un trabajo?

—Trabaje para el gobierno, para nosotros. Siempre necesitaremos hombres y mujeres que sepan hablar y callar cuando toque, que sepan… buscar información que nosotros necesitamos.

Los ojos de Maranta se agrandaron.

—¿Una espía?

—Me gusta ese nombre, suena romántico —le sonrió Lyonel —. No le será difícil descubrir lo que se le requiera. A cambio cuidaremos de usted, tendrá una gran casa, dinero… porque el testamento de su marido… podría desaparecer, como todo lo que él le hizo. Todo se quedará en el olvido.

Cuando ese amanecer llegó a su casa, Lyonel Knigth se quedó en el coche de alquiler.

—Tengo que ir a buscar a mi amigo.

Maranta lo miró aún conmocionada.

—¿Cómo puedo agradecerle su amabilidad?

—¿A mí? —preguntó Lyonel con cierta pena—. Usted y yo no nos conocemos señora Farrell, nunca nos hemos visto. Esto… no ha pasado —dijo arrastrando las palabras.

Cuando el latigazo del cochero se escuchó entre la niebla, Maranta supo que nada volvería a ser igual.

Y no lo fue.

Seguía siendo una joven tonta cargada de remordimientos, porque, se alegró. Se alegró de la muerte de su marido y eso no lo hacía una buena esposa.

Tardó muchos años en perdonarse, pero había encontrado a alguien a quien echar la culpa. Si Anthony Hilton hubiera escuchado sus súplicas, su marido estaría vivo y ella no tendría que cargar la alegría de su muerte en su conciencia.

Capítulo 37

Se despertó sobresaltada.

Había vuelto a soñar con aquel día, pero no fueron sus propios gritos en la pesadilla lo que la despertó.

—Tía Mara.

La manita de Cristopher le tocó el brazo. Abrió los ojos y un sudor frío le perló la frente.

¡Por Dios Santo!

La habitación estaba en completa oscuridad, pero Maranta pudo distinguir a la perfección el cuerpo bajo las sábanas de Anthony Hilton.

Tragó saliva y se incorporó.

—Cristopher, cariño.

Lo abrazó y lo apretó contra el pecho, y el niño, con ojos somnolientos, se restregó los puñitos por estos.

—¿Qué haces aquí cariño?

—Un monstruo.

—¿Una pesadilla?

—Un monstruo —la corrigió. Su vocecita se escuchó lastimera en la noche.

Ella suspiró.

¿Uno grande y feo de ojos azules? Miró a Anthony a su lado, después a ella misma, aún ataviada con unos pantalones y sus ropas de pilluelo.

Se levantó por completo de la cama y abrazó a Cristopher contra su pecho.

—Vamos a ver donde está el monstruo.

El niño gimió, pero enseguida, antes siquiera de salir de la habitación, se volvió a quedar dormido.

De repente, una luz captó su atención.

Anthony había encendido una vela, y sus ojos, oscuros como ópalos entre las tinieblas, la miraron abrazar a su sobrino.

Maranta fulminó a Anthony con la mirada y le señaló la puerta por donde había entrado su sobrino. Le hizo una señal para que no dijera nada, y él se limitó a sonreírle después de lanzarle un beso.

Maranta expulsó el aire sonoramente, y no fue hasta que escuchó la respiración acompasada de su sobrino que sonrió de nuevo y se calmó.

—Duerme, querubín. Mañana será otro día para todos.

Después de que Maranta saliera de la habitación, Anthony, agotado, volvió a quedarse inmóvil con los ojos cerrados.

Maranta era una gran mujer, y sería una gran madre, pensó Anthony.

El amor que sentía por ese niño era inconmensurable.

Quien sabe si un día…

Se quedó dormido, ignorando el dolor de su hombro y costillas, con un loco pensamiento que le calentó el corazón.

***

A ojos de la sociedad, Anthony se había retirado al campo para disfrutar de un descanso, o quizás saltar a la cama de una amante que debería estar inconsolable después de que anunciara su compromiso. Pero lo cierto es que no se había movido de la cama de Maranta.

—¿Sigue el capitán Hilton superando su pequeño problema de salud?

En la galería de arte, el duque de Wellington admiraba una hermosa obra de un paisaje inglés al amanecer.

Maranta soltó un pequeño suspiro antes de contestar.

—Progresa adecuadamente.

No comentó que el pequeño problema de salud era una bala que le podría haber provocado una infección con las terribles consecuencias de llevarlo directamente al cementerio. Por fortuna era fuerte y aunque se mostraba débil, Maranta había deducido que era solo una estratagema para seguir en su cama. ¿Y cómo echarlo? Al fin y al cabo, le había salvado la vida.

Por fortuna, sus criados no solo eran discretos, sino también muy leales.

Quien podría irse de la lengua era Cristopher, pero Maranta sospechaba que a la única persona que le podía contar que un valiente soldado estaba en casa de su tía, era a su madre Claudia. Y esta, según sus últimos informes, estaba de viaje. Seguramente con el teniente Hilton, el hermano de Anthony, pero no podía saberlo a ciencia cierta. Su hermana era una veleta e iba donde la llevaba el viento. No podía decir si iba a casarse con Roger Hilton para fastidiar

a Anthony, si no lo haría e intentaría reconquistarlo, o si buscaría a alguien más rico para que se ocupara de ella una temporada.

—Me enorgullece que hayáis llevado tan bien este asunto —dijo el duque—. No solo habéis localizado el nuevo cargamento, sino también el almacén donde se guardaban las armas. ¡Bravo! —sonrió, muy satisfecho.

—Gracias —Maranta no sonrió al decirlo, miró la obra que tenía enfrente y fingió que le desagradaban las cortas pinceladas o el tono pastel de la pintura—. Pero todavía nos queda lo más importante.

—¿Desenmascarar al traidor? —preguntó Wellington.

—Desenmascarar no sería la palabra correcta, pues tenemos muy claro de quien se trata.

—Pero esa serpiente tiene más de una cabeza, ¿no es así?

—Así es.

Maranta era muy consciente de que podían atrapar ese mismo día a lord Ashley, pero ¿sería suficiente? Lo mejor era, según Wellington, dejar que la serpiente reptara hasta su madriguera y poder deshacerse de todo su nido de víboras.

—Pronto organizará una gran fiesta, y en ella espero que encontréis pruebas suficientes para desenmascarar a sus cómplices.

Maranta asintió y pasó a observar el siguiente cuadro.

Wellington la siguió.

—¿Qué hay del mayor Foster? —preguntó Maranta.

—Creo que lo mejor será que me informéis a mí directamente.

Ella sintió un profundo alivio. No dijo nada, pero se alegraba de no tener que rendirle cuentas al Mayor. Al fin y al cabo, Anthony pensaba que era un traidor y por las acciones de Wellington… el duque también lo creía.

—Entonces…

—Entonces —dijo Wellington—, recibirá instrucciones, señora Farrell. De momento sigan así, con sus… preparativos para la boda.

Maranta se tensó y apretó los labios con desagrado.

—Cuando dijo que restauraría mi reputación…

—¿Qué mejor restauración que casarse con un héroe de guerra? —la cortó su superior.

Ella no dijo nada, la indignación había hecho que su tez se tornara de un color sonrosado.

—Si no tiene más que añadir —dijo Maranta, molesta.

Wellington chasqueó la lengua.

—¿De verdad es tan malo casarse con Anthony Hilton?

La sorpresa dejó escucharse en la voz de Wellington. Maranta lo miró una vez antes de marcharse.

—No sabe cuanto.

No volvió a tener noticias de Wellington en las siguientes semanas. El verano había llegado a su fin y Anthony se había marchado a su casa de la ciudad cuando no soportó estar encerrado en su habitación por más tiempo. Por supuesto había estado convaleciente una temporada, pero enseguida que se sintió con fuerzas, volvió a diario a presentar su tarjeta a casa de Maranta.

Tomaban el té juntos y la sacaba a la ópera. Para consternación de la dama, Cristopher parecía haberle tomado mucho cariño al capitán Hilton.

—¡Es un héroe! —había dicho un día que hablaba de él, contándole mil anécdotas, no de la guerra, por supuesto, pero sí de sus caballos y perros, que no eran pocos. Historias que se convirtieron en las favoritas de Cristopher.

Terminó septiembre. Las últimas semanas que había pasado con Livia, su amiga le sonsacó mucha más información de lo que a ella le hubiera gustado revelar. Por supuesto nada de sus actividades

clandestinas, pero sí hablaron de sentimientos, sobre todo de los que ella empezaba sentir por Anthony.

—¿Un matrimonio por amor? ¿De verdad no te sientes obligada a casarte con Anthony Hilton?

Livia estaba muy sorprendida. Pero más sorprendida estaba Maranta cuando se dio cuenta de que le había mentido a Wellington. La idea de casarse con Anthony no era tan terrible.

A principios de octubre, la ciudad parecía desierta, y mucho más sin Livia. Amanda y Violet habrían podido marcharse de Londres, pero James decidió quedarse una temporada y no le gustó la idea de encerrarse en una casa de campo en Somerset y dejar de ver a sus viejos amigos del ejército. Así que decidieron esperar el regreso de los Belford que estarían unos meses de viaje.

Maranta se sintió agradecida, aunque ciertamente con Amanda y Violet a su lado, no se lo había pasado tan mal. Incluso habían tenido la posibilidad de asistir a algunas conferencias, y justas se habían montado su pequeño club de lectura, disfrutando de clásicos y de otras autoras que habían fascinado a las damas. Sobre todo, la difunta Jane Austen, cuya novela, La Abadía de Northanger, le pareció mucho más crítica y anti romántica que las

demás. Violet había asegurado que no era nada más ni nada menos que una parodia de las novelas góticas, y aun así le había gustado.

A ese club, incluyeron a la tía del conde de Glastonbury. Regina se había convertido en una de sus damas favoritas. No sabía si era por su riqueza o por su edad, pero parecía traerle sin cuidado lo que la estirada sociedad londinense pensara de ella. Y eso a Maranta le pareció fascinante. No había duda de que a Violet también, quien había dicho abiertamente, en una ocasión, que aspiraba a ser como ella cuando tuviera su edad.

—¿Rica y sin pelos en la lengua? —le había preguntado Maranta con una sonrisa.

—Viuda.

Había escandalizado a las demás con su comentario, pero Maranta sabía que no lo decía en serio. Simplemente ese día, su esposo, el mayor James, había estirado demasiado la cuerda como para que ella pudiera pensar en él sin querer estrangularlo.

Pero a pesar de sus fugaces ataques de ira y frustración, Maranta deducía que ni de lejos el matrimonio de Violet había sido como el suyo. Aunque no parecía capaz de admitirlo, su amiga, amaba a su esposo. Aunque Maranta no sabía muy bien por qué. Demasiado huraño, demasiado oscuro y su humor demasiado ácido.

Le recordaba en cierta manera a Daemon Sinclair, aunque sin el brillo burlón en sus ojos. Pensar en el vizconde la hizo sonreír.

Aquella tarde había invitado a sus amigas, Violet y Amanda, y también a Regina Davenport para tomar el té y comentar el último libro que había caído en sus manos.

—Vamos a tener que ir a Somerset —anunció Amanda.

—Ah, ¿sí? —preguntó Maranta.

—Esta mañana ha llegado una invitación de Rose. Quiere que vayamos —antes de que ella pudiera decir nada, Amanda continuó hablando—. Si no has recibido nada hoy, lo harás mañana.

—Sí, no creo que me haya retirado su amistad por mi compromiso con Anthony.

—¿Estás de broma? —se rio Amanda dejando la taza de té en el plato—. Si no fuera por Roger Phillip se habría presentado en tu puerta para que le dieras una buena explicación.

Maranta, sentada en una de las butacas, vio como las tres damas la miraban con fijeza al tiempo que bebían otro sorbo de té.

Era evidente que esperaban que les hablara de su relación con Anthony.

—No hay nada que contar —se encogió de hombros.

Amanda se mostró más visiblemente decepcionada que las otras.

—Sobre lo de marcharnos al campo, lo cierto es que no me parece una mala idea.

—Ojalá mi esposo pensara lo mismo, se ha acostumbrado a Londres —Violet hizo una mueca.

—¿Entonces…?

La sonrisa ladina de su amiga la hizo reír.

—Estamos preparando el equipaje, nos marchamos en tres días.

—Por supuesto —se rio Maranta, que estaba feliz de que su amiga desafiara al Mayor, en cuanto al sinsentido de querer quedarse en Londres durante el invierno.

—He hecho unas pesquisas —dijo Maranta—, y creo poder alquilar una casa cerca de la de Rose.

—Oh, eso sería fantástico —dijo Amanda visiblemente encantada—. Podríamos vernos más a menudo. Aunque no tienes por qué. Puedes quedarte con nosotras. Ahora que Robert y Livia están de viaje, la casa es demasiado grande y solitaria.

Maranta pareció pensarlo.

—No quiero ser ninguna carga, además, es muy probable que alguien viaje conmigo.

—¿El capitán Hilton?

Maranta dejó con estruendo la taza en el platillo.

—¡Amanda!

La muchacha la miró con inocencia.

—Lo decía por si habías fijado la fecha de la boda para antes de partir.

—No creo que me case la próxima semana —dijo Maranta, suspirando.

Amanda hizo una mueca, mientras Regina y Violet se miraban como si comprendieran que ese era un tema tan peliagudo, como interesante.

Había una razón de peso para querer ir a Somerset, una igual de importante que el impulso de querer reunirse con sus amigas. Y es que el duque de Wellington así se lo había pedido. Según le había informado, sus enemigos estaban escondidos y no se había producido ningún movimiento significativo por el que debieran preocuparse. No obstante, les advertía, tanto a ella como a Anthony, que estuvieran localizables durante el invierno. Pues el mismo duque

había propiciado una fiesta organizada por Ashley, a la que deberían asistir.

Por fortuna, la casa de campo de lord Ashley no estaba demasiado lejos de Somerset y, sin duda, les llegaría la invitación, estuvieran en una casa alquilada para ella, en la casa de los Bedford como invitados, o en la de los Knigth.

—¿Cómo están Livia y Robert? —preguntó Maranta, para cambiar de tema.

—No escriben mucho —suspiró Amanda—, pero sé que se lo están pasando en grande. A Livia siempre le ha gustado el arte y pasear por Venecia, dice que es un sueño hecho realidad. También ha dicho que el carácter de mi hermano se ha visto afectado por la humedad. Está más irascible que de costumbre, al menos en público, porque con ella dice que está suave como la seda.

Maranta se fijó en la sonrisa que Violet intentaba ocultar detrás de una taza de té.

—Entiendo.

—Son muy felices, me dan envidia —dijo Regina—. Oh, si tuviera veinte años menos, no me importaría buscar el consuelo de un apuesto caballero como…

Violet carraspeó, mirando de Regina a Amanda, lo cual le advertía a la viuda que Amanda no estaba casada y no necesitaba sospechar que estaban hablando entre líneas.

Regina sonrió.

—Retirarnos al campo nos hará bien.

—No piensa irse al norte, ¿verdad? —preguntó Amanda, de pronto preocupaba.

Había caído en la cuenta de que Regina quizás deseara irse a su casa en Nottingham. Pero le había tomado mucho cariño, a pesar de ser la tía de su archienemigo, Edward Chambers, y no deseaba privarse de su compañía, y menos ahora que Edith había decidido quedarse un año más en América.

—He pensado en quedarme con mi sobrino hasta que se canse de mí.

Amanda bufó.

—Ya puede dar gracias ese patán de tener a una mujer de su valía como pariente.

—Amanda —la amonestó Violet.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad, mirando a Regina—. Es que es pensar en…

Tragó saliva y volvió sorber su té, como si eso la ayudara a calmarse.

—Iremos todas a Somerset —dijo Maranta, para que el ambiente se relajara—. Echo de menos a Rose y al pequeño Roger Phillip.

—Y al pobre coronel —rio Amanda—, siempre nos olvidamos de él.

Maranta asintió. Pero no, ella nunca se olvidaba de ese gran hombre.

—¿Traerás a Cristopher contigo?

Maranta asintió sin vacilar.

—Claudia me escribió hace un mes, sigue en Italia y al parecer no tiene mucha prisa en volver, ya que no me ha dicho su fecha de regreso.

—Quizás por Navidad.

Por lo que quedaba bastante y aunque Maranta sabía que era muy probable que fuera antes, le hubiera encantado quedarse con su sobrino y poder malcriarlo todo el tiempo del mundo.

—Rose me ha dicho que Lyonel ha invitado a algunos amigos para pasar el invierno en su casa, y poder cazar mientras Rose se ocupa del invernadero.

—El capitán Hilton me ha comentado algo —dijo Maranta. Que era en parte el motivo por el que ella también se había planteado irse.

—También ha invitado al vizconde Sinclair.

Maranta escupió el té ante las palabras de Regina.

—¿Daemon Sinclair?

—¿Lo conoce, querida? —le preguntó Regina.

—Solo de oídas.

Maranta volvió a toser y tuvieron que darle algunos golpecitos en la espalda para recuperarse.

Capítulo 38

Casi tres semanas después todo el mundo estaba instalado en sus casas de campo. Maranta descartó la idea de alquilar una en Somerset al recibir una carta de Rose suplicándole que se quedara con ellos hasta Navidad. Había aceptado, aunque no creía que una larga temporada conviviendo con Anthony y Daemon Sinclair fuera de lo más sensato.

—¿No estás encantada con la idea de que vivamos bajo el mismo techo? —le había susurrado Anthony en una de sus visitas, mientras ellos tomaban el té y Cristopher jugaba sobre la alfombra.

A pesar de ser octubre, Maranta había tenido que abanicarse con fuerza cuando esas palabras salieron de entre los labios del capitán.

—No viviremos bajo el mismo…

—¿Quieres apostar?

Ella bufó, exasperada.

Habían ido a Somerset, pero esta vez en carruajes separados. Cuando Maranta llegó a casa de los Belford, Anthony ya estaba instalado en la de los Knigth. No obstante, Daemon todavía no había llegado.

Una semana después, Rose había decidido organizar una gran fiesta para reunir a sus amigos. Y en ello estaban. Todos los amigos juntos, reunidos bajo el mismo techo de los Knigth.

Volver a ver a Rose fue maravilloso.

—¡Cuánto has crecido, Roger Phillip! —Maranta tomó al pequeño de los Knigth entre sus brazos y le besó la cabecita.

—¡Cristopher! —exclamó Rose, nada más verlo—. Tú sí que has crecido.

—Gracias, mi lady —hizo una inclinación de cabeza, como si en lugar de tener seis años, fuera todo un caballero.

—Me alegro de que te unas a la fiesta. Hay un montón de cosas por hacer, ¿verdad que sí, señora Hakins? —le dijo a la niñera que se encargaría de los más pequeños.

La mujer mayor, regordeta y bonachona asintió.

—Por supuesto. Hasta tenemos un laberinto.

—¿Un laberinto? —Cristopher miró a su tía Maranta con entusiasmo, como si pidiera permiso para ausentarse de inmediato y

recorrerlo.

Ella asintió y dejó a las damas solas, hablando en el salón.

Cuando Maranta se sentó junto a Rose, esta la tomó de las manos.

—Cuéntamelo todo.

—¿Qué hay que contar? —preguntó, sorprendida.

—Tu compromiso.

—Ah, eso.

Rose resopló ante la cara de póker de su amiga.

—¡Por el amor de Dios, Maranta! —se quejó, fingiendo estar contrariada—. Llevo semanas intentando que me escribas una carta decente al respecto, y ahora que estás aquí, ni creas que te dejaré escapar.

—¿Desde cuándo eres tan cotilla?

—Desde que me aburro porque todas mis amigas me habéis abandonado para estar en Londres.

Maranta no pudo menos que reírse, aunque sabía que no era cierto.

—No te aburres en absoluto, me consta que Alice Anderson y su hermana, Alana, a la que has invitado a pasar una temporada en la casa, son nuestras perfectas substitutas.

Rose le soltó las manos y se alisó las arrugas inexistentes de su falda.

—Mentiría si te dijera que no son una gran compañía —sonrió —. Nunca he sido tan feliz. Alice ha devuelto la salud a Frederick y no podría pagarle todo lo que ha hecho por nosotros estos meses. Y en cuanto a Alana, es maravillosa. Sabe hablar de todo, pero es un poco tímida, aunque una gran lectora y le encantan los animales. Lyonel está entusiasmado por todo lo que aprende de ella.

Maranta sonrió.

—Me alegro de que todo vaya bien con Frederick.

—Sí —suspiró Rose—, aun cojea y siente dolor de vez en cuando, pero con los cuidados de Alice… son milagrosos.

Maranta apartó la mirada y alzó una ceja. Los había visto juntos esa mañana y empezaba a sospechar que quizás Alice no solo ayudaba a fortalecer las piernas de Frederick sino también a ablandarle el corazón. Hacían una pareja perfecta, y si Frederick daba el paso de cortejarla, estaba convencida de que Rose estaría más que encantada.

Como si le leyera el pensamiento, Rose dijo

—Tengo que hacer que se quede, todavía no sé como, porque su hermana Alana debe irse al norte. Su tía abuela con quien suele

pasar los veranos, se ha puesto enferma y quiere que se traslade allí definitivamente.

—¿Y Alice se irá con ella?

—No lo creo, su intención es ir a Clevedon, ya lo sabes. Pero sin su hermana aquí, no sé como voy a retenerla.

Maranta sonrió viendo el entrecejo fruncido de Rose.

Seguro que se le ocurre algo.

—Pero no me cambies de tema —dijo Rose, mirándola con fijeza y alzando un poco el mentón, como si se sintiera engañada al no prestar atención al tema importante—. Cuéntamelo todo sobre tú y Anthony y como es posible que hayas pasado del odio al amor en un par de meses.

Ella estaba dispuesta a inventarse la más verosímil de las historias, pero su corazón empezó a latirle con fuerza al darse cuenta de que no hacía falta que inventara mucho. No cuando se trataba de sentimientos.

Porque de un tiempo a esta parte, todo su ser se estremecía cada vez que pensaba en él. Aunque no del mismo modo que antes, cuando creía detestarle. ¿O tal vez sí? En cualquier caso, Maranta no había sido capaz de distinguir el odio del amor. Hasta ahora.

—Sí, puede que lo odiara, o que quisiera hacerlo, pero en realidad… —hizo una pausa, porque lo que estaba a punto de decir jamás lo había verbalizado ante nadie. Pero con Rose todo era tan fácil… —quizás haberme enamorado de él en contra de mi voluntad es lo que me hacía tratarlo tan mal.

Ya estaba dicho.

Acababa de decir en voz alta que ella, Maranta Farrell, amaba a Anthony Hilton.

Y Rose quedó tan impactada por aquellas palabras, que poco más tuvo que añadir.

—Es maravilloso que hayas encontrado a un hombre a quien amar y seas correspondida.

Referente a eso, Maranta dudaba que Anthony sintiera algo más que deseo. Aunque había sido un compañero leal a la hora de trabajar juntos, pensar que se trataba de amor, eran palabras mayores.

—No se hable más, Maranta.

Rose sonrió abiertamente y sus ojos azules se iluminaron.

—¿Qué quieres decir?

—Organizaremos la boda aquí en Rosewood House, deja que ese sea mi regalo.

Maranta quedó tan impresionada por el ofrecimiento que solo pudo parpadear con la boca abierta.

***

De noche, después de la cena, Violet siguió tocando el piano y amenizando la velada. Pero Maranta quiso retirarse. Cristopher hacía horas que estaba dormido y ella, sin duda, necesitaba descansar. Mañana se celebraría el baile que los Knigth habían organizado y las actividades empezarían ya por la mañana, cuando llegaran los primeros invitados.

Mientras avanzaba por el largo pasillo de la planta superior, hacia su alcoba, una figura salió de entre las sombras y la arrinconó contra la pared.

Las manos del individuo apretaron su cintura y su frente quedó pegada a la de ella.

—¡Anthony! —soltó un grito ahogado.

No la había asustado. Reconocería su aroma a romero y sándalo a millas de distancia. Cerró los ojos y se estremeció al notar

su cálido aliento acariciando sus labios. Ese hombre era una tentación.

—Sssh, ¿quieres que nos descubran?

Ella le golpeó el hombro bueno, pero aparte de hacer una mueca, Anthony no se movió ni un ápice.

—¿Qué estás haciendo?

Él la ignoró.

—Estabas tan hermosa en la cena —susurró, mientras ella se retorcía, pero sin empujarle—, por poco salto por encima de la mesa para devorarte a ti.

—Oh, Señor, dame paciencia —se fingió enfurruñada—. ¿Qué es lo que quieres?

Él miró en ambas direcciones y la arrastró a su dormitorio.

—¿Estás loco? —jadeó, cuando la empujó y cerró la puerta tras de él.

—Loco por ti —se burló.

Pero antes de que ella pudiera encararlo y soltar lo que pensaba de la indecorosa situación, Anthony sacó una carta del interior de su chaqueta y se la mostró.

—Invitación de Lord Ashley.

Ella se la arrancó en un santiamén.

Desplegó la carta sin mucho cuidado y se sentó en la cama, junto a la vela que ahí estaba encendida para leerla a toda velocidad.

—Dice que en dos semanas.

—En dos semanas… ¿todo esto terminará?

Maranta elevó la mirada hacia Anthony, que se había situado de pie, junto a ella.

—Sí, eso parece.

—Me refiero a nuestra misión, porque me temo —vaciló—, que nuestra vida juntos no hará más que empezar.

—Anthony —ella cerró los ojos y se llevó dos dedos al puente de la nariz—, respecto a nuestro compromiso…

Él no vaciló.

—Debemos casarnos antes.

—¿Qué? —Alzó la vista y vio que el capitán Hilton no sonreía —, ¿qué quieres decir?

—Que no acudirás a una fiesta respetable como mi querida.

—No tengo por qué…

—Debes ir como mi esposa —la interrumpió, serio—, compartir mi habitación y movernos juntos por la casa sin despertar sospechas.

—Eso es absurdo.

No lo era en absoluto.

—Vendrás a esa fiesta como mi esposa, Maranta —no hubo vacilación y lo que la hizo sufrir todavía más, no hubo burla alguna.

Anthony hablaba muy en serio. Y lo peor de todo era que… también ella estaba de acuerdo.

—Yo… —vaciló ella.

—Sé el rechazo que te provoco, pero… —cuando Maranta lo miró, él ya había apartado la cara—. Te prometo que no te importunaré. Podrás vivir lejos de mí, podrás conservar tu independencia como mi esposa, si así lo deseas.

¿Lo deseaba?

—Por supuesto que mantendré mi independencia.

—No me refiero a la económica, me refiero a que, si quieres vivir sola, lejos de mí… —tragó saliva—, haré lo que me pidas.

No estaba muy convencida de que hablara en serio, pero lo dijo en un tono tan solemne.

—Dios, Anthony. —Se puso en pie y fue al tocador para dejar la invitación. La miró un largo instante—. Rose me ha propuesto celebrar una pequeña ceremonia aquí.

Él asintió.

—Lyonel me ha dicho lo mismo.

Ella se volvió.

—¿Os habéis reconciliado?

—Nunca hemos estado muy peleados, pero creo que se alegra de que hayamos formalizado nuestra relación.

Ella soltó una risa amarga.

—¿Que me hayas convertido en una mujer decente?

Antes de darse cuenta de que había apartado la mirada de Anthony al soltar esa ácida pregunta, él le había atrapado una mano, llevándosela a los labios. Al sentir la cálida boca y su suave aliento sobre la piel sensible, notó un suave calor que la recorrió de arriba abajo.

—No he conocido a nadie más decente que tú, Maranta —se negó a pronunciar el apellido de su anterior esposo—. Cásate conmigo, no porque sea el hombre más atractivo del mundo —otro resoplido ante aquel despliegue de vanidad—, ni porque sea asquerosamente rico.

—¿Rico?

Él asintió muy satisfecho.

—Que no haya querido ascender a teniente coronel, no significa que no me hayan recompensado como merezco.

—Todo un héroe de guerra —se burló.

—Eso me ha dolido. —Al mencionar lo de héroe de guerra, pensó enseguida en Cristopher—, por supuesto, tu sobrino será tratado con sumo cariño en nuestra casa, si decides vivir… conmigo.

¿Por qué se había apagado la luz de sus ojos ante esa duda?

—Puede… tenemos mucho que decidir.

Había muchas incógnitas. Como si Cristopher seguiría con ellos después de que Claudia se enterara de que se habían casado. Era diabólicamente vengativa y rencorosa. Pero en aquellos momentos con su mano entre las de Anthony, no quería pensar en lo que vendría.

—Vayamos paso a paso. Lo primero es lo primero —dijo ella.

—¿Entonces…?

Pudo ver un deje de temor en los ojos del capitán, que se suavizaron al darle su respuesta.

—Me casaré contigo, Anthony Hilton.

Él sonrió y se acercó un paso, dispuesto a sellar esa promesa con un beso. Cuando la mano de Anthony se posó en su nuca y con la otra rodeó su cintura, atrayéndola hacia sí.

Maranta no pudo resistirse. Gimió, al sentir labios de su prometido devorando su boca y ella le correspondió, al tiempo que

le rodeaba el cuello con los brazos.

Nuevamente, el calor del deseo nació en su pecho y no tardó en invadir su cuerpo, como cuando el viento se levanta justo antes de iniciarse el temporal.

Deseaba tanto su cuerpo, con Anthony sentía cosas que hasta el momento le habían sido totalmente desconocidas. Era un mago, un hechicero capaz de conseguir que ella hiciese su voluntad con tan solo un roce.

Y eso era…

Peligroso.

La mano de Maranta se puso sobre su pecho y lo empujó con suavidad.

Cuando él la miró con los ojos henchidos de pasión, ella tragó saliva y se alejó unos pasos, para no caer de nuevo en la tentación que eran sus labios y su cálido y duro cuerpo.

—Me casaré contigo —repitió, después de tomar aire—. Pero con condiciones.

Él puso los ojos en blanco.

Por supuesto, esas condiciones no le gustarían lo más mínimo.

Capítulo 39

Violet y Regina estaban como dos dragones vigilando su nido. La orquesta tocaba en la gran fiesta de los Knigth y había tanta gente que el calor era insoportable.

—No hay avances —se quejó tía Regina.

Golpeó el abanico contra la palma de la mano y miró como su sobrino Edward miraba en la distancia a Amanda Belford.

—Al menos tu sobrino le ha pedido bailar. Aunque sin éxito.

Amanda había sido muy grosera, en extremo. Edward, como buen caballero, se había limitado a aceptar el rechazo con elegancia. Regina, que lo conocía bien, sabía, por un sutil gesto de su frente, que le había dolido.

—¿De verdad crees que esto puede llegar a buen puerto?

Regina asintió, convencida.

—Te aseguro que nunca me equivoco en estas cosas, son la pareja perfecta.

Violet enarcó una ceja.

Había querido decir que estaba tan convencida como ella de que así era, pero… no. Esa misma tarde había visto a Amanda intentando hacer una zancadilla a Edward, pero él, aparte de fulminarla con la mirada no había hecho, ni dicho nada.

La verdad es que admiraba la paciencia del vizconde de Glastonbury, y se reprendía mentalmente por no haber hecho madurar a su prima.

Violet suspiró. Seguro de que cuando volviera Robert, haría su magia apaciguando a su hermana, o bien la volvería loca del todo y la obligaría a casarse para que sentara cabeza. La segunda opción le parecía la más horrible, pero también la más probable. Robert Belford, no tenía la santa paciencia de Edward Chambers.

A unos pasos de las damas, Alice Anderson, tomó a su hermana Alana del brazo.

—Como me alegro de que decidieras venir.

—Han sido unas semanas maravillosas, pero sabes que debo ir a ver a la tía abuela.

Alice intentó no poner los ojos en blanco.

—Debe sentirse muy sola si te manda llamar a estas alturas del año, sabe que quieres pasar las navidades con la familia.

—Sí, pero se siente enferma.

Ahora sí, Alice resopló.

—Es hipocondriaca. Sus pobres nervios la mataran, pero nadie se muere de nervios.

Alana se tapó la boca con una mano e intentó parar de reír.

—No seas mala.

—Te echaré de menos, aunque debo volver pronto a casa.

—Frederick parece estar mejor —le dijo su hermana.

—Sí, ¿verdad? —En los ojos de Alice había una sombra de pesar—, pero no he podido quitarle el dolor del todo. Lo lamento tanto.

—Has hecho lo que has podido, y él está muy agradecido.

—Es un buen hombre, un héroe… soltero.

—No empieces, Alana.

—Pero… te pone ojitos.

—Aquí nadie pone ojitos a nadie —murmuró dándole un golpe en el brazo para que se callara. No quería hablar de ello en un salón abarrotado de gente.

De hecho, no quería hablar de ello en absoluto.

—Lamento perderme vuestra historia de amor.

Alana rio por su ocurrencia y Alice le pellizcó el brazo. Eso solo la hizo reír más fuerte. Sus palabras significaban que pronto

emprendería un viaje al norte. Normalmente iba en verano a casa de su tía abuela y se quedaba hasta navidad, pero aquel año, sería diferente.

—Si al llegar la salud de la tía es mala de verdad, mamá dice que la avise, que quiere que vayamos todos a… despedirnos.

—Nos va a sobrevivir a todos —dijo Alice que pensaba que su tía abuela cascarrabias era inmortal.

—Lamentaré partir, pero si mamá viaja al norte con todos, tú también debes venir.

—Ya veremos —suspiró algo agobiada.

—¿Crees que los Knigth requerirán tus servicios mucho más tiempo?

Alice pensó en Frederick.

—No lo sé.

A Alana le había parecido un hombre apuesto y, sobre todo, divertido.

—Me cae bien Frederick, sería un buen cuñado.

—Cállate, en serio.

Alana apretó los labios para que no se le escapara la risa. Cuando se calmaron siguieron hablando, pero en un tono menos burlón.

—El dolor le quitó la alegría y su carácter bromista. O eso me dijo Rose —le dijo Alana a su hermana.

Pero con Alice en esta casa, aliviándole el sufrimiento, con sus curas y ungüentos… no sabe la gratitud que siento por su hermana. Alana se abstuvo de comentar las palabras de su anfitriona.

Debía ser verdad puesto que Rose se desvivía para que se encontrara a gusto en cualquier circunstancia y aquello se hizo extensible a Alana. Nunca la habían tratado mejor.

—¿Has fijado fecha para irte? —le preguntó Alice.

—Tía Petra me espera dentro de dos semanas, y con los caminos tan intransitables, tardaré más de una en llegar —hizo una mueca—. Me gustaría partir a finales de semana.

—¿Tan pronto?

Alice no pudo esconder su decepción.

No era un misterio para nadie lo bien que se llevaban las hermanas Anderson. Aunque se sentía útil en aquella casa, lo cierto es que con Alana su trabajo había sido como unas vacaciones.

—Ya sabes como es tía Petra. Y si en verdad está enferma, no puedo hacerla esperar.

Aunque era una mujer bastante huraña, sí que Alana le tenía mucho cariño. Era de la única familia que le quedaba a su padre. Y

como su madre no se hablaba con la suya… Las hermanas Anderson sospechaban que era así porque cuando su madre decidió casarse con un simple marino, todo el mundo le había dado la espalda. Y tía Petra, no solo no se opuso a ayudar a su sobrino, sino que era probable que hasta le hubiera comprado un título para que subiera de rango en la marina.

—No puedes ni imaginarte el amor que se veía en los ojos de tu madre —le había dicho un día la tía abuela—, ni la tristeza cuando tu padre partía. Que la familia no quisiera ver que nada ni nadie los podía separar, solo evidenciaba lo ciegos y estúpidos que eran.

Que tía Petra hablara así de sus padres, solo había hecho que ella le tuviera más cariño.

Había enviudado muy joven y por eso cuando pidió a sus padres que una de sus hijas se quedara con ella, los Anderson habían preguntado a sus hijas quien querría ir a pasar todos los veranos y parte del invierno con la tía. Y al principio fueron todas.

Tía Petra era rica, y durante ese verano las niñas podían disfrutar de caros entretenimientos que los Anderson no se permitían habitualmente.

De entre todas sus sobrinas nietas, Alana era su favorita, y la que había acudido cada año desde que cumplió los ocho.

A veces, Alana se sentía un poco culpable, solo un poco, al pensar que el motivo de aquellas visitas no solo era que echara de menos a su tía, sino que había otra persona, de hecho, su persona favorita en el mundo a la que echaba terriblemente de menos durante el invierno, ese no era otro que William Sinclair.

Habían compartido muchos años de juegos. El joven de los Sinclair era un hombre afable, muy instruido y una vocación eclesiástica que lo hacía tener un corazón noble y un empuje casi celestial de ayudar a todas las personas a las que conocía. William se ordenaría clérigo, y dejaría, como debía ser, el condado a cargo de su hermano mayor, el futuro conde Sinclair, que ahora ostentaba el título de vizconde por ser el primogénito, ese no era otro que Daemon Sinclair.

Por su diferencia de edad, unos siete años, Daemon nunca había jugado con ellos. De hecho, Alana sospechaba que si la viera no la reconocería, y que más que la amiga de juegos de su joven hermano, era solo una molestia. La sobrina pobre de Petra Roberts, su decrépita vecina.

—Seguro que la tía Petra estará muy contenta de verte. —Alice la miró con una sonrisa—. Y William también.

Alana no pudo evitar que se le sonrojaran las mejillas.

—Yo también estaré muy contenta. Es una suerte que ya haya terminado sus estudios. Creo que su padre por fin le cederá la parroquia y tendrá un hogar donde establecerse de forma permanente.

Alice arrugó la nariz. El entusiasmo de Alana no le gustaba nada. Era evidente que, en sus planes de futuro, aparte de ordenarse clérigo, muy posiblemente también se casara. Y Alice no era tonta, sabía que su hermana quería ser su esposa. ¿Lo querría el conde?

—Nunca me cayó bien el padre de William.

—Si solo lo viste una vez.

—Y fue más que suficiente.

Alice entonces miró entre la multitud, como si buscara a alguien.

—Por cierto, Daemon Sinclair debería estar aquí.

—Eso me dijo Rose —asintió Alana—, pero no lo he visto, aunque no sé si lo reconocería. Hace años que no lo veo. Nunca quería jugar con nosotros, y cuando tuvimos edad suficiente como para que William y yo dejáramos de jugar y bañarnos juntos en el río…

—¡Qué escándalo! —se burló Alice.

Eso le valió un pellizco de su hermana, que la hizo reír.

—…Solo nos miraba desde lejos, como si no aprobara nuestra relación.

—Es un conde, y tú… —empezó Alice.

—Somos —la cortó Alana—, las hijas del almirante Anderson. Me da igual lo que opine el vizconde, William y yo seremos amigos para siempre.

—¿Sólo amigos?

Alana mantuvo la sonrisa y esta no vaciló en ningún momento. William y ella eran mucho más que amigos, estaban enamorados y en cuanto su padre le consiguiera una parroquia donde ejercer, se casarían y vivirían felices para siempre. Tan felices como lo habían sido sus padres.

De pronto Alice la sacó de su ensoñación.

—Frederick —susurró, acongojada.

—¿Qué pasa con él?

Capítulo 40

Alice se disculpó de inmediato con su hermana y se acercó a la gran chimenea donde Frederick estaba apoyado. Se habían mirado a través del abarrotado salón, y entonces él había hecho esa perceptible mueca de dolor. Aunque perceptible, solo lo era para ella.

Se había llevado una mano al muslo y seguro que había gruñido, aunque Alice no pudo escucharlo. Rápidamente y sin llamar demasiado la atención llegó a su lado.

—Frederick.

—Oh, señorita Alice —dijo, tragando saliva y viéndose verdaderamente indispuesto— ¿Sería tan amable de acompañarme a un lugar más apartado?

Ella asintió, fue a pasarle un brazo por la cintura, pero se detuvo enseguida. Ambos se miraron como comprendiendo que ese acto no sería nada decoroso y menos en un salón donde la gente podría murmurar cosas que no eran ciertas. Todavía.

Pero quiso el destino que el capitán Hilton pasara por su lado.

—Capitán —lo llamó Alice.

Anthony le dedicó una sonrisa que flaqueó al ver la expresión de Frederick.

—¿Qué ocurre?

—Oh, capitán ¿sería tan amable de ayudarme con Frederick? Creo que ha pasado demasiado tiempo de pie y será mejor que se siente.

Frederick hizo una mueca y apoyó su bastón en el suelo.

—Sí, Anthony, ayuda a tu pobre amigo —por su tono, estaba claro que ser ayudado por Anthony no entraba en sus planes. Si quería la ayuda de alguien, era la de Alice.

—A la biblioteca —dijo Alice sin percatarse de nada—, si es tan amable capitán.

—Por supuesto.

Cuando entraron, ella encendió un par de velas y vio como el hombre ayudaba a Frederick a sentarse.

—Gracias —le dijo Frederick entre dientes y mirándolo de una manera que hizo que Anthony frunciera el ceño.

—¿De nada? —preguntó Anthony, en un tono tan bajo que sabía que Alice no le había escuchado.

—Creo que será mejor que vaya a por sus gotas —anunció Alice con gran preocupación.

—No, solo necesito descanso y su compa…ñía —acabó la frase cuando Alice salió de la biblioteca como una exhalación, preocupada por su paciente.

—Oh, qué amable —se quejó Frederick, soltando el bastón y mirándolo con cara de pocos amigos.

Anthony parpadeó al darse cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Menudo sinvergüenza estás hecho! —exclamó Anthony.

—He tenido un buen maestro.

—¿Desde cuándo finges estar enfermo? ¡Dios! ¿Lo sabe Rose? —parpadeó incrédulo—. No sé quien va a arrancarte antes la cabeza, si ella o tu hermano… o la señorita Alice.

Anthony empezó a reírse, pero Frederick no tenía ningunas ganas de hacerlo.

—Estoy bien desde hace tiempo, esa mujer ha obrado un milagro —se puso mucho más serio que antes—. Te juro que alguna que otra vez fantaseé con tirarme por la ventana.

—¡Frederick!

—No para matarme, pero quizás me golpeara fuerte la cabeza y dejara de dolerme tanto la pierna.

—Una lógica digna de un porquero.

—Como sea, estoy mucho mejor, mi cojera existe, pero es muy leve. Y el dolor… solo me ataca en contadas ocasiones, pero cuando lo hace… no querrías estar en mi piel.

—¿Y ahora te duele?

Frederick volvió a sonreír.

—Me duele la cabeza de estar con gente idiota.

—Gracias por la parte que me toca.

—No me refiero a ti, aunque prefiero conversar con Alice, y desde que su hermana está aquí… la acapara.

—¡Ja! —se mofó Anthony, divertido— ¿Por eso te finges un inválido? Es despreciable.

—Solo finjo un poquito de dolor.

—Y la señorita Alice viene corriendo para darte su consuelo incondicional.

Frederick se encogió de hombros y gruñó.

—Oh, te deseo suerte. Cuando se entere de lo buen actor que eres, tendrás suerte si ella misma no te parte las dos piernas.

Dándole una palmadita en el hombro, Anthony salió de allí, rumbo a la fiesta.

Quería bailar otra vez con su prometida antes de que todo acabara, y así lo hizo.

***

Alana tenía la frente perlada de sudor después de bailar con un apuesto caballero, pero cuando este insistió en traerle un vaso de limonada, huyó.

Su corazón pertenecía a William Sinclair y no pensaba coquetear con nadie que no fuera él.

Se escabulló hasta llegar a la terraza, una que no daba al gran salón, sino a uno de los saloncitos donde solo se habían reunido algún grupo reducido de invitados. La música llegaba hasta la terraza, pero el ambiente era muy tranquilo.

La luz de la luna era suficiente para poder ver el jardín, pero por si no bastaba, y como si alguien no quisiera que hubiera lugares oscuros en aquella terraza, habían prendido varias antorchas. Se separó de ellas para que el calor del fuego no golpeara su tez, ya de por sí rojiza por el baile.

No podía dejar de sonreír, pronto vería a…

Se detuvo al dar media vuelta y contemplar una figura apoyada en la barandilla de piedra.

—Oh, buenas… buenas noches —vaciló.

Pero la figura masculina no respondió.

Apenas giró la cabeza hacia ella.

Fue en ese momento que una de las perfectas cejas castañas de Alana se elevó por la sorpresa.

Era él.

Daemon Sinclair.

Tragó saliva.

Se acercó un paso y aunque su sonrisa era un poco más vacilante, logró decir:

—Discúlpeme —dijo Alana—, ¿es usted el hermano de William? Yo soy…

Alana quedó muda por la expresión de Damon al volverse por completo hacia ella.

La miró con fijeza, respirando profundamente por la nariz como si un hedor súbito lo hubiera asaltado.

Al cabo de un par de incómodos segundos de silencio, la observó con desagrado.

—Sé perfectamente quien es señorita Alana.

—Oh —se excusó ella—, es que hace tantos años que no habíamos coincidido. Pensé que no se acordaría de mí.

Él soltó una risa breve y despectiva.

—¿Cómo olvidar al perrito faldero de mi hermano?

—Oh.

Las palabras groseras la hicieron retroceder un paso, pero intentó de todas formas que no se le borrara la sonrisa.

Daemon siempre había sido un grosero, no debía extrañarse que, aunque fuera un vizconde, tuviera muy parcos modales con la hija de un almirante, que debía considerar demasiado inferior para que se relacionara con ellos.

—Bueno, sí que hemos crecido juntos. No se puede negar —replicó nerviosa. Tenía una pregunta en la punta de la lengua que le quemaba y aunque ese hombre fuese insufrible, era el hermano de su amado. Se animó a hacerla—. Me preguntaba si…

—¿Tenía noticias de William? —se burló él, con crueldad.

Ella parpadeó en silencio y apretó los labios, aunque no estuviera dispuesta a revelar lo mucho que la ofendía su actitud.

—¿Las tiene?

—Para usted no, desde luego.

Alana parpadeó sin poder creer que el hermano del hombre del que estaba enamorada fuera tan déspota y cruel. Aunque si de algo tenía fama, además de ser un borracho, era de precisamente ser cruel.

Damon, futuro conde Sinclair, parecía corroborar que cuanto más tiene alguien, más ruin se vuelve.

—Le pido disculpas si le he ofendido —dijo, muy digna.

—No lo haga, pues no me ha ofendido. —Le sonrió con maldad— ¿De verdad piensa que la hija de un almirante venido a menos, puede ofenderme?

—Es usted muy grosero —no iba a dejar de dar su opinión, por mucho que intentara intimidarla ese hombre.

—Y usted… —mantuvo las palabras flotando en el aire hasta que se acercó tanto a ella que Alana pudo notar el olor a whisky en su aliento—, no es más que un insecto bajo mi bota.

Ella retrocedió un paso, y él avanzó otro.

—No se atreva a volver a pronunciar el nombre de mi hermano, señorita Alana. No sé quien se cree que es para él, pero no la menciona en sus largas cartas a la familia, no la echa de menos y desde luego, no va a alegrarse de verla cuando regrese a casa de su inmortal tía. ¿Cuántos años tiene, ciento cincuenta?

¡No se lo podía creer!

—¡Abominablemente grosero! —exclamó, con los ojos abiertos como platos.

—Gracias.

—Mi tía tiene ochenta y dos, y para que lo sepa, no me creo ni una palabra de lo que dice.

El labio inferior de Alana empezó a temblar. Apretó el abanico con fuerza y miró con sumo desagrado a esa persona tan malvada.

—No le molesto más.

—Exacto, no moleste más. Ni ahora, ni nunca, señorita —el brillo perverso que vio en sus ojos hizo que retrocediera un paso, e intentó retroceder otro cuando las manos del vizconde se precipitaron sobre ella.

La agarró por los antebrazos y tiró de ella con fuerza.

—¿Qué…? —pero la pregunta no se formuló.

Los labios de Daemon se pegaron a su oreja.

Su cálido aliento… no olía tanto a whisky como había pensado y eso la extrañó. ¿Acaso se había tirado una copa por encima? No tenía sentido.

—Alana —ella se estremeció cuando escuchó su nombre de labios de aquel hombre. Sonó como un pecado—. Nuestra familia

solo persigue a jovencitas para una cosa, así que está avisada. Si no es una ramera, le aconsejo de desaparezca de nuestras vidas. Mi padre no vería con buenos ojos que usted o sus hermanas, aparecieran un día por nuestras propiedades, si no es para limpiarnos las botas.

Alana no pudo golpearlo, sintió demasiado miedo. Pero lo de despreciar a sus hermanas hizo que le diera un empujón con todas las fuerzas de las que fue capaz.

—Apártese.

Pero él no lo hizo, aunque tampoco la siguió.

—Está advertida.

Alana se llevó una mano al corazón y empezó a correr hacia las grandes puertas acristaladas que daban al salón.

Cuando Damon la vio desaparecer, cerró los ojos y se apoyó en la balaustrada de piedra y soltó un largo suspiro.

—Dios, lo que uno hace por las mujeres con ojos de cervatillo —murmuró.

Pero sus palabras fueron interrumpidas por los pasos de alguien, saliendo a la terraza.

—¿Qué le has dicho a esa pobre muchacha? —le preguntó Lyonel acercándose a su viejo amigo.

Damon suspiró, recomponiéndose.

—Lo mínimo para que decida no acercarse nunca más a nosotros.

El apuesto coronel Knigth alzó una ceja.

—¿Y con nosotros te refieres…?

La mirada fue elocuente, se refría a su familia en general y a su hermano William en particular.

—Pobre Alana, ¿te imaginas que llegaría a pasar si mi hermano se interesara por ella de verdad? —Daemon gimió y se llevó varios dedos a la frente, masajeándose las sienes.

Lyonel miró de nuevo por donde había huido Alana Anderson y asintió, siendo muy consciente de la historia de su amigo y todo el daño que le hizo su padre.

—¿Crees que es posible…?

—Es nuestra vecina —dibujó una triste sonrisa—. Casi me desmayo al verla. Ha cambiado tanto, no me extraña que William se haya enamorado.

Lyonel sintió una punzada de terror y se colocó al lado de Damon.

Era evidente que su amigo no quería hablar, pero, por otra parte, lo necesitaba. Necesitaba sacarse lo que le rondaba la cabeza.

No hablaron por un rato.

Las heridas de Damon eran profundas, y sabía por experiencia que a veces era mejor callar y no decir nada hasta que pudiera controlar su rabia y su pena.

—¿Le has advertido que no se acerque a vosotros? —preguntó Lyonel, más interesado en ayudar que en saber la respuesta.

—Sí, creo que ha captado el mensaje.

Por Dios, que hubiera captado el mensaje, se dijo Damon.

Alana Anderson siempre había sido un ángel, un alma de Dios que no se merecía ser golpeada ni con el pétalo de una flor. No soportaría que otra muchacha ingenua terminara aplastada bajo la crueldad de su familia.

No lo iba a permitir.

Capítulo 41

La fiesta fue un éxito y a la mañana siguiente todos los amigos de la familia que se habían quedado a pasar la noche, se levantaron tarde. Los siguientes días fueron aún más ociosos, pero estar junto a sus amigas hizo que fueran los mejores.

A finales de semana, Alana las abandonó, para dirigirse hacia el norte. Parecía algo deseosa de partir, y por como la mirada el vizconde Sinclair, Maranta dedujo que era mejor que se fuera.

Maranta había pasado tiempo con Daemon, se habían reído juntos y se hicieron confidencias sobre lo que consideraron asuntos más privados, como por ejemplo que ayudaba a Anthony cuando se lo pedía. Pero claro, nada de extrañar, ¿quién sería capaz de negarle nada al capitán Hilton? Ella no, pues incluso había accedido a casarse con él. Y para alegría de Rose, claudicó y aceptó que fuera en su casa.

Una bonita ceremonia para los más íntimos en el invernadero.

Solo se lamentaba de que Livia no estuviera con ella. Recordó el día de la boda de su amiga, cuando su suegra quiso atormentarla con sus deberes matrimoniales. A ella no la atormentaría nadie, había aceptado casarse bajo sus términos, y estos eran que no iba a permitir que fueran un matrimonio al uso.

Llevaría su apellido, pues no sentía ninguna simpatía por el de Farrell, y si la apuraban podía aceptar que esa era una de las ventajas de casarse con Anthony. Tampoco compartiría su cama. Le había obligado a que le diera su palabra, y eso hizo.

Te doy mi palabra de que no consumaré nuestro matrimonio hasta que estés dispuesta.

Ella torció el gesto, pero sabía que cumpliría con ello. Lo que no sabía es si con su encanto, él llegaría a conseguir que estuviera dispuesta.

Con Anthony Hilton nunca se sabía.

Se casó con un vestido azul, y la propia Rose le confeccionó el ramo. Alice tenía lágrimas en los ojos y Violet suspiró emocionada. El Mayor James había acudido a la finca, y estaba de buen humor, creía que sobre todo se debía a volver a reunirse con sus amigos militares. Parecía llevarse muy bien con Lyonel, pero sabía que uno

de sus mejores amigos era Robert, otro ausente, como su esposa Livia.

Cuando entró en el invernadero del brazo de Lyonel, quien había aceptado encantado ser su padrino, lo hizo con paso firme.

Solo es un trámite.

Un mero trámite.

Se repitió eso una y otra vez, mientras su corazón latía desbocado, avanzando hacia el improvisado altar.

El aroma dulce de las rosas la envolvió, haciendo que su corazón se desbocara, mientras Anthony aguardaba junto a Frederick y Daemon su llegada.

Estaba tan apuesto, enfundado en un traje oscuro que se ajustaba a su esbelta figura. Sus ojos azules lucían un brillo de emoción que Maranta no pudo obviar en el momento en que Lyonel se la entregó y la tomó de la mano.

Cuando eso sucedió, el calor que había empezado a nacer en su pecho la recorrió, y tuvo que tomar aire con lentitud para no caer desmayada.

No pudo evitar pensar en la diferencia de sentimientos y emociones que tuvo al casarse con Farrell. Cerró los ojos unos instantes para eliminar a ese cruel hombre de su memoria.

Cuando los abrió, Anthony sonreía de tal forma, que la obligó a tragar saliva.

—Jamás he visto una novia más hermosa —le dijo, con voz rasgada—. Estás preciosa.

Maranta no respondió. Volvió la cabeza hacia el sacerdote, que empezó a oficiar la ceremonia.

En esos momentos, Maranta no pudo escuchar nada de lo que dijo el hombre de Dios. Sólo podía pensar en el que en breves instantes sería su esposo. En cómo se movía su pecho al respirar, en el sutil movimiento de sus oscuros cabellos cuando asintió en el momento en que Daemon les daba los anillos, en las pequeñas arrugas de preocupación de su frente al colocar la alianza en su dedo corazón, y en la radiante sonrisa que dibujaron sus labios al escuchar las palabras del cura, que los unieron para siempre. Tras ella, Cristopher aplaudió emocionado arrancando las carcajadas de los presentes.

—Puedes besar a la novia.

Anthony dio media vuelta y, aún con las manos asiendo las suyas, acercó los labios y la besó.

En ese instante, Maranta notó cómo todo su ser resplandecía. Los labios de Anthony se movieron suavemente sobre los suyos y

por un momento pensó que sus rodillas la traicionarían.

Cuando el beso finalizó, los asistentes aplaudieron y los ojos de su esposo la acariciaron con dulzura, llenos de promesas de placer que Maranta no sabía si podría rechazar.

—Señora Hilton —dijo, ofreciéndole el brazo, para después bajar juntos los hermosos escalones del bello altar, decorado con miles de pétalos de rosas, testigos mudos de un nuevo futuro para Maranta.

***

A pesar de que se habían llevado a cabo varias fiestas durante esas semanas en casa de los Knigth, Maranta se negó a que se invitara a nadie más que sus íntimos amigos a la fiesta. Rose respetó su decisión, y de los que no estaban instalados en la casa, mandó llamar a Regina y a su sobrino Edward.

Había sido un día que jamás olvidaría, rodeada de sus amigas y echando de menos a Livia a quien consideraba como una

hermana, mucho más que Claudia. Oh, no quería ni imaginarse de lo que sería capaz al enterarse de su boda.

De noche, después de una amistosa velada, Maranta se retiró.

Suspiró al dejarse caer en la cama.

Anthony había protestado cuando ella le aseguró entre susurros que no compartirían habitación en su noche de bodas, pero no insistió puesto que eran los términos acordados.

Pero en esos momentos, mientras se trenzaba el cabello después de cepillarlo, pensaba si realmente… si en verdad se estaba equivocando.

La mente le decía que no, pero su cuerpo…

Traidor.

Este gritaba por sentir su cuerpo sobre el suyo. Maldita sea, su piel se encendía con solo pensar en ese hombre, en su mirada y en esos labios pecaminosos capaces de adentrarla en la locura.

Resopló y apretó los párpados para quitarse esos pensamientos de la cabeza. Acabó de hacerse la trenza y sopló con energía la vela que había sobre la mesilla de noche, quedando completamente a oscuras.

Cuando se metió en la cama y se tapó hasta la barbilla, no pudo dejar de evocar el perfecto cuerpo de Anthony Hilton.

Imaginó cómo sería si ella permitiera a esos labios cincelados besar cada centímetro de su cuerpo, como sabía, era capaz de besar su boca.

—¡Basta! —gimió, dándose la vuelta y abrazándose a la almohada que debería usar su esposo—. Eso no sucederá. ¡Jamás!

Anthony abrió la puerta despacio.

La habitación estaba completamente a oscuras, pero la luz tenue del pasillo que se coló, haciendo que pudiese situar la cama y la posición de Maranta sobre ella.

Con sumo cuidado, cerró la puerta tras entrar y, descalzo, caminó hasta su esposa.

Había estado bebiendo con Daemon y después de un par de copas se había despedido para dirigirse a su alcoba. Pero mientras se descalzaba y se desabrochaba la camisa, cambió de parecer. Puede que el alcohol le hubiese hecho romper su promesa, o lo que sentía por Maranta era más fuerte que su palabra.

Fuera como fuera, allí estaba, como un ladrón, dispuesto a robar lo que le pertenecía. Al fin, Maranta era su esposa.

Caminó hasta la cama y se sentó en ella, instantes después y se echó, despacio, con la intención de no despertarla.

Era posible que hubiese jurado que respetaría su decisión de no mantener relaciones conyugales, pero lo de compartir el lecho había quedado en el aire.

Eso se podía negociar.

Se mantuvo quieto unos momentos, intentando concentrarse en su respiración, en el aroma a lavanda que lo embargaba, cuando de súbito, ella, en un rápido movimiento, se colocó sobre él.

—Muévase, y no saldrá vivo de esta habitación.

Anthony sintió el frío acero sobre la piel.

—Oh, mi viejo amigo el señor cuchillo —le sonrió acordándose de la utilidad de este contra Lauton— ¿Vas a afeitarme? —preguntó, sin moverse ni un pelo para que no le cortara el cuello.

Maranta se dio cuenta de que no era un asesino que se había colado en casa de los Knigth, ni un traidor que había descubierto lo que ella estaba haciendo para Wellington.

No.

Era Anthony.

—¿Qué demonios haces aquí? Te dije que no vinieras —susurró, molesta.

Él se rio.

—¿Lo dijiste? Lo olvidé —puso cara de inocente. Desde luego, no engañó a Maranta.

—¿Y cómo has abierto la puerta? Estaba cerrada con llave.

—Tengo mis trucos.

Resopló molesta y enseguida bajó la guardia.

Fue una mala idea. Anthony aprovechó para agarrarla de las muñecas y rodar por la cama hasta colocarse sobre ella.

—Bésame.

—Cállate —dijo, soltando el cuchillo sobre la almohada— y lárgate. Me diste tu palabra.

—De no tocarte si no estabas dispuesta.

—No lo estoy.

Él le acarició el muslo, haciendo que, por unos segundos, dudase de sí misma.

—Pero podrías estarlo si me dejaras —su voz grave y excitante no ayudaba en absoluto.

Ella resopló, pero cuando Anthony se levantó de la cama, se sintió huérfana de algo que no comprendía.

Por alguna razón, él lo supo y se dio la vuelta.

—¿Me quedo?

Ella se mordió el labio inferior.

—No.

—Está bien, pero… ¿y si me das un beso?

Ella también se puso de pie y lo empujó hacia la puerta.

—Solo un beso —rogó Anthony—, es nuestra noche de bodas, ¿ni siquiera eso me vas a dar?

Dejó de empujarlo porque él convino avanzar solo hacia la puerta. Cuando la entreabrió se dio la vuelta hacia ella y se inclinó para besarla.

No tocó sus labios, simplemente esperó paciente.

Y Maranta…

—Dios, eres un tunante.

Lo besó con rapidez. Pero… subestimó el encanto de los besos de Anthony.

Ese hombre era capaz de hacer que el tiempo se detuviera.

Los labios se rozaron en un principio con suavidad. Pero pronto, los brazos fuertes de Anthony la rodearon, haciendo que el beso se volviera más intenso y apasionado. Las bocas se

presionaban con fuerza, y las lenguas no tardaron en iniciar un baile húmedo y sensual.

Maranta sintió que se mareaba, las rodillas se le volvieron de mantequilla y Anthony la sostuvo, empujándola contra la puerta, que se cerró con un golpe seco, perdiéndose ambos en el momento, dejándolos a oscuras con el único afán de sentirse mutuamente.

Él gemía, su piel se calentaba, sus músculos se tensaban y Maranta notaba su aliento cálido, con cada jadeo.

El deseo no tardó en desbordarse en el cuerpo de Maranta.

Ya nada más importó que él y ese momento. De su pecho parecía haber nacido una llama que le impedía tomar aire y que pronto se extendió como un incendio, devorándola.

Jadeó contra su boca, mientras sentía la espalda pegada contra la fría madera y sus manos luchaban por abarcar un cuerpo inacabable.

Anthony empezó a acariciarla también. Ella, únicamente llevaba puesto el camisón de fina seda y sus curvas, se palpaban a través de él. Percibía cada curva, cada pequeña elevación, sentía el calor que irradiaba su cuerpo.

—Eres un sueño —le dijo, acariciando sus costados con ambas manos, para después ascender y capturar sus perfectos y

turgentes senos por encima de la suave seda.

Maranta gimió y echó la cabeza hacia atrás en un rápido movimiento, golpeándose contra la puerta.

No le importó, mucho menos le dolió. Sólo quería, ansiaba, necesitaba que los labios de su esposo rozasen su cuello, su oreja, sentir su aliento, capaz de erizar todo el vello de su piel. Y sus manos, tocándola, explorándola, por si eran capaces de calmar esa necesidad que ellas mismas aumentaban hasta volverla insoportable.

Las manos, suaves y expertas, seguían acariciando sus pechos cuando, de pronto, pellizcaron al mismo tiempo los erectos pezones, provocando un gemido en Maranta que rebotó en el oído de Anthony.

Sin poder evitarlo y absolutamente fuera de sí, Maranta alzó la rodilla izquierda, buscándolo, reclamándolo y exigiendo que se pegase más y más.

Él se restregaba contra ella y gemía, apasionado, mientras su boca regresaba, pródiga, a la dulce boca que lo recibió, codiciosa.

Ella rodeó su fuerte cuello con los brazos, alzó más la rodilla y él, casi fuera de sí, la cogió por las nalgas para que pudiera rodear su cintura con las piernas.

—Eres… un milagro de la naturaleza… —gimió contra su boca y, en un rápido movimiento se giró, y con tres grandes zancadas, llegó hasta la cama y la depositó sobre las sábanas y la colcha, deshechas.

Maranta se vio echada boca arriba, deseando que Anthony se colocara sobre ella, para cubrirla con la inmensidad de su cuerpo.

Eso fue exactamente lo que sucedió.

Y ella lo recibió casi desesperada.

Se besaron y, abrazados, dieron una vuelta sobre sí mismos hasta que ella quedó sobre él, a horcajadas.

Jadeó.

Podía sentir su dureza, y el deseo se volvió insoportable.

Quemaba.

—¡Tía Maranta! ¡Un monstruo!

Esta vez Anthony gimió, pero no de deseo, sino de dolor.

Cuando la puerta se abrió, el capitán dio un salto de la cama y carraspeó intentando aclararse la voz.

Maranta también dio un salto y se alisó el cabello mientras un Cristopher restregándose las manitas avanzaba a tientas hacia ella.

—Oh, Cristopher —suspiró, entre aliviada y confusa.

De no ser por Cristopher hubiera cometido una locura, una bendita locura.

Miró a Anthony mientras sostenía su sobrino en brazos. El capitán Hilton no sonreía, pero tuvo que hacerlo cuando el niño preguntó.

—¿Qué hacíais? —dijo con los ojitos cerrados y cayéndose de sueño.

—Íbamos a darte un primo con el que juga…

—Anthony —le advirtió Maranta molesta, pero luego tuvo que ocultar su sonrisa.

Menudas ocurrencias.

Acostó a Cristopher y este palmeó ambos lados de la cama.

—Tú aquí, y tú a aquí —enfurruñado pateó las sábanas—. Rápido, capitán.

Anthony no tenía muy claro si estaba o no soñando.

—Protéjame del monstruo —Cristopher sintió la caricia de su tía en la cabeza y se quedó dormido cuando Anthony se acostó a su lado izquierdo.

Maranta miró al que ya era su esposo.

—¿Vas a quedarte?

—¿No has escuchado al soldado? —le guiñó un ojo a Maranta —. Debo protegeros del monstruo.

Ocultó una sonrisa con un carraspeo y se acostó al lado de su sobrino.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Anthony, pero tardó mucho tiempo en conciliar el sueño mientras miraba los hermosos ojos de su esposa.

Capítulo 42

No volvieron a hablar de lo que sucedió en su noche de bodas.

Pero con el paso de los días, Maranta descubrió que su esposo podía ser un hombre encantador, y no solo fingirlo. No se habría creído nunca lo cariñoso que podía ser con los niños. Su sobrino lo adoraba. Temía el día en que Claudia regresara de su viaje por Europa y descubriera que ahora eran marido y mujer. Puede que no en todo lo estricto de la palabra, pues no había habido consumación y aunque Anthony la miraba con deseo y le había robado un par de besos a traición, no había insistido mucho más en llevarla a su cama.

Todo iba bien hasta que llegó el día de partir hacia la casa de lord Astley. Sobra decir que solo estarían en la finca tres noches, un par más a lo sumo y que Rose había insistido en que debían ir y que ella cuidaría a Cristopher.

Maranta no quería dejar a su sobrino, pero sabía que no era lugar para un niño. Lord Ashley era peligroso, como también lo sería su misión. ¿A caso los traidores no estarían prevenidos? Se habían quedado sin su último cargamento, y como le advirtió Wellington era mejor que tuvieran mucho cuidado a la hora de recopilar pruebas en contra del barón.

Dentro del interior del carruaje, acercándose a la finca, Anthony apretó la mano de Maranta.

Se miraron, pero no hizo falta hablar. Sus ojos decían: *ten cuidado por favor*. Y los de ella expresaban su misma preocupación.

Con Lauton muerto, Astley sería más precavido y eso quería decir que tendrían que meterse en la mismísima boca del lobo para poder obtener pruebas de que un miembro de la aristocracia y a quienes todo el mundo creía un patriota, estaba traficando con armas, con el supuesto objetivo de volver a levantar las hordas en post de lo que se creía la libertad.

Anthony no podía permitir que Napoleón volviera a aparecer en escena, ni que alguien tomara su relevo.

—¿Será casi una semana tiempo suficiente para encontrar lo que buscamos? —preguntó Maranta al divisar por la ventana la lujosa casa de campo.

—Veremos —dijo él, enigmático.

—El mayor Foster, ¿ha sido invitado?

Anthony asintió y ella hizo una mueca.

—No me cae bien.

—A mí tampoco —dijo Anthony, pero no por el mismo motivo que Maranta.

Ella no se fiaba de él, porque creía que ocultaba algo. Anthony no lo tragaba porque le había dicho a Maranta que se hiciera amante de Lauton para sacarle información.

El muy imbécil.

Anthony apretó los puños, pero giró la cara para mirar fuera del carruaje. No quería que su esposa notara lo intranquilo que estaba. Pero como al Mayor se le ocurriera pedirle otra estupidez semejante, perdería algo más que el poco pelo que le quedaba.

—Wellington prefiere que no lo pongamos sobre aviso —dijo Maranta, refiriéndose a Foster.

—No me extraña, es muy amigo de Ashley.

Miró a Anthony con interés.

—¿De verdad?

Le sonrió escéptico.

—No vayas por ahí. No me cae tan mal como para sospechar que es un traidor.

—Espero que no, habríamos sido muy estúpidos de poner a uno de los traidores en la cúspide de la inteligencia británica.

Anthony asintió.

—Muy estúpidos.

No fueron los primeros en llegar, pero tampoco los últimos.

Lord Ashley no había escatimado en gastos, por eso, cuando después de asearse bajaron al salón, les esperaba una cena de doce platos.

—Mi querida señora Farell —dijo el mayor Foster, asaltándola —. ¿O debería decir, señora Hilton?

—Señora Hilton estará bien —Anthony se puso rápidamente al lado de su esposa.

—¿Debo felicitarlos?

—Por supuesto —se apresuró a decir Maranta—. Hace apenas una semana que soy la señora Hilton y he de decir que me gusta mi nuevo apellido.

—Seguro que mucho más que el último —dijo Foster, con malicia.

No en vano sabía que el antiguo señor Farrell era un traidor, confraternizando con el enemigo.

Maranta había sido clave para identificar sus contactos. Se le había dado la oportunidad de trabajar para ellos y la aprovechó. Se convirtió en alguien valioso y muy pocos sabían de su trabajo para el gobierno. Pero eso le permitió mantenerse con unos ingresos mucho más que respetables, y no solo eso, fue muy bien considerada entre los militares. La mayoría alabando su temple al haber sobrevivido al robo que acabó con su marido.

Durante la cena y para fortuna para Maranta y Anthony, Foster se sentó muy lejos de ellos.

Había hecho un amago de sonsacarles información, pero pronto había guardado silencio al encontrarse en un comedor tan abarrotado.

—Hablaremos más tarde —les había dicho, dejando clara su superioridad en rango respecto a ellos.

—Me sigue cayendo mal —murmuró Maranta después de los cinco primeros platos y desviando la mirada del Mayor, que hablaba con una dama pelirroja que reía todas sus gracias, y posarla en

Anthony—. ¿Crees que sería buen momento para irme al tocador de señoras?

Anthony pensó en ello, paseando la mirada por los cincuenta y seis comensales que estaban sentados en la larga mesa.

—Se notaría demasiado tu ausencia.

—Entonces esperaré a que los hombres fumen un puro antes de pasar al salón.

Anthony chasqueó la lengua y su respiración se entrecortó. Sobra decir que Maranta lo miró con una sonrisa bailando en sus labios. Era evidente que había querido evocarle a las cigarreras sevillanas.

—Es perversa, señora Hilton.

—He tenido un buen maestro.

Anthony aprovechó para llenarle la copa de vino y ella negó con la cabeza.

—Esta vez no picaré. —Ambos se rieron.

Cuando la cena hubo terminado, era costumbre que las mujeres se disculparan y fueran a otro salón a esperarles mientras ellos bebían una copa de un licor más fuerte, o fumaban un puro.

Cuando Maranta se unió a las demás damas, no tardó en disculparse.

—Creo que la cena no me ha caído del todo bien, estaba tan deliciosa que he comido en exceso.

Se marchó con una disculpa. Si tardaba en regresar pensarían que se debía a su indisposición. Nadie iría a buscarla, a menos que se lo mencionaran a Anthony, y él era la menor de sus preocupaciones.

Avanzó con el sigilo que había practicado durante años. Intentó abrir una puerta, luego otra y otra. Saloncitos, el pequeño comedor, la gran biblioteca… Solo cuando encontró una puerta cerrada dedujo que sería el despacho personal de Ashley. Un lugar para guardar secretos y quizás por ello estaba cerrado con llave.

Se sacó una horquilla del cabello y antes siquiera de centrar su mirada en la cerradura, sus dedos se movieron con experiencia y la puerta se abrió.

Sonrió, orgullosa de sí misma.

Tardó muy pocos segundos en entrar y cerrar la puerta tras de sí. Recostó su espalda en la hoja de madera y esperó a que su visión se acostumbrara a la oscuridad.

Las contraventanas estaban abiertas y la luna llena derramaba su luz sobre la alfombra Aubusson, bajo el escritorio que presidía la estancia.

No escondió la horquilla en el pelo, la necesitaría para abrir los cajones de ese robusto escritorio.

Abrió uno y después otro.

Rebuscó en sus entrañas y sacó el libro de más de dos palmos de largo que sin duda sería el de contabilidad. Uno debería ser muy idiota de anotar el cargamento de armas que había comprado, aunque quizás, si una sabía donde mirar, podría ver algunos gastos anotados como un concepto fuera de lugar.

Pasó más de veinte minutos esperando encontrar algo, le escocían los ojos, que entrecerraba una y otra vez, pero incapaz de ser tan osada como para encender una vela y arriesgarse a ser descubierta.

Fue entonces cuando en el libro de contabilidad encontró una anotación. "Partida de caza". La suma era exorbitante.

Tomó el libro entre las manos y al levantarlo de la mesa, un sobre cayó al suelo.

Se apresuró a recogerlo y lo leyó al reconocer la letra del mayor Foster.

Tragó saliva.

Querido amigo,

Lauton ha muerto, deshazte de todo.

No estaba firmada, pero, no hacía falta. Su caligrafía era inconfundible.

El Mayor estaba implicado.

—Dios mío —se llevó una mano a la boca.

Debía decírselo a Anthony.

Pero antes de poder recoger aquella nota y guardársela en el escote, la puerta se abrió. Las lámparas del pasillo la iluminaron cuando aún tenía sus manos desenguantadas sobre el libro.

—Lord Ashley —gimió.

Fue por como lo miró, quizás por la tensión en su barbilla o el miedo en sus ojos. Pero Ashley lo supo.

Maranta lo había descubierto.

—Mujerzuela entrometida.

Entró como una exhalación y cerró la puerta de golpe.

No le dio tiempo a reaccionar cuando las manos de Ashley rodearon su cuello.

Maranta golpeó los antebrazos del traidor, le clavó las uñas mientras este apretaba cada vez con más fuerza. Podía ver sus ojos desorbitados, sus dientes expuestos. Estaba furioso. Salpicones de

su saliva se desperdigaban desde su boca. Estaba fuera de sí. Y no era para menos.

Lo habían descubierto.

¿Cómo era posible que el Mayor estuviese implicado? Se preguntaba Maranta, mientras lord Ashley la estrangulaba. Era un hombre de una trayectoria intachable, ¿cuándo había sido el día que decidió traicionar a su país? Quizás si ese hombre seguía apretando su cuello, no lo sabría nunca.

—Debió ser una inútil incompetente —le escupió Ashley—, debió quedarse en casa para cuidar a ese sobrino suyo. Pobrecito —se mofó—, ¿quién le quedará ahora que su tía entrometida está muerta?

Se asfixiaba, pensó Maranta con frustración.

Poco a poco, la cara de ese hombre se iba diluyendo entre las lágrimas de terror que inundaban sus párpados.

Iba a matarla.

Su visión se nublaba y los pulmones le ardían, apenas unos segundos más y ya nadie podría salvarla.

Pensó en Anthony. En sus besos apasionados, sus caricias y… su genuina risa, que le alegraba el corazón.

¿Ese era su final? Que tonta había sido por no arañar un poco de felicidad antes de que ese traidor acabara con ella. Solo le quedaba la certeza de que Anthony encontraría al culpable, tal y como había hecho ella. No iba a descansar hasta encontrarlo. Y finalmente, Foster tendría su merecido.

Se le cerraron los ojos y después…

Después respiró profundamente cuando cayó al suelo sobre la alfombra.

Una bocanada y una tos persistente, mientras se arañaba el cuello intentando respirar.

Intentando no morir.

Se dio la vuelta sobre la alfombra hasta quedar bocarriba.

El despacho ya no estaba en penumbra, la luz de las lámparas, volvía a iluminar parcialmente la estancia, es por eso que pudo ver como Anthony se abalanzaba sobre lord Ashley.

Alzó el puño, después de agarrarlo por el cuello, pero incomprensiblemente no lo golpeó, por otro lado, esa misma mano voló hacia la nuca del traidor.

Fue entonces cuando vio el rostro de Anthony, mudado en una mueca totalmente salvaje.

Con una zancada larga, agarrando a Ashley totalmente sorprendido, se echó hacia delante y la frente del traidor se estrelló contra la repisa de la chimenea.

Un golpe.

Solo hizo falta un golpe para abrirle el cráneo y dejar que se desangrara sobre la alfombra.

A su lado.

Maranta vio en los ojos vidriosos de lord Ashley como la vida se había escapado de ellos.

Estaba muerto.

Se sintió liviana cuando unas manos la agarraron y pusieron en pie. Unos segundos después, estaban fuera del despacho y no pasó más de media hora cuando Anthony entró en el salón con una Maranta del brazo, totalmente recompuesta y con un bonito pañuelo en el cuello para ocultar las marcas que, quizás, le habían dejado los dedos de Ashley.

Anthony miró el perfil impasible de Maranta.

—¿Bailamos?

No bien hubo dicho que sí, cuando se escuchó un grito ensordecedor.

La música paró, los invitados se movieron como una masa fluida hacia el recibidor, y allí, de nuevo alguien gritó.

—¡Lord Astley ha muerto!

No hizo falta más que una mirada al mayor Foster para averiguar que todas sus sospechas eran ciertas.

Cuando el Mayor clavó su mirada en Maranta, esta se la sostuvo.

Lo vio apretar los dientes, y retroceder. Pero no fue tan rápido como se creía, ni tan invencible.

Cuatro pares de manos lo agarraron y mientras todos estaban conmocionados por el hallazgo de Ashley muerto en su despacho, nadie vio como los hombres de Wellington se llevaban a Foster y lo hacían desaparecer en la negrura del jardín.

—Se acabó —dijo Anthony, abrazando a Maranta.

Ella le correspondió al abrazo, como jamás pensó que haría.

Sintió los labios del capitán contra su frente, al tiempo que ella murmuraba:

—¿Nos vamos a casa?

Capítulo 43

Cuando al amanecer del siguiente día llegaron a casa de los Knigth, Maranta se sintió profundamente reconfortada por la presencia de Cristopher en su pequeña cama. Fue lo primero que hizo, cerciorarse de que su sobrino estaba bien, de que había valido la pena luchar para que el mundo en el que él viviría fuese más seguro.

Le acarició sus suaves cabellos y le besó la frente.

Al darse la vuelta, Anthony la esperaba apoyado en el marco de la puerta.

Estaba agotada, pero él también debía estarlo. Durante las largas horas de trayecto Maranta había dormitado, pero cada ver que miraba su rostro, tenía los ojos abiertos y estaba en alerta.

Quería preguntarle si sabía que ya estaban a salvo, si todo había terminado, pero no habló. Le dolía demasiado la garganta y, de todas maneras, Wellington sería quien les informara si eran de utilidad después de aquella noche.

Sin decir una palabra, Anthony estiró su brazo y le tendió la mano con la palma hacia arriba.

Ella se la tomó y juntos fueron a la habitación que habían compartido desde el día de su boda. Mientras el cielo iba tornándose de un suave tono azulado, Anthony deshizo los lazos del corsé de Maranta, la ayudó a desvestirse y la arropó una vez que la metió en la cama.

Se dio la vuelta para irse, pero la mano de Maranta voló hacia la suya y lo retuvo.

Quédate, pareció decir su mirada.

Y eso hizo él.

Se descalzó y se metió en la cama con ella.

El nuevo día los encontró abrazados y no fue hasta la hora del almuerzo que ambos se desperezaron, uno en brazos del otro.

***

—El mayor Foster y lord Ashley —dijo Anthony, en un tono solemne mientras miraba por la ventana de la biblioteca.

Frederick Knigth y David Chambers lo miraron con fijeza, pero guardaron silencio.

Si Anthony decía que uno de sus superiores era un traidor, Frederick lo creería, y David también. Nunca habían desconfiado de su palabra, aunque eso supusiera entender que habían estado bajo las órdenes de un traidor a la corona.

—¿Han muerto? —preguntó David, con la esperanza de que así fuera.

—Maté a Ashley, pero todo el mundo creerá que tropezó con la alfombra de su despacho y se abrió la cabeza contra la repisa de la chimenea. Con respecto a Foster… —casi escupe su nombre—. Se encargarán de él. Después de asegurarse de que no se deje ni un solo nombre por revelar.

—Ojalá pudiera estar en ese interrogatorio —dijo David.

Anthony sonrió por la determinación del muchacho.

El joven oficial había acudido de inmediato a casa de los Knigth cuando el coronel y futuro suegro le había anunciado que una carta urgente había llegado. Por supuesto el coronel no sabía de su contenido, pero David lo sospechaba. Se había puesto en marcha de inmediato y solo medio día después estuvo en Rosewood House.

Asintió con orgullo.

—Pero no podrá ser, te casas y te marchas al extranjero —le dijo el capitán—. Espero que haber precipitado tu boda para tener un espía en esos países no haya supuesto un gran sacrificio para ti.

El pequeño de los Chambers sonrió.

—Amo a la hija del coronel.

—Eso lo hace más sencillo —asintió Frederick, dándole a su amigo un apretón en el brazo.

Anthony también asintió.

Lo lamentaba por su dulce y pequeña Amanda, tantos años enamorada de David para que al final se casara con otra y se marchara del país. Suspiró. Sabía que a esa dama le quedaba un destino tan entretenido como el que tendría si se hubiera casado con un espía.

Mientras Anthony hablaba con sus amigos y les anunciaba su marcha, Maranta también lo hacía, pero se encontraba en el salón privado de Rose.

—¿No vas a quedarte? —preguntó, no sin cierta desilusión.

—Quiero volver a Londres.

Estaban las dos solas tomando un pequeño refrigerio, aprovechando los días de sol que les había regalado el final del mes de octubre.

—¿Con tu esposo?

No hacía falta mencionar su nombre. Él, desde luego era Anthony.

—Es mi marido, ¿no es así? —lo dijo apartando la mirada, pero Rose se la buscó.

—Yo, no soy tan ingenua como crees.

Maranta alzó la vista. Rose había hablado en un tono suave, pero estaba claro que aquellas palabras escondían algo.

—Nunca te he considerado ingenua —dijo Maranta, sin mentir —, sé que eres discreta, pero no ingenua y mucho menos tonta.

Rose dejó el platillo con la taza de té sobre la mesa y cruzó ambas manos sobre su falda de verano.

—Lyonel a veces habla, aunque… no tanto como me gustaría.

—No entiendo.

—Él cree que hay un motivo para una boda tan precipitada, y no, no me refiero a ningún embarazo, sino al hecho de que eres una mujer con contactos que pueden facilitar mucho las cosas. Me refiero a facilitar el trabajo del capitán Hilton —aclaró.

Maranta tragó saliva.

¡Pues sí que su amiga no era nada ingenua!

—¿Te lo contó?

—No sé a qué te refieres exactamente, pero no. Si es un secreto que no le concierne a él, mi marido no me cuenta nada.

Maranta se sintió culpable por no haberse sincerado nunca con nadie, al menos no del todo. Ni siquiera con Livia.

—Quiero que sepas que, si no deseas marcharte con él, puedes quedarte.

Maranta parpadeó sorprendida.

—¿Cómo?

—Yo, y creo poder decir que Lyonel estaremos encantados de que tú y Cristopher paséis todo el tiempo que queráis con nosotros. —Suspiró, haciendo un movimiento cansado con los hombros—. No quiero decir que Anthony no sea querido. La verdad es que todos lo apreciamos, la única…

Maranta sonrió con tristeza.

—La única que no lo soportaba era yo.

—Puede ser muy descarado —le dijo Rose—, pero es… un buen amigo.

—Y leal —añadió Maranta—. Nuestro matrimonio… no ha sido por amor —confesó—, pero tampoco quiero que creas que me he visto obligada a ello. Si no hubiera querido casarme, de alguna manera me las hubiera arreglado en decir que no. Hubo un motivo que no te puedo decir.

Rose soltó un suspiro de alivio mientras tomaba una de las manos a su amiga.

—Ni yo quiero obligarte a nada. Solo quiero que sepas que me tienes para lo que necesites.

Maranta se sintió reconfortada por las balsámicas palabras de Rose.

—Gracias. —Tardó un largo instante en continuar—. De verdad que te agradezco el ofrecimiento, pero deseo regresar. Junto con Anthony… creo que llegaremos a un acuerdo sobre lo que hay que hacer.

Rose no la contradijo, pero tampoco fingió que se sentía algo inquieta. Los quería a los dos.

—Ojalá podáis arreglar las cosas.

***

Tal y como habían decidido. Ambos marcharon a Londres.

El viaje no tuvo nada que ver con el primero que hicieron a solas. Esta vez Cristopher iba con ellos y aunque el niño se quejó de las tediosas jornadas en carruaje, Anthony lo entretenía con sus historias y Maranta con sus juegos.

Se detuvieron en varias ocasiones para admirar los paisajes, visitar abadías ruinosas y hasta la majestuosa catedral de Salisbury. Para cuando llegaron a Londres después de muchos días, Cristopher creyó que había vivido la mayor de las aventuras en aquel viaje.

Los sirvientes recibieron a Maranta con alegría, habían preparado la casa para su llegada, pues ella misma envió una carta que habría de llegar antes que ellos.

Cristopher llegó dormido y Anthony lo subió a su habitación y lo acostó con la ayuda de Maranta. Después de darle un beso en la frente, cerró la puerta tras de sí.

Tanto ella como Anthony se quedaron de pie, uno frente al otro, en medio del pasillo.

—Yo… —Anthony carraspeó tragando después saliva.

Maranta se miró las manos, nerviosa, jugueteando con los puños de su vestido de viaje.

—Creo que deberíamos hablar —dijo él tomando valor—. Aunque ha sido un viaje muy largo y quizás prefieras hacerlo mañana.

Ella lo miró con sus grandes ojos, y asintió.

—Sea como sea, mejor no hablarlo aquí —dijo ella consciente de que quizás los criados pudieran escucharlos.

Si se debía poner fin a ese matrimonio, era mejor ser discretos y si consideraban que era mejor seguir con él, quizás a nadie importaba el motivo por el cual se habían casado.

Maranta alargó una mano y agarró la de Anthony que la siguió.

Al darse cuenta de que estaba abriendo la puerta de su alcoba, no dijo nada, pero sus ojos se agrandaron por lo inesperado de ese hecho.

Maranta carraspeó, y se alejó de él a grandes zancadas.

—Por favor, cierra la puerta —dijo más resuelta de lo que se sentía—, quizás será mejor hablarlo ahora.

Ella se volvió hacia él.

El dormitorio estaba iluminado por varias velas que daban al lugar una atmosfera más íntima de lo que quizás ella pretendía. Pero no se quejó.

—Hablemos entonces —Anthony hizo lo que le pidió, cerró la puerta y se quedó allí de pie, a varios metros de ella, esperando que hablara, que echara algo de luz sobre cuales eran sus intenciones y pensamientos.

—Ahora que ya sabemos quien era el traidor, y todo está resuelto… —suspiró Maranta—. Ya te dije que todo esto era un poco innecesario.

—Tu reputación no estaría de acuerdo con esa afirmación.

Ella sonrió a su pesar.

Tenía la mirada baja y por el movimiento de sus dedos, acariciando los puños de su vestido, estaba claro que se sentía inquieta.

—Pero ahora, no hace falta que sigamos con esta farsa.

Anthony clavó su mirada en ella, sin decir una palabra.

Incómoda, Maranta se dio la vuelta, pero solo consiguió ver su reflejo cansado en el espejo del tocador.

Se llevó las manos a las sienes y esperó a aclarar sus ideas, o al menos a escoger unas palabras que le ayudaran a expresar todo lo que sentía.

Al ver que no hablaba, Anthony la apremió.

—¿De qué hablas exactamente?

Ella se paró frente a la chimenea, alejándose de la cama.

—De nuestro matrimonio, por supuesto. Esto ha sido innecesario. No deberíamos habernos casado. Podemos… divorciarnos.

—¿Divorciarnos?

Lo miró por encima del hombro y pudo distinguir un deje de dolor en el brillo de sus ojos. Tragó saliva, porque no quería ver lo que era evidente.

—¿Prefieres una anulación? —dudó ella, como si no supiera cual de las dos cosas preferiría Anthony.

—Maranta.

—¿Sí? —vaciló, nerviosa. Porque ahora, su mirada era dura.

—No voy a divorciarme de ti.

Capítulo 44

La rotundidad fue tal que Maranta solo pudo abrir la boca, sorprendida y sin entender las emociones que le provocó la afirmación de Anthony.

—Yo creí…

—Que iba a divorciarme de ti ahora que todo ha acabado —no fue una pregunta.

—¿Por qué querrías…?

No terminó de hablar al ver como la miraba. Con intensidad y… ¿dolido?

—Sé por qué no querrías casarte conmigo, y por qué debes estar deseando divorciarte de mí.

Ella se dio la vuelta hacia el tocador y apoyó ambas manos sobre la superficie.

—No quiero hablar de ello.

—Pues creo que es necesario —el tono fue más duro de lo que pretendía, pero aún así no pudo detener las palabras que

salieron de su boca— ¿Tanto me odias?

Sorprendida, se dio la vuelta, solo para darse cuenta de que Anthony estaba ya frente a ella. La tomó por los hombros y la obligó a mirarle.

—Yo… yo, no te odio.

Por su expresión, entendió que no la creía.

—Tenemos un pasado —dijo sin más—. No podemos ignorar lo que vivimos, pero… ¿es tan difícil perdonar? ¿Es por tu hermana? Podría entenderlo si fuera por ella, pero…

—No —dijo Maranta, tajante—. Mi hermana tomó sus propias decisiones —chasqueó la lengua molesta y se deshizo de las manos de Anthony.

Cuando él la soltó, ambos siguieron frente a frente y Maranta no trató de alejarse.

—Eres como eres. Y ella es como es.

—¿Qué significa eso? —Anthony la miró, comprendiendo que estaba hablando de su hermana, cuando él quería hablar de su marido.

—Que eres un mujeriego, y ella sabía a lo que se exponía.

Esas palabras le dolieron, pero ¿acaso no eran verdad?

—Lo cierto es que he estado con muchas mujeres Maranta, pero nunca me había atado a ninguna.

—Y ahora te has atado a mí —dijo, respirando hondo—, pero no voy a pedirte que…

—Te seré fiel.

No hubo vacilación en su voz y ella lo miró, sorprendida.

—No te he pedido eso.

—Lo sé, pero quiero que sepas que, si decides no divorciarte de mí, aún hay una posibilidad de que todo salga bien.

—¿Bien?

—¿Sería tan malo dejar que te quiera?

Si era sincera consigo misma, Anthony no era culpable de nada, lo era su poca capacidad para confiar en los hombres. Aunque…, también era una verdad absoluta que no había conocido a alguien más leal en toda su vida. Le había salvado la vida no una, sino dos veces. Y si lo pensaba, siempre había estado protegiéndola, desde la distancia.

Pero no lo era. No podía ser sincera con sus propios sentimientos, porque necesitaba protegerse de ellos. La culpa era demasiado poderosa.

Intentó retroceder un paso y sus caderas chocaron con el tocador.

—No habrá otra para mí. —¿Qué le estaba diciendo? No había dicho lo que creía que había dicho, ¿no?—. Anthony, han pasado demasiadas cosas como para que tú y yo…

La miró dolido, y la visión de su pasado lo asaltó.

—Si no es por tu hermana, ¿qué impedimento hay? —dijo ahora más molesto—. No puedes decirme que es por ese bastardo.

No hacía falta que le dijera de quien estaba hablando.

—Mataste a mi marido, —alzó el mentón—. Ese sería un motivo de peso para que los dos estuviéramos condenados. ¿No crees que sería suficiente motivo para no darnos una oportunidad?

—Me niego a que ese miserable te siga amargando la vida desde la tumba.

Ahora sí que se alejó de él, con largas zancadas llegó a la cama y se paró para apoyarse en la columna de madera.

—¡Era mi marido! —apartó la mirada hasta que él la tomó de los hombros para obligarla a mirarle con fijeza.

—Lo hice…

—¡No te atrevas a decir que lo hiciste por mí! —se zafó de él.

—Pero lo hice.

Maranta lo miró dolida.

—¡Sí! —gritó Anthony con los dientes apretados—. Maté a ese bastardo y volvería a hacerlo mil veces. Podría decirte que lo siento —se rio sin humor—, pero no lo siento —arrastró las palabras mientras la miraba a los ojos fijamente, para que entendiera que jamás sintió remordimiento alguno.

—Anthony…

—Me regodeé al verlo desangrarse a mis pies. ¿Me convierte eso en un monstruo? Bien, seré el monstruo que necesitas que sea. Échame la culpa de todo, porque la tengo.

Ella boqueó, indignada.

—Sí, lo mataste, no insinúes...

—Y me alegro de haberlo hecho. No se merecía vivir, ni respirar el mismo aire que tú. Te convirtió en una muñeca vacía y rota, cuyas heridas aún no han sanado. —Negó con la cabeza—. No te engañes, el único culpable de su muerte fue él mismo.

Maranta se tapó la cara con las manos.

Recordó aquella noche, como se había sentido humillada y llena de miedos.

La primera vez que lo vio ella solo era, como había dicho él, una muñeca rota. Con la espalda desnuda y su camisón

ensangrentado, mirando desde el suelo al hombre que acababa de entrar en la alcoba que compartía con su marido. Vio la determinación de acabar con él cuando se abalanzó para tirarlo al suelo y golpearlo hasta que su rostro no fue más que carne, sangre y huesos rotos.

Podría haber hecho algo, detenerlo para que no siguiera golpeándole, pero fue incapaz de moverse. El pánico la paralizó, y sobre todo… la esperanza.

Oh, fue glorioso ver como alguien se enfrentaba a él, pero irremediablemente sintió pánico. Aquel era su marido y ella debía ser una buena esposa. La habían educado así, su único deber era obedecer y servir a su marido.

Se acordó de sus sensaciones y sus caóticos pensamientos. ¿Y sí seguía golpeándolo? ¿Y si lo mataba? El alivio la había invadido al ver que no se movía y el terror acudió de nuevo al ver que Anthony se apartaba y su esposo escupía sangre al hacer un gran esfuerzo por seguir respirando.

Seguía vivo. Entendió con horror.

Y supo que, si él no moría, tarde o temprano terminaría con ella.

Se había arrastrado por el suelo hasta convertirse en un ovillo contra la pared. Esa fue la primera vez que Anthony la tocó. La primera vez que sintió que un hombre la abrazaba con ternura, dispuesto a protegerla. ¿Pero a qué coste?

La vos de Patrick todavía la perseguía por las noches. *Todo esto es culpa tuya, Maranta. Mi reputación se ha visto en entredicho por ese maldito capitán. Si cuenta lo que me obligas a hacerte por tu soberbia y carácter… si pierdo mis apoyos en mis negocios, te juro que te mataré yo mismo con mis propias manos.*

Nadie hizo nada, a pesar de que cada uno de los sirvientes sabían qué estaba sucediendo.

Después vino el duelo.

Maranta entendía que quizás esa noche sería él quien no volvería con vida. Pero su esposo era demasiado arrogante para comprender que esa era una posibilidad muy real. ¿De verdad se creía mejor tirador que Anthony Hilton?

No lo era.

Y lo supo cuando la primera bala lo alcanzó. Pero la segunda…

Eso no fue un duelo de caballeros.

Fue una ejecución.

Un tiro en el pecho, justo en el corazón.

Sus ojos se habían elevado hacia Anthony y lloró. Lloró amargamente, pero no por su marido. Lo hizo por la vergüenza que siempre la acompañaría después de entender que no sentía lo que se esperaba de una mujer devota.

No lloraba por la muerte de su depravado esposo, sino por la de su conciencia, pues sintió… Alivio.

Alivio al ver que su marido se desangraba a sus pies, y que jamás volvería a tocarla.

Se odió por sentirse así, por ser así. Y se odió aún más porque ese hombre que la había salvado sabía su secreto, su verdad, que era una mujer cobarde y pequeña que había necesitado que la salvaran.

—Maranta —la voz de Anthony la devolvió a la realidad.

—¡Vete! —gritó ella.

Lo empujó con todas sus fuerzas. No iba a permitir que la viera llorar, que la humillara, desbordando sus emociones.

—¡Lárgate!

Le golpeó el pecho con las palmas de las manos, pero Anthony no se movió. Tomó sus muñecas con fuerza y la sujetó mientras ella intentaba alejarse.

—No te quiero aquí —dijo, llena de rabia—. Quiero que te vayas.

En ese momento, Anthony la tomó por los brazos y la atrajo contra su pecho. Al retorcerse le sujetó la cabeza para que lo mirara a los ojos. Estaban cerca, muy cerca. Podía notar su cálido aliento contra su rostro y se sintió humillada al notar como sus mejillas estaban húmedas por el llanto.

—No voy a irme.

Ella rugió, y volvió a intentar alejarse, sin éxito.

—¡Basta! —Ahora el que sintió como sus emociones se desbordaban fue Anthony—. Ya es suficiente, Maranta. No voy a irme. No te dejaré sola, jamás. ¿Puedes entenderlo? —La voz de capitán se entrecortó y Maranta dejó de forcejear, sorprendida por el dolor que veía en sus ojos—. No puedo dejarte.

Hubo un profundo silencio cuando ella se quedó inmóvil.

Pero al poco, Anthony siguió hablando, como si necesitara darle una explicación.

—Si lo deseas, puedo intentar que no me veas —en su voz, ella pudo notar todo el dolor que sentía—, ser silencioso y salir cuando entras en una habitación, pero no voy a alejarme. Estaré

siempre lo suficientemente cerca para cuando me necesites. Si gritas mi nombre yo estaré ahí para ti. Siempre. ¿Puedes entender eso?

Ella negó con la cabeza, sorprendida y sin comprender de qué estaba hablando.

—¿Por qué?

No esperó más para decirle la verdad.

—Te amo, Maranta. Te amo desde siempre.

La sorpresa y el aplastante silencio la dejaron sin respiración.

—No, no es cierto.

—Lo es, y necesito que me creas.

Anthony volvió a apretarla contra su pecho.

—Suéltame —dijo, apenas sin fuerzas.

Él ni siquiera se molestó en negar.

El nudo en la garganta no la dejaba hablar. Pero sus ojos se empañaron de nuevo. Anthony no mentía y eso solo hacía más que atormentarla. Empezó a llorar de nuevo, pero una vez más él no le permitió apartarse.

—Fue culpa mía. Sé que lo mataste al ver…

Esta vez las manos de Anthony tomaron su rostro. Fue delicado al obligarla a mirarlo.

—Ese hombre no merece ni una de tus lágrimas. Ni uno más de tus pensamientos.

La abrazó con ternura y sus labios rozaron su sien, para después posarse en los párpados, las húmedas mejillas y finalmente alcanzar su boca.

—Maranta… no puedes haber estado atormentándote por la muerte de ese hombre.

—Era mi esposo y yo… hice que lo mataras. Cae sobre mi conciencia haberte convertido en un asesino ¡Oh! —gimió—. No lo entiendes, no puedes entender lo aliviada que me sentí, lo…

—Ya es suficiente, su fantasma no estará ni un solo día entre nosotros, ni tu hermana tampoco. Ya es suficiente Maranta. Por favor —las últimas palabras fueron una súplica—. Es preciso que nos demos la oportunidad de ser felices.

Maranta se había cansado de luchar, quizás por eso lo miró con fijeza y finalmente, asintió.

—Está bien. —Se dejó caer contra su pecho—. Yo también te amo.

Capítulo 45

Maranta tomó de sus labios todo el consuelo que necesitaba.

Las respiraciones se aceleraron al estar el uno en brazos del otro. Se había resistido tanto a ello. Lo había deseado tanto sintiéndose culpable hasta volverse dura y hasta cruel con él, cuando durante todo ese tiempo fue el único que había hecho algo para protegerla.

Se besaron con desesperación y en la habitación, bajo la escasa luz de las velas, solo se escuchó el sonido de sus respiraciones y el de la tela al deslizarse y caer.

—Te amo.

Cuando dejó caer el vestido, las puntas de los dedos de Anthony, rozaron sus hombros desnudos, por encima del tirante de la camisola, aún cautiva bajo el corsé, ella respiró entrecortadamente.

—Te amo —le contestó Anthony contra su boca.

Y era verdad. No había una verdad más grande, se dijo. ¿Cuántos años llevaba enamorado de ella? Desde el momento que la vio, cuando bajó la vista y vio sus hermosos ojos húmedos por el llanto. Nunca había visto una joven tan triste y hermosa. Se juró que haría lo que fuera para hacerla sonreír.

Ella fue incapaz de mirarle a los ojos mientras le desabrochaba la camisa y tiraba de ella para sacársela de la cintura de los pantalones.

Por fin sus ojos se encontraron y los labios de ella se abrieron para expresar una duda, pero Anthony negó con la cabeza.

No había momento para dudas.

Iba a ser suya, y haría que no se arrepintiera jamás de esa decisión.

—Ven a mí —la agarró por la cintura y sus cuerpos se fundieron.

Cuando Anthony tomó su boca, Maranta empezó a respirar con dificultad, excitada y anhelando lo que tantas otras habían deseado antes que ella.

—Yo… —se sintió insegura cuando apartó su boca—. Yo no he hecho esto desde… hace mucho tiempo.

Anthony no dejó de mirarla, tomó sus manos y besó los dedos con reverencia mientras la veía tal y como era. Hermosa, tanto por fuera como por dentro.

Si ella supiera todo lo que le hacía sentir. Si supiera que solo ella le hacía pensar en un futuro mejor, feliz.

—Quizás no deberíamos… —vaciló Maranta.

Anthony negó con la cabeza y volvió a besarla antes de que pudiera seguir hablando.

Gimió contra su boca y sus delicados brazos le rodearon el cuello, algo que aprovechó para alzarla en volandas. Su vestido quedó sobre la alfombra y la depositó a los pies de la cama, junto a la columna de madera labrada. Le dio la vuelta besando aún su cuello, y deshizo los lazos del corsé mientras adoraba su nuca con la lengua.

Maranta se estremeció, agarrándose al poste al ver que sus rodillas flaqueaban.

Su ropa interior empezó a caer al suelo, dejando solo las medias blancas y la liviana camisola. Cuando, de nuevo sintió las manos de Anthony en la cintura, la hizo girar para contemplarla.

Él seguía vestido y eso le dio inseguridad.

Tragó saliva. Le faltaba el aire, hasta que lo expulsó de golpe al sentir que él la empujaba sobre la cama.

Maranta cayó sobre su trasero y extendió los brazos tras su espalda para apoyarse en las palmas.

—Anthony.

Como única respuesta, él le sonrió.

Lo vio quitarse la camisa y revelar el magnífico torso desnudo.

No fue consciente cuando se lamió los labios al posar sus ojos en aquellas crestas sobre su abdomen. También observó sus hombros, mucho más anchos de lo que había creído. Volvió a respirar abruptamente al ver que las manos de él se desabrochaban los pantalones.

Tragó saliva cuando cayeron al suelo y después le fue detrás la ropa interior.

No sabía que esperaba que hubiera debajo de sus ropas, pero no aquello. No esa perfección.

Y él lo sabía. El maldito descarado sabía lo perfecto que era. Su amplia sonrisa de satisfacción le daba a entender que era así.

Dio un paso hacia ella, y se inclinó hasta que la espalda de Maranta tocó el suave cobertor.

Jadeó cuando la rodilla de Anthony se situó entre sus muslos, y la sonrisa de ese truhan la dejó sin aliento.

—Estás demasiado complacido contigo mismo —le dijo ella en una voz apenas audible.

—¿Y te extraña? —descendió hasta besarle tiernamente la mejilla, el mentón, el cuello…—. Llevó tantos años deseándote.

El dedo índice de Anthony siguió el contorno de su camisola, tirando de su escote hasta bajarlo todo lo que pudo. Un pezón se asomó justo a tiempo para que él lo tomara entre sus labios.

La espalda de Maranta se arqueó, buscando ese contacto, ese delirio.

Cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que jamás había experimentado.

Jamás.

Había yacido infinidad de veces con su marido cuando él se lo había exigido, pero el placer… el placer parecía vetado para ella. No disfrutó de sus obligaciones y Patrick le hizo creer cuan imperfecta era. Cuan frígida era.

Miró a Anthony que pareció vacilar al ver una sombra en sus ojos.

—Tranquila.

Ella asintió.

Enterró los dedos en el cabello oscuro y tiró de él, para después abrazar la cabeza contra su pecho. No quería que parara, pero…

—Esto no está bien —gimió.

Anthony succionó un poco más antes de mirarla a los ojos.

—Tienes razón —dijo muy serio—. Soy tan desconsiderado. —Tiró de nuevo hacia abajo, descubriendo el otro pecho y tomándolo con la boca—. Los dos merecen la misma atención.

Ella se arqueó de nuevo y cerró los ojos mientras abría la boca.

—No me refería a…

—Sssh… —en los siguientes minutos Maranta se limitó a sentir, a maravillarse por como reaccionaba su cuerpo ante las caricias de Anthony.

¿Eso era el placer? ¿Podía culpar a las mujeres que habían caído presa del embrujo del capitán Hilton? No, no podía cuando ella daría cualquier cosa para que continuara, para tenerlo de nuevo para ella, para adorarlo.

Le había odiado tanto tiempo… y ahora solo se daba cuenta que era una forma de proteger su corazón, de ocultar lo que sentía

de verdad por él. Había matado a su esposo y el deseo junto a sus remordimientos no la habían dejado vivir en paz.

Y paz era lo que necesitaba.

Paz consigo misma, dejar de gruñir y morder y dejarse querer.

Suspiró, arqueándose de nuevo.

Amaba a ese hombre. Lo quería entero, con ella, para siempre.

—Anthony…

Al escuchar que pronunciaba su nombre alzó la cabeza y miró sus ojos. Reptó sobre su cuerpo y apretó sus caderas contra ella, haciendo que abriera las piernas para recibirlo.

Apoyó su peso sobre el codo y con la otra mano libre empezó a subir el dobladillo de la camisola, pero dejó que la tela cayera sobre sus muslos, a la altura que terminaban sus medias.

Anthony se humedeció los labios mirando ese trozo de carne exquisita que asomaba por encima del liguero. Se tomó su tiempo para desatar los lazos e introducir dos dedos en esa media.

Maranta jadeó y al instante empezó a temblar por el exquisito roce.

Consciente de que no podía contener esos sonidos se llevó ambas manos a la boca mientras él seguía deslizando la media hacia

abajo, con sus dedos rozando el interior de los muslos.

Siguió temblando de manera incontrolable, y Anthony sonrió. Se detuvo para apartar de sus labios esas manos y mirarla a los ojos.

—Estamos solos, puedes hacer el ruido que desees.

—Yo… es que… no sé qué me pasa.

Él asintió.

Sí, quizás no había estado con otro hombre que no fuera su marido, quizás jamás había experimentado lo que era el placer con un hombre.

—Tranquila —le besó la frente y la punta de la nariz—. ¿Te gusta lo que te hago?

Ella asintió, mirándolo a los ojos.

—Sí.

—Bien —Se puso de rodillas entre sus piernas y se deshizo con rapidez de las medias, cuando volvió a inclinarse sobre ella, Maranta supo que se había terminado el juego. En los ojos de él ardía un fuego que estaba segura de que también vería en los suyos propios.

Cuando el cuerpo cayó sobre el de ella, las manos de Anthony se colaron bajo la única prenda que separaba los cuerpos desnudos.

Una mano acarició el interior de los mulos haciéndola temblar de nuevo mientras la besaba sin tregua.

Llegó hasta su centro de placer, húmedo y listo para él. Soltó un rugido sin pensar que podría incomodarla. Su boca dejó los labios de Maranta y se deslizaron por el cuello, los pechos desnudos y finalmente su vientre que descubrió después de deshacerse por fin de la camisola.

Maranta se retorció bajo el cuerpo desnudo. Se cubrió el rostro con los brazos mientras notaba como la lengua de Anthony la recorría.

—Yo… por favor… —no sabía por qué suplicaba, pero lo hacía y lo seguiría haciendo hasta alcanzar lo que no sabía que deseaba.

De nuevo estuvo sobre sus pechos y después más abajo hasta que hizo que se arqueara. Las manos de Maranta volaron hacia la cabeza de Anthony y hundió los dedos en sus cabellos mientras la lengua saboreaba su humedad y buceaba entre los pliegues de su carne.

—Anthony —dijo, ahogándose con su nombre.

Otro gemido y sus muslos apretaron la cabeza del capitán pidiendo más.

—Por el amor de Dios… yo… ¡Ah!

Anthony sujetó con fuerza una de sus piernas, para que a pesar de retorcerse como lo hacía, no pudiera apartarse y saboreara como él ese placer. La otra mano acarició su vientre, y subió hacia el esternón, donde Maranta la atrapó, asiéndose a ella como un clavo ardiendo.

—¿Qué me estás haciendo? —jadeó, arqueándose una y otra vez mientras su cuerpo temblaba incontroladamente.

La lengua rozó su clítoris endurecido y poco después los labios succionaron con fuerza hasta hacerla gritar y retorcerse.

Antes de notar las últimas sacudidas de Maranta contra su boca, se separó de ella. Reptó por su cuerpo y la miró a los ojos.

Sus caderas encajaron a la perfección.

Anthony respiraba entrecortadamente, muy consciente de que nunca había estado tan cerca de hacer el ridículo. No quería terminar, pero se sentía como un colegial inexperto.

—Sí te duele, pararé, pero…

Ella tomó su cara entre las manos y lo besó con desesperación.

—No pares.

Un segundo después, Anthony guio su miembro hasta clavarse en ella. Buscó ser tierno, pero solo pudo besarla con

desesperación mientras se adentraba en ella una y otra vez mientras Maranta se aferraba a sus hombros dejándole marcas en forma de medialuna.

No sabía que había esperado al hacer el amor con Maranta, pero desde luego no pensó en aquello, en volverse completamente loco, en dejar de pensar en todo lo que no fuera esa mujer que se retorcía bajo su cuerpo, prolongando el que probablemente era el primer orgasmo de su vida con un hombre.

Sintió la presión de las uñas en su espalda, en como intentaba balbucear su nombre entre besos y caricias.

La mano de Maranta se deslizó a lo largo de su espalda hasta llegar a una de sus nalgas, notó como se abría más para él, saliendo a su encuentro con las caderas.

—Oh, Maranta —gimió presa de una dicha que jamás pensó en sentir.

Ella sonrió contra sus labios y finalmente le devolvió el beso que acabó con los dientes de Maranta atrapando su labio inferior.

—Maldita sea —se tensó al notar como seguía mordiendo su cuello y su clavícula.

Ella dejó de hacerlo, nada más ver que Anthony se tensaba y se detenía.

—¿Te he hecho daño?

Él la miró con ojos encendidos y ella le sostuvo la mirada, dudando de si había hecho algo mal.

—Ahora, vas a quedarte muy quieta —dijo atrapando sus manos por encima de su cabeza.

—¿Cómo de quieta? —Maranta empezó a sonreír, sabiendo exactamente que lo había llevado al límite.

—¡Oh! Muy quieta señora Hilton.

—¿Lo suficiente como para que no quedes en ridículo?

Anthony meneó la cabeza mientras ella se reía.

—Eso ha sido cruel, incluso para ti.

Maranta siguió sonriendo mientras sus caderas se movieron de nuevo. Una estocada larga y profunda hizo que se arqueara y dejara de sonreír par aponerse a temblar.

—Anthony.

Él lo hizo otra vez.

Se vio en la obligación de sujetarla por un muslo, mientras sus muñecas seguían atrapadas por la otra mano.

—No seas cruel, Maranta.

—No soy cruel. Es delicioso todo lo que me haces sentir.

Anthony apretó los dientes, acababa de darse cuenta de que Maranta ni siquiera necesitaba tocarlo para encenderlo, y él estaba al límite.

—Siento que no he estado a la altura —movió las caderas de nuevo haciendo que ambos jadearan.

Otra estocada larga y profunda que le hizo apretar los dientes.

—No puedo más, necesito. ¡Ah! Te prometo que voy a compensarte, solo déjame… —Empezó a bombear con rapidez en su interior.

Maranta se deshizo de su agarre y lo abrazó con fuerza, moviendo sus caderas y disfrutando de sentirlo dentro, de sus acometidas y ese beso largo y profundo que no tardó en llegar.

—Oh, Anthony… ¡Sí!

No pudo más, se derramó en su interior. Sentirla apretándose contra su miembro en un nuevo orgasmo fue más de lo que pudo soportar.

Nunca había deseado tanto a ninguna mujer. La amaba, quizás era eso, quizás Lyonel tenía razón y uno no sabía que no estaba entero hasta que no encontraba aquello que no sabía que

tanto necesitaba. Y él necesitaba a Maranta, necesitaba sentirla a salvo, feliz, con él.

Sus cuerpos siguieron moviéndose envueltos en los sonidos que ellos mismos producían, en manos de un placer que nunca habían experimentado.

—Oh, Maranta. —La besó de nuevo, con ternura.

Después de que los espasmos del orgasmo los suavizara a los dos, ella se acurrucó contra su pecho y él tiró del cobertor para cubrirlos a ambos.

—No es como lo había planeado.

Ella levantó la cabeza, y esa ceja arqueada le hizo reír.

—¿Habías planeado algo así?

—No —se rio Anthony con más fuerza—. Si me hubieran dicho que esta noche terminarías en mis brazos, me hubiera jurado hasta mi última libra a que era imposible.

En silencio, Maranta volvió a descansar la cabeza de cabellos rizados contra su fuerte pecho.

—Ahora entiendo muchas cosas —dijo quedamente.

—¿Cómo cuáles?

—Como todo el número de amantes haciendo cola en la puerta de tu alcoba para repetir.

—Y eso que no ha sido mi mejor actuación —se burló, provocando que Maranta le pellizcara el vientre.

Ambos se retorcieron hasta que Anthony la volvió a atrapar bajo su cuerpo.

—Quiero repetir.

Ella le dio un casto beso en los labios.

—Lo noto —le sonrió.

—¿Quieres repetir? —preguntó muy serio mirándola a los ojos.

Entendería que la experiencia, aunque satisfactoria, no la hiciera desear repetir… Sus pensamientos se perdieron cuando Maranta lo empujó contra el colchón, alargándose contra su cuerpo desnudo.

—Dígame capitán, ¿qué más puede enseñarme esta noche?

No sonrió cuando atrapó su boca en un largo beso. Estaba demasiado abrumado como para dejar brillar su sentido del humor.

Estaba atrapado por esa mujer, embrujado y orando como el más ferviente creyente para que ella no despertara de ese sueño y lo echara a patadas de esa cama.

Con esa mujer todo podía suceder. Pero se juró que iba a disfrutar de cada migaja de afecto que quisiera darle hasta que

recuperara el buen juicio.

Capítulo 46

Maranta se revolvió en la cama y se dio cuenta que un fuerte brazo rodeaba su cintura. Por un momento entró en pánico y su corazón bombeó con fuerza, pero al instante recordó todo lo que había pasado esa noche.

Gimió, entre avergonzada y feliz.

—¿Qué significa exactamente ese sonido? —preguntó Anthony, apretando los labios contra su nuca— ¿Hambre?

Ella soltó una risa por lo inesperado de su pregunta.

Cuando notó que hundía la nariz en su cuello y la abrazaba con más fuerza contra su pecho, ella se dio la vuelta y le dio los buenos días.

—No puedo creer que hayamos dormido tanto —miró hacia la puerta cerrada—. Y la señora… —Maranta cerró los ojos mortificada —. Anthony, levántate.

Lo empujó y ella rodó hasta salir por el otro extremo de la cama.

Anthony había alargado el brazo con presteza, pero no lo suficiente como para poder agarrarla y devolverla a la cama, que era el lugar donde él pensaba que pertenecía a esas horas.

—¿Qué haces?

Ella parecía no escucharle.

—¿Crees que habrán abierto la puerta y nos habrán visto?

Ante la pregunta, Anthony alzó una ceja. ¿Lo decía en serio?

—¿Importa?

—¡Claro que importa!

Él la miró como si sus palabras no tuvieran sentido.

—Estamos casados.

—¡Vamos! —lo ignoró ella, empujándole—, ¿por qué sigues en la cama?

Tiró de la sábana, pero Anthony no se lo puso fácil.

De un tirón regresó la sábana a su sitio y Morgana tuvo que cubrirse rápidamente con una bata.

—Va en serio, vete antes de que…

—¿Antes de que sepan que he pasado la noche con mi esposa?

—¡Sí!

—Como siempre, eres muy lógica, querida.

—No te burles. Yo… —se atragantó.

¿Qué iba a decirle? ¿Que no estaba preparada para que todo el mundo supiera que sí eran un matrimonio de verdad? Bueno, todo el mundo creía eso, pero los sirvientes sabían que no era así, ¿no?

—De verdad, Anthony, vístete. Además, podría entrar Cristopher en cualquier momento.

Él suspiró y volvió a reclinarse contra los almohadones de la cama.

Maranta se cruzó de brazos al verlo desnudo, apenas cubierto por la sábana, con el pecho al aire y las manos entrelazadas tras la nuca.

—Si dejaras de preocuparte por cosas insignificantes, te darías cuenta de que podrías estar disfrutando de esto —se señaló entero.

—¿De veras? —preguntó muy seria.

—De veras. Solo deja de preocuparte qué dirá el servicio y…

—No quiero que sepan…

—Lo saben —sentenció, cerrando los ojos.

—No lo saben —dijo ella no muy convencida.

Él la miró con esa sonrisa pícara.

—Gritaste demasiado fuerte en medio de la noche como para que no lo sepan.

Maranta se volvió del color de un tomate maduro en verano.

—Eso no es cierto.

—Lo es, y la prueba es que tu mayordomo, tan protector, no vino con un mosquete a salvarte. Sabía por qué estabas gritando exactamente.

—Eres… horrible.

Anthony soltó una carcajada ante su enfado infantil. Pero se recuperó de inmediato cuando la vio meterse en el vestidor para su aseo. Recogió su ropa y se puso los pantalones antes de ir hacia ella.

Al abrir, la encontró poniéndose las medias.

—¿Necesitas ayuda?

—Necesito que te marches.

—¿Seguro? —se cruzó de brazos y la observó vestirse haciendo que ella resoplara a cada rato—. No entiendo que te vistas si sabes que en unos minutos terminarás donde estabas…

—Cállate —dijo, escandalizada—. Y haz el favor de vestirte.

Le faltó tiempo para empujarlo hacia fuera.

—Vete, voy a tocar la campanilla para que venga mi doncella y no te quiero aquí cuando llegue.

Como para que viera que iba en serio, se acercó al cordel y tiró de él. Pero lejos de marcharse, Anthony se acercó, agarrándola por la cintura. Antes de que ella pudiera decir algo la besó, dejándola sin aliento.

Satisfecho por su respuesta, la soltó.

—Bien, esposa. Nos vemos en el desayuno.

Ella abrió la boca para protestar, pero no pudo decir nada, pues antes de hacerlo una de sus doncellas asomó la cabeza por la puerta del vestidor.

—¿Puedo pasar? —su sonrisa evidenciaba que por supuesto todo el mundo ya sabía que había estado haciendo con su marido.

—Pasa —dijo dándose por vencida.

***

Maranta estaba disfrutado mucho de aquellos días, casi un mes de pura felicidad. Disfrutaba muchísimo más de lo que había supuesto. De los desayunos junto a Anthony y Cristopher, que

parecían llevarse maravillosamente bien, de los paseos por el parque, de los besos robados a escondidas que ella no quiso negarle.

Noviembre llegaba a su fin y antes de Navidad, Livia y Robert habían prometido volver. Sintió una enorme alegría al saber que Amanda y Violet habían regresado a Londres para recibirlos.

Maranta era feliz, pero sentía un nudo en el estómago, una ansiedad que le susurraba al oído cada vez que veía a Cristopher en brazos de Anthony. Temía que Claudia apareciera y se lo llevara, temía que Anthony se cansara de su vida de casado. Tenía miedo a todo.

Necesitaba hablar con alguien.

Alice y Rose estaban demasiado lejos, Amanda… ella no estaba casada, pero Violet… Ella era una mujer en quien poder confiar, y por fortuna estaba en Londres.

Cuando esa misma tarde se acercó a la casa de los Belford, Violet la recibió con una agradable sonrisa.

No pasó mucho tiempo hasta que Maranta se zambulló de lleno en el asunto.

—Necesito hablar con alguien —le dijo, estrujando el chal entre las manos.

—Amanda ha ido a visitar a una nueva amiga, así que estamos solas y tienes total libertad para hablar conmigo.

Sí, sabía que Violet no traicionaría su confianza.

Le explicó lo que había sucedido, obviando los motivos por los que se había casado con Anthony, pero dejando claro que no había sido por amor. Después le contó los maravillosos días de viaje y que finalmente había decidido darle una oportunidad a su matrimonio.

Aunque…

—No sé si es lo correcto. No sé si…

Para su consternación, Violet le sonrió.

—Creo que piensas demasiado.

—¿Qué?

—No importa qué piensen los demás, ni a donde lleve esto. Eso solo lo podréis decidir vosotros dos. ¿No crees que es mejor dejarse llevar y ver qué pasa?

Maranta parpadeó, confusa.

—¿Ver qué pasa?, ¿dejarse llevar?

Para una mujer que siempre quería tenerlo todo atado y bien atado, aquello era poco menos que un imposible.

—Sí, ¿por qué decidir nada, si se puede simplemente…?

—Ver qué pasa.

No lo había pensado. Su mente crítica y práctica había hecho sus cálculos, pensado que debía tomar una decisión cuanto antes sobre la naturaleza de su relación con su esposo. Porque necesitaba estar preparada para cuando él la abandonara.

Si es que la abandonaba.

Por otra parte, si ella quisiera terminar la relación para protegerse… No es que pudiera echarlo de su propia casa.

Hizo una mueca.

Si decidía que lo que estaba sucediendo todas esas noches, no iba a volver a pasar… ¡Ja! Casi le da un ataque de risa. Se engañaba a sí misma, porque… no era tan fuerte.

Si seguían bajo el mismo techo, Anthony conseguiría seducirla, eso seguro. Y por último si decidía tener un matrimonio normal…

Se entristeció de repente.

¿Qué era normal?

Desde luego dudaba que Anthony pudiera serle fiel, y ella ¿querría compartirlo con otras mujeres? No, eso no podía ser. Su corazón sufriría demasiado, y ella ya había tenido suficiente sufrimiento por un par de vidas.

—Deja que lo que tenga que pasar pase.

—¿Sin que tome yo la decisión de qué hacer con mi vida?

Violet la tomó de la mano y asintió.

—Deja que pase, Maranta. Todo saldrá bien.

La misma Violet estaba dejando que pasara lo que tenía que pasar con su esposo James, y no parecía ser una decisión tan desacertada.

Poco después, esa misma tarde, cuando Maranta regresó a casa, lo hizo con una sonrisa en los labios. Estaría con Anthony, tenía a Cristopher, y no veía ninguna posibilidad de que ese maravilloso día se torciera.

Había escuchado a Violet. Dejaría de dar vueltas a su cabeza y dejaría que todo siguiera su curso.

Se acercó al salón, dispuesta a saludar a su esposo.

Hasta que sus pasos se detuvieron justo frente a la puerta entreabierta.

Su sonrisa se congeló.

Y la estridente voz de Claudia hizo que cerrara los ojos y deseara llorar de pura frustración.

Capítulo 47

El arco de la ceja de Anthony fue perfecto.

—¿Dices que vas a quedarte en esta casa?

—Por supuesto, mi hermana me acogerá. He vuelto después de un largo viaje y tenía la intención de pasar a buscar a Cristopher —dijo, con voz despreocupada—, pero cuando llegué a casa el techo de mi dormitorio se había caído, y está todo hecho un desastre. Hay varias estancias afectadas y me temo que las obras durarán más de lo que esperaba.

—Entiendo.

Entendía que Claudia era una mentirosa consumada, y una estratega nata. Quizás, y era mucho suponer, el techo se había visto afectado, pero quedarse con su hermana…

—¿Cuándo hace que te has enterado de nuestra boda?

Claudia carraspeó, incómoda.

—Hace una semana.

—Entiendo.

—Buenas tardes —cuando Maranta entró por la puerta, no llamó. Porque era su casa y porque no tenía por qué hacerlo.

Sus ojos se fijaron tanto en su marido como en su hermana.

Intentó respirar con normalidad, aunque no lo consiguió del todo a causa del nerviosismo.

—Buenos días, queridísima hermana.

Maranta resopló imperceptiblemente cuando Claudia la abrazó como si realmente la hubiera echado de menos.

—Claudia —le dijo, con un timbre de voz neutro.

Mientras seguía abrazada a ella, los ojos de Maranta se clavaron en Anthony, apoyado en un pequeño aparador junto a una de las ventanas. El sol empezaba a ocultarse y se habían encendido dos lámparas cuya luz, su pelo azabache atrapaba. Pocas veces lo había visto tan atractivo, despreocupado y con una sonrisa cínica bailando en sus labios.

Lo vio cruzarse de brazos y después de encogió de hombros, como si él tampoco entendiera qué hacía Claudia ahí, ni como tomarse su visita.

—Oh, le estaba diciendo a Anthony que me he quedado sin casa.

—¿Sin casa? —Maranta alzó la ceja izquierda.

—Acabo de volver de viaje, ya sabes…

—¿Con tu prometido?

—Oh, no —Claudia giró la cabeza y miró a Anthony por encima del hombro—. El teniente Hilton y yo hemos decidido ser amigos.

Eso sí que no se lo esperaba, y Anthony… él se hecho a reír. Una risa fugaz que pronto dominó.

—Es cierto —dijo Claudia encaminándose de nuevo a él—. Sabíamos que había la posibilidad de que fuéramos incompatibles.

—Él lo supo desde el momento que te marchaste de viaje sin él.

Claudia se puso seria de repente, juntó las manos y jugueteó con sus guantes de redecilla.

—Bueno, él eligió quedarse con su regimiento.

—¿Fue antes o después de marcharte con el marqués de Harwick?

Claudia enrojeció, preguntándose como se habría enterado Anthony.

—El marqués y yo solo somos amigos, me invitó a un corto viaje por Europa… ¿qué podía decirle? Estaba devastada por el rechazo de tu hermano.

—Pensaba que habíais dicho que erais simplemente incompatibles.

Claudia hizo un mohín y se volvió hacia Maranta.

—¿Ya has visto a tu hijo?

—Todavía no —dijo la belleza rubia—, quería refrescarme un poco antes.

—¿No has tenido más de dos meses para refrescarte? —preguntó en un susurro Maranta. No podía creerse que fuera una madre tan desalmada—. Cristopher te ha mencionado cada día.

—Estoy segura de ello —se fingió apenada—, pero eres tan buena tía, que estoy segura de que lo has sabido calmar.

—Ninguna tía substituye a una madre.

—¿Estás segura? —preguntó Claudia, con una sonrisa.

—Yo pienso que sí —dijo Anthony.

Por supuesto que creía que sí. Maranta amaba profundamente a su sobrino, dudaba que pudiera quererlo más si fuera su madre.

—Sea como sea, lo veré en la cena.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó, mordaz.

Claudia parpadeó, confusa.

—¿No has escuchado que mi casa está en ruinas? Debo arreglarla, tardaré un buen tiempo y por supuesto esperaba que me

acogieras —agarró su antebrazo con ambas manos y puso ojos de cordero—. Me acogerás, ¿no?

Qué remedio, quiso decirle, pero por el contrario dijo:

—Por supuesto, Cristopher estará encantado de volver a estar con su madre. —Miró a Anthony y este clavó también su mirada en ella, si esperaba que dijera algo, no fue así—. Le diré a…

—No es necesario, cuando he llegado le he dicho que me preparara la habitación de invitados, una junto a mi hijo.

Eso significaba muy cerca de la suya y la de… Anthony.

—Por supuesto.

—Gracias querida. —Claudia se puso de puntillas y besó a su hermana.

Se fue con rapidez. Anthony supuso que antes de que Maranta cambiara de opinión.

Al quedarse a solas, Maranta cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz. Luego suspiró. La estancia de su hermana en su casa se le haría eterna e insoportable. Al menos, se alegraba por Christopher.

—¿Tenemos a una nueva invitada? —Anthony lo dijo con humor, pero Maranta no sonrió.

—¿Sabías que no se había casado con tu hermano?

Él se separó del aparador y avanzó hacia ella hasta acariciarle los brazos.

—Lo sabía.

—¿Y no me lo dijiste?

Él suspiró.

—No lo vi necesario —al ver el ceño fruncido de Maranta, se apresuró a darle una explicación—. Mi hermano me escribió, me dijo que había entendido que lo que le había advertido sobre Claudia era cierto y que, aunque seguía enamorado de ella, se quedaría con su regimiento en el norte.

—Ya veo.

—¿Querías que te dijera que tu hermana se había marchado de viaje con otro hombre?

—¿Realmente se marchó de viaje?

Anthony hizo una mueca.

—Creo que ya sabes que te dejó a Cristopher mucho antes de irse de Inglaterra.

Ella asintió.

Se hizo el silencio por un largo minuto.

—Tengo que… pensar.

Se dio la vuelta para marcharse, pero él la tomó de la muñeca y tiró de ella hasta quedar entre sus brazos.

—¿Pensar? —le besó los labios de forma fugaz mientras se perdía en su mirada—. Me gusta mucho cuando piensas —le dijo Anthony besándola de nuevo—. Pero no me gusta nada cuando lo que piensas son las maneras de librarte de mí.

—Yo no… —pero calló, porque era justo lo que estaba haciendo.

Con Claudia allí, la fragilidad de su relación se hacía evidente.

—No pienses —le susurró Anthony contra su boca—. Solo dime lo mucho que me quieres —otro beso.

—Anthony…

—No —dijo él, arrastrándola contra la puerta del salón y echando la llave—, mejor demuéstramelo.

La besó apasionadamente y Maranta no pudo resistirse a su embrujo.

Anthony era una tentación demasiado fuerte para su auto control y él era perfectamente consciente de ello.

Las manos fuertes y suaves, capaces de matar por ella y de darle el placer más exquisito, recorrieron sus pómulos y fueron

descendiendo por el largo cuello de cisne, hasta el principio de sus perfectos hombros.

Ella ladeó ligeramente la cabeza para facilitarle el trabajo a sus labios, y entreabrió los suyos para expulsar un gemido ahogado que él transformó en sonoro cuando mordisqueó y lamió el lóbulo de su oreja.

—No he dejado de pensar en ti todo el día —susurró en su oído, rozándola con su aliento, haciéndola estremecer.

—Anthony —Maranta suspiró cuando la empujó contra la pared, forrada con un hermoso papel pintado de color pastel que recortaba su figura. Alzó la rodilla de forma instintiva para buscar su contacto mientras él le alzaba la falda— ¡Ah! —jadeó, en el instante que subía por el muslo hasta introducir la mano en su ropa interior, después de deslazarla con suavidad. Acto seguido se la quitó y ella soltó un hondo gemido.

Regresó a su boca, sedienta de él, cuando los dedos hábiles se abrieron camino hasta adentrarse en ella, primero uno y luego otro, mientras con el pulgar apretaba y frotaba su zona más sensible.

—A… Anthony…

La acalló con otro beso, haciendo esta vez que su lengua imitase lo que estaban haciendo sus dedos, avivándola de tal forma que pensó que ardería en llamas de un momento a otro.

Cuando el placer llegó al punto más álgido, sintió como se introducía en ella con una rápida estocada.

Anthony se bebió su grito y, en ese justo instante, notó como su esposa, cálida y húmeda, pulsaba sobre él. Maranta se retorcía de éxtasis entre su cuerpo y la pared del salón.

Se movió dentro de ella, con potencia y rapidez, sin apartar la mirada de la suya.

Maranta brillaba cuando se unía a ella, entonces, todo tenía sentido. Lo excitaba con su sola mirada, sus labios hinchados y las mejillas sonrosadas lo volvían loco por momentos. Sus manos delicadas, cerradas en puño sobre su pelo, lo enajenaban cuando tiraba de él.

—Eres un sueño… —jadeó Anthony, justo antes de sentir el goce recorriéndolo de arriba abajo.

Aumentó el ritmo hasta que su esencia regó la calidez del vientre de su esposa, de su amada.

Aún en su interior, apoyó la frente contra la suya y ambos permanecieron en silencio hasta que el ritmo de sus respiraciones se

apaciguó.

—Nadie, y mucho menos Claudia, nos arrebatará esto.

La besó de nuevo y ella no puso objeción.

Capítulo 48

Si Maranta se imaginaba que tener a Claudia en esa casa no sería nada fácil, no se equivocaba.

Fue un infierno.

Sobre todo, los primeros días.

A Maranta se le partía el corazón cuando Cristopher buscaba la compañía de su madre y se encontraba con una fingida amabilidad. Era cruel la indiferencia que demostraba hacia su propio hijo y a Maranta le partía el corazón. Por otra parte, tenía que lidiar con sus celos.

¡Sí, celos!

Quien le hubiera dicho hacía apenas medio año que ella sentiría celos por el capitán Hilton. Pero así era, se había enamorado de Anthony y aunque él no le daba ningún motivo para desconfiar, no podía evitar sentirlos.

Maranta había visto como Claudia intentaba algún que otro acercamiento con su marido, y como este la rehuía como la peste.

No habían tenido ningún encontronazo, pero la tensión iba en escalada. Dos semanas después, a principios de diciembre, su hermana se había cansado de las demostraciones de cariño que Anthony tenía con Maranta en el desayuno, y había optado por desayunar en su habitación. Algo que la había alegrado, hasta que vio la carita de decepción de Cristopher.

Era casi medio día cuando Anthony trabajaba en el que había hecho su estudio. En los primeros días de haber regresado a Londres como marido y mujer, habían tenido una larga conversación de lo que iban a hacer y donde vivirían. Anthony no le tenía cariño a su casa, situada a cinco calles de allí, y como Maranta apreciaba en demasía a su servicio no quiso oír hablar de cerrar la suya, por lo que Anthony convino que lo mejor era que él se trasladara. Además, Cristopher iba a estar muchísimo mejor en una casa que ya conocía. Anthony barajó la opción de ofrecerle su casa a Claudia, pero al insinuarlo, Claudia se limitó a mirarlo furiosa. No se habló más del tema.

Maranta dio la vuelta a la mesa y apoyó la cadera junto al borde.

Anthony, sentado en su silla, dejó la pluma y tomó la mano de su esposa.

—Se me parte el corazón al ver a Cristopher intentando captar la atención de Claudia —sintió una profunda tristeza—, quizás debería ofrecerle la casa de campo para que estén los dos…

—¿Y que se marche con ella? —Anthony frunció el ceño—. No puedes hacer eso.

—Es su madre.

Anthony se levantó y la tomó por la cintura, besando sus cabellos. El gesto fue tan genuino como dulce.

—Maranta, ¿y qué harán ahí? Ella no está aquí por su hijo, y si les dejas espacio lo único que conseguirás es que Cristopher pase muchísimo tiempo solo, sin ti, sin mí.

Ella lo miró, acariciando la inmaculada camisa con ambas manos.

—Tienes razón —cerró los ojos y se dejó envolver por su abrazo—. Ojalá fuera hijo mío.

Él hubiera dado cualquier cosa porque así fuera.

Después de un largo silencio, ella alzó la mirada.

—Anthony…

Él se preocupó al ver la solemnidad en su rostro.

—¿Sí?

—He de decirte algo.

Anthony chaqueó la lengua.

—Si vuelves otra vez a intentar hablar de la absurda posibilidad de dejarme, te juro…

—No, no —le dedicó una sonrisa—, a menos que me obligues.

—Me estoy portando muy bien —dijo él con una sonrisa y apretando de nuevo su talle.

Ella sonrió, pero enseguida carraspeó para volver al ambiente serio.

—Yo, no pudo… tener hijos —dijo, sin más. Lo mejor era sacarlo a relucir cuanto antes. Antes de que Anthony se hiciera ilusiones con tener un heredero.

—¿Por qué? —preguntó él, sin demostrar su decepción—. Eres joven.

—Soy estéril.

No hubo reacción alguna por su parte, o al menos intentó que no la hubiera. Jamás había querido tener hijos, no soñaba con ningún pequeño Hilton correteando por la casa, aunque sí adoraba a Cristopher y sabía que Maranta hubiera sido una madre estupenda.

—Debí decírtelo antes.

Vio la culpabilidad en su mirada, y rozó por un instante sus labios, con ternura.

—¿Por qué? No me incumbía.

—Sí —dijo ella, mirándolo con profunda pena—. Ningún hombre quiere una mujer que no sea fértil. Pero yo lo intenté y no fue posible. Créeme —se rio, al borde de las lágrimas—, mi marido lo intentó con insistencia.

Anthony la abrazó con fuerza.

—Quizás quien no podía era…

—Quería un hijo legítimo, Anthony —lo cortó—, porque los bastardos que tenía no podían heredar el título de baronet que pensaba iban a ofrecerle.

—Oh, ya veo.

—Lo siento —dijo ella.

A Maranta se le escapó una única lágrima, que recorrió su mejilla y él se la enjuagó con la punta de los dedos.

—Si lo piensas bien, es una suerte —le quitó hierro al asunto —, ya me cuesta perseguir a Cristopher. ¿Te imaginas tener que ir detrás de un pequeño Hilton? No sobreviviríamos, Maranta —eso la hizo reír. Él la hacía reír—. Envejeceríamos mucho antes de lo aceptable.

—Anthony…

—Y créeme, pienso permanecer joven y vigoroso por mucho tiempo.

Después de un beso largo y profundo, Anthony suspiró.

—Por cierto, yo también tengo algo que confesarte —el gruñó un poco, como si no quisiera revelar su falta.

Ella frunció el ceño.

—Anthony, ¿es por Claudia?

—Sí.

Lo miró, apenas sin parpadear.

—¿Te has acostado con ella?

—¡No!

—Quieres acostarte con ella.

Anthony soltó una carcajada hasta que los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Eres muy divertida.

Ella le pellizcó el abdomen, aunque no encontró grasa alguna que tomar entre el dedo índice y pulgar.

—No te burles de mí —ahora fue ella quien le sonreía—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Tu hermana me ha acorralado en los establos —dijo, dándole un rápido beso en los labios, como si no quisiera que se

preocupara por ello.

Pero Maranta no se preocupaba, lo esperaba. Hizo un mohín con la boca.

—¿Y te ha costado mucho huir?

—¿Te burlas?

Ella respiró hondo.

—Un poco —le sonrió—, pero seguro que un capitán de su majestad como tú, sabrá mantenerse firmes.

—Maranta —le advirtió.

La tomó por la cintura y le hizo cosquillas hasta que ella se retorció contra el escritorio.

—Para.

—No es divertido que te burles de tu marido —dijo a su vez, riéndose.

—¿No lo es?

—No —pero él sonreía, quizás porque la tenía de nuevo entre sus brazos y su esposa parecía feliz.

Puede que Claudia estuviera allí, pero Cristopher también lo estaba, y Anthony sabía que eso la llenaba de felicidad. Nunca la había visto tan radiante.

—Podré soportar la presencia de mi hermana —suspiró Maranta—. No se quedará indefinidamente. Y espero que tampoco te persiga indefinidamente.

No le había pasado desapercibido el amor que sentía por ese niño, y se sintió culpable por haber sido en alguna ocasión el responsable de que no estuviera bien atendido.

—No es de mi agrado tener a tu hermana en esta casa, pero sé que lo haces por Cristopher.

Maranta se abrazó a su cintura, todavía mirándole a los ojos.

—Sí. Y a mí tampoco me gusta que mi hermana te dé caza.

—Sabes que sería incapaz de…

Ella le besó en los labios, haciéndole callar.

—Por mucho que me sorprenda a mí misma… confió en ti, capitán Hilton.

Él no sonrió, pero esas palabras significaban mucho para él.

La besó a conciencia hasta que la hizo volverse contra el escritorio. Besó su nuca y la inclinó mientras acariciaba sus nalgas por encima del vestido.

Maranta apoyó las palmas de las manos sobre la madera de roble y gimió cuando notó como él poco a poco iba subiéndole la falda.

—Eres la representación exacta de la tentación —susurró contra su cuello, mientras las manos acariciaban la piel de sus muslos.

Maranta se mordió el labio y, necesitada de su contacto, arqueó la espalda y pegó el trasero contra él.

Pero unos ligeros pasos, correteando por el pasillo, hicieron que se tensara como la cuerda de in violín.

—¿Tía Maranta? —gritó el niño, abriendo de golpe la puerta del despacho.

Anthony se volvió enseguida, llevándose una mano al corazón, que casi se le sale por la boca.

Antes de que Maranta pudiera recomponerse, le dio un cachete en el trasero para pedirle que se incorporara rápido.

—¿Pero…? —se volvió enseguida y miró a su sobrino.

El niño parpadeó, consciente de que pasaba algo, aunque no sabía el qué.

—¿La estás castigando? —preguntó, finalmente.

Anthony ocultó una sonrisa.

—Se ha portado terriblemente mal.

Maranta carraspeó y le golpeó el estómago aun con la mirada puesta en Cristopher.

—Solo un poco, la tía es buena, ¿verdad, cariño? —Abrió los brazos para que su sobrino fuera hacia ella, y no lo dudó un instante.

—La mejor —le respondió Anthony.

El niño trotó hacia ellos.

—¿Damos una vuelta por el jardín antes del almuerzo? —Se abrazó a la cintura de su tía y Anthony le revolvió el cabello.

—Yo tengo una idea mejor.

—¿Cuál?

—¿Qué tal si vamos de picnic? Hace un día estupendo y puedo enseñarte a montar.

—Ya sé montar —le dijo el niño, con orgullo—, tengo un poni.

—¿Y qué te parece montar a mi caballo?

Maranta fue a abrir la boca, preocupada de que fuera demasiado pequeño para un caballo de tamaño tan considerable.

—Yo montaré con él o estaré a las riendas.

Maranta contuvo el aliento y asintió sin demasiada convicción.

—¿Puedo? ¿Puedo? —preguntó Cristopher con entusiasmo mientras daba saltitos.

—De acuerdo.

—¡Pues vamos a por la cesta de picnic! —aplaudió Anthony, que rivalizaba con Cristopher en entusiasmo.

Riéndose los tres los encontró Claudia.

Los vio salir al recibidor y dar órdenes al servicio para que les prepararan todo lo necesario para un picnic en el jardín. Se sintió una intrusa, molesta porque ninguno de ellos pensara en ella, y fastidiada porque para estar cerca de Anthony debería presentarse a esa aburrida actividad.

¡Un picnic! ¿Había algo más vulgar?

Puso los ojos en blanco ante las risas de su hijo con Anthony, pero lo que la molestó más fue la expresión de Maranta, que era feliz… dichosa con lo que no era suyo. Porque Cristopher no era su hijo, y Anthony… *él es mío*, y no pensaba dejar que su hermana se lo arrebatara.

Dio media vuelta y subió el tramo de escalera hasta que los tres desaparecieron de su vista.

Necesitaba estar sola para pensar en el plan que estaba fraguándose en su cabeza.

Capítulo 49

Había sido un gran día, pensó Maranta, mientras se cepillaba el largo cabello frente al tocador. Una excelente tarde entre juegos al aire libre y representaciones teatrales que Cristopher interpretaba con maestría para ser tan solo un niño. Hasta Claudia se les había unido a ellos.

Claudia, pensó suspicaz, dejando el cepillo de plata a un lado.

Su hermana estaba inusualmente alegre, algo que no hubiera molestado a Maranta si no fuera porque notaba, bajo esa pose, que sus buenos deseos eran falsos.

Su presencia en la casa era incómoda para Anthony y para ella, no podía obviar del todo la actitud cariñosa de Claudia hacia él y tampoco algunos comentarios subidos de tono.

Se había atrevido a preguntarle qué tal era con ella en la cama, como si pudieran intercambiar impresiones. ¡Descarada!

Maranta resopló anudándose la bata con fuerza. En ese momento, la puerta que separaba su habitación de la de su marido,

se abrió sin que nadie llamara.

Ahí estaba, con su camisa abierta, sus pantalones ajustados y todavía con las botas puestas y el negro flequillo rozando su frente. ¿Podía ser más guapo? Ese pensamiento hizo que los ojos de Maranta se pusieran en blanco, como si se reprendiera a sí misma.

Al ver su actitud, la sonrisa de Anthony se ensanchó. No se quedó quieto, ni mucho menos y antes de que ella pudiera apartarse, ya se había abrazado a su cintura desde atrás, besándole el cuello.

—No empieces.

—¿Con qué?

Le hizo cosquillas y ella se retorció.

—Mejor vete —le dijo, sin dejar de sonreír.

Era increíble lo rápido que podía cambiar su humor en brazos de su marido.

—¿Vas a echarme de mi propia alcoba?

—Tu alcoba no es esta —lo miró por encima del hombro, para después señalar a la puerta que había quedado entreabierta—. Es esa.

—No lo es —hizo un mohín de fingido disgusto, como si fuera un niño.

—No importa —Maranta le apartó las manos de su cintura y se alejó un paso—. Puedes quedarte. Yo voy a ver como está Cristopher.

Él lazó una ceja sin perder el buen humor.

—¿Y no quieres quedarte y ver como estoy yo?

La risa de Maranta inundó la habitación, pero el encanto de Anthony no la apartaría de su objetivo.

—Si está despierto, quizás le lea un cuento y me quede con él.

Anthony abrió la boca teatralmente.

—Eres una mujer despiadada.

Sin quererle dar más crédito, se marchó riendo para ver que Cristopher estuviera dormido y no tuviera ningún mal sueño. Desde que Anthony estaba con ellos y le leía cuentos o le enseñaba a batirse en duelo con espadas de madera, había dejado de tener pesadillas con monstruos. Se sentía querido y seguro. Tanto como ella.

Anthony negó con la cabeza, pero no la detuvo, sabía que regresaría a sus brazos, a compartir su cama, como había hecho desde hacía casi dos meses.

No es que no tuviera dudas de que Maranta cambiara de opinión respecto a qué les deparaba el futuro. Anthony vivía con ese miedo. Se amaban, se llevaban maravillosamente bien dentro de la cama y fuera de ella, pero le costaba confiar que esa felicidad no fuera frágil. ¿Y si se cansaba de él? ¿Y si recordaba por qué lo había odiado tanto durante esos años?

No sonrió al volver a su habitación. No cerró la puerta que separaba ambas alcobas, porque quería escuchar cuando ella volviera para estar a su lado y dormir en su cama.

La necesitaba.

Le daba paz. No solo la deseaba, sino que quería velar su sueño. Era algo extraño que jamás se había imaginado sentir por una mujer.

Se quitó la ropa y se puso una bata. Mientras la esperaba, se sirvió una copa. Su dormitorio era mucho más masculino, tonos azules y verde oscuro. La chimenea estaba encendida, pero apartó el tronco mayor para que la llama no ardiera con tanta vivacidad. Era diciembre y el frío y la humedad empezaba a colarse en aquella casa. Las noches eran frías, pero dormir con su esposa le daba todo el calor que necesitaba. Pronto sería Navidad, y deseaba proponerle a Maranta, pasarla con sus amigos.

Miró los troncos consumirse, mientras daba un sorbo a la copa.

El sonido de la puerta de su dormitorio al cerrarse, hizo que se diera la vuelta.

Esperó encontrarse a Maranta, por eso frunció el ceño al ver a Claudia.

Anthony suspiró como si se avecinaran problemas.

Problemas inevitables.

—Claudia.

—Buenas noches, Anthony.

Su cuñada avanzó hacia él con pasos lentos y moviendo las caderas para que los ojos de Anthony se clavaran en su silueta. Llevaba el rubio cabello suelto, desparramándose tras la espalda, no hacía falta ser un genio para comprender que bajo la bata estaba desnuda. Sin demasiada imaginación, podría ver el brillo que proyectaban las escamas del áspid al enroscarse.

—¿Te has perdido?

Ella rio, con una risa juguetona que reconocía muy bien.

—Sé exactamente donde quiero estar, ¿y tú?

—Oh, Claudia, yo también sé donde quiero estar, y es en mi alcoba, esperando a mi esposa para hacerle el amor.

Algo se crispó en el rostro de la belleza rubia, y aun así no borró su sonrisa.

—No es un matrimonio de verdad.

Anthony se rio, apartando los ojos de ella.

—Créeme, lo es.

—¿Quieres decirme que mi hermana ha aceptado compartir la cama contigo?

—Por supuesto.

—¿Y tengo que creerte?

Él resopló molesto. Claudia había borrado de su rostro todo indicio amigable, pero era incapaz de retirarse de aquella batalla. Se acercó a él y puso ambas manos sobre su pecho.

—No puedes hablar en serio.

—Muy en serio.

—No puedes haber olvidado lo que hubo entre tú y yo —dijo, desesperada.

—Créeme, no consigo hacerlo. Me arrepiento de cada momento que pasé contigo. Eres una mujer egoísta y superficial, que ni siquiera sabe querer a su propio hijo.

Un brillo maligno apareció en esos ojos angelicales.

—¡Lo tuve por obligación! Deformé mi silueta para cumplir con mi deber, así que no digas que soy una mujer egoísta.

En el fondo sintió lástima por ella, podía explicarle mil veces por qué todo lo que decía o hacía estaba mal, pero Claudia jamás vería que estaba equivocada, y en el fondo… ¿acaso no era como la mayoría de las mujeres de la aristocracia? Se había casado por deber con alguien a quien no amaba, había tenido a un hijo no deseado porque era lo que se le exigía, y ahora que se había deshecho del yugo del matrimonio, ¿podía recriminarle que quisiera ser feliz dándose a los placeres?

Anthony suspiró.

—Supongo que puedes hacer lo que quieras, aunque me duele que tu hijo sufra por ello.

—¡No sufre! Está con Maranta. Ella es… era —se corrigió, molesta—, una solterona, que iba a morir sola y sin hijos, es natural que vertiera todo su cariño maternal sobre Cristopher.

Anthony la tomó de las muñecas.

—Basta Claudia —no lo dijo de malos modos, simplemente estaba cansado de su presencia.

—¡Te deseo Anthony! —Le echó los brazos al cuello e intentó besarlo, pero él la esquivó—. He renunciado a tu hermano por ti.

Anthony puso los ojos en blanco y la empujó levemente, sin soltarle las muñecas.

—No sé qué decirte —dijo él, enfadándose por momentos—. ¿Gracias?

En aquel instante, Maranta entró por la puerta que separaba ambas habitaciones y Claudia se zafó del agarre de Anthony y se pegó contra el pecho de Anthony.

—¿Qué está pasando aquí?

Por el brillo de sus ojos, Anthony se dio cuenta de que el carácter explosivo de su esposa estaba a punto de aparecer, pero esta vez no se atrevería a darle la culpa a él.

—Bueno yo… —dijo Claudia, apartándose de Anthony, fingiéndose sorprendida.

Maranta avanzó hasta quedar justo delante de la chimenea, con uno a cada lado.

—¿Sí? —preguntó, mirando a su hermana.

Al menos Claudia tuvo la decencia de parecer algo nerviosa.

—Yo —vaciló—, había venido a hablar contigo.

Maranta alzó una ceja y después el mentón.

—¿Y me buscabas en la alcoba de mi esposo?

—Pensé que la compartíais.

Anthony soltó una carcajada que puso de más mal humor a Maranta. Pero con una sola mirada severa, lo hizo callar de inmediato.

—Lo siento —se excusó, elevando las manos.

—¿Y qué era tan importante que no podía esperar?

Claudia miró a Anthony, que seguía guardando silencio con una sonrisa socarrona en los labios.

—No es tan urgente. Hablaremos mañana.

—Está bien, como quieras.

Claudia pasó muy digna junto a su hermana, que no se movió para facilitarle la salida. Pero se lo pensó mejor.

—Claudia.

Ella se volvió, y la miró con interrogación.

—No vuelvas a acercarte a mi esposo. Quedas advertida.

Antes de cerrar la puerta de la alcoba, tuvo la indecencia de echarle una última mirada de anhelo a Anthony.

Él sonrió, con el pecho hinchado como el de un pavo real.

—Me encanta esa exquisita forma de marcar territorio.

Maranta no tardó en volverse hacia él e intentar pellizcarle el abdomen.

—¡Auch! —se quejó él cuando lo logró.

—Debería darte vergüenza —empezó a amenazarle entre susurros.

—¿A mí? —contestó él, sorprendido. Habló en el mismo tono bajo sibilante, como si sospecharan que Claudia estaba escuchando con la oreja pegada a la puerta.

—Bueno, no es como la otra noche que entró en mi cama y me manoseó.

Maranta abrió los labios, indignada.

—¿Qué? ¿Dejaste que te manoseara?

Anthony se encogió de hombros.

—Pensé que eras tú.

—¿Qué? —repitió, conmocionada.

—¡Pensé que eras tú! —volvió a repetir, en un tono más alto.

—Yo —se señaló ella escandalizada—, no me metería en tu cama para manosearte.

Anthony alzó una ceja que venía a decir que no se creía ni una palabra.

—¿Y a qué has venido a estas horas?

—Escuché ruidos.

—Mentira —la señaló—, querías manosearme.

Ella le agarró el dedo y se lo retorció.

—¡Auch!

—Bueno… —prosiguió Maranta, que pronto se deshinchó—. Sí, quizás hubiera venido a verte.

—¿A qué exactamente? —le preguntó Anthony, con una sonrisa de adolescente endiablado.

Ella se cruzó de brazos.

—Está bien, quizás viniera a… manosearte, solo un poco.

Al capitán le faltó tiempo para agarrar su cintura y atraerla hacia él, besándole el cuello e intentando que sus manos se colaran bajo su bata.

—Anthony… —lo reprendió.

—¿Qué? —la miró a los ojos, esperando alguna objeción—. ¿No iras a decir que te marchas? ¿Vas a dejarme solo, con tu hermana rondando por aquí?

—No se atreverá a meterse en tu cama si yo… —por la cara de Anthony él pensaba todo lo contrario.

Maranta puso los ojos en blanco

—De acuerdo, tú sabrás más que yo lo que hacen las mujeres cuando quieren conseguirte.

—Pero tú no lo sabrás, porque solo hace falta que me llames y acudiré raudo y veloz a echarme a tus pies.

Maranta apretó los labios, pero muy a su pesar sonrió por lo zalamero que era su marido.

—Es increíble la facilidad que tienes para esquivar balas.

—Si te refieres a tu hermana, no te creas, lo mío me ha costado.

Maranta lo golpeó en el hombro.

—¡Ouch!

—Debiste decirme cuando se metió en tu cama.

—Estabas de demasiado buen humor como para arriesgarme a que me echaras.

—No te hubiera echado, pero quizás…

—¿Hubieras echado a Claudia? —dijo con lástima. No por ella, sino porque sabía qué consecuencias podría llevar eso—. Se hubiera llevado a Cristopher.

Maranta asintió.

—Pero no es justo que…

—Puedo esquivar esas balas —se jactó él—. No tengo ojos más que para mi esposa. Y créeme, le he dejado muy claro que no tiene ninguna posibilidad conmigo.

—Bien, pues como no corres peligro…

Él volvió a atraparla al ver que quería retirarse a su alcoba.

—Pero es que es muy insistente. No me dejes solo esta noche —suplicó Anthony.

Con las manos todavía en su cintura, la alzó un poco para tener más cerca los labios.

—Anthony…

—No me dejes solo —Se puso serio de repente, con esa expresión de deseo que hacía que a Maranta se le aflojaran las rodillas—. Ni ahora, ni nunca.

¿Qué tenía ese hombre, que era capaz de convertir en humo su voluntad férrea?

No habría podido resistirse de haberlo querido. Su cuerpo, su mente y su corazón habían llegado a un acuerdo: Anthony era el objeto de su deseo.

Esta vez tomó ella la iniciativa. Posó las manos en sus hombros y lentamente, paladeando con las yemas de los dedos la calidez de su piel, hizo que su bata se deslizara por sus fuertes brazos, mientras los acariciaba con devoción.

Separo la boca de la suya, para disfrutar de su imagen.

Ese hombre era la personificación del pecado, su cuerpo era pura excelencia. Cuando la suave seda cayó a sus pies en un suave

murmullo, se mordió el labio y disfrutó de la visión que proyectaba su cuerpo.

La luz de la lámpara de aceite lamía su piel, formando sombras que acentuaban sus músculos. Bajó la mirada y se humedeció el labio superior al ver la perfección del sexo masculino.

—Maranta…

Ese gesto sensual hizo que su miembro brincara. Entonces, en los ojos de su esposa se avivó el deseo.

Lo acarició con la mirada, posando las manos donde instantes antes lo habían hecho sus pupilas. Cuando las miradas se cosieron nuevamente, dio un golpe de melena y con un elegante movimiento se llevó las manos a los hombros, tiro de su bata y la dejó caer, quedando desnuda ante él.

—Eres… una diosa.

Posó las manos en sus senos y los acarició, devoto. Notó sus pezones endurecidos en las palmas y ella gimió, al sentir cómo se los pellizcaba.

—Te deseo en mi boca, Anthony.

Esas palabras, acompañadas por una mirada traviesa, le cortaron la respiración.

No tuvo tiempo de responder, pues ella acercó los labios a su piel y empezó a repartir besos húmedos por su torso, por sus pectorales. Succionó un pezón y lamió el otro, mientras con las manos descendía hacia su gruesa envergadura.

Anthony vio, con sorpresa, como Maranta, descarada, se arrodillaba frente a él, y, sin apartar los ojos de los suyos, lo tomaba con la boca.

—Ah… —gimió, de forma gutural.

Cerro los ojos con fuerza, apretó la mandíbula y puso las manos en su pelo, masajeando el cuero cabelludo mientras ella chupaba, lamía y succionaba.

Maranta jamás pensó que sería capaz de hacer algo así, pero lo deseaba tanto que no pudo contenerse. Ahora que se había decidido, se sentía poderosa.

Le estaba dando placer y se lo proporcionaba a sí misma. Podía notar como el cuerpo de su esposo se tensaba por momentos, escuchaba sus gemidos, sentía sus fuertes manos cerrarse en puños en su melena y tirar suavemente de ella. Sentía en la boca su dura virilidad, ensanchándose por momentos, pulsando en su interior.

Disfrutó, saboreando las dulces gotas de su esencia… mientras ella misma se humedecía, derritiéndose por momentos.

El acto le pareció excitante, sublime y al mismo tiempo, indecoroso.

—Oh —escuchó su voz ronca—. Detente, te lo suplico.

Ella obedeció, y lo miró con curiosidad, ladeando la cabeza como un pajarillo sorprendido.

—¿No te gusta?

—Maranta —jadeó—, ese es el problema.

La instó a ponerse en pie y la pego contra sí, mientras la guiaba hasta la cama entre besos húmedos que ella correspondía con ansia.

—El problema es que me gusta demasiado.

Tras decir esas palabras, le introdujo la lengua con suavidad al tiempo que con una mano asía un pecho y con la otra navegaba por su piel hasta acabar conquistando la suave humedad de su zona más íntima.

Maranta se abrió como una flor y su propia humedad le proporcionó aún más placer. Gimió cuando él empezó a trazar círculos en su clítoris para después pellizcarlo suavemente, una y otra vez.

—Me vuelves… loca, Anthony.

—Y tú a mí. Loco de amor.

Con suavidad, la empujó hasta que quedó tendida sobre la cama. La observó unos instantes. Era maravillosa. Su piel de luna destacaba sobre la oscura colcha y sus cabellos sueltos y rizados se desparramaban sobre el cojín de terciopelo. Tenía los labios entreabiertos, enrojecidos. Sus senos, sublimes, temblaban con cada bocanada de aire.

Se subió a la cama y gateó hasta colocarse sobre ella, cubriéndola con la inmensidad de su cuerpo.

Maranta se retorció al sentir como lamía con descaro sus labios, como le introducía la lengua y como iba repartiendo húmedos besos por su rostro, cuello y clavícula.

Descendió a su pecho izquierdo, succionó una aureola mientras con la otra mano le pellizcaba el otro pezón.

Maranta gritó cuando la boca de Anthony se abrió paso hacia el interior de sus muslos, chupando, lamiendo, soplando, mordisqueando.

—Ahh.

Abrió sus pliegues con la lengua y bebió el dulce néctar justo en el momento en que su cuerpo se agitaba, preso de la catarsis.

Anthony no perdió el tiempo.

Desanduvo el camino trazado con los labios y arribó de nuevo a su boca. Se abrió paso entre sus piernas y la empaló en un rápido y duro movimiento.

Maranta grito hondamente, arañando, enloquecida, la piel de su espalda.

Anthony se movía con maestría, entraba y salía, variaba el ritmo, y ella lo acompañaba, meciendo las caderas, bailando con su amante la danza más antigua del mundo.

Juntos, apasionados y victoriosos, rozaron el cielo con las yemas de los dedos.

Tras vaciar su esencia en el cálido vientre de su esposa, la abrazo con fuerza y se acomodó tras ella.

Con sus brazos, rodeándola, cerró los ojos y, sintiendo su calor, hundió la nariz en su cabellera. El dulce olor a lavanda lo embriagó.

—Te amo —susurró, antes de quedarse dormido entre sus brazos.

Era la verdad más absoluta que había pronunciado jamás.

Capítulo 50

Esa mañana Maranta se despertó sola en la cama de su esposo. Por primera vez en su vida, se sintió vacía por no sentir el calor de Anthony nada más abrir los ojos, en la intimidad.

Ya había amanecido, pero cuando bajó al salón del desayuno, su fiel mayordomo le informó que el señor Hilton había salido y que Claudia y el señorito Cristopher aún dormían.

No le importó desayunar sola, aunque echó de menos a Alice. Era imposible no preguntarse qué tal le iría con los Knigth y si después de que Frederick hubiera mejorado tanto ya hacía planes para marcharse a casa, a Clevedon, como siempre había soñado.

Los Anderson siempre pasaban las Navidades juntos, no veía a Alice capaz de perdérselas.

Una hora después, Maranta se dirigió en carruaje hacia la casa de los Belford para invitar a sus amigas a pasear. Amanda volvía a estar en cama, al parecer no se sentía bien cuando a través de los criados se había enterado de que la boda de David Chambers

con la señorita Swanson sería después de Navidad, cuando él hubiera terminado su instrucción. Luego marcharían al continente.

Violet no estaba de mejor humor. Habían recibido una carta de Robert y Livia, que anunciaban su llegada dentro de una semana. Se habían retrasado mucho más de lo esperado, pero no habían dicho el motivo.

Violet parecía feliz por su vuelta, pero la inminente llegada había hecho que James se marchara de nuevo al norte. No soportaba ni un minuto más permanecer en Londres, o eso dijo, pero Violet sabía perfectamente que lo que no soportaba era estar un minuto más a su lado. Le había confiado un secreto que había deducido que él sabía desde hacía muchos años. Si alguna vez Violet había pensado que su matrimonio podía arreglarse, ahora no tenía ninguna posibilidad.

Resignación fue lo que Maranta vio en los ojos de su amiga, aunque la pena era tan profunda que no quiso preguntar, y ella no le contó nada.

La visita fue más amarga que dulce, y al mediodía Maranta había vuelto ya a su casa, dispuesta a pasar un buen día junto a Cristopher y Anthony. No pensó jamás que quien ese día debería resignarse y se inundaría de una pena devastadora, sería ella.

Porque cuando entró en el salón, esta vez Claudia estaba besando a Anthony apasionadamente.

Diez minutos antes, Anthony bajaba del carruaje y subía los escalones de la casa, pensando en darle a su esposa las buenas noticias que acababa de recibir de Wellington, en la breve reunión que habían mantenido desde primera hora de la mañana.

Tras la detención del mayor Foster, Maranta quedaba libre de cualquier misión relacionada con la Corona y él recibiría instrucciones pasada la temporada invernal. Unas vacaciones con su bella esposa eran la mejor de las recompensas.

Cuando el mayordomo lo recibió y recogió su abrigo, estaba demasiado feliz para darse cuenta de que Claudia lo espiaba desde la balaustrada de la escalera.

Tenía que hablar con Maranta lo antes posible, por eso se dirigió al salón, donde ella solía leer.

Pero no fue a su esposa a quien se encontró allí.

Nada más entrar, Claudia lo esperaba tras la puerta y la cerró después de que él entrara.

Cuando se volvió y la vio, apoyada en las hojas de madera y con la mirada empañada, puso los ojos en blanco.

No le dio tiempo a pensar demasiado, ni pudo escuchar el sonido de un carruaje deteniéndose frente a la casa.

Claudia se abalanzó sobre él y lo abrazó, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Anthony, por primera vez en su vida, sintió lástima por esa mujer, tales eran sus sollozos de angustia y desesperación.

Fue un error que esta vez, pagaría muy caro.

Como siempre, el fingido llanto de su cuñada le dio pie a poner pies puntillas y rodearle el cuello con los brazos.

Justo en el instante en ella lo besaba, se desató el infierno.

Porque al entrar Maranta en el salón, la escena que se encontró la enfureció.

—¡Suficiente! —gritó, con lágrimas en los ojos—. ¡Esto ya es lo que me faltaba!

—Maranta —se quejó Anthony, quien se apartó de Claudia como si quemara.

Ella los miró y golpeó su falda con las palmas de las manos.

Estaba harta, muy harta.

Se dio media vuelta y cerró de un portazo.

Subió las escaleras lo más rápido que pudo, y el motivo es que no quería que la vieran llorar.

No debía hacerlo.

En el fondo, se había insensibilizado ante esa esperada escena. Maranta se había repetido, una y otra vez, que el amor de Anthony no era real. No porque él mintiera, porque seguro que pensaba que estaba enamorado de ella, sino porque sabía que, al fin y al cabo, su séquito de mujeres encontraría la manera de llegar hasta él.

Y la primera sería Claudia.

—Maranta. Esto no puede ser.

Pero había sido muy hermoso mientras ese espejismo había aguantado.

Se limpió las lágrimas de los ojos, y respiró hondo, dispuesta a que ya nada la afectara.

Claudia y Anthony debían marcharse. No iba a tolerar que se burlaran de ella en su propia casa.

—¡Maranta, abre!

La voz de Anthony resonó potente y molesta a través de la puerta de madera.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Lárgate! No estoy para…

Un crujido de la madera astillándose la hizo abrir tanto los ojos como la boca, sorprendida por lo que escuchaba.

¡Anthony se había abalanzado contra la puerta!

—¡Para! Estás loco, romperás la puerta.

—Entonces abre de una maldita vez —insistió, golpeando una de las hojas con el puño.

Furiosa, se dirigió hasta la puerta y la abrió de un tirón.

Cuando Anthony entró, Maranta se asustó. Sus ojos lucían enfurecidos. Lo que no podía saber era que el motivo de su enfado era Claudia.

—No la estaba besando.

—¡Ja!

—Te lo juro.

—Pues vi tus labios muy pegados a los de ella.

—No tuve tiempo a reaccionar —se quejó Anthony—. Claudia esperó a escuchar tus pasos cerca de la puerta y se abalanzó sobre mí. ¡Me pilló desprevenido!

Maranta cerró los ojos. Conociendo como conocía a su hermana, la versión de Anthony era muy plausible. Pero eso no restaba que lo que acabara de ver doliera demasiado como para pasarlo por alto.

—Te creo, pero eso no cambia nada.

—¡Lo cambia todo!

—No, Anthony —se quejó—. Esta vez es Claudia, pero dentro de una semana o un mes, será otra mujer que ha pasado por tu cama. ¿Cuántas han sido? ¿Cientos? No voy a competir con ellas.

—No hay competición —dijo, en un tono calmado—, yo solo te quiero a ti. No me castigues por el pasado que tuve sin ti.

Le dio tanta pena que el corazón de Maranta se conmovió.

—Anthony —suspiró y volvió a enfadarse consigo misma—. No, no, no… —se quejó—. Lo vuelves a hacer.

—¿El qué?

—Ser encantador. Seducirme.

—¿Perdón? —dijo, alzando los brazos como si no supiera que más podía decir.

Entonces empezó a reírse.

—No me hace gracia, Anthony.

Él la atrapó entre sus brazos y la hizo retroceder hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Y yo que esperaba que después de haber alejado nuestros fantasmas del pasado, íbamos a tener un matrimonio aburrido y sin

sobresaltos —la sonrisa era amplia y su tono dulce—. Qué equivocado estaba.

Besó su frente y Maranta refunfuñó algo ininteligible.

Otro beso en la mejilla, en la comisura de la boca, en el cuello…

—¿Crees que con unos cuantos besos vas a…?

Anthony la interrumpió con un beso mucho más profundo, más húmedo.

A Maranta se le aceleró el corazón, como siempre ocurría cuando la estrechaba entre sus brazos y la seducía con su boca.

—Vas a volverme loco.

La tenía contra la pared, cerca de la ventana. La luz del mediodía acariciaba el rostro de Maranta y a él le fascinó la visión de aquella piel dorada que iba cubriendo de besos.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo? —le susurró Anthony.

Ella le dio un empujón, pero apenas consiguió que se moviera.

La miró aún con más intensidad.

—Quizás sea porque estabas besando a mi hermana —se enfadó por momentos, pero él volvió a apretarse contra su cuerpo y acariciarle el rostro.

—¿Vuelves con eso? Ella me besaba a mí, y yo la paré.

—No me lo ha parecido.

—Por favor —dijo muy serio—. Era su último intento desesperado para seducirme, y no funcionó, como jamás funcionará.

Maranta volvió el rostro hacia el jardín, pero no se apartó de su caricia. La otra mano de Anthony había rodeado su cintura.

—Hubo un tiempo que funcionó. Te acostaste con ella…

—Te expliqué el motivo.

—No solo fuiste su amante una vez.

—Cuando volví a seducirla…

—Veo que no lo niegas.

Él ignoró la pulla.

—La última vez que la seduje fue para apartarla de mi hermano. Lo hice para que viera la clase de mujer que era.

—¿Y qué mujer es? —ahora sí lo miró a los ojos—. ¿Por qué tú puedes acostarte con cualquiera sin consecuencias y una mujer no puede…?

Anthony alzó una ceja.

—No se trata de eso —dijo, hablando en serio—, se trata de que mi hermano creía que él sería el único. Y no iba a serlo. Tu

hermana solo buscaba una buena posición y más dinero. No lo obtendría de mi hermano si yo podía evitarlo.

Maranta guardó silencio, sabía lo que quería decir. Anthony era tan protector con su hermano menor como ella lo era con su sobrino.

—No puede seguir viviendo con nosotros.

—Ni siquiera deberías habértelo planteado.

Ella bajó la mirada llena de tristeza.

—Se llevará al niño.

—Quizás…

—Lo hará —Maranta lo sabía bien. Lo haría solo para hacerle daño a ella al suponer que Anthony la rechazaba por su culpa.

—Ya veremos.

Anthony la abrazó y para su alivio, Maranta quedó largo rato entre sus brazos.

Finalmente le preguntó:

—¿Y bien? —le alzó la barbilla con el dedo índice para que lo mirara.

—Y bien, ¿qué?

—¿Vas a seguir enfadada conmigo porque tu hermana me ha besado?

—Estoy en mi derecho —dijo, altiva—, soy tu esposa.

Él pareció sorprenderse gratamente.

—Oh, mi amor. Qué bien que lo hayas recordado —se puso de buen humor.

Él ignoró sus protestas y la lazó en brazos para tirarla sobre la cama.

—¡Anthony!

La besó de forma posesiva después de colocarse sobre ella y aprisionarla con sus fuertes brazos y con el peso de su cuerpo. Devoró su boca, como si fuera agua para un náufrago sediento.

Cada fibra de su ser reaccionó al contacto de ese hombre. Era un libertino, un mujeriego… Pero si su voluntad se hacía añicos con sólo una sonrisa suya, ¿cómo poder resistirse a sus besos apasionados?

—Ah —Maranta tomó aire mientras un jadeo involuntario se escapó de entre sus labios—. Anthony…

La mano de él buceó bajo sus faldas hasta encontrarse donde quería, entre sus piernas. La besó de nuevo, arrancándole gemidos que ella seguramente no quería ofrecer a sus oídos. Pero… ¡Ah! Era inevitable, eran fuego y aceite.

—¿Qué estás…? ¡Ah! —Maranta se agarró a sus hombros mientras él seguía tocándola en ese lugar—. Por favor…

Cerró los ojos y se dejó llevar.

Cuando volvió a besarla, Anthony no apartó los dedos de su centro, tocó la pequeña protuberancia que a su roce hacía que ella se retorciera contra su mano.

La notó tensarse, como sus dedos se hundían en su brazo al estar al borde del éxtasis.

—Anthony… —dijo, entre jadeos.

—Déjate llevar —gimió él seducido por el calor de su cuerpo y lo maravilloso que lucía su rostro cuando la hacía disfrutar—, deja que ocurra.

Fue en ese instante cuando ella se retorció aún más contra su mano y hundió el rostro en el cuello de él, para esconder su placer.

—No, no… mírame —rogó Anthony, y ella lo hizo. Aunque solo un momento antes de echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos, mientras un sinfín de oleadas de placer recorrían su cuerpo de arriba abajo.

—Maldita sea —gimió, con una última confusión.

La sonrisa de Anthony era devastadora.

—Mi amor…

Se quedó pegada a su cuerpo unos instantes más, hasta que pudo volver a respirar, hasta que recuperó la cordura.

—Maldita sea.

Anthony tuvo la desfachatez de sonreír ante su enfurruñamiento.

—Hablo en serio —dijo enfadada, mientras él apartaba las manos de su cuerpo y retrocedía apenas un paso—. Mi hermana está abajo y nosotros…

Él la besó para que terminara con sus objeciones. Cuando volvió a tenerla rendida entre sus brazos sus labios la soltaron, aunque quedaron planeando sobre su boca.

—Y ahora bajaré a despedir a tu hermana.

—¿Qué? —se incorporó en la cama sobre sus codos.

—Oh, sé que retrasarías el momento. Te haré el favor de que no le quepa ninguna duda que las obras de su casa terminarán inmediatamente. Hoy, a ser posible. Tú puedes quedarte aquí y pensar en mí.

—¿Pensar en ti?

—Cuando te toques.

La almohada voló en dirección a Anthony y él la esquivó con una carcajada.

No salió de la habitación, sino que volvió a abalanzarse sobre ella, quien lo empujó por los hombros, pero como siempre, no pudo apartarlo, aunque esta vez, tampoco lo pretendía.

—No me tocar…

—Sí lo harás —sonrió ampliamente.

—No pensaré en…

—Lo harás —dijo Anthony, muy seguro—, y cuando vuelva, no tendrás que pensar ni tocarte tú, porque ya estaré yo aquí para hacerlo.

—No…

—Oh, sí. Dejarás que lo haga, porque hace demasiado tiempo que tú y yo jugamos al gato y al ratón, y ¿sabes qué? —Ella tragó saliva, sin contestar—. El gato tiene hambre, ratoncita. Y no voy a seguir jugando cuando puedo darme un festín.

Ahora sí la besó y dejó su alma y su corazón en aquel beso. Cuando se separó lo hizo rápidamente, salió de la habitación sin mirar atrás.

Si se quedaba un minuto más le haría el amor y había cosas más apremiantes que hacer.

Capítulo 51

—¡Anthony! ¿Dónde estabas?

Claudia estaba furiosa. Tenía la tez roja y los puños apretados por el enfado.

La había ofendido que corriera detrás de su esposa, en lugar de quedarse con ella y dejarse seducir por sus encantos, encantos que ya ni siquiera le resultaban atractivos, ¿cómo podrían serlo?

Claudia se creía muy superior a su hermana. Compararla con una mujer como Maranta, era como comparar la tímida llama de una vela, con la luz radiante del sol de verano.

—He ido a buscar a mi esposa.

Claudia se cruzó de brazos, molesta.

—No entiendo por qué.

—¿Lo dices en serio? —lejos de mostrar su mal humor, suspiró como si fuera imposible mantener una conversación inteligente con ella—. Verás Claudia, has sobrepasado los límites de la paciencia de Maranta, y debo añadir que los míos también.

Ella alzó una ceja.

—No sé qué quieres decir.

—Sí, suponía que dirías eso, pero déjame que te lo explique. —Se acercó varios pasos hasta que quedó muy cerca de ella. Claudia alzó las manos para posarlas sobre su torso, pero él la sujetó por las muñecas—. Te marchas de esta casa, en este mismo instante.

Claudia lo miró con estupefacción.

Intentó apartar las manos, pero no lo consiguió, Anthony la mantuvo ahí para que lo mirara a los ojos.

—Te vas.

—¿Qué? No, no lo dices en serio. —Recuperada de la impresión inicial, se envaró por el atrevimiento de Anthony al pedirle que se fuera— ¡No me voy! ¿Cómo puedes pedirme…?

—Es que no te lo pido, de lo exijo.

Dio un fuerte tirón y consiguió liberar sus muñecas.

—No puedes echarme, esta no es tu casa.

En el rostro de Anthony apareció una sonrisa resplandeciente.

—No es mi casa, es la de mi esposa. Lo que hace que… sí, tenga el poder de echarte.

—¡Tu esposa! —se burló ella—, ¿crees que no sé qué te casaste con ella por conveniencia?

—No fue así.

—Fue por algo —lo señaló con el dedo—, no sé si necesitas dinero o…

—No te molestes en ofenderme, ni a mí, ni a Maranta. Cualquier hombre se arrastraría a los pies de una mujer así si con ello consiguiera casarse con ella.

Claudia boqueó, como si le hubiera dedicado el mayor de los insultos.

—No me vengas con esas. Mi hermana no se casó contigo por amor, ¡ella te odia!

Anthony tomó aire, pero lo contuvo sin perder la compostura. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono calmo.

—Vas a marcharte Claudia. Pero tu hermana es generosa, puedes irte a la casa de campo, seguro que allí podrás disfrutar de la soledad que necesitas para reflexionar.

Pero ella seguía sin escucharle, pensando en que aquello no podía estar pasando.

—Esto es insultante —farfulló.

—Insultante o no, te marcharás de mi casa.

—No sin mi hijo.

Los ojos de Claudia brillaron con maldad. Su hijo, Cristopher era la baza que podía jugar para no tener que marcharse de ahí, pero Anthony no estaba conforme. La agarró del brazo y se dirigió hacia la puerta del salón, con ella a rastras.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Lo que me corresponde como marido, proteger a mi mujer —dijo sacándola hasta el recibidor—. Maranta es demasiado buena como para echarte, precisamente porque teme que con ello perjudique a su sobrino —le soltó el brazo y se cuadró frente a ella —. Pero tú y yo sabemos que eso no va a pasar.

Claudia soltó aire abruptamente, en una risa que no acabó de ser.

Miró a su alrededor y vio que estaban solos.

—No me iré sin mi hijo.

—Oh, ya lo creo que sí.

Al darse media vuelta, tomó el abrigo de Claudia y se lo lanzó, haciendo que soltara una exclamación. No contento con ello, Anthony abrió la puerta de la calle y asintió al ver el carruaje que había mandado a preparar antes de reunirse con Claudia de nuevo en el salón.

—Vamos, el carruaje espera —no siguió hablando, la tomó por el codo y la arrastró por las escaleras bajo la estoica mirada del mayordomo, que se había asomado desde el recibidor para ver si necesitaban algo.

—Jamás nadie me había tratado así —gimoteó Claudia, cuando Anthony abrió la puerta sin miramientos.

—Pues es el trato que recibirás como vuelvas a poner un pie en esta casa sin invitación.

El cochero miró al frente, turbado por los gritos de la mujer, cuando Anthony le abrió la puerta del carruaje. La empujó, haciendo que cayera sobre el asiento de manera abrupta.

—No pienso dejarte a mi hijo, para que juguéis a ser la familia perfecta.

Anthony la miró con toda la paciencia del mundo.

—Estás furiosa porque me casé con tu hermana.

—¡Es que no lo entiendo! —gritó, hecha un basilisco—. Me prohibiste casarme con tu hermano, y es exactamente lo que has hecho tú.

—No eras esposa para mi hermano.

—¿Por qué según tú soy una cualquiera?

—Jamás he dicho eso.

—Pero lo piensas.

Anthony negó con la cabeza.

—No lo pienso. Solo pienso que mi hermano estaba locamente enamorado de ti, demasiado como para permitir que metieras a otro hombre en tu cama.

—Te recuerdo que ese hombre eras tú.

Él intentó explicarse.

—¿Cuánto habrías tardado en serle infiel?

—Oh, no empecemos.

—Él no lo hubiera superado. Se hubiera sentido traicionado —Claudia tuvo la decencia de guardar silencio—. Hubiera querido tener hijos propios.

La cara de fastidio le dejó claro que jamás volvería a ser madre, no si podía evitarlo.

—Búscate un amante que pague tus deudas, que sé que no son pocas. Y deja a tu hijo con Maranta.

—¡Jamás! —se puso roja por la ira—. Esa mojigata te tendrá a ti, pero yo sé que si algo desea más es a mi hijo. Y se lo voy a quitar, no lo tendré…

—¿Cuánto quieres?

Lo dijo tan tranquilo, que Claudia no supo si lo había escuchado bien.

—Yo… es mi hijo —dijo finalmente.

—¿Ahora te acuerdas de él?

—No me juzgues. No soy mejor, ni peor que las demás de mi clase. Tiene institutriz y todos los maestros que pueda necesitar. ¿Acaso está mal atendido? ¿Soy tan mala?

En algo tenía razón y es que ella no era distinta a las demás damas que habían pasado por su cama.

—Lo eres en el hecho que lo utilizas para tus fines, para hacer daño a tu hermana, y no te lo voy a consentir. ¿Cuánto quieres? —volvió a preguntar, sosteniéndole la mirada.

Ella respiró con dificultad, fingiéndose ofendida.

—¿Veinte mil libras?

Los ojos de Claudia casi se le salen de las órbitas.

—No… No me ofendas.

—Dieciocho —ofreció, ladeando la cabeza.

—No voy a vender a mi hijo.

—Quince —dijo, sabiendo que el nerviosismo de ella, no era por Cristopher, sino por la oportunidad que se le escapaba.

—Veinte —dijo Claudia finalmente—. Veinte mil o me lo llevaré —dijo, alzando el mentón.

Anthony siguió mirándola en silencio hasta que dijo:

—Hazlo y me aseguraré de que no te reciban en ningún salón de Londres, ni de Inglaterra. Mis contactos son muchos, mi red de amigos demasiados como para no poder arrinconarte. Molesta a Maranta y las invitaciones a fiestas dejarán de llegar sin avisar. No solo me refiero a las respetables. Vas a aburrirte mucho si me tienes como enemigo.

—Yo lo quiero, es mi hijo.

—Y, aun así, no sacrificarías tus noches para pasarlas junto a su cama cuando esté enfermo.

—Para eso está el servicio.

—Y su tía Maranta. —Claudia lo miró con el mentón alzado, pero no dijo nada—. Si dejas que se quede con nosotros, sabrás que está bien cuidado mientras haces tu vida. Podrás verlo cuando quieras, pasar solo los buenos momentos, nada de llantos, ni mocos, ni fiebres…

—Oh, cállate.

—Además del pagó inicial, te daré unos ingresos trimestrales…

—¿Cuánto? —lo miró de reojo.

—Mil libras. Podrías viajar por Europa. Cuidaremos del niño y cuando vuelvas podrás contarle todo lo que has hecho. Le fascinarán tus historias.

Claudia pareció meditarlo, esta vez en serio.

Que Cristopher se quedara con Maranta, sin tener que pegarle un solo céntimo para que lo cuidara y mantuviera, ya era todo un logro. Solo le fastidiaba saber lo endiabladamente feliz que a Maranta le haría el hecho de que su hijo viviera con ella.

—Supongo que podría hacerlo… una temporada.

—Sí, hasta que se vaya a Eton —dijo Anthony—. Luego pasarías las vacaciones con él.

—Pero las fiestas de Lord Townsend, son en esa época.

Anthony asintió como si lo tuviera previsto.

—Convencería a Maranta para que lo dejara quedarse aquí mientras dure la fiesta. Al fin y al cabo, es su tía, sabes que no me costará convencerla.

Claudia se hizo de rogar.

—¿Y la paga trimestral? —preguntó, como si no le importara demasiado, aunque sabía perfectamente que no era así.

—La recibirás hasta su mayoría de edad si me haces su tutor legar.

Ella parpadeó.

—Puedes casarte con quien quieras, pero yo como su tío, y tu cuñado, velaré por él.

Ella respiró hondo. No sabía por qué se sentía como si estuviera perdiendo, pero así era.

—De acuerdo, pero el pago inicial será de veinte mil libras.

—Prepara el contrato —dijo finalmente Anthony—. Y ahora, abandona mi casa para que podamos cenar en paz.

Ella abrió la boca ofendida, pero antes de que pudiera decir algo, Anthony ya había cerrado de un portazo.

—¡Dile que nos veremos por Navidad! —le gritó a Anthony.

Él no se molestó en contestar, puesto que en ese preciso momento la puerta de la casa se abrió y el pequeño Cristopher salió corriendo, con su institutriz tras él.

—¡Señorito Cristopher! —gritó la mujer. Pero se quedó en lo alto de la escalera cuando Anthony le hizo un gesto.

—¡Mamá! —gritó Cristopher, al ver que su madre se asomaba por la ventana del carruaje.

A Anthony se le estrujó el corazón.

—Hijo.

—¿Mamá, ya te vas?

—Sí, yo…

—¿Ya está arreglada la casa? —preguntó, acercándose.

Cuando llegó hasta ella, se impulsó poniendo un pie en el escalón. Sus manitas se asieron a la ventana abierta y su carita quedó junto a la de Claudia.

—Verás… —empezó a decirle Claudia, que no deseaba ninguna escena y menos frente a la casa de su hermana.

—¿Y tengo que ir? ¿Me podría quedar aquí con la tía Maranta y el tío Anthony?

Claudia apretó los labios y algo en el pecho de Anthony se derritió.

—¿Acaso no quieres ir con tu madre? —preguntó, algo molesta—. Porque Maranta no es tu madre.

—Ya lo sé —dijo el niño, extrañado por el comentario—, pero como siempre estás tan ocupada… Aquí ellos tienen tiempo de jugar conmigo, aunque me hacen estudiar y eso es más aburrido —dijo, con inocencia.

Furiosa, Anthony la vio apretar los labios, pero la miró de tal forma que no se atrevió a decir nada más.

—Sí, puedes quedarte —se apartó de la ventanilla y miró al frente.

—Te echaré de menos —dijo Cristopher, introduciendo un brazo en el carruaje para alcanzarla.

Claudia suspiró y alargó el suyo darle unos golpecitos afectuosos a la manita.

—Te quiero mamá, escríbeme pronto.

Entendía que Cristopher amara a una madre tan egoísta, porque, al fin y al cabo, era su madre. Pero sintió un profundo alivio de que quisiera quedarse con ellos. ¿Dónde estaría mejor? ¿Dónde recibiría más amor?

—Me marcho —dijo, besando a su hijo en la frente y mirando a Anthony con enfado—. Espero me envíes lo necesario para este viaje —le recordó con su hijo delante.

—Por supuesto.

A Anthony se le rompió el corazón cuando Claudia le ordenó alejarse del carruaje y gritó al cochero que se pusiera en marcha.

Capítulo 52

Pasaron los días y ahora que había recibido carta de su hermana Claudia, sobre su partida al extranjero, Maranta decidió abandonar Londres e instalarse en una casa de campo, la cual ya había intentado alquilar con antelación porque estaba muy cerca de sus amigos en Somerset.

Fue todo un acierto. Se respiraba tranquilidad y era allí donde Cristopher corría feliz por los jardines sin preocuparse por nada más que por ser un niño. Evidentemente echaba de menos a su madre, pero como parte del acuerdo de esa paga trimestral que Anthony le había prometido, a parte de la suma inicial, Claudia prometió escribirle a Cristopher asiduamente. Al principio se mostró muy emocionado, pero después de Navidad se dio cuenta de que las cartas de su madre estaban vacías de contenido, tan vacías como ella. Eso lo entendería más adelante, cuando creciera y se diera cuenta de que su vida habría podido ser mucho más solitaria sin la compañía de sus adorados tíos.

Maranta y Anthony se habían adaptado bien a la vida campestre, a la vida sin sobresaltos, sin tener que perseguir espías, y aunque el capitán Hilton se había puesto a disposición de su nuevo superior, lo cierto es que le habían comunicado que el país no necesitaría sus servicios durante una larga temporada, algo que agradó a Anthony mucho más de lo que había pensado.

El sol de la tarde se colaba por las ventanas del acogedor salón que Maranta utilizaba para leer cómodamente mientras Cristopher jugaba en el jardín. Esa tarde le tocaba cazar mariposas. Lo vio alejarse junto a su institutriz y fue entonces cuando sintió la presencia de Anthony a su espalda.

Anthony besó a Maranta en la mejilla al tiempo que rodeaba su cintura con ambas manos.

—Para —se rio ella, mientras sentía como la mecía con ternura—, pueden vernos.

La miró con picardía después de darle la vuelta entre sus brazos.

—Eso tiene fácil solución.

Alargó los brazos y cerró los postigos de las ventanas, después corrió las cortinas hasta que los dos quedaron atrapados en

un capullo de tela. Abrazó a Maranta y recostó la espalda contra la madera que había dejado fuera la luz del sol.

—Ya está.

—Anthony, —protestó ella, aunque sonriendo.

—¿Qué? ¿No puedo besar a mi mujer? —La empujó con su cuerpo, apretándola contra la pared de papel pintado.

Ella se sonrojó, pero enseguida sus labios fueron a su encuentro.

Al principio fue un toque fugaz, más dispuesto a provocarlo, que a disfrutar de su atención. Pero mientras las manos de Maranta recorrían su cuerpo, los dos se dejaron llevar.

Siempre era un placer exquisito tocar la piel de su esposo, sentir su calor, la vibración de sus gemidos en su boca. Esos labios lograban encenderla de tal forma que, sabía, no podría resistirse.

—Para, o no respondo —le dijo Anthony, mordiéndose el labio inferior. La vio sonreír, desafiante.

—Pensé que es lo que querías.

—Lo que quiero es devorarte —dijo, con voz grave—, pero no creo que me lo permitas.

Un brillo apasionado nació en los ojos de Maranta, o puede que siempre hubiera estado ahí.

—Quizás te equivoques.

—Oh, Maranta… —la besó profundamente, perdiendo las manos bajo la falda y haciéndola jadear—. Sí, ábrete para mí.

Su mano, después de recorrer la calidez y suavidad de sus muslos, encontró el lugar húmedo y secreto.

—¿A qué viene esta buena predisposición? —Ella sonrió sobre su boca.

—Christopher no está.

—Entiendo —dijo Anthony, alzándole una rodilla y metiéndose entre sus piernas— ¿Solo por eso?

—No —gimió, al notar el roce exquisito de sus dedos, acariciándola, torturándola—. Tu hermano no llega hasta mañana.

Después de varias cartas, Anthony había logrado reunirse con Roger, y hacer que aceptara su invitación para pasar una temporada juntos. Su hermano pequeño había entendido que Claudia no era mujer para él y, por fortuna, ya había puesto sus ojos en otra dama, una dama que esperaba que le hiciera tan feliz como Maranta le hacía a él.

Anthony sonrió, al ver como el rostro de su esposa se rendía al placer.

—Tendremos que ser mucho más discretos.

—Nada de asaltos durante el día —se rio ella, mientras lo besaba de nuevo con todo el amor que sentía.

—Mis asaltos te ponen de buen humor.

Ella asintió, acariciándole los mechones negros y besándolo después, mientras se retorcía contra su mano.

—Sí, estoy de muy buen humor.

—¿Qué te ha puesto así?

—Tú —gimió, enterrando las manos en su pelo y besándole el cuello con ansia.

—No sabes cuanto tiempo he deseado oírte decir eso.

—Ahh —gimió ella, cuando él la alzó, con las manos en su trasero, para acto seguido dar varias zancadas hasta la gran mesa del salón, donde la colocó con delicadeza.

—Anthony —protestó ella, mirando en dirección a la puerta.

—Descuida, he tenido el buen juicio de cerrar con llave —lamió sus labios, mientras sus dedos regresaban para torturarla.

La mano de Maranta se coló por su pantalón hasta alcanzar lo que quería. Lo escuchó sisear y ella le sonrió, besándolo después.

Jadeó cuando ella le desató los pantalones y con una sonrisa pícara bailando en sus labios, los dejó caer al suelo, junto con su ropa interior. Gimió al descubrir su enhiesto miembro.

—Señora Hilton, qué descaro —jadeó, mientras ella lo guiaba hacia su húmeda apertura.

—He tenido el mejor de los maestros.

Su esposo la hizo sentir plena, introduciéndose suavemente en su interior.

Se meció con suavidad, con la intención de sentir todos y cada uno de los roces. Ella gemía y jadeaba, con las manos agarradas a sus hombros, moviendo las caderas en busca de más placer.

—Anthony… —gimoteó, al sentir la exquisita oleada que nació en su centro y se extendió por todo su ser.

Él lo sintió y justo en ese instante se dejó ir también, compartiendo ambos el gozo del éxtasis.

Cuando ambos recobraron el aliento y parte de la compostura, Maranta le confesó, abrazándolo.

—Sé que llegaste a algún acuerdo con Claudia.

Él soltó el aire de sus pulmones.

—Querida, tú sí que sabes hacer que un hombre se enfríe.

A pesar del tono gruñón, ella se rio, abrazándolo más fuerte.

—No te enfríes, déjame agradecerte lo que has hecho por mí, por Christopher. No sabes lo que significa poder tenerlo conmigo.

—Lo sé —le cortó él, acariciando su rostro—. Sé lo que significa, porque es lo que significa para mí. Lo quiero como a un hijo, y si tuviéramos los nuestros propios, no haría distinción entre ellos.

Maranta asintió.

—Yo tampoco la haría —le dijo, feliz—, y creo que eso es algo que podremos demostrar en breve.

Las rodillas de Anthony se aflojaron.

Sintió como perdía fuerza y tuvo que apoyar una mano contra la superficie de la mesa para no caer.

—¿Qué? ¿Qué me estás queriendo decir?

—No es seguro —le dijo riendo, al ver que perdía sus fuerzas —. Pero igual deberíamos quedarnos una larga temporada aquí. Las mujeres embarazadas necesitamos reposo.

Parpadeó, mientras asimilaba la noticia. Dejó de hacerlo porque sintió como los ojos se le humedecían.

—Oh, Maranta… —No supo qué más decir, pero por la mirada cargada de amor que le lanzó, ella supo que la noticia lo había hecho muy feliz.

—Es un sueño —logró añadir.

—Tú haces mi sueño hecho realidad, Anthony —asintió emocionada al ver que él también lo estaba—. No puedo quererte más.

—Yo sí, te amo más cada día, y me dedicaré a hacerte feliz mientras viva —empezó a besar su rostro con insistencia—. Creo que Frederick está listo para tomar mi relevo. No más misiones peligrosas. Es hora de disfrutar de nuestra familia.

Familia. La palabra se instauró en los corazones de ambos.

Iban a ser una familia, con Cristopher, definitivamente ya en casa, y con un nuevo bebé en camino.

—Te amo…

—Yo también la amo, señora Hilton.

—¿Aunque te saque de quicio?

Él la besó con suavidad en los labios antes de responder.

—Sobre todo, por eso.

Epílogo

10 de enero 1817

Querida Maranta,

Robert y yo acabamos de llegar a Londres, es muy probable que, ahora que estás instalada en Somerset, yo llegue antes que esta carta. Mi deseo es verte cuanto antes pues es tal mi alegría que no puedo esperar a contarte todas las novedades. Descansaremos una semana y después nos trasladaremos a Thornfield con Amanda y Violet. Estaremos juntas durante el invierno, pero mucho me temo que cuando empiece la temporada habrá que volver a Londres, aunque es posible que yo deba permanecer recluida en casa, pues mi embarazo ya estará muy avanzado.

¡Sí! ¿No es maravillosos? Nos retrasamos tanto en volver porque no fui capaz de levantarme de la cama a causa de las náuseas y tuve que guardar reposo antes de poder enfrentarme a una travesía en barco. Robert está pletórico, y yo también soy muy feliz, pero creo que cuando me siento tan mal, no me gusta ver su radiante sonrisa.

Oh, Maranta, soy tan feliz. Solo espero que tú también lo seas. No me gustó perderme tu boda, ni tampoco no saber por qué te habías casado con el capitán Hilton, pero al veros antes de partir, supe que no había motivo de preocupación. Espero que te trate bien y de no ser así, ten por seguro que aquí tienes a tu amiga dispuesta a todo. No sabes cuanto te echo de menos.

Como digo, es posible que me escape de la vigilancia de Robert para venir a verte y que esta carta llegue después de mí, pero por si no es así, déjame adelantarte algunos cotilleos:

El mayor James se ha marchado y aunque Violet intente hacerse la fuerte creo que me costará animarla. Por otra parte, Amanda está a medio camino entre un alma en pena y un jinete del apocalipsis. Llora y se enfurece en segundos de diferencia y todo depende de las nuevas que lleguen a sus oídos. Ayer supo que ya se ha fijado fecha para la boda de David. Será este mismo mes. Y mucho me temo que Amanda no podrá soportarlo. Su corazón juvenil aún llora por todos los planes que construyó en su cabeza y que nunca podrán ser. Espero que todas juntas la animemos.

Acabo de escribir esta carta e iré a descansar mientras Violet saca a pasear a Amanda. Quizás un paseo por el parque sea lo único que necesita para despejar su mente de melancolía y malos

pensamientos. Retomaré la carta después cuando me sienta menos cansada.

11 de enero 1817

Querida Maranta.

No, el paseo no fue nada bien.

***

El paseo

Amanda tenía la mirada perdida, pero parpadeó cuando unos golpes la sacaron de su ensoñación.

—¿Sí?

—¿Querida? —preguntó Violet abriendo la puerta—. ¿Te apetece dar un paseo? Hoy ha salido el sol.

¿Cómo podía decirle que no a su prima si siempre estaba ahí para ella?

—Por supuesto, vamos.

La presencia de Violet le hizo bien, ya se pasaba mucho menos tiempo en la cama, y a veces se sorprendía sonriendo cuando

le contaba alguna que otra noticia que había escuchado en la modista.

A pesar de que había llovido durante la última semana, hacía un día realmente espléndido cuando salieron a pasear por Hyde Park. En otras circunstancias, Amanda se hubiera negado en redondo, pero sabía que, si ella estaba mal por David, Violet lo estaba por el cabezota de su marido, James.

Caminando pausadamente, Amanda se dejó acariciar la cara por el sol de la tarde. En verdad disfrutó de la sensación, aunque más lo hizo de tener a Violet a su lado, y que no la regañara por pararse en medio del pequeño camino con los ojos cerrados y respirando con calma, a pesar de que el lugar estaba bastante concurrido.

Después del tiempo aislada de todos, era el momento de florecer.

Era cierto que se había dejado marchitar del anuncio del compromiso de David, pero ya era hora de salir y respirar un poco de aire puro.

Cuando abrió los ojos, la mano de Violet seguía apoyada en su antebrazo, pero la paz de la que disfrutaba bajo los cálidos rayos, desapareció.

A Amanda por poco se le para el corazón, o más bien se le encendió por la rabia al ver a Edward Chambers, vizconde de Glastonbury, caminar a paso rápido con su elegante bastón en la mano.

—Sanguijuela.

El murmullo que Violet escuchó de su joven prima, debió ponerla en alerta, porque enseguida dijo.

—Amanda, sé amable.

Pero ella no la escuchaba, lo único que quería hacer era arrancarle la cabeza al que consideraba el culpable de todos sus males.

—Buenos días —saludó Edward al reconocerlas, paradas en el mismo camino del parque que él transitaba.

Se detuvo porque creyó que era lo correcto.

Al fin y al cabo, Violet era la prima de uno de sus mejores amigos, y Amanda su hermana. Aunque Amanda… era Amanda.

—Milord —lo saludó Violet—, qué buena tarde para pasear.

—En verdad lo es —Edward miró a Amanda por si deseaba añadir algo, pero por la mirada que tenía fija en su persona, y la superficial respiración ofendida, se dijo que era mejor que no lo hiciera.

—Déjeme felicitarle por la inminente boda de su hermano.

El vizconde se tocó el sombrero y le sonrió.

—Muchas gracias, estamos muy felices por el futuro enlace.

—Unos más que otros —las palabras de Amanda apenas fueron escuchadas por Violet, pero Edward fue muy consciente de lo que había dicho.

Amanda lo miró como si deseara que en ella viera todo lo que sentía.

Violet mantuvo la sonrisa. Esperaba que con el tiempo se normalizara la situación. Al fin y al cabo, pensaba que, en verdad, Amanda jamás estuvo enamorada de David. Solo era una ilusión infantil para no tener que dejar atrás la vida que conocía.

Le apretó un poco más el brazo para animarla a hablar. Al ver que no lo hacía, fue ella quien preguntó.

—¿Ya han puesto fecha para el enlace?

—David debe terminar su instrucción, aunque su futuro suegro tiene asuntos que atender en Italia el próximo año, así que esperamos que la boda se celebre este mes de enero, antes de partir.

¡Italia!

A Amanda le ardieron las entrañas.

¿Cuántas veces no habían hablado con David de ir a ver el Coliseo, o el Panteón…? Pero ahora él iría con otra mujer. Con su esposa.

Apretó los dientes y se le llenaron los ojos de lágrimas.

¡Maldito fuera! Lo que había hecho era una traición.

Al verla tan agitada, Edward contuvo la respiración. Se acercó un poco más y esperó a que lo mirara. Entonces habló con la voz más dulce que jamás puso para ella.

—Al final te darás cuenta de que fue lo mejor para todos.

Violet apartó la mirada, y retrocedió un paso para fingir no escucharlos, si es que Amanda quería decirle algo para arreglar las cosas.

La mirada azul de Amanda, brillaba por las lágrimas. Apretó los dientes en señal de que no iba a decirle nada. Cuando Edward fue consciente de ello, se tocó el ala del sombrero a modo de despedida.

Se alejó unos pasos, y ella le vio darle la espalda mientras se alejaba.

No, no iba a dejar las cosas así.

No después de que la tratara como a una niña estúpida, encaprichada, con la que no se podía razonar.

—¡Edward!

Hizo que se volviera. Violet parpadeó al escucharla gritar. Y entonces, con los guantes nuevos que su cuñada le había regalado para animarla, Amanda cogió una boñiga de estiércol que tenía fresca a sus pies y se la lanzó al cuello.

En verdad iba a su cara, pero falló.

Aunque no se libró de que le salpicara la mejilla y la comisura de la boca. La sustancia, aún pegajosa, se estampó contra la carne tibia, pero también contra su atuendo. No se libró ni su chaqueta, ni su corbata y al mirar hacia abajo, Edward pudo ver como la sustancia pestilente resbalaba por su pecho y las solapas de su chaqueta hasta caer sobre sus botas.

Edward la miró con horror y desconcierto. Pero ese horror ni siquiera se acercó al que sintió Violet, quien se llevó ambas manos a la cara mientras no daba crédito.

—¡Dios mío! —Para su desgracia, gritó tan fuerte que atrajo toda la atención de aquellos que paseaban cerca.

Con una devastadora sonrisa en el rostro, Amanda empezó a reír tan fuerte que tuvo que doblarse en dos. Pero no se quedó mucho tiempo allí. Empezó a correr por el camino de tierra, sintiéndose muy orgullosa de su hazaña.

Corrió y corrió atravesando el parque y dejando plantados a dos conmocionadas personas. Edward parpadeaba lentamente mientras Violet luchaba por no desmayarse mientras escuchaban las carcajadas de Amanda alejarse.

Esa misma tarde se esparcieron por todo Londres dos hechos probados. El primero que lord Edward Chambers había sido humillado. Y el segundo, que la señorita Amanda Belford había perdido por completo el juicio.

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector,

Espero que esta novela te haya entretenido y que sus protagonistas, Maranta y Anthony, te hayan arrancado más de un suspiro.

He de reconocer que el capitán Hilton me tiene absolutamente arrebatada. Es honorable y libertino, encantador y pícaro, un personaje con muchos matices que, sin ninguna duda, no deja indiferente a nadie, mucho menos a las féminas.

¿Y qué decir de Maranta? Una mujer fuerte, de moral intachable y un pasado desgarrador, que ha sido capaz de rehacer su vida gracias a su inteligencia y valentía. Adoro a todos mis personajes, pero siento algo especial por ellos dos que no sabría explicar. Solo espero haber sabido transmitirlo y que hayas disfrutado leyendo esta novela tanto como yo disfruté escribiéndola.

Pero hay más…

Tenemos a nuestra querida e indomable Amanda. Tía Regina tiene un plan y Edward… en fin, creo que no sabe lo que le espera.

Pero… ¿son los únicos? No, yo creo que Frederick tiene sus propios planes con Alice, pero pobrecito porque ella tiene tan claro que su vida está en Clevedon. Y con el carácter de nuestra enfermera, dudo mucho que se quede tan tranquila cuando descubra que ha sido engañada. Y es que Alice no es un alma cándida como Alana. ¡Que por cierto! ¿Qué demonios le pasa a Daemon Sincalir con ella? ¡Se avecina drama!

Y para drama el de Violet. ¡Oh! ¡James! Que mal te portas con nuestra maravillosa escocesa. Habrá que darte un escarmiento.

Sí, querido lector, aún me quedan muchas historias de regencia por contar, y espero sinceramente que te quedes conmigo para resolver todos estos enigmas.

Si quieres estar al tanto de mis novedades, no dudes en seguir mi perfil de autora, en Amazon, podrás acceder a él en el siguiente enlace:

Kate Bristol, en Amazon

Y si deseas pasar un buen rato te animo a que te adentres en el maravilloso mundo del brilli-brilli, una comunidad de amigas maravillosas, en Facebook.

Las Chicas Brilli-brilli de la Juani.

Con cariño,

Kate Bristol

Recomendaciones

Una rosa para el coronel



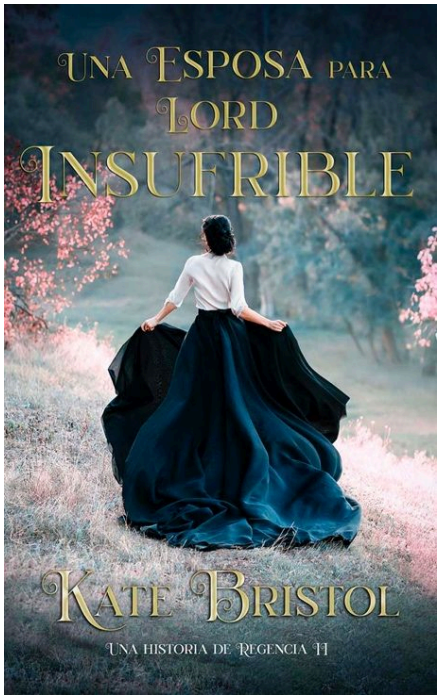
Rose Stratford, lleva enamorada de su vecino Lyonel Knigth, desde que era una niña. Un hecho curioso, pues todo el mundo piensa que su corazón le pertenece al hermano, Frederick Knigth. Pero nada más lejos de la realidad. Lyonel es apuesto, valiente, un coronel del ejército de su majestad al que ha amado en silencio desde siempre. Pero su carácter serio y el cierto hieratismo que

demuestra cuando está con ella, le hace pensar que le es totalmente indiferente, hasta que ocurre una tragedia.

Lyonel Knigth, regresa a casa, después de dos largos años en España, luchando contra Napoleón. Es hora de asumir las responsabilidades que conlleva su título como conde St Vincen. El destino quiere que, al llegar a Inglaterra, se encuentre a su viejo mentor, lord Stratford, en su lecho de muerte. Quizás por eso consigue arrancarle la promesa de que va a cuidar de Rose, su única hija. ¿Será el coronel capaz de pedirle en matrimonio, aun sospechando que Rose está enamorada de su hermano Frederick?

Una novela de la época de la regencia, llena de romance, malos entendidos y una pasión desbordante. Una rosa para el coronel, es la primera novela de Kate Bristol en el mundo de la regencia.

Una esposa para lord insufrible



Robert Belford necesita una esposa. Después de la muerte de su hermano mayor, ha heredado el título de conde y debe responsabilizarse de la vida de su madre y sus dos hermanos menores. Obligado a dejar su carrera militar, está dispuesto a llevar una vida ejemplar y para ello necesita una esposa.

Encontrar a la candidata ideal hubiera sido imposible, pero el milagro se dio en Belinda Withman. Hermosa y de modales impecables, cumple todos los requisitos que él y su madre exigen.

Solo hay unos pequeños inconvenientes: las grandes deudas de juego de su padre y... Livia Withman.

Lord insufrible, así es como Livia ha apodado a su futuro cuñado. Déspota y altivo, no soporta estar cerca de él, pero al mismo tiempo, sabe que es la única opción de que su familia salga adelante. El pagará las deudas de su padre y cubrirá de oro a su hermana... ¿Qué podría salir mal?